

GEORGES OHNET

FELIPE DERBLAY

CAPITULO PRIMERO

En un claro día del mes de octubre de 1880 un joven vestido con un elegante traje de caza estaba sentado en la linde de uno de esos hermosos encinares que cubren con su fresca sombra las primeras pendientes del Jura. Un perro podenco de color marrón, echado entre las matas a algunos pasos de su dueño, le miraba con ojos atentos, como si le preguntase si se irían en seguida.

El cazador no parecía muy dispuesto a reemprender inmediatamente la cacería. Había apoyado su escopeta en el tronco de un árbol, arrojado el morral vacío en el borde de la cuneta, y, de espaldas al sol y con el mentón en la mano, dejaba errar su mirada sobre el admirable panorama que se extendía ante él.

Al otro lado del camino, en cuya orilla se había detenido, se extendía a lo largo de un monte alto una poda de dos años, cuyas cepedas ralas crecían como islotes de verdura en medio de los matorrales y las grandes hierbas amarillas. El boscoso terreno descendía en suave pendiente hacia el valle, viéndose en la llanura la aldea de Pont-Avesnes erigiéndose, por encima de los tejados rojos de las casas y en forma de embudo, el campanario de pizarra de su vieja iglesia. A la derecha, estaba el castillo, rodeado de amplios fosos secos en los que se habían plantado árboles frutales. El Avesnes, una cinta de agua que los habitantes llamaban ambiciosamente «el río», brillaba como una raya de plata entre los achaparrados sauces que inclinaban su ramaje sobre las orillas. Más lejos, la fábrica, arrojaba una roja humareda, que barría el viento, por las chimeneas de sus altos hornos, extendiendo sus negras murallas en lo bajo de la colina, cuya base de roca estaba agujereada con amplias bocas que servían para la extracción del mineral. Por encima de estas excavaciones verdeaban las viñas, que producían un vinillo blanco con sabor a pedernal y que corrientemente se vende con el nombre de Mosela. El cielo, de un azul pálido, estaba inundado de luz, y la bruma, transparente como un tenue velo, flotaba en las alturas. Una paz profunda se extendía sobre tan risueño paisaje, y la atmósfera era tan pura que el ensordecedor ruido de los martillos de la forja trepaba hacia arriba, desde el valle hasta el bosque.

Dominado por la calma que le envolvía, el joven cazador permanecía inmóvil. Poco a poco el paisaje había dejado de atraer su interés. Un hondo sentimiento de bienestar le invadía y sus ideas se perdían en un delicioso vagar. Y continuó sonriendo a su imaginación, que vagabundeaba por los lejanos recuerdos. El sol, girando en su recorrido, doraba las enrojecidas copas del alto monte; un calor pesado ascendía de los matorrales y parecía que el silencio del bosque fuese a cada instante más poderoso.

Fue sacado bruscamente de su meditación. Un frío hocico acababa de posarse sobre sus rodillas y dos ojos, cuya mirada era casi humana, le dirigían una muda súplica.

—Bah... —dijo el joven—. ¿Te aburres, mi buen amigo? No te impacientes, ahora nos iremos.

Y se levantó exhalando un suspiro, colgóse el morral en bandolera, se puso la escopeta bajo el brazo y luego, atravesando el camino, saltó una zanja y se metió en la poda.

El perro marrón ya husmeaba entre los matorrales, y de pronto se detuvo junto a un zarzal, una pata levantada, el cuello encogido, inmóvil como

si se hubiese convertido en piedra. Agitaba el rabo débilmente y con los ojos parecía que llamase a su dueño, quien en el acto avanzó algunos pasos, al mismo tiempo que, saliendo de su madriguera, saltó una hermosa liebre que huyó como una bala enseñando su rubia pelambre. El joven levantó el arma y disparó con precipitación. Cuando se disipó el humo del fogonazo vio sin mucho asombro pero irritado, que la liebre desaparecía por el matorral.

—Otra que se me escapa —murmuró.

Y volviéndose hacia el podenco, que le esperaba con gesto resignado, añadió:

—Qué desgracia, ¿verdad? ¡Con lo bien que la levantaste!

En el mismo instante retumbó un disparo de escopeta en la espesura, a unos cien metros del joven cazador. Y luego de un minuto de silencio, se oyó un ruido de pasos, el ramaje se apartó y apareció en la linde del bosque un vigoroso moretón, vestido con una cazadora de tela azul, botas enterizas y un viejo sombrero. En una mano llevaba la escopeta y en la otra, cogida por las patas traseras, la liebre que acababa de escapar tan rápidamente de su escondite.

—Parece que ha sido usted más afortunado que yo —dijo sonriendo el joven cazador, dirigiéndose al recién llegado.

—Ah... ¿Ha sido usted quien ha disparado, señor? —dijo el hombre de la cazadora.

—Sí, y muy mal, porque esa pieza me ha salido por entre las piernas y le he disparado a veinte metros.

—En efecto, no ha sido certero —observó el de la cazadora, con ironía—. Pero, ¿cómo es, señor, que caza usted en esta parte del bosque?

—Pues cazo —dijo el joven con cierto asombro— porque tengo derecho.

—No lo creo; estos bosques pertenecen al señor Derblay, que no permite que nadie ponga los pies aquí.

—Ah... ¿El dueño de la fundición de Pont-Avesnes? —preguntó con cierta altivez el joven—. Si estoy en sus tierras, es sin saberlo, y lo siento mucho. Me habré extraviado. ¿Acaso es usted el guarda del señor Derblay?

—¿Y usted quién es? —dijo el hombre de la cazadora, sin responder a la pregunta que le hacían.

—Soy el marqués de Beaulieu, y le ruego que crea que no tengo la costumbre de cazar en vedado.

Ante estas palabras, el hombre de la cazadora se sonrojó y dijo, inclinándose con deferencia:

—Quiera disculparme, señor marqués; si hubiese sabido con quién hablaba, no me habría atrevido a abordarle y pedirle explicaciones. Continúe su caza, se lo ruego, y soy yo quien se retira.

Mientras su interlocutor hablaba, el joven marqués lo observaba atentamente. Bajo su rústico aspecto había buenos modales. Su rostro, encuadrado en una barba negra, era bello e inteligente. Sus manos eran finas y estaban cuidadas. Además, la escopeta que llevaba era de una sorprendente sencillez, como sólo sabían hacerlas los armeros ingleses.

—Le doy las gracias —repuso fríamente el marqués—, pero no tengo el honor de conocer al señor Derblay. Sé únicamente que es un vecino incómodo con quien estamos en malas relaciones. No dispararé un tiro más en sus tierras. Estoy en Beaulieu desde ayer. Conozco mal el terreno, y mi afición a la caza me ha llevado fuera de nuestros límites, pero ya no volverá a suceder.

—Como usted guste, señor marqués —respondió amablemente el hombre de la cazadora—. El señor Derblay, y eso se lo puedo asegurar, se sentiría muy

dichoso pudiéndole demostrar que si es un vecino molesto, lo es muy a pesar suyo. Ha hecho pasar por los dominios de Beaulieu un ferrocarril minero, pero esté usted seguro de que lamenta la usurpación y que está dispuesto a indemnizarle como usted convenga. Los linderos entre vecinos son a veces inciertos —añadió sonriendo—. Usted mismo acaba de experimentarlo. No juzgue, pues, al señor Derblay sin conocerlo. Seguramente lamentaría más tarde su severo juicio.

—¿Es usted amigo del dueño de la fundición? o uno de sus empleados, pues pone mucho calor en defenderlo.

—Lo que es muy natural; puede creerlo, señor marqués.

Y cambiando bruscamente de tema, añadió:

—Pero me parece que no ha sido usted muy afortunado ni en Beaulieu ni en Pont-Avesnes. El señor Derblay tiene a orgullo su caza, y sentiría que pudiera decirse que ha salido de sus tierras sin llevarse nada. Tenga la bondad de aceptar esta liebre que usted ha levantado, y una a la liebre estas cuatro perdices.

—No puedo aceptar —respondió con viveza el marqués—. Guárdese las, se lo ruego; me disgustará insistiendo.

—Pues a riesgo de disgustarle, insisto —repuso el hombre de la cazadora—. Dejo esta caza al borde de la zanja, y es usted libre de tomarla o dejarla. Eso irán ganando los zorros. Tengo el honor de saludarle, señor marqués.

E inmediatamente penetró en la espesura, alejándose a grandes zancadas.

—Oiga, señor —gritó el marqués.

Pero el cazador ya estaba fuera de su vista.

«Vaya una aventura más extraña —murmuró el joven—. ¿Qué hago ahora?»

Una inesperada intervención puso fin a sus vacilaciones. El podenco marrón se había dirigido a la zanja y, cogiendo con precaución una perdiz, se la llevó a su amo. El marqués se echó a reír, y, acariciando al perro, murmuró:

—Por lo visto tú no quieres que volvamos con el zurrón vacío.

Y luego de meter en el zurrón la liebre y las cuatro perdices, con paso un poco lento debido a la inesperada carga el joven reemprendió el camino de su morada.

El castillo de Beaulieu es un edificio estilo Luis XIII, compuesto de un cuerpo principal y dos alas. Fue construido en piedra blanca con picadas de ladrillo. Los tejados puntiagudos de las alas estaban terminados en altas y nobles chimeneas esculpidas. Una amplia terraza de quinientos metros de longitud, bordeada de una balaustrada de arenisca roja, se abría frente al castillo, teniendo un bello parterre. Se bajaba por una escalinata de ocho peldaños, cuyo interior era una gruta. Guirnaldas de flores a lo largo del pasamanos en hierro labrado, ofreciendo a la mano del que se apoyaba en él un aroma silvestre.

Esta terraza, orientada al mediodía, al final del otoño es un lugar delicioso de paseo. La vista es encantadora. El castillo, situado sobre la colina que da cara a los viñedos y a las canteras de Pont-Avesnes, está rodeado de un parque de treinta hectáreas, que descienden en suave pendiente hacia el valle. La fundición del señor Derblay ha estropeado un poco la belleza del paisaje y turba el recogimiento de la campiña; sin embargo, tal como está, la morada aún es de las más envidiables.

No obstante, ha estado desierta durante muchos años. El marqués de Beaulieu, padre del joven cazador, habiéndose encontrado a los veinte años, hacia el 1845, dueño de una soberbia fortuna, empezó a llevar una vida fastuosa en París. Sin embargo, acudía todos los años a pasar tres

meses en Beaulieu, durante el tiempo de caza. Por aquel entonces toda la aristocracia de la comarca estaba en fiestas. Y la prodigalidad del castellano enriquecía a la región para todo el invierno.

Cuando estalló la Revolución de 1848, los viñadores de Pont-Avesnes, electrizados por las prédicas socialistas de algunos agitadores, se obstinaron en recompensar la generosa ayuda del marqués saqueando su castillo.

Armados de escopetas, de hoces y de horcas bajo los pliegues de la bandera roja, subieron a Beaulieu gritando La Marsellesa. Derribaron las verjas, que el portero se negaba obstinadamente a abrir, y desparramándose por el castillo se dedicaron a saquear, destrozando lo que no podían llevarse. El más descarado de la partida, al encontrar la entrada de la bodega, los llevó del robo a la francachela. Los vinos del marqués eran escogidos y los viñadores los apreciaron como gente entendida. La embriaguez les dio ánimos para volver a las violencias, y se dispersaron por los invernaderos, que estaban atendidos con un cuidado maravilloso, y los brutos pisotearon las flores y destrozaron todas las macetas.

Una admirable Flora de Pradier se levantaba en el centro de un macizo de verdura, sobre un zócalo, al pie del cual murmuraba una cascada que vertía en un pilón de piedra. Un energúmeno iba a acuchillar con su hoz la magnífica estatua cuando el más borracho acometido por un repentino acceso de sensibilidad, se cuadró delante de la obra maestra, declarando que era amigo de las artes y que clavaría su horquilla en el vientre del primero que tocase la estatua. Se salvó Flora.

Entonces, para desquitarse, los pontavesneses pensaron en plantar un árbol de la libertad, y arrancaron del parque un álamo joven, adornándolo con cintas rojas, y rugiendo de alegría lo plantaron en medio de la terraza.

Luego bajaron hacia el pueblo y continuaron su orgía revolucionaria, berreando hasta la noche. A la mañana siguiente llegaba a Pont-Avesnes un destacamento de gendarmes y el orden se restableció sin dificultades. Al enterarse de aquella barbaridad, el marqués lo tomó riéndose. Habiendo colmado a los pontavesneses de tantos beneficios, le parecía natural que trataran de pagárselo ruinmente. Pero lo que le sacó de sus casillas fue el relato de la plantación del árbol de la libertad en medio de la terraza.

La broma le pareció que pasaba de la raya, y envió a su jardinero la orden de que arrancase el álamo joven, lo serrase en pedazos del tamaño conveniente y se los mandase a París para su calefacción particular. Mandó quinientos francos al borracho amigo de las obras de arte, e hizo saber a los pontavesneses que, para vengarse de su pequeña farsa revolucionaria, no volvería a poner los pies en Beaulieu.

El pueblo, para el que la cuarentena equivalía a una pérdida de casi veinte mil francos anuales, trató de hacer las paces con su amo, e incluso ensayó el envío de una petición firmada por el Consejo Municipal. Fue inútil. El marqués no perdonó el árbol de la libertad, y el castillo de Beaulieu permaneció cerrado.

La verdad es que las seducciones de la vida parisiense también pusieron un poquito de su parte en la resolución tomada por el marqués. El club, los teatros, el deporte y los amoríos le mantuvieron más alejado de Beaulieu que su mismo rencor contra los campesinos. No obstante, al cabo de algunos años de aquella vida de agitaciones y placeres, el marqués se

sintió muy cansado de sus locuras, y, aprovechando una hora de juicio, contrajo matrimonio.

Su joven esposa, hija del duque de Bligny, tenía un alma tierna y un espíritu sosegado. Adoraba al marqués y supo cerrar los ojos ante sus debilidades. Él era uno de esos ejemplares pródigos para quienes el placer es la misma esencia de la vida y que siempre tienen la mano y el corazón abiertos; no sabía negarse al menor capricho de su esposa, pero era capaz de hacerla morir de melancolía, sin perjuicio de después llorarla amargamente. Cuando la marquesa le reñía maternalmente al día siguiente de haber cometido una locura demasiado notoria, él le besaba las manos con lágrimas en los ojos y le decía: «Eres una santa». Y al otro día volvía a las andadas.

La luna de miel de los jóvenes esposos había durado tres años. Era mucha honestidad para un hombre como el marqués, de cuyo matrimonio habían nacido dos hijos, Octavio y Clara, que crecieron educados por su madre. El heredero prometía ser un hombre útil. La muchacha era delicada, para que fuese el encanto de la existencia de aquel a quien ella amase. Singularidades de la creación: el hijo era la viva imagen de su madre, dulce, tierno y alegre; la muchacha tenía el carácter impetuoso y ardiente de su padre. La educación pudo adormecer a la naturaleza, pero no la cambió en nada. A medida que pasaban los años, Octavio se volvía el amable muchacho que prometía ser, y Clara fue la soberbia y altiva joven que en su infancia anunciaba.

Mientras tanto, un compañero les llegó inmediatamente, traído por la desgracia y el duelo. El duque de Bligny, que siendo muy joven había quedado viudo con un hijo pequeño, murió inesperadamente sobre el césped de un hipódromo, con los riñones destrozados por su caballo. Éste hijo de valientes, muerto como un jockey, dejó muy poca fortuna, y a su hijo Gastón, al salir del funeral con traje negro lo llevaron a casa de su tía la marquesa, de donde ya no salió.

Tratado como un tercer hijo, creció al lado de Octavio y de Clara. Mayor que ellos, llevaba en sí el porte y la elegancia de una raza refinada. Había vivido en el abandono de su padre, cuya vida de disipación se prestaba poco a los cuidados de una vigilancia continua. Tan pronto en manos de criados que lo mezclaban en sus plebeyas intrigas, como arrastrado por el duque a sus alegres excesos e indispuerto por la alimentación irritante de los restaurantes, la inocencia de ése niño, entre los descaros de los lacayos y las veleidades de su padre, había estado sometida a duras pruebas.

Cuando fue conducido al hotel de Beaulieu estaba físicamente enfermizo, triste y ligeramente abatido, pero en la atmósfera depurada de la vida en familia volvió a encontrar las gracias y la vivacidad de la juventud. A los diecinueve años, concluidos sus estudios, prometía ser un caballero encantador y muy distinguido. Fue en esta época cuando se dio cuenta de que su prima Clara, cuatro años más joven que él, ya no era una chiquilla.

Una transformación repentina se había operado en ella. Como una hermosa mariposa que sale de su crisálida, Clara acababa de mostrarse con todo el esplendor de su radiante naturaleza. Sus negros ojos brillaban con suavidad angelical, y su cuerpo, maravillosamente desarrollado, tenía una singular elegancia. Gastón la adoró locamente. Aquello fue como un trallazo. Y durante dos años guardó su secreto en lo más hondo de su corazón.

Una gran desdicha fue la causa de que hablase. Con el dolor, las confesiones salen más fácilmente del corazón. El marqués de Beaulieu murió repentinamente. Éste vividor desapareció discretamente de la vida, a la inglesa. No estuvo enfermo, sólo dejó de vivir. Lo encontraron tendido en su gabinete de trabajo. Había querido hojear el legajo de un proceso que seguía contra unos colaterales de Inglaterra, y aquel trabajo inusitado tuvo consecuencias fatales.

Los médicos, que lo quieren determinar todo con precisión y no admiten que se prescinda de su criterio, incluso para morir, declararon que el marqués había sucumbido por la rotura de una aneurisma. Los amigos del club menearon la cabeza y se dijeron que el excelente Beaulieu había acabado como Morny, gastado y consumido por una vida de placeres. Lo cierto era que no podía llevarse impunemente la existencia que el marqués llevaba desde hacía veinticinco años.

Los más sagaces pensaron que la revelación hecha a éste infatigable derrochador por su hombre de negocios, anunciándole que su capital había sido devorado hasta el último céntimo le mató más que si le hubiesen metido una bala en el corazón.

La familia del marqués no se preocupó en indagar las causas de aquella repentina muerte; no pensó más que en llorar, porque el señor de Beaulieu era querido y respetado como si hubiese sido un esposo y un padre modelo. Calladamente la marquesa puso la casa de luto y le dedicó a aquel que había adorado, a pesar de sus faltas, y que lloraba amargamente, unas honras fúnebres dignas de un príncipe. Octavio, desde ahora marqués de Beaulieu, y el duque de Bligny, su hermano adoptivo, presidieron el duelo rodeados de la más rancia nobleza de Francia. Y por la tarde, cuando regresaron al hotel sombrío y silencioso, encontraron a la marquesa y a Clara vestidas de luto, que les esperaban para consolarlos y agradecerles la penosa tarea que acababan de realizar. Luego, la marquesa se encerró en su cuarto con su hijo para hablarle del futuro, y Gastón se fue con Clara al jardín.

La sombra descendía sobre los grandes árboles. Era un hermoso atardecer de verano y el aire estaba cuajado del perfume de las flores. Los dos jóvenes caminaban, despacio y sin hablar, alrededor del césped. Cada uno seguía con sus pensamientos. De común acuerdo se detuvieron y se sentaron en un banco de piedra. Un chorro de agua cantaba en el estanque de mármol que había a sus pies, y su monótono murmullo acunaba su ensoñación.

Repentinamente, Gastón rompió el silencio, y hablando rápido, como quien se ha contenido mucho tiempo, expuso a Clara, con una profunda sensibilidad, su desconsuelo por haber perdido al hombre que le había hecho de padre. La suya era una emoción imposible de contener. Sus nervios habían estado cruelmente tensos durante el día, y su debilidad se tradujo en una suerte de desfallecimiento. Y a pesar suyo, al no poder evitar las lágrimas, empezó a sollozar.

Luego, dejando caer su cabeza aturdida en las manos ardientes de Clara, exclamó:

—Nunca olvidaré lo que los tuyos han sido para mí. Ocurra lo que ocurra en mi vida, me encontrarás siempre junto a ti. ¡Te amo tanto! —repetía a través de sus sollozos—. ¡Te amo! ¡Te amo!

Clara levantó suavemente la cabeza de Gastón, sonrojado y casi avergonzado de su flaqueza, y, mirándole profundamente, le dijo con una dulce sonrisa:

—Yo también te amo.

Gastón, en un arrebató, exclamó:

-¡Clara!

La muchacha le puso las manos sobre los labios, y, con la solemnidad de un compromiso, rozó con un beso la frente del joven duque. Luego se levantaron, y apoyados uno en el otro, reemprendieron lentamente en silencio su paseo alrededor del césped. No pensaban decirse nada más; les bastaba con que hablaran sus corazones.

Al día siguiente, Octavio de Beaulieu empezó su carrera de derecho y Gastón entró en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El Gobierno republicano buscaba por entonces atraerse los más ilustres nombres de la aristocracia para tranquilizar a Europa, que veía con ojos inquietos a la triunfante democracia. El joven duque fue agregado al gabinete del señor Decazes y parecía destinado a un brillante porvenir diplomático.

Muy metido en sociedad había producido sensación por su elegancia, por la gracia de su rostro y el encanto de su conversación. Solicitado por las madres de hijas casaderas, se mostraba indiferente a toda suerte de insinuaciones. Sus ojos estaban cerrados a todo lo que no fuese Clara. Y sus mejores veladas eran aquellas que pasaba en el saloncito de su tía, contemplando a su prima, que trabajaba con la cabeza inclinada sobre su bordado. La luz sacaba destellos de los rizos sueltos que se enroscaban sobre su redonda nuca, y Gastón permanecía silencioso y recogido, devorando con la mirada aquellos cabellos de oro que hubiese querido besar devotamente. A las diez se despedía de la marquesa, estrechaba efusivamente la mano de Clara y se iba a las reuniones sociales, bailando hasta la madrugada.

En verano, la casa se trasladaba a Normandía, en una propiedad de la marquesa, porque, fiel al rencor de su marido, ella no había vuelto a Beaulieu. Allí, Gastón era completamente dichoso: recorría los bosques a caballo en compañía de Octavio y Clara, se embriagaba de aire puro mientras la marquesa revisaba los archivos de la familia para encontrar nuevos documentos relacionados con el proceso de Inglaterra.

Se trataba de una cantidad considerable legada al señor de Beaulieu por testamento, Los parientes ingleses habían impugnado el legado, y los abogados de ambas partes, metidos en la causa como ratones en un queso, se enriquecían haciendo durar las hostilidades. El pleito que el marqués había empezado por amor propio, su viuda lo continuaba por interés, porque la fortuna del señor de Beaulieu había quedado gravemente comprometida con sus locuras, y la herencia de Inglaterra representaba el más claro patrimonio de los dos hijos. La fortuna personal de la marquesa era buena y sólida, pero sólo alcanzaba para los gastos muy costosos de la vida en familia. La señora de Beaulieu, pues, se había vuelto pleiteadora, aunque las disputas le causasen horror, para defender la fortuna de Clara y de Octavio. Y sumergida en el papeleo, en correspondencia continua con los hombres de leyes, llegó a ser muy entendida en el código de procedimiento.

Tenía una confianza absoluta en el éxito del litigio. Los suyos fortalecían su seguridad y Clara consideraba que aportaría dos millones al que fuese lo bastante afortunado para agradarle. Había sido pedida en matrimonio por pretendientes de noble alcurnia y de gran fortuna, a quienes había rechazado. La marquesa, inquieta, había discutido con ella, y Clara, sin vacilar, informó a su madre que se había prometido al duque de Bligny.

La señora de Beaulieu no quedó muy satisfecha con éste compromiso. Además de tener ideas muy firmes acerca de los matrimonios entre primos, juzgaba a Gastón como un ejemplar incómodo. Le veía superficial, apasionado e

inconstante, muy capaz de amar ardientemente, pero incapaz de amar con fidelidad. Sin embargo, no quiso ejercer influencia alguna sobre su hija. Conocía el carácter extrañamente firme de Clara y sabía que nada podría decidirla a romper un compromiso libremente contraído. Además, en el fondo de su alma, a la marquesa le halagaba una alianza que metía en su familia el prestigioso nombre de Bligny, que ella había abandonado al casarse. Así, pues, acogió bien a su sobrino, y no pudiendo tratarlo mejor de lo que había hecho hasta entonces, continuó viendo en él a un verdadero hijo.

Mientras tanto, el duque fue nombrado secretario de la Embajada en San Petersburgo. De común acuerdo, se resolvió celebrar el matrimonio en el primer permiso que el joven diplomático obtuviese. Esta primera licencia fue concedida al cabo de seis meses. Gastón llegó a París, pero sólo por ocho días. Estaba encargado de una misión confidencial que el embajador no había querido confiar al azar de los despachos cifrados.

¡Ocho días! ¿Podía, en conciencia, casarse en ocho días? Ni siquiera había tiempo suficiente para que las amonestaciones se publicasen convenientemente. El joven duque estuvo cariñoso con Clara, pero con una nota de ligereza que contrastaba con su ternura de otros tiempos. Después de su marcha, Gastón había frecuentado la sociedad rusa, la más corrompida del mundo, y volvía con ideas muy particulares acerca del amor. Incluso su expresión se había modificado como los sentimientos de su corazón. Sus facciones se habían acentuado y endurecido. Tenía como una huella de disipación en la frente, antes tan pura. Clara no lo percibió, o no quiso ver sus cambios. Ella profesaba al duque una ternura inalterable; además, confiaba en el caballero, y esperaba. Las cartas de Gastón, en un principio trementes, empezaron a escasear, aunque siempre contenían apasionadas protestas. Sufrió cruelmente al dolerse ella por los retrasos puestos a su dicha, pero no hablaba nunca de regresar. Y así transcurrieron dos años.

A petición de su hija, la señora de Beaulieu cerró sus salones durante aquellos dos inviernos. La prometida quería vivir retirada para cortar las solicitudes de los pretendientes, que no se desanimaban. Octavio proseguía su carrera y la marquesa se ocupaba, cada vez más, de los papelotes de su interminable pleito.

Cuando llegó la primavera, por uno de esos caprichos que le eran familiares, Clara quiso ir a visitar aquella tierra de Beaulieu, que en vida de su padre le habían prohibido. La marquesa, incapaz de oponerse a los deseos de su hija, y juzgando saludable distraerla, consintió en aquel desplazamiento.

Y así fue cómo en una bella jornada de octubre, al joven marqués, que acababa de licenciarse, lo encontraron con la escopeta al hombro, seguido de su podenco marrón, en los bosques del señor Derblay.

CAPITULO II

A la hora en que el joven marqués regresaba con la pesada carga al castillo, la señora de Beaulieu y Clara, sentadas en el gran salón, disfrutaban del atardecer de aquel hermoso día. Por los amplios balcones abiertos sobre el pórtico entraba el sol a raudales, haciendo rutilar el oro viejo de los marcos entre los anchos bordes de los cuales se erigían los antepasados, sonrientes o serios, con sus trajes de ceremonia. EL mobiliario Luis XVI, en madera tallada pintada de blanco y realzada con filetes verdemar, estaba recubierto con un tapiz cuyo bordado representaba las metamorfosis de Ovidio. Un ancho biombo forrado de terciopelo de Génova rodeaba la amplia poltrona donde estaba sentada la marquesa, haciendo con gran afición gorritos de lana para los chiquillos del pueblo.

Por entonces, la señora de Beaulieu tenía más de cuarenta años, y su grave y simpático rostro estaba coronado por una cabellera casi blanca que le daba un aspecto muy noble. Sus negros ojos llenos de melancolía, aún parecían húmedos por las lágrimas que habían derramado. Delgada y débil, la marquesa era de salud delicada y tomaba toda clase de precauciones. En esta cálida jornada se había echado un gran chal sobre las rodillas, protegiendo contra el aire sus pequeños pies que por una persistente coquetería calzaba con chinelas de raso negro.

Hundida en una butaca, la cabeza abandonada en el respaldo de tapicería y los brazos caídos, Clara, con la mirada perdida en el vacío, miraba, sin verlo, el admirable horizonte que se abría ante ella. Desde hacía una hora estaba allí, inmóvil, silenciosa, envuelta en una franja de sol que hacía resplandecer sus rubios cabellos como una aureola de virgen.

Desde hacía unos instantes, la marquesa contemplaba a su hija con inquietud. Una triste sonrisa había errado por sus labios, y para atraer la atención de Clara, removió la canastilla que contenía los ovillos de lana, acompañando el movimiento con una significativa tosecilla, pero la joven, insensible a aquellas indirectas llamadas, permaneció quieta, abstraída en sus pensamientos con una tenacidad implacable. Contrariada, la marquesa puso entonces su labor sobre la mesita, se incorporó y dijo, con un ligero tono de censura:

—Clara... Clara...

La señorita de Beaulieu cerró los ojos un instante, como para despedirse de su ensoñación, y, sin mover la cabeza, levantó hasta los brazos de la butaca sus bellas y blancas manos.

—¿Madre?

—¿En qué piensas?

Clara permaneció un instante silenciosa. Una arruga apareció en su frente; luego, haciendo un esfuerzo y con acento sereno, dijo:

—No pienso en nada, mamá. Éste aire tibio me había adormecido. ¿Por qué me has llamado?

—Para que me hables —dijo la marquesa, en tono de afectuoso reproche—, para que no te quedes así, muda y absorta.

Siguió un breve silencio. Clara había vuelto a su postura de abandono. La marquesa, inclinada hacia delante, se quitó el chal, sin preocuparse del aire frío. La señorita de Beaulieu se volvió lentamente hacia su madre y le mostró su hermoso semblante entristecido. Y como si continuase en voz alta, el curso de los pensamientos que la preocupaban en silencio, dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que no hemos recibido carta de San Petersburgo?

La marquesa meneó la cabeza como si se dijese: «Ya sabía lo que te preocupaba». Y con voz que trató de que fuese tranquila, dijo:

—Hará unos dos meses, aproximadamente.

—Dos meses —repitió Clara, con un doloroso suspiro.

Esta vez la marquesa no dominó su impaciencia y se levantó bruscamente, fue a sentarse cerca de la ventana, frente a su hija y, cogiéndola de la mano, le preguntó:

—¿Por qué piensas continuamente en eso y te atormentas el alma?

—¿En qué quieres que piense sino en mi prometido? —dijo Clara, con amargura—. ¿Y cómo no atormentarme el alma, como tú dices, para encontrar los motivos de su silencio?

—Confieso que es difícil explicarlo —repuso la marquesa—. El duque de Bligny, mi sobrino, después de pasar ocho días con nosotros el año pasado, volvió a San Petersburgo prometiéndome regresar a París durante el invierno. Primero escribió diciendo que le retenían en su puesto unas complicaciones políticas. Luego pretextó que, concluido el invierno, esperaba el verano para regresar a Francia. Ha llegado el verano, pero no el duque. Ya estamos en otoño, y Gastón ni siquiera pone pretextos. Ni se toma la molestia de escribirnos. Admitamos que no es más que indolencia. ¡Pero es demasiado! Hija mía, todo degenera; hasta los mismos hombres de nuestra sociedad no saben ser corteses.

Y la marquesa irguió su blanca cabeza, que le daba un parecido con las grandes damas empolvadas que sonreían alrededor del salón, en sus bellos cuadros de retratos de familia.

—¿Y si está enfermo? —aventuró Clara, dispuesta a defender al que amaba—. ¿Y si no tiene posibilidad de enviar noticias?

—Eso es inadmisibile —replicó sin piedad la marquesa—. Nos hubiesen avisado de la Embajada. Estoy segura de que se encuentra perfectamente sano, que está alegre y satisfecho, y que durante el invierno ha dirigido el cotillón entre la alta sociedad de San Petersburgo.

Una crispación nerviosa alteró el semblante de Clara. Palideció como si toda la sangre de sus venas se le hubiese agolpado en el corazón, y luego, forzando una sonrisa, dijo:

—Me prometió venir a pasar el invierno en París ; me hacía una ilusión tan grande verme con él entre nuestra sociedad. Me hubiera enorgullecido con sus éxitos, y tal vez él se diese cuenta de los míos. Hay que reconocer mamá, que no es celoso. Sin embargo, hay motivos para que lo fuese. Adonde quiera que vayamos, siempre soy muy obsequiada. Aquí mismo, en éste desierto de Beaulieu, ni siquiera me faltan adoradores, y hasta nuestro vecino, el dueño de la fundición, se atreve.

—¿El señor Derblay?

—El señor Derblay, sí mamá. El domingo, en misa, no notaste porque eres muy piadosa, pero mientras yo leía mis oraciones a tu lado, sin saber por qué empecé a sentirme molesta. Una fuerza más poderosa que mi voluntad atraía mi atención. A pesar mío, me volví y levanté los ojos, y en la sombra de una capilla distinguí al señor Derblay inclinado.

—Rezará.

—No, mamá; me miraba. Nuestras miradas se encontraron, y leí en sus ojos como una muda invocación. Bajé la cabeza y me esforcé en no mirar hacia su lado. A la salida lo encontré bajo el pórtico, esperando. No se atrevió a ofrecermé agua bendita, pero se inclinó profundamente cuando pasamos, y sentí cómo me seguía con la mirada. Al parecer, fue la primera vez que se le vio en misa éste año.

La marquesa se levantó y volvió a su poltrona, en la cual se arrellanó.

—Quizá le valga al caballere te para la salvación de su alma. En vez de ponerte ojos blancos, debería indemnizarnos por las molestias que nos ha producido en nuestros límites. Lo encuentro bastante gracioso con sus mudas invocaciones. Es preciso que estés muy aburrida para que te ocupes de los suspiros de ése herrero, que nos dejará sordas una de estas mañanas con sus martillazos.

—Mamá, los homenajes del señor Derblay son respetuosos y no tengo motivos para ofenderme. Te hablo del dueño de la fundición porque es uno más en el número de mis enamorados. Suele decirse que el corazón de la mujer es voluble. El duque no está aquí para defender su bien. Y yo, en el papel de Penélope, esperando perpetuamente el regreso del que no llega, puedo acabar por cansarme. Gastón debería pensar en esto, pero es seguro que no lo piensa. Y yo sigo aquí, sola, paciente y fiel.

—Y estás bien equivocada —repuso la marquesa, con viveza—. Si yo estuviese en tu lugar...

—No, mamá —interrumpió la señorita de Beaulieu con firmeza—. No estoy equivocada, y no hay mérito alguno en lo que hago porque amo al duque de Bligny.

—¿Tú le amas? —replicó la marquesa, sin poder disimular su irritación—. ¡Qué exagerada eres siempre! Convertir una amistad de infancia en un amor profundo, un lazo de parentesco en una cadena indestructible... Gastón y tú habéis crecido juntos. Tú te has creído que esa comunidad de existencia debía perpetuarse y que podrías ser dichosa con él duque... Eso, hija mía, son locuras.

—¡Mamá! —exclamó Clara.

Pero la marquesa se había lanzado, y la ocasión que se le presentaba para desahogarse era demasiado buena para que la dejase escapar.

—Te has forjado grandes ilusiones respecto al duque, que es ligero y frívolo. Tú sabes que está habituado a la independencia y no se podrá corregir. Sospecho que tendrás muchas decepciones en el futuro...

¿Quieres que te diga lo que pienso? Veré con mucha inquietud ése matrimonio.

Clara se irguió. Un rubor ardiente tifió sus mejillas. Las dos mujeres se miraron un instante sin hablar. Parecía como si la primera palabra que pronunciasen hubiera de tener una gravedad excepcional. La señorita de Beaulieu no pudo contenerse, y con voz temblorosa, dijo:

—Madre, es la primera vez que me hablas de ése modo. Parece como si pretendieses prepararme para una mala noticia. ¿La ausencia del duque obedece a motivos serios que tú estás ocultándome? ¿Acaso has averiguado...?

La marquesa tuvo miedo al ver la fuerte emoción de su hija, y mejor que en ninguna ocasión, comprendió cuan profundo era el afecto de Clara. Vio que se había precipitado, y, retrocediendo rápidamente, contestó:

—No, hija mía; no sé nada. No me han dicho nada pero un silencio tan prolongado me asombra. Verdaderamente, creo que Gastón exagera un poco la diplomacia.

Clara se tranquilizó. Atribuyó la salida de su madre a una inquietud que consideró legítima. Y esforzándose en recuperar su serenidad, dijo:

—Vamos, mamá, ten un poco de paciencia. Estoy segura de que el duque se acuerda de nosotras. Y desde San Petersburgo nos dará una sorpresa llegando sin que le esperemos.

—Eso deseo, hija mía, puesto que así lo quieres. De todas maneras, mi sobrino Prefont y su esposa llegarán hoy de París, y tal vez estén mejor informados que nosotros.

—Mira, ahí está Octavio, que entra en la terraza con maese Bachelin —dijo con viveza la señorita de Beaulieu, levantándose en seguida y deseando poner término a tan penosa conversación.

La joven salió del salón, como si fuera a respirar al aire libre. Tenía entonces veintidós años y estaba en todo el esplendor de su belleza. En su porte había una elegancia exquisita. Y los brazos, maravillosamente unidos a unos hombros soberbios, terminaban en unas manos de reina. Sus cabellos de oro, recogidos en lo alto de la cabeza, dejaban ver una nuca redonda de una blancura sonrosada. Ligeramente inclinada hacia delante, las manos apoyadas en la balaustrada de hierro de la escalinata y deshojando maquinalmente una de las flores trepadoras que se enroscaban en el pasamanos, se mostraba como la viva encarnación de la juventud, con toda su gracia y su vigor.

La señora de Beaulieu la contempló un instante con verdadera admiración. Luego movió silenciosamente la cabeza y exhaló un último suspiro. Los pasos de los dos recién llegados hacían crujir la arena de la terraza y sus voces llegaban confusamente hasta ella.

Maese Bachelin era un hombrecillo de unos sesenta años, regordete debido a la forzada inactividad de su trabajo de oficina. El rostro, muy rojo bajo sus cabellos blancos, escrupulosamente afeitado; vestido de negro, con una especie de manguitos cayendo sobre sus manos, era el clásico tipo de escribano del antiguo régimen. Profundamente adicto a sus nobles clientes, diciendo «la señora marquesa» con una unción de devoto, defendía los intereses de la familia Beaulieu por derecho de herencia. Los Bachelin eran, de nacimiento, notarios de los señores de la región. Y el último de aquellos respetables oficiales públicos se enorgullecía de tener en su estudio escrituras que se remontaban a Luis XI, en las que se hacía alarde de la firma ruda y feudal del marqués Honorato Onfroy, Santiago, Octavio y la rúbrica, orlada de lazos amorosos de maese José Antonio Bachelin, notario real.

El regreso de los señores de Beaulieu a su castillo había causado una profunda alegría al excelente hombre. Para él, aquello constituía una vuelta a la gracia. Había sentido mucho la ausencia de sus nobles clientes, y teniéndolos al fin en aquel hermoso país, esperaba verles reemprender la costumbre de acudir a pasar allí los veranos. Deseoso de que apreciaran sus conocimientos, se había puesto a disposición de la señora de Beaulieu para desembrollar los hilos del pleito con Inglaterra. Y desde hacía seis semanas sostenía con el abogado una correspondencia activa que había avivado el litigio. En un mes y medio, maese Bachelin había hecho más que todos los consejos de la familia Beaulieu en diez años. Y a pesar de los malos pronósticos que el hábil hombre diera acerca de los resultados que se obtendrían, la marquesa estaba encantada con su aportación y estupefacta por su actividad. Había descubierto en él a uno de esos devotos servidores que son dignos de elevarse al rango de amigo, y como amigo lo trataba.

Maese Bachelin, al dirigirse al castillo, se encontró con el joven marqués en la verja del parque, y al verle tan cargado, le quitó a la fuerza la escopeta, que traía bajo su brazo izquierdo mientras apretaba bajo el derecho una voluminosa cartera de cuero negro llena de papeles. —¡Oh, mi pobre maese Bachelin, que casi no puede moverse! —le dijo alegremente Clara al notario, que subía precipitadamente los escalones del pórtico, tratando de quitarse el sombrero y esbozando ceremoniosos saludos.

—Sírvese aceptar mis más humildes respetos, señorita. Como usted ve, en éste momento reúno los atributos del derecho y de la fuerza. El código bajo un brazo y la escopeta bajo el otro. Pero la escopeta está bajo el izquierdo. Cedant arma togae! Perdón, sin duda no comprende el latín y estoy siendo pedante.

—Ese latín al menos, sí lo entiende mi hermana —dijo riendo el marqués—. Y usted es el mejor hombre del mundo. Ahora devuélvame mi escopeta. Gracias.

Y cogiendo su arma, Octavio subió la escalinata detrás del notario.

—Me parece que has tenido muy buena caza —dijo la señorita de Beaulieu, deteniendo a su hermano en el umbral del salón y sopesando el zurrón al quitárselo de los hombros.

—Seré modesto y no me adornaré con plumas de pavo real. Esta caza no la he matado yo.

—Pues, ¿quién ha sido?

—No lo sé exactamente. De veras —insistió el marqués, viendo a su hermana con un gesto de asombro—. Figúrate que me había extraviado en las tierras de Pont-Avesnes cuando me he encontrado con otro cazador que me ha hecho algunas observaciones y me ha preguntado quién soy en un tono bastante vivo y con muy rudos modales. Pero inmediatamente que ha sabido mi nombre, no sólo se ha vuelto conciliador, sino hasta amable, y me ha obligado a quedarme con lo que llevaba en el zurrón.

—Es un poco extraño —dijo la señorita de Beaulieu—. ¿Es que ése hombre ha querido burlarse de ti?

—No lo creo, pues parecía que quería serme muy agradable. Y una vez hecho el regalo, se marchó apresuradamente para evitar que lo rechazase.

—¿El señor marqués me permitirá que le haga una pregunta? —dijo maese Bachelin, que había escuchado el relato con atención.

—Hágala, mi querido notario.

—¿Cómo era ése cazador?

—Un mocetón muy moreno; llevaba un viejo sombrero de fieltro gris y una cazadora azul.

—Ah, eso está bien —dijo el notario, en voz baja—. Puedo decirle, señor marqués, quién es el misterioso autor del regalo. Se trata, sencillamente, del señor Derblay.

—¿El señor Derblay? ¿Metido en una cazadora de campesino y con un sombrero que envidiaría un contrabandista? Imposible.

—No olvide, señor marqués —repuso maese Bachelin, con una sonrisa—, que nosotros somos unos cazadores rústicos. Yo, que tengo la pretensión de presentarme en la vida ordinaria vestido decentemente, si usted me encontrase cazando en el bosque, le asustaría. Era el señor Derblay, puede estar seguro. Y si no le reconociese por el retrato que acaba de hacerme, y que es asombroso, el regalo que le ha hecho bastaría para que ya no dudase. Seguro que era él.

—¿Entonces sí que la he hecho buena! Al hablar de él, he dicho que es un vecino molesto... y muchas cosas desagradables. Tendré que ir a pedirle que me disculpe.

—No tendrá necesidad de molestarse, señor marqués, y si quiere anunciar mi visita a su señora madre, ante ella le daré a conocer algunos detalles que estoy seguro modificarán su opinión respecto al señor Derblay.

—Sinceramente, no deseo nada mejor —dijo Octavio, quitándose su atuendo de caza—. Ése dueño de la herrería tiene el aspecto de un amable compañero.

Mientras hablaba, el marqués había entrado en el salón, se acercó a la señora de Beaulieu, y, besándole respetuosamente la mano, le dijo:

—Maese Bachelin está aquí y desea verte, mamá.

—¿Por qué no entra? Hace diez minutos que os oigo charlar en el pórtico. ¿Cómo está, mi querido Bachelin?

Y mientras el notario se inclinó todo lo que le permitió su oronda cintura, preguntó la marquesa:

—¿Me trae buenas noticias?

El rostro de Bachelin cambió de expresión; se convirtió de risueño en serio y preocupado. Eludiendo la pregunta que su noble cliente le hacía, el notario respondió :

—Le traigo noticias; sí, señora marquesa.

Y como si tuviera prisa en ocuparse de otros asuntos, añadió:

—He ido esta mañana a Pont-Avesnes y he visto al señor Derblay. Todas las divergencias que existían entre usted y él, respecto a los límites comunes, están resueltas. Mi honorable amigo acepta las condiciones que usted quiera fijar. Se siente muy dichoso sometiéndose a su discreción.

—Pues si es así, no tenemos condiciones que dictar —dijo la señora de Beaulieu, con cierto embarazo—. Desde el momento en que no hay lucha, no existe vencedor ni vencido. El asunto quedará sometido a su arbitraje, mi querido Bachelin. Y todo lo que usted haga estará bien hecho.

—Esa es una resolución que me encanta, y me felicito por ver restablecida la paz entre la fundición y el castillo. Ya no queda más que firmar los preliminares. Con éste motivo, el señor Derblay tiene la intención de presentarse en Beaulieu, acompañado de su hermana, la señorita Susana, para ofrecerle sus respetos, señora marquesa, si usted se digna autorizarle.

—¡Claro que sí! Estaré muy contenta de ver por fin a ése cíclope que nos está ennegreciendo todo el valle. Supongo que no será sólo ése tratado de paz lo que llena su cartera —dijo la señora de Beaulieu, señalando la cartera del notario—. ¿Me trae algún documento nuevo sobre nuestro proceso de Inglaterra?

—Sí, señora marquesa —repuso Bachelin, con una turbación más acentuada—. Si lo permite, hablaremos de esos asuntos.

Con ojos suplicantes, el notario señaló a la marquesa la presencia de sus hijos. La señora de Beaulieu comprendió y una vaga inquietud encogió su corazón. ¿Qué cosa tan grave tenía que comunicarle su hombre de confianza para que fuese preciso quedarse a solas con ella?

Pero la marquesa era una mujer decidida. Su vacilación fue muy corta, y volviéndose hacia su hijo, dijo:

—Octavio, ve a ver si se han dado las órdenes para que vayan al ferrocarril a buscar a nuestros primos, que llegan a las cinco.

Al oírle, Clara levantó la cabeza y su hermano se estremeció. La intención de la marquesa era evidente había buscado un pretexto para alejar a su hijo. Había una misteriosa preocupación en aquellos tres seres e se amaban con ternura y trataban de ocultársela, Clara y el marqués, sin hacer preguntas, dirigieron a madre una sonrisa y se alejaron, siguiendo distinta reacción.

La señorita de Beaulieu se dirigió paso a paso a la terraza. La idea de que Bachelin traía noticias del duque de Bligny se le ocurrió inmediatamente. Y conmovida, sintiendo que los pensamientos se le atropellaban con que pudiera fijar su atención en uno, caminaba por entre el arbolado sin tener noción del tiempo y sin vencer su turbación.

La marquesa y Bachelin se habían quedado solos en salón. El notario no hacia ningún esfuerzo para dar a su semblante una expresión más risueña. Ahora estaba serio y recogido. La señora de Beaulieu permaneció un instante silenciosa, como si quisiera gozar hasta el último momento de la tranquilidad que aún tenía; luego preguntó, con decisión:

—Bien, mi querido Bachelin, ¿qué tiene que comunicarme?

El notario sacudió tristemente su blanca cabeza.

—Nada bueno, señora marquesa. Y para mí, viejo servidor de su familia, es un motivo de aflicción. El pleito entablado en vida por su difunto esposo señor marqués de Beaulieu contra los colaterales de Inglaterra, está gravemente comprometido.

—No me dice usted toda la verdad, Bachelin —interrumpió la marquesa—. Si aún quedara un poquito de esperanza, no estaría usted tan abatido. Hable, soy fuerte y puedo oírlo todo. ¿Han decidido los tribunales ingleses? ¿Se ha perdido el proceso?

El notario no se atrevió a responder. Hizo un gesto que equivalía a la más desolada de las confesiones. La marquesa se mordió los labios y una lágrima brilló en el borde de sus pestañas. Bachelin, consternado, se puso a andar de uno a otro lado del salón, olvidándose del respeto que le exigía el sitio en que se encontraba. Dominado por la emoción, gesticulaba como cuando estudiaba un asunto en su despacho.

—La causa fue mal entablada. Esos abogados son, además de unos borricos, muy codiciosos. Escriben una carta, y ya es mucho. Se les responde, leen la respuesta, y ya es mucho... Si por lo menos me hubiese pedido consejo el señor marqués... Pero estaba en París, y su abogado le dirigió mal. Otros borricos esos abogados de París. Unos sujetos que no saben más que gastar pape! timbrado.

Se detuvo bruscamente, y restregándose las manos, añadió:

—¡Vaya un golpe terrible para la casa de Beaulieu!

—En efecto, terrible —dijo la marquesa—, pues lleva a la ruina a mis hijos. Se necesita un mínimo de diez años de economías para que con mi sola fortuna se restablezcan nuestras rentas.

Bachelin había dejado de andar. Recobrada la calma, ahora escuchaba a la señora de Beaulieu con cariñoso respeto. Sabía que el pleito estaba irremediablemente perdido, pues acababa de recibir la sentencia y no cabía ni apelación ni recurso alguno. La desdeñosa incuria del marqués había permitido a sus adversarios alcanzar considerables ventajas, y desde entonces la lucha era insostenible.

—Una desgracia, rara vez llega sola —repuso la marquesa—. Debe usted tener otras malas noticias que comunicarme, Bachelin. Aproveche la ocasión y dígamelas todas —pidió la señora de Beaulieu, con una sonrisa resignada—. No creo que haya otra más grave que la que ya conozco.

—Quisiera participar de esa confianza, señora marquesa. Lo que aún tengo que comunicarle no me parece tan penoso, pero conozco la delicadeza de su corazón y temo que de dos infortunios, el de la pérdida de dinero sea el menos doloroso.

La marquesa palideció y una extremada agitación se apoderó de ella.

Presentía lo que aquel hombre de confianza iba a decirle, e incapaz de contenerse, preguntó:

—¿Tiene usted noticias del duque de Bligny?

—Fui encargado por usted, señora, de averiguar qué era de su señor sobrino —dijo el notario, con un ligero acento de desdén, muy

característico de aquel ferviente adorador de la aristocracia—. He

seguido punto por punto sus instrucciones, y he aquí los informes que me

han transmitido: el señor duque de Bligny está en París desde hace seis semanas.

—¿Desde hace seis semanas? —repitió la marquesa, con estupor—. ¡Y nosotras lo ignoramos!

—Su señor sobrino se habrá guardado bien de que ustedes lo supieran.

—¡Y no ha venido! Ni vendrá, sabiendo el revés que nos aflige. Porque no lo ignora, ¿verdad?

—Fue de los primeros en saberlo, señora marquesa.

La señora de Beaulieu hizo un gesto de dolorosa sorpresa. Y con honda aflicción, añadió:

—Tenía usted razón, Bachelin. Esto me afecta más cruelmente que la pérdida de dinero. El duque nos abandona. No ha venido ni vendrá, como ya lo presentía. lo que deseaba de nosotros era la fortuna. Desaparecida; la fortuna, el prometido desaparece. El dinero es la única palabra de orden en esta época venal y ambiciosa. La belleza, la virtud y la inteligencia ya no cuentan. Ya no se dice: «Sitio al más digno». Sólo se grita: «Sitio al más rico». Nosotros somos casi pobres y ya no se nos conoce. Bachelin escuchó con serenidad el violento apostrofe de esa madre dolorida. A pesar suyo, el notario no podía disimular su secreta satisfacción. Había enrojecido y maquinalmente se frotaba las manos teniendo los brazos cruzados a la espalda.

—Señora marquesa, creo que calumnia usted nuestra época. Cierto que las ideas positivas predominan, y que la codicia, natural en la especie humana, ha hecho notables progresos, pero no se debe condenar de golpe a todos nuestros contemporáneos. Aún hay hombres desinteresados, para quienes la belleza, la virtud y la inteligencia constituyen la mejor dote y hacen a una mujer envidiable entre todas. No digo que conozca muchos hombres así, pero por lo menos conozco uno, y en ése sentido, uno basta.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la marquesa, con cierto asombro.

—Sencillemente, que uno de mis amigos, un hombre muy gentil, no ha podido ver a la señorita de Beaulieu sin enamorarse perdidamente de ella.

Sabiéndola comprometida con el duque, no se habría atrevido a exteriorizar sus sentimientos, pero sabiendo que está libre, hablará, si usted se digna autorizarle.

La marquesa miró fijamente a Bachelin.

—Se trata del señor Felipe Derblay, ¿verdad?

—Sí, señora marquesa, del mismo —respondió atrevidamente el notario.

—No ignoro los sentimientos que mi hija ha inspirado al dueño de la herrería —repuso la marquesa—. No los oculta, ni siquiera los disimula.

—Es que ama a la señorita Clara, y la ama sinceramente —aseguró con entusiasmo el notario—. Pero usted, señora marquesa, no conoce debidamente al señor Derblay para poder juzgar su mérito.

—No ignoro que es muy estimado en toda la comarca. Pero usted, mi querido Bachelin, ¿está ligado a su familia?

—He visto nacer a Felipe y a su hermana, la señorita Susana. Su padre tenía a bien llamarme su amigo. Sin duda, eso explicará a la señora marquesa la audacia con que acabo de comunicarle los sentimientos del, señor Derblay. Espero que usted pueda perdonármelo. En mi opinión, el iónico defecto de mi cliente consiste en que su nombre se escribe con una sola palabra y sin apostrofe. Pero buscando bien, ¿quién sabe? Su familia es muy antigua. Cuando la revolución, las personas honradas se apretaban las unas contra las otras; pudo ocurrir otro tanto con los pergaminos.

—Que conserve su nombre tal cual es —dijo tristemente la marquesa—. Lo lleva como hombre honrado, y en los tiempos que vivimos, esto basta. Vea

al duque de Bligny, que se aleja de Clara al saberla arruinada, y luego mire al señor Derblay, que pretende a una muchacha pobre; pues, entre el noble y el plebeyo, ¿quién es el caballero?

—El señor Derblay se sentiría muy dichoso, señora, si oyese sus palabras.

—No le repita nada de lo que acabo de decir —advirtió la marquesa—. La señorita de Beaulieu no recibe generosidades de nadie. Y con su carácter, que conozco bien, es muy probable que muera soltera. Quiera Dios, amigo mío, que el doble golpe que le alcanza la encuentre fuerte y resignada. El notario se quedó un momento silencioso, y luego, cotí una emoción que se observaba en el temblor de su voz, dijo:

—Suceda lo que suceda, señora marquesa, acuérdesese de que el señor Derblay sería el más feliz de los hombres si algún día pudiese alimentar alguna esperanza. Esperará, porque no es de los que tiene el corazón voluble. Entreveo en los acontecimientos pesares para todos nosotros, porque usted permitirá, ¿no es cierto? que un viejo servidor como yo se cuente entre los destinados a participar de sus dolores. Ahora, si me está permitido darle un consejo, le rogaría que no le diga nada a la señorita de Beaulieu. Tal vez el duque de Bligny se arrepienta y vuelva. En todo caso, siempre tendrá tiempo para sufrir la señorita Clara.

—Tiene usted razón, pero a mi hijo sí debo informarle del infortunio que le toca.

Y dirigiéndose al pórtico, la marquesa llamó con un ademán al joven, el cual seguía sentado en la terraza y esperando pacientemente el fin de la entrevista.

—¿Qué? —preguntó riendo—. ¿Ya se ha levantado la sesión? ¿O me llaman para que me sienten con ustedes?

—En efecto, quiero —respondió suavemente la marquesa— que conozcas las noticias que me afligen.

El marqués se puso serio inmediatamente y, volviéndose hacia su madre, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Hijo mío, maese Bachelin ha recibido una comunicación definitiva de nuestro representante judicial en Inglaterra.

—¿Respecto al pleito?

—Sí.

Octavio se acercó a la marquesa y, cogiéndola afectuosamente de la mano, dijo:

—¿Qué? ¿Se ha perdido?

La marquesa se quedó estupefacta al ver la frialdad con que el marqués se enteraba de la terrible noticia; luego miró a Bachelin como si le pidiese una explicación, pero viendo que el notario permanecía impassible, volvió a mirar a su hijo.

—Entonces, ¿tú ya lo sabías? —interrogó ella, respirando más tranquila, como aliviada ante la resignación del marqués.

—No, no lo sabía, pero me lo suponía. No quería decirte nada, para respetar tus ilusiones, pero estaba convencido de que ése pleito era insostenible. Por eso desde hace mucho tiempo estoy preparado para su pérdida. Sólo lo sentía por mi hermana, pues su dote estaba en juego. Pero hay un medio muy sencillo para reparar el daño: le darás la parte que me reservabas de tu fortuna, y tú no te inquietes por mí. Sabré salir adelante.

Ante estas generosas palabras, la marquesa enrojeció de orgullo, y dirigiéndose al notario, dijo:

-¿Por qué he de quejarme teniendo éste hijo? -y tendiendo los brazos al marqués, que sonreía suavemente, añadió-: Eres un muchacho excelente; deja que te abrace.

-No tengo ningún mérito -dijo el marqués con emoción-. Quiero a mi hermana y haría lo imposible por verla feliz. Y ya que estamos en trance de hablar de cosas serias, ¿no te parece que el silencio de nuestro primo de Bligny tiene alguna relación con ése pleito perdido?

-Te equivocas, hijo mío -dijo con viveza la marquesa, haciendo un gesto para retener al marqués-. El duque...

-Bah, no temas nada, mamá -interrumpió Octavio con desdeñosa altivez-. Si Gastón vacila en cumplir su promesa, ahora que la señorita de Beaulieu no se presenta a él con un millón en cada mano, me parece que nosotros no somos gente para ir a cogerle del cuello y obligarle a respetar su palabra. Y creo que si el duque de Bligny no se casa con mi hermana, tanto peor para él y tanto mejor para ella,

-Muy bien, hijo mío.

-Muy bien, señor marqués -apoyó Bachelin-. Y si la señorita de Beaulieu no es lo bastante rica para tentar a un caza dotes, siempre será bastante perfecta para seducir a un hombre de corazón.

Con una mirada, la marquesa impuso silencio a Bachelin, quien, satisfecho de que terminara tan favorablemente una crisis que creyó sería más terrible, se despidió de sus nobles clientes y emprendió con toda la celeridad que le permitían sus viejas piernas el camino de Pont-Avesnes.

CAPITULO III

En efecto, era el señor Derblay, como había afirmado Bachelin, la persona a quien el marqués de Beaulieu encontró en el bosque de Pont-Avesnes, vestido como un cazador furtivo. Dejando que Octavio le siguiera gritando, avanzó recto bosque adentro, insensible a los latigazos de las ramas y a los arañazos de los espinos. Reía nerviosamente, murmurando palabras entrecortadas por exclamaciones, vivamente contento por la casualidad que le había aproximado a aquella que, de lejos y en sueños, adoraba como a una joven reina.

Bajaba por la pendiente que conduce al valle, comiéndose el terreno a largas zancadas, sin advertir cómo empezaba a sudar. Iba como su pensamiento, que volaba rápido y alado. Cuando el marqués supiese con quién había estado hablando, porque acabaría por saberlo, le agradecería el cortés procedimiento con que el vecino incómodo, según dijera, lo atendía. ¿Y quién sabe? Tal vez esto fuese motivo de acercamiento, y entonces vería de cerca a esa adorable Clara, cuyo dulce semblante sonreía perpetuamente en su recuerdo. Hablaría con ella. Ante esta idea se le nublaban la vista. Le parecía que las palabras se le estrangulaban en la garganta y que permanecería mudo ante ella, como anonadado por la emoción. Entonces iría a refugiarse en cualquier sombrío rincón de la sala y desde allí la miraría a su gusto, se perdería en su contemplación y se sentiría dichoso.

¿Feliz? ¿Cómo podía serlo? ¿Adónde podía conducirle aquella alocada ternura? A asistir más íntimamente al matrimonio de aquella que deseaba con pasión, porque él estaba seguro de que el duque de Bligny volvería. ¿Cómo un hombre amado por aquella mujer iba a ser tan loco que la desdeñase? Y si no era el duque, sería cualquier otro pretendiente quien se presentase, un apuesto caballero que no tendría más que aparecer, pronunciar su nombre y ser acogido con los brazos abiertos. Mientras que él, un plebeyo, sería despedido con desdeñosa frialdad.

Una profunda tristeza le invadió ante éste pensamiento. Y sus fuerzas, como detenidas, le hicieron languidecer. Ahora ya no corría hacia Pont-Avesnes; se deslizaba como una fiera por entre los matorrales. Caminaba a pasos lentos, arrancando maquinalmente hojas de las ramas y estrujándolas con los dedos. ¡Qué desgracia la suya, que no podía aspirar a la posesión de aquella criatura ideal! Pensativo, se detuvo al pie de una encina, y de pie y apoyado contra el tronco, sin pensar en sentarse, se quedó soñando, el rostro grave y pálido, los ojos húmedos por una angustia cruel.

Repasaba en la memoria cuanto había hecho en la vida, y se preguntaba si sus pasados esfuerzos no le hacían merecedor de todos los honores. Después de brillantísimos estudios, salió de la escuela Politécnica con el número uno, y escogió la carrera de minas. En el momento en que acababa de recibir el título de ingeniero, estallaba la guerra. Entonces tenía veintidós años. Sin vacilar, se alistó como voluntario, incorporándose a un regimiento del ejército del Rhin. Asistió a los sangrientos reveses de Froeschwiller y volvió al campo de Chalons con los restos del primer cuerpo de ejército. Luego participó en la desastrosa marcha sobre Sedán, y en la noche de la batalla cayó prisionero de guerra, bajo la vigilancia de los hulanos prusianos. Pero no estaba hecho para dejarse coger así, y, arrastrándose en la oscuridad, aprovechó la noche para atravesar las líneas alemanas. Entró en Bélgica, y apenas tuvo

tiempo de llegar a Lille que ya se había incorporado a uno de los regimientos que se organizaban.

La guerra continuaba. Había visto extenderse lenta y segura la invasión del país, como una mortal gangrena. Distinguido por el general Faidherbe, hizo con él la campaña del Norte. Herido de un disparo en San Quintín, permaneció durante seis semanas en el hospital, entre la vida y la muerte, y cuando se repuso de su larga dolencia sufrió su mayor estremecimiento al saber que París estaba en manos de la Comuna.

Su convalecencia le había ahorrado la triste obligación de disparar contra los franceses. Y se dirigió a la casa paterna, sufriendo todavía por su herida, pero llevando en el pecho la cinta de la Legión de Honor, que le fue entregada por su general en persona en su cama del hospital. Un dolor más vivo que todos los padecidos en tan poco tiempo le esperaba en su morada. Su madre acababa de morir, dejando privada de sus cuidados a la pequeña Susana, que sólo tenía siete años. El señor Derblay, obligado a partir por los grandes negocios que reclamaban su presencia, había dejado sola a su hija, al cuidado de sus fieles criados. La llegada de Felipe causó un acceso de dolor y de lágrimas. La pequeña Susana se aferró a su hermano con la ternura convulsiva de una niña asustada por el abandono. Se estrechaba contra él como un débil ser que suplica apoyo y socorro. Felipe, de corazón sencillo y cariñoso, adoraba a aquella pequeña que tenía tanta necesidad de afecto y que encontraba tan poco entre un padre completamente absorbido por los negocios y los fieles criados, incapaces de delicadas atenciones, cuando son más necesarias que los cuidados materiales para la vida de los niños y las mujeres. Sin embargo, tuvo que ausentarse para emprender su tarea de ingeniero. Esta partida fue para Susana un grandísimo dolor. La despedida de su hermano renovó en la niña la desesperación que la había consumido cuando la muerte de su madre.

Pero el destino dispuso que la separación no fuese muy larga. Seis meses más tarde el señor Derblay, fulminado por un exceso de trabajo, moría también, y Felipe y Susana se quedaron solos en la vida.

Nuevos deberes se impusieron entonces al joven. La liquidación de las empresas paternas había sido muy complicada y fértil en penosas sorpresas. El señor Derblay, hombre de notable inteligencia, tenía un gran defecto: abarcaba más de lo que podía dominar. Gastaba su actividad en los asuntos más dispares, sin conseguir dirigirlos todos con igual éxito. Las ganancias de unos eran absorbidas por las pérdidas de otros, acumulándose las dificultades, que vencía momentáneamente a base de habilidad y energía, pero que forzosamente le llevarían al desastre tarde o temprano. Desapareció con la catástrofe, dejando una sucesión de las más embrolladas.

Felipe tenía ante sí una carrera soberbia y prometedora. Pudo abandonar las empresas de su padre, liquidar lo mejor posible y continuar su camino, pero aquello sería la ruina. Todos los recursos paternos pasarían a salvar el buen nombre, pero su hermana quedaría sin fortuna. El joven, pues, no vaciló: renunció a su porvenir, presentó su dimisión, y, cargando sobre sus espaldas la pesada carga bajo la cual había sucumbido su padre, se convirtió en industrial.

La tarea había sido ruda. La herencia del señor Derblay comprendía de todo: cristalerías de Courtalin, fundición en el Nivernais, pizarral en el Var y las forjas de Pont-Avesnes. Felipe se había metido de lleno en la boca del lobo y trató de reunir las cenizas dispersas. Era un trabajador intrépido, y durante seis años dedicó sus días y la mayor

parte de sus noches a la obra de salvación tan valientemente emprendida. Todo lo que encontró en metálico lo fue empleando en restablecer los negocios. Luego, a medida que empezaba el movimiento y seguía la prosperidad, los cedió para conservar en definitiva las forjas, cuyo gran valor en seguida comprendió.

En siete años liquidó la herencia paterna, y ahora ya no tenía más que la fundición del Nivernais, que explotaba en combinación con las forjas de Pont-Avesnes, sirviéndose del hierro de éstas para alimentar la producción de aquélla. Ahora estaba fuera de peligro y era dueño de sus negocios, sintiéndose capaz de darles una considerable extensión. Adorado en la región, podía presentarse a las elecciones y ser nombrado diputado. ¿Quién podía saberlo? Tal vez esta elevación de clase halagase a una mujer. Además, la industria también es una potencia en éste siglo movido por el dinero.

Poco a poco renacía la esperanza en su corazón. Prosiguió su camino y salió de los bosques. Las praderas que cubrían el valle se extendían a su derecha. A su izquierda se alzaban los primeros roquedales que servían de base a la colina. En estas laderas estaban horadadas las entradas de la mina. Un pequeño ferrocarril subía por una suave cuesta hacia las galerías, conduciendo el mineral directamente a la fundición.

Felipe, bruscamente arrancado de sus meditaciones, resolvió ir a echar un vistazo a la explotación, y, dando la vuelta tomó el camino de la mina. Sobre un pequeño cerro se levantaba la barraca del contraamaestre encargado de controlar las salidas, que era adonde se dirigía Felipe. A medida que se aproximaba le pareció oír gritos. Una agitación inusitada se producía a la entrada de las galerías. Avivó el paso y en pocos minutos estuvo en el lugar para darse cuenta de las causas del extraño tumulto.

Se acababa de producir un desprendimiento, provocado por las filtraciones de agua, sobre la vía férrea. Los vagones estaban volcados, y, al pie del talud, un amontonamiento de arena y de maderos desprendidos habían sepultado al conductor del tren en marcha, un muchacho de quince años. Algunos obreros y muchas mujeres, llegados rápidamente de la aldea, formaban un animado grupo en medio del cual lloraba y gesticulaba una mujer enloquecida.

Felipe separó a los asistentes y se metió a empujones en el círculo. —¿Qué sucede aquí? —preguntó con inquietud.

—¡Ah, señor Derblay! —exclamó la mujer, desgarrándose la garganta con sus gritos y sus gemidos. Mi pobre muchacho, mi Santiaguito, que ha sido arrastrado con su vagón y está ahí debajo desde hace tres cuartos de hora.

—¿Qué se ha hecho para sacarle? —preguntó Felipe a los mineros.

—Se ha escombrado todo lo posible, patrón —dijo un jefe de cuadrilla, señalando una amplia excavación—, pero ahora no nos atrevemos a tocar los maderos. Un movimiento en falso podría hacer que se derrumbase todo y el muchacho quedaría aplastado.

—Hace diez minutos todavía nos hablaba —gimió la madre—. Ahora ya no se le oye. ¡Seguro que está ahogado! ¡Pobre hijo mío! ¿Le van a dejar ahí? Y la infeliz estalló en sollozos, dejándose caer sin fuerzas sobre la verde pendiente del talud.

Arrojando su escopeta a las manos de uno de los presentes, el señor Derblay se tendió en el suelo y boca abajo, y con la cabeza metida en la entrada de la excavación, bajo los entrecruzados maderos, escuchó. El silencio reinaba en aquella tumba de arena que sepultaba al muchacho.

-¡Santiago! -gritó el señor Derblay con voz que sonó lúgubre y apagada bajo la capa de tierra y de madera-. ¡Santiago! ¿Me oyes? Le respondió un gemido, y un instante después le llegaron unas palabras débiles y entrecortadas.

-¿Es usted, patrón? ¿Es usted? Dios mío, si está usted aquí, estoy salvado.

Ésta ingenua confianza turbó hondamente a Felipe, que decidió intentar él mismo lo imposible para realizar la esperanza del pequeño.

-¿Puedes moverte aún?

-No -murmuró el muchacho, anhelante y casi ahogado-. Además, creo que tengo rota una pierna.

Estas palabras, oídas en medio de un silencio de muerte, arrancaron a los presentes un doloroso murmullo.

-No tengas miedo, hijo mío; vamos a sacarte de ahí -agregó Felipe, y poniéndose en pie ordenó-: Vamos, vosotros, coged unos puntales y levantad éste madero.

Señaló a los obreros una larga viga hundida bajo los escombros y que formaba una especie de palanca natural.

-Es imposible, señor Derblay -respondió el contramaestre, meneando tristemente la cabeza-. Todo caería.

No hay más que un procedimiento: deslizarse tres o cuatro hombres forzudos por el agujero que empezamos a abrir y tratar de tirar del muchacho, que ya no puede moverse. Mientras tanto, sostendríamos con gatos todo esto, pero es arriesgarse demasiado. Hay muchas probabilidades de quedar cogidos.

-No importa, es forzoso entrar -dijo resueltamente Felipe, mirando fijamente a sus obreros.

Al ver que todos se quedaban inmóviles y silenciosos, la ira le salió a los ojos.

-Si alguno de vosotros estuviese ahí dentro, ¿qué pensaría de los compañeros que le abandonasen? Vamos, ya que ninguno de vosotros se atreve, iré yo.

Y, encorvándose a pesar de su estatura, Felipe se deslizó bajo los escombros. Un grito de reconocimiento y admiración surgió de entre la gente. Y como si bastara aquel ejemplo para que recobraran el valor, tres hombres siguieron al dueño de la fundición, mientras que los demás se agacharon bajo los maderos y, en un alarde de fuerza, los levantaron tras poderosos esfuerzos.

El silencio reinó de nuevo. Sólo se oían los sollozos de la acongojada madre y la fuerte respiración de los salvadores que soportaban el peso. Transcurrieron algunos minutos, largos como siglos, durante los cuales la vida de cinco hombres estaba en inminente peligro; luego se oyó un clamor de alegría. Llenos de tierra, con los hombros y las manos arañadas, los cuatro hombres salieron del agujero), y Felipe, el último, llevaba en brazos al muchacho desmayado.

Resonó un espantoso crujido. Los maderos, abandonados por los obreros, acababan de caer sobre el foso vacío ahora de su prisionero. La madre, medio loca acariciaba a su hijo y al dueño de la fundición. La muchedumbre, conmovida y silenciosa, rodeaba respetuosamente al salvador y al salvado.

-Vamos, llevadme éste mocoso a su casa -dijo jubiloso el señor Derblay-, y que avisen al médico.

Luego, arreglándose la ropa y recogiendo su escopeta, se dirigió de nuevo hacia Pont-Avesnes.

La noticia del salvamento circuló inmediatamente después del rumor de la catástrofe. Al llegar a la verja del castillo, Felipe vio adelantarse hacia él a su hermana, seguida de Bachelin. Susana, al ver a su hermano, apresuró el paso. Llevaba un vestido claro y balanceaba sobre un hombro una gran sombrilla rosa, que en aquel hermoso día de octubre protegía su encantadora cabeza de los rayos del sol. La señorita Derblay tenía diecisiete años, y su fresco y alegre rostro expresaba la confianza y la honestidad. Sus oscuros ojos eran más risueños que los labios. No era realmente bella, pero poseía una gracia tierna e ingenua que la hacía irresistiblemente seductora. Impaciente, echó a correr hacia su hermano, flotando sobre su cabeza la sombrilla, hinchada por el viento como una vela. Y como Susana abriese los brazos para echarse al cuello de su hermano, él la atajó:

-¡No me toques! Estoy lleno de barro y te ensuciaría el vestido.

-¿Qué importa? -replicó Susana, con la mayor alegría-. Yo quiero abrazarte. Has salvado al niño. ¡Oh, Felipe! siempre has de ser tú el que se encuentre allí donde hay que hacer una cosa bella y buena.

La muchacha cogió con sus manos la cabeza morena de su hermano y la besó tiernamente. Bachelin, distanciado por la carrera de Susana, llegó jadeando.

-Bien, mi querido amigo -dijo el notario-. Otra buena acción en su activo.

-No hablemos de eso, se lo ruego -interrumpió Felipe sonriendo-.

Verdaderamente no vale la pena... Lo más grave del caso es que creo que el muchacho está herido. Harías bien en subir hasta su casa con tu botiquín, Susana. Y si hay que gastar algo, no te detengas.

-Voy en seguida -repuso la muchacha-. Me llevaré a Brígida, ¿no te parece?

-Haces bien. Nosotros, querido maese, entremos en casa -añadió Felipe, dirigiéndose a Bachelin-. Parezco un mendigo, y necesito cambiarme. Susana se encaminó hacia los servicios del castillo y Felipe y el notario atravesaron el amplio patio rodeado de tilos, en cuyo centro había una amplia pieza de agua rectangular, entre un parterre de flores con un surtidor que lanzaba al aire su chorro de agua, cuyas cascadas caían en lluvia fina, impelida por el viento e iridisada por el sol. Ése estanque era el último vestigio de las aguas que formaban en otros tiempos un cuitaron alrededor del castillo. El Avesnes había sido desviado de su curso y repartido en los fosos por los antiguos señores de Pont-Avesnes. Bajo Luis XIII, una presa fue construida en el lugar de la toma de agua y los fosos quedaron vacíos. El limo que cubría el fondo, mezclado con la tierra vegetal que trajeron sin reparar en gastos, formó el suelo admirable de fecundidad, en el cual crecieron los árboles frutales que todavía hoy son la maravilla de Pont-Avesnes. Allí hay perales y melocotoneros que tienen cerca de doscientos años y que aún producen frutos inigualados en la comarca. Aquellos amplios fosos, cuyos muros sirven de espaldar, son como depósitos en los cuales el sol almacena sus rayos vivificantes. Hace tanto calor como en un invernadero, y el áspero viento del invierno no puede penetrar para abrasar los árboles y secarlos.

El castillo está situado sobre un macizo en arenisca marrón, que lo eleva y le da elegancia. Pero es negro y triste. Sus grandes tejados de pizarra se destacan lúgubrementemente bajo el cielo. Felipe, habiéndose determinado a confinarse en un ala de la vasta y fría morada, tenía las demás habitaciones cerradas. Y sin los cuidados de Brígida, la hermana de leche

de Susana, que a pesar de sus pocos años y gracias a una feliz precocidad desempeñaba con autoridad las funciones de gobernanta, el castillo estaría completamente abandonado. Pero la activa jurasiana, animando con su celo a los tres criados que estaban bajo sus órdenes, hacía dos veces al mes la limpieza completa, conservando en buen estado los admirables muebles de la época de Luis XIV que adornaban los aposentos de recepción. Cuando Brígida abre los postigos del gran salón y la luz entra a raudales en las altas y amplias estancias, es como si se levantase el telón de un teatro, exhibiendo una decoración de maravilloso lujo. Colgadas en las paredes, las más bellas tapicerías de Gobelinos desarrollan toda la historia de Alejandría, y los sillones hacen relucir los terciopelos de Génova en sus respaldos, entre las maderas doradas de sus brazos. Las grandes lunas de Venecia reflejan por un instante, en sus paneles biselados, las flores del parterre, el chorro de agua caprichoso y un rinconcito de cielo. Brígida pasa activa, con un plumero y una escoba. Luego, concluida la limpieza los postigos se cierran y las artísticas riquezas del castillo vuelven a la oscuridad.

En la parte habitada, Felipe se ha reservado en la planta baja un gran despacho rodeado de estanterías con libros, a los más altos de los cuales no se llegaba más que con la ayuda de una escalera con ruedas. En medio hay una inmensa mesa escritorio, sobre la que se amontonan los papeles en un desorden más aparente que real. Un bellísimo tintero de bronce representa dos amores mofletudos que se pelean. El vencedor, riendo, aprieta contra la boca del vencido un racimo de uvas. Sobre la chimenea, un admirable reloj del primer estilo de Boule, en ébano realzado de cobre. Al lado del despacho, el comedor, severamente adornado de antiguos muebles de peral tallado. Sobre el aparador, una rica y sólida vajilla de plata que jamás se usa. A la vuelta hay un saloncito amueblado de la manera más moderna y más burguesa. Los cortinajes son de muselina de seda azul y los muebles tapizados de la misma manera. Un reloj y morillos de forja en el hogar. Una mesita de marquetería, sobre la cual un bordado empezado parece esperar el regreso de Susana. En las dos grandes paredes, dos retratos, el del señor y el de la señora Derblay, ejecutados, con más conciencia que talento, por un mediocre alumno de Flandrin.

En el primer piso, dos amplias habitaciones comunican con su cuarto de baño, la de Felipe y la de Susana. La primera grave y sombría, forrada de terciopelo y amueblada en madera negra, no teniendo más ornamento que una panoplia de armas modernas, en medio de las cuales hay una cantimplora de infantería agujereada por tres balas, recuerdo de Pont-Noyelles. El otro, virginal y fresco como la que lo habita: muselina blanca forrada sobre una tela azul y levantada por lazos rosas. Muebles lacados en blanco realzados de filetes azules. Y todas las pequeñas baratijas que adornan tan graciosamente el dormitorio de una jovencita. Desde su ventana, Susana ve las alamedas del parque, que se pierden en una lejanía verdosa. Estaría allí a í gusto para entregarse a sus ensueños si los sueños pudiesen ensombrecer un solo instante la viva alegría de su indolente juventud.

Felipe, después de ver que se alejaba su hermana; llevó a su despacho a Bachelin. Se imaginaba que el notario llegaba de Beaulieu, y, como todos los enamorados, estaba impaciente por conocer detalles, importantes o fútiles, que su viejo amigo siempre le refería después de cada una de sus entrevistas con los nobles habitantes del castillo. Pero ése día, Bachelin no parecía muy comunicativo, y sentado en un sillón miraba distraídamente al dueño de las fraguas, que permanecía en pie delante de

él, como un punto interrogativo. Felipe no pudo contenerse más tiempo y le preguntó:

-¿Ha comunicado mi proposición de arreglo a la señora de Beaulieu?

-En efecto.

-¿La ha encontrado aceptable?

-Perfecta.

Felipe miró de soslayo a Bachelin, que se obstinaba en responder con un laconismo desesperante. Luego, decidiéndose a entrar en un orden de ideas más personales, preguntó:

-¿Y le ha ofrecido también el disfrute de mi caza?

-¿Para qué? -respondió tranquilamente el notario, lanzándole una mirada burlona.

-¿Acaso es inútil? -exclamó asombrado Felipe.

-Caramba -repuso Bachelin-, no iba a hacer semejante oferta cuando usted ya lo ha hecho personalmente esta mañana al marqués, y de una manera un poco novelesca.

Felipe se sonrojó un poco e inclinó la cabeza con embarazo.

-Ah... ¿El señor marqués le ha hablado de nuestro encuentro? Pero no sabía con quién estaba hablando.

-Yo se lo he dicho. ¿También tenía que declararle que si usted le ha llenado el zurrón ha sido por amor a su hermana?

-Amigo mío...

-¿Acaso se retracta? -preguntó alegremente Bachelin-. ¿Es que ya no ama a la señorita de Beaulieu?

-Sé que es una gran locura -respondió Felipe-. Siendo un trabajador alejado tanto tiempo del mundo, ¿cómo he podido pensar en esa joven, tan bella, tan orgullosa, y por lo mismo tan tentadora? La he visto grave, reflexiva, un poco inquieta, sin duda a causa de la lejanía de su prometido. A pesar mío, sin tratar de evitarlo, me he enamorado. He olvidado la distancia que nos separa; ni siquiera me he fijado en la diferencia de nuestros orígenes. No he escuchado la voz de la razón, ni los consejos de la experiencia; no he escuchado más que el amor que cantaba irresistiblemente en mi corazón. Ah, mi viejo amigo... Estoy avergonzado de mí mismo, pero no puedo resistir esta desenfadada pasión que me proporciona una alegría desconocida y una embriaguez exquisita; que... que me lo da todo, excepto la esperanza. Porque aquí se detiene mi ceguera, y ya no espero; créalo usted.

-No esperéis, pues sería una torpeza -repuso con ligereza Bachelin-. No cabe duda de que ama; eso es cierto. Así, pues, he hecho bien en hablar de ello a la marquesa, ¿no es cierto?

-¿Hablar? -balbució Felipe muy turbado-. Hablar, ¿pero para decirle qué?

-Pues lo que usted piensa, lo que acaba de decirme en un lenguaje tan apasionado como persuasivo.

Felipe retrocedió un paso y sus ojos se ensombrecieron. Se mordió los labios y, con voz que se esforzaba en aparentar calma, dijo:

-¿Pero, le pedí yo que hiciese tales confidencias a la señora de Beaulieu?

-No, es cierto; no me lo pidió, pero vi la ocasión propicia y no vacilé en aprovecharla. No hay como las situaciones claras. Usted aún habría perdido muchas semanas, y quizá meses, sumergido en esa angustia amorosa. Valía más decirlo todo de una vez, aun corriendo el riesgo de ser rechazado con desdén. Estas son las razones que me determinaron a hablar. ¿No le parece que son de peso?

Felipe permaneció silencioso. Apenas si había oído a Bachelin. Sus ideas giraban confusas en su cabeza, y perdió la noción de su existencia. Le parecía como si lo llevaran por los inmensos espacios en un rápido movimiento. El aire le silbaba en los oídos y sus ojos no lograban fijarse en ningún objeto. Lo veía todo como a través de una neblina. Y en su dolorido cerebro una voz persistente y que le fatigaba repetía como una vaga revelación del destino: «Clara llegará a ser tuya».

La voz de Bachelin le sacó de su estupor, preguntándole :

—¿Por qué me mira así tan fijamente? Tiene usted aspecto de sonámbulo. Felipe se pasó la mano por la frente, como para borrar una penosa impresión; luego sonrió a su amigo.

—Perdóneme. Me ha turbado la idea de que usted haya jugado una partida tan grave, sin haberme prevenido. No le creía con humor para hacerlo; le habría rogado que no lo hiciese. Desde el día en que tuve la debilidad de confesarle mi amor por la señorita de Beaulieu, no he dejado de lamentar mi ligereza. Parece que cuando se ama, el corazón es demasiado pequeño para encerrar toda la ternura que debe contener. Las confesiones ascienden a los labios y es imposible retenerlas. Apenas le hube hablado, las ilusiones se desvanecieron y la verdad se me apareció implacable. La señorita de Beaulieu jamás me ha hecho el honor de advertir que existo. Es rica, está prometida a su primo y será duquesa. Es preciso que yo sea realmente un insensato para amarla. También merezco un castigo, y estoy dispuesto a sufrirlo. Dígame todo, sin el menor rodeo.

—Pues se lo diré todo. Primeramente, la señorita de Beaulieu no es rica; probablemente jamás será duquesa, y nunca un hombre honrado como usted ha tenido tantas bazas para serle agradable en estos momentos.

Ante estas palabras, Felipe se puso tan pálido que estuvo a punto de desmayarse. Dio un grito de alegría, y vencido por la emoción se dejó caer en el sofá.

—Cuidado, no me de esperanzas. Me sería muy doloroso renunciar después a ellas.

—Sí, le doy esperanzas —agregó Bachelin—, y haciéndolo, traiciono por usted todos los secretos de la familia Beaulieu. Pero usted tiene tanto interés en demostrarse discreto que no será usted quien repita lo que acabo de decir.

Y como Felipe le cogiese las manos, dirigiendo al notario sus ojos ardientes de curiosidad, prosiguió Bachelin :

—La señorita Beaulieu está arruinada con la pérdida del pleito de Inglaterra, pero ella todavía no lo sabe. El duque de Bligny está en París hace seis semanas, abandonándola, y ella tampoco lo sabe. El día en que la señorita Clara sepa que ha sido abandonada, sufrirá su corazón una tempestad horrible, y los que se encuentren cerca podrán recoger algunos restos del naufragio.

—¿Arruinada y abandonada? —exclamó Felipe—. Una, joven tan perfecta y tan adorable... ¿Y para qué necesita fortuna? El único tesoro que debe esperarse de ella es ella.

—Sí, cierto, y bajo ése aspecto de puro desinterés es como le he mostrado.

—Sí, dígame así —exclamó Felipe con vehemencia—. Dígaselo a la señora de Beaulieu, y a ella misma, se lo ruego.

En seguida se detuvo un instante, como preocupado por un pensamiento sombrío y desesperante.

-No, no diga nada. Ella es orgullosa, es altiva. La idea de que pueda deber algún favor al hombre que quiera ser su esposo la alejará de mí y la determinará a rechazarme. Prevenga a la marquesa, haga que apruebe mis escrúpulos y haga, sobre todo, los más leales ofrecimientos de mi parte. Recibiré la mano de la señorita de Beaulieu de rodillas, pero quiero que ella aún se crea rica, para que pueda aceptarme o rechazarme libremente. Y aunque, casándome con ella, le ofreciese todo lo que poseo, será ella la generosa conmigo.

-Bah, bah -dijo Bachelin, interrumpiendo a Felipe con un gesto afectuoso; eso es correr demasiado. La juventud y la pasión son muy bellas, pero es necesario caminar con sensatez. Por ahora, sólo se trata de que usted se presente en el castillo. A falta de mayores satisfacciones, tendrá la de contemplar al objeto de sus deseos, como se decía en el siglo pasado. Sea serio y tranquilo. Compórtese con la discreción que su situación aconseja. Y llévese a su hermana. Ella le servirá de parapeto, se ocuparán de ella, y durante todo ése tiempo usted estará tranquilo.

-¿Cuándo hay que ir a Beaulieu? -preguntó Felipe con visible turbación.

-¿Ya siente usted miedo, incluso antes de partir? Pues vaya mañana. Una noche de descanso le tranquilizará, y así gozará de todos sus medios y de sus ventajas.

Y, levantándose lentamente, el notario cogió su cartera, se la puso debajo de un brazo y dio algunos pasos hacia la puerta. Luego se detuvo en medio del despacho.

-¿Aún lamenta que haya hablado a la señora de Beaulieu sin que me haya autorizado? -preguntó el notario, mirando al dueño de las forjas con gesto burlón-

También es cierto que con esa turbación que le domina me ha preguntado qué me respondió ella.

-Es verdad. ¿Qué ha dicho? -preguntó Felipe con inquietud.

-Lo que debía decir en un caso como el suyo. Es decir, que no tenía nada que objetar, y que nunca contrariaría a la señorita Clara. En fin, las futilidades de costumbre. Pero créame, la fuerza de la posición que debe tomarse no está del lado de la madre, sino del lado de la hija. Así, pues, ánimo. Y me voy a cenar.

Felipe se quedó solo y pensativo. Examinó fríamente su situación y debió de admitir que no era tan mala. La señorita de Beaulieu, indignamente tratada por su prometido, debía permanecer en aquel rincón del Jura durante uno o varios meses como mínimo para que olvidase el humillante desaire. Estando allí, podría verla, rodearla de discretas atenciones, y tal vez llegase a no serle desagradable. Susana, seguramente, sería un auxiliar muy útil. No la haría regresar a su convento de Besancon una vez concluidas sus vacaciones, y la conservaría a su lado. Se convertiría en la compañera de Clara, la ganaría con su gracia y su ternura, y poco a poco ella haría penetrar el pensamiento de su hermano en el corazón de la señorita de Beaulieu.

Y la ilusión adoptaba la apariencia de la realidad. Felipe ya veía pasear lentamente, bajo las sombras de Pont-Avesnes, a las dos mujeres. Iban juntas, cogidas del brazo como hermanas, alta y altiva una, pequeña y amable la otra. Las miraba y ya le parecía percibir el discreto perfume que emanaba de ellas. Y se embriagaba con éste delicioso aroma. Iba a tocarlas cuando de pronto una boca fresca se posó sobre su frente, arrancándole de su ensoñación, y la querida voz de Susana murmuró a su oído:

-¿En qué piensas, Felipe?

Como el dueño de las forjas siguiese sentado, mirándola con una vaga sonrisa y sin responder, le preguntó:

-¿No quieres decírmelo? ¿Tendré que ser yo quien hable? Pues bien, apuesto a que piensas en una hermosa muchacha rubia.

Felipe se levantó bruscamente, y cogiendo la mano de su hermana, exclamó:
-¡Susana!

Pero ante la maliciosa mirada de la muchacha, perdió su contundencia y no pudo continuar. Permaneció de pie, estupefacto, preguntándose por qué extraña clarividencia aquella chiquilla había podido adivinar tan bien lo que le sucedía.

-Ya estás turbado -agregó Susana con ternura-. ¿Creías que tu secreto estaba bien guardado? Desde hace un mes no eres el mismo, y no hace falta mucha agudeza para darse cuenta de que tu corazón ya no es solamente mío. Pero no soy celosa, qué va. Te quiero demasiado para serlo. Y si cuando te veo pensativo y absorto me inquieto, no es porque tema que me quites un poco de tu afecto para dárselo a otra, sino porque temo que estés disgustado. Te debo tanto, Felipe... Has sido tú quien me ha querido, guardado y educado cuando me quedé sola, sin padre ni madre. Y me parece que no sólo soy tu hermana, sino también tu hija, la hija de tus desvelos y tus penas. Ama y sé amado. Verás cómo me regocijo. Porque no sé de una dicha lo bastante completa en la tierra para recompensar a un ser tan perfecto como tú.

Dos lágrimas brotaron de los ojos del dueño de las forjas, y se deslizaron silenciosamente por sus mejillas. Las dulces palabras de su hermana habían contenido sus nervios sobreexcitados. Ahora se sentía anonadado.

Y apoyado en la chimenea permaneció inmóvil, mirando a la jovencita que le sonreía.

-Anda, ahora lloras -dijo Susana-. ¿Pero, es tan triste amar?

-No hablemos más de estas locuras -interrumpió Felipe con voz alterada.

-¿Locuras? ¿Por qué son locuras? ¿Qué mujer, conociéndote, podría no desear agradarte?

Luego, situándose delante de él, la mano atrevida y el gesto decidido, agregó:

-Mira, si hace falta, yo le diré a la que amas: «Señorita, está usted equivocada no adorando a mi hermano, porque no hay hombre en el mundo al que él no le sea absolutamente superior. Puedo afirmar porque yo lo conozco muy bien y desde hace mucho tiempo». Y seré tan elocuente que ella misma vendrá ante ti, te tenderá la mano con una bella reverencia y te dirá: «Señor, tiene usted por hermana a un personajillo que es tan extraordinario que no he pedido ignorar por más tiempo sus méritos. ¿Quiere usted hacerme el favor de ser mi esposo?» Y tú te inclinarás con amabilidad, respondiendo con aspecto reflexivo: «Dios mío, señorita... Lo seré por complacerla». Y yo os bendeciré con aire solemne y protector. Y seréis muy dichosos. ¿Lo ves? Ya ríes, estás consolado.

Y Susana, cogiendo tiernamente el brazo de su hermano, cuya emoción no había podido resistir tan viva y explosiva alegría, se lo llevó fuera, diciendo:

-Ven a dar un paseo por el jardín mientras esperas tu matrimonio.

CAPITULO IV

Al bajar del tren que le había llevado desde San Petersburgo a París seis semanas antes, el duque de Bligny, fatigado por los baquetazos de un viaje hecho de un tirón en coche-cama, se hizo llevar a su círculo. No teniendo aposento preparado, y estando cerrado el palacio de su tía, Gastón encontró más práctico instalarse en una de esas habitaciones que los grandes clubs tienen siempre a disposición de sus miembros. Pensaba permanecer ocho días como máximo en París, el tiempo justo para concluir sus asuntos del Ministerio y hacer algunas compras, para luego partir hacia Beaulieu.

Desde hacía casi un año no había vuelto a Francia. Había vivido entre el gran mundo ruso, en medio de una vida artificialmente parisiense y que en el extranjero se considera del mejor tono, pero que se parece a la vida social de París como una piedra del Rhin a un diamante de Wisapoor. Sin embargo, la corrupción refinada de los eslavos se le había contagiado, encontrando un gran atractivo en aquella existencia, mezcla de molicie asiática y de actividad europea. Las grandes damas rusas lo habían cautivado por su gracia ondulante y el encanto enigmático de su belleza. Quiso conocer el secreto de aquellas esfinges sonrientes, de ojos turbadores y garras llenas de amenazas. Apuesto, joven, bien educado y con un ilustre título, se vio muy solicitado. Y poco a poco la imagen de su prometida, tan fielmente grabada en su corazón, fue borrándose, como esos hermosos pasteles de Latour, cuyos colores palidecen con el tiempo.

Lejos de Clara, se consideró al principio como un exiliado, y quería vivir austeramente, ¿pero cómo enclaustrarse cuando se es el agregado más joven de una embajada francesa, y cuando en todas partes se es objeto de amables invitaciones? Al cabo de ocho días de un retiro rígidamente observado, Gastón no pudo excusarse de asistir a una de las recepciones de su jefe. Se puso, pues, su atuendo de gala e hizo su entrada en la gran sociedad petersburguesa.

Desde la primera velada, el joven duque fue el favorito de la aristocracia rusa. Su abuelo, emigrado con el conde de Artois en los primeros momentos de la Revolución, había vivido en la intimidad de los Nesselrode, los Pahlen y los Gortchakoff. Los grandes personajes de la corte acogieron a Bligny con el mejor afecto y lo presentaron al zar, quien trató al joven agregado con notable favor. Desde el día siguiente, la situación de éste joven diplomático de veinticinco años, fue de las más importantes. Y sus superiores, bastante hábiles para no desperdiciar sus éxitos, decidieron sacar partido de la influencia que su subordinado había conquistado en un instante.

Pero si Gastón era un elegante caballero y un cabal hombre de mundo, como político resultaba mediocre. Se dio a los placeres y descuidó la política. Y en seguida quedó demostrado que si la sociedad de San Petersburgo había conquistado un huésped brillante, Francia no había adquirido un servidor útil.

Mariposeando, zumbando, yendo de flor en flor, el duque de Bligny no fue la abeja laboriosa que produce buena miel, sino la avispa que liba y hace relucir su caparazón de oro al sol. Al cabo de unas semanas se reveló como un intrépido vividor. Sus nervios bien templados desafiaron las mayores fatigas. Fue rival en los festines de los más afamados bebedores, y ya sabe todo el mundo cuánto beben los rusos. Jugó en el Círculo de la

Nobleza una partida de bacará que se hizo legendaria, durante la cual sus adversarios y él, durante tres días y tres noches, no se levantaron de la mesa más que para reparar sus agotadas fuerzas. Venció a los más acreditados apostadores, pero no por el juego, sino por el sueño, que los hizo caer extenuados sobre el tapete. Fue el amante de la deslumbradora Lucía Tellier, la estrella francesa del Teatro Michel, y la conservó a pesar de las tentativas corruptoras de los boyardos más fastuosos. Pero un día, encontrándola aburrida, probablemente porque le era fiel, la devolvió a la galantería moscovita.

La señora de Beaulieu había acertado en sus suposiciones. El duque fue el héroe de aquella temporada de invierno, y no hubo fiesta notable sin él. Se le permitió aspirar a la mano de las más ricas herederas de San Petersburgo. Desdeñó cuantas insinuaciones le fueron hechas a éste respecto, y fue más ardientemente solicitado.

Bligny tenía sangre de hastiado en las venas. Al cabo de seis meses, la existencia que llevaba, le aburría prodigiosamente y no encontró más alivio para su spleen que el juego. Desde la primera baza se sentía jugador hasta la médula. Jugaba y con una suerte insolente, Parecía haber entrado en el juego como un conquistador en el mundo. Y cada mañana, cargado con los despojos de sus adversarios, volvía a su casa, la frente dolorida como apretada por un círculo de hierro, pálido y con un gusto a polvo en los labios. Se acostaba cuando amanecía, al aparecer esa luz sombría y baja de los inviernos rusos que tanto se parece a un crepúsculo. Y, agotadas sus fuerzas, dormía hasta la tarde. Hacia las cuatro se levantaba y empezaba su jornada a la hora en que se encendía el gas de la ciudad. Había acomodado su existencia al revés que todo el mundo... Y durante dos años, apenas si vio la luz del sol. Era una mariposa nocturna. Su rostro, terso cuando salió de su hogar, ahora se había endurecido. Sus rasgos, aún eran bellos, pero carecían del encanto de la juventud, de esa flor de los rostros no agotados. Tenía la máscara de un vividor. Sus cabellos morenos, ligeramente rizados y cortados sobre la frente, empezaban a clarear en las sienes. Los ojos, de un color azul impreciso, se le hundían en las órbitas. La endiablada existencia que llevaba dejaba en él cada vez más visibles huellas.

Su tía no le hubiera reconocido fácilmente. Ya no era el joven tímido y de voz dulce que se pasaba las veladas tan apaciblemente con la marquesa y Clara en el recogimiento del gran salón del viejo palacio. La señorita de Beaulieu, resuelta y decidida, con su carácter un poco masculino, le llamaba, riendo, «señorita Gastón». Pero ya no quedaba nada de aquella graciosa mollicie que le hacía parecerse a una muchacha. Era un hombre, y peligroso entre los más peligrosos. Había descubierto sus tesoros de escepticismo nativo. No creía absolutamente en nada y ponía siempre sus placeres por encima de todo. La sangre paterna, calmada en él por las apacibles dulzuras de la vida hogareña, se puso en ebullición. Y aquella raza de los Bligny, ardiente y apasionada, que, después de Enrique III, había provisto a la corte de Francia de sus favoritos más voluptuosos, de sus elegantes más atrevidos, de sus cortesanos más galantes y los libertinos más escandalosos, tuvo en él un representante digno de tales antecesores.

Había un vigor de gigante en aquel débil cuerpo juvenil. Igual que en otros tiempos, aquellos señores dados a la molicie y a la languidez, que se maquillaban el rostro y las manos, molestaban a sus pajes antes que bajarse a recoger su boliche, haciéndose llevar en litera para evitarse la fatiga del caballo, y que en los días de combate cargaban furiosamente en la pelea con cien libras de hierro sobre su cuerpo y realizaban heroicas empresas, Gastón, ciertamente, no hubiera andado un kilómetro sin un motivo útil, pero era hombre capaz de estar cazando un día entero y esgrimir el florete durante horas, hasta rendir a los más infatigables. En el juego era donde más demostraba su energía. Parecía forzar la suerte con su voluntad. Y ganaba con una persistencia inaudita. Las bazas más malas se volvían buenas cuando él las manejaba. La banca, vencida cuando la atacaba, era inexpugnable si él era el banquero. La fortuna, durante dos años, lo trató como niño mimado. Se le llamaba «Gastón, el afortunado». Y era para sospechar si su probada lealtad no le hubiese defendido contra los malos pensamientos.

Los restos de su patrimonio, aumentados con los recursos que le proporcionaba el juego, le permitieron Vivir con gran lujo. Tuvo magníficos caballos y un alojamiento soberbio, indispensable para un hombre que vivía en la sociedad más rica y aristocrática.

Cuando llegaba al Círculo de la Nobleza, el juego tomaba otro aspecto. En seguida se percibía que la partida era importante y que fuertes apuestas iban a caer sobre el tapete. No jugaba exclusivamente al bacará y al sacanete; también se prestaba a echar una mano a los cientos, y jugaba habitualmente un luis al punto con ciento de puesta. Él fue quien inspiró al viejo Narishkin, archimillonario, esta jocosa respuesta: como Gastón le ganaba tres mil luises, se levantó de la mesa diciendo: «Prefiero marcharme; si continuase, acabaría con mi dinero».

Después de la representación de la Opera o del Teatro Francés, o bien al salir de la casa donde había pasado la noche, montaba en trineo y se hacía conducir a lo largo de la Perspectiva. Cálidamente envuelto en sus pieles, le gustaba sentir en el rostro el helado viento de la madrugada. Así templaba sus nervios para la partida, y hacía las dos de la madrugada llegaba al juego completamente fresco. Encontraba a sus adversarios excitados, y su calculada audacia tenía entonces las razones más intrépidas.

Sentado ante la mesa, bajo el ardiente resplandor de las arañas, se mostraba impassible. Ni las ganancias ni las pérdidas alteraban su flema. Ningún jugador recordaba haber visto a nadie más bien puesto. Y cuando alrededor suyo se manifestaban las supersticiones más pueriles, se quedaba grave y desdeñoso. No contaba más que consigo, y el fetichismo le hacía encogerse de hombros.

Frecuentaba mucho la sociedad, y tuvo numerosas aventuras galantes, pero ninguna de trazos apasionados. Era demasiado egoísta y no desesperaba a las bellas que se le mostraban insinuantes. Detestaba las lágrimas y a ninguna quería causar pesares por temor a las quejas con que pudieran irle.

Sólo una vez se creyó seriamente comprometido, pero las consecuencias demostraron que se había envanecido. Una de las más grandes damas de la aristocracia rusa, la condesa Woreseff, célebre por sus cabellos rubios y sus esmeraldas, se enamoró de él. Muy vigilada por su marido, que era muy celoso, no conseguía ver a Gastón, ni siquiera escribirle. Muy prendado de ella, el duque casi olvidó la baraja. Seguía a la señora Woreseff a

todas partes, bailaba con ella bajo las miradas inflamadas del conde, pero sin encontrar la ocasión de acercarse a ella en secreto. Para despistar al marido, Gastón simuló un viaje a Moscú. Desapareció durante dos días y entró secretamente en su casa. El conde, tranquilizado, disminuyó la vigilancia, y la bella rusa pudo acudir tres veces a casa del duque. La condesa dejaba su coche frente al pórtico de San Alexis, entraba en la iglesia, luego salía por una de las puertas laterales, y corría presurosa a su cita. A la tercera vez, un criado que siguió cautelosamente los pasos de la condesa, corrió a prevenir al conde, y el conde se presentó furioso en casa de Bligny, pero debió parlamentar con el mayordomo, un parisién tan tuno como Mascarille. Mientras, la encantadora condesa buscaba con Gastón una salida, y fue en esta circunstancia cuando el vigor nervioso del joven indolente se reveló soberbio.

El cuarto de baño de su alojamiento daba sobre el patio de una casa vecina, pero la ventana de ése cuarto tenía unos barrotes de hierro. En un instante, y con un fabuloso esfuerzo de sus músculos, Gastón torció un barrote, y la señora Woreseff pudo escapar. Segundos después, el conde, introducido hasta Bligny, que se mostraba tranquilo y sonriente, se vio obligado a reconocer lo infundado de sus sospechas y a retirarse pidiendo disculpas.

El conde devoró su rabia y le demostró a su mujer un aspecto tranquilo, pero convencido por nuevos informes de la certeza de la ofensa, resolvió obligar al duque a batirse. Se presentó en el Círculo y tomó la banca. Luego, una vez que las cartas fueron barajadas y Gastón hiciera el corte, el conde declaró brutalmente que cesaba la partida. EL duque pidió explicaciones fríamente, el conde se negó a darlas, el desafío fue inevitable.

La conducta de Woreseff fue censurada unánimemente, pero el resultado que el marido buscaba se consiguió. Al día siguiente tuvo lugar el encuentro. Se batieron bajo una bonita helada y en un bosquecillo de abedules a pistola, a veinte pasos y fuego a discreción. Gastón, muy cuidadoso de su vida, no tuvo generosidad alguna para con el marido de su amante. A la señal disparó, y alojó una bala en el vientre de su adversario. El conde, caído sobre la nieve enrojecida, se incorporó entonces sobre una rodilla, y, apostando con feroz energía un codo en el suelo, apuntó fríamente a Bligny, pero la debilidad que le producía la pérdida de sangre hizo temblar su mano y no alcanzó al duque más que en el hombro.

El conde sobrevivió a su terrible herida y Gastón se recobró, para después de seis semanas reemprender su disipada vida. Y he aquí lo singular: la bala del conde Woreseff parecía haber cortado la suerte extraordinaria del joven duque. ¿La sangre perdida había desequilibrado sus felices facultades? ¿O bien Gastón, favorecido hasta entonces, había agotado su suerte? Desde aquel día el éxito le volvió la espalda y perdió sin cesar.

Le abandonó su soberbia seguridad, y conoció las incertidumbres del jugador que olfatea la mala carta. Ya no echaba su dinero sobre la mesa con el aplomo del vencedor. Ya no dominaba a su adversario con su imperturbable serenidad. Ahora palidecía. Sus manos, inconscientes, tamborileaban nerviosamente con los dedos en el borde de la mesa marchas entrecortadas. Sus ojos se hundían bajo las cejas, y sus dientes blancos mordían sus labios. Tuvo abandonos y debilidades. Su bella postura de otros tiempos se deformaba, y abandonaba el juego con las primeras luces del día, despeinado, la corbata suelta sobre el desabrochado cuello y la

pechera de su camisa estragada y ennegrecida por el roce con el tapete verde de las mesas.

Descendió uno a uno los peldaños de aquella subida hacia el éxito que había alcanzado tan triunfalmente.

Y el dinero del juego, tan prontamente adquirido, fue disipado con aterradora rapidez. El duque se vio apurado y se decidió a pedir prestado, señal evidente de una caída próxima. Teniendo necesidad de los demás, se vio decepcionado y se afectó. En otros tiempos gozaba deliciosamente siendo el soberano de aquel mundo de vividores. La suerte le elevaba por encima de todos sus compañeros. Se le trataba como a un maestro, y él estaba orgulloso de su supremacía. Su pedestal se derrumbó en un instante. Desde el día en que no ganó más, para aquellos jugadores dejó de existir. Ahora, cuando llegaba al Círculo, no se le acogía más que con un silencio respetuoso. Recogía a derecha e izquierda algunos apretones de mano indiferentes, y nadie se distraía del juego. Se perdía entre los grupos de mirones; ya no se le temía.

Nunca su pasión por el juego fue tan violenta como en aquel trance difícil. Atacaba con un frenesí ciego. No meditaba las jugadas. Perdía y ganaba en una noche grandes cantidades. No era el hábil jinete que dirigía su montura, sino el aturdido, el arrastrado en el galope vertiginoso de un caballo que no trataba de dominar y que con la misma probabilidad se rompía los huesos como conseguía su objetivo. En efecto, para él los vaivenes de la fortuna resultaron inútiles. No supo aprovecharlos. Se encarnizaba como un loco y volvía a perder cuanto había ganado.

Su embajador lo salvó de un desastre inevitable. Le encargó una misión para el Gobierno de París. El duelo con el conde Woreseff había causado muy mal efecto. El diplomático creyó oportuno alejar al joven duque por algún tiempo. Y le dio un permiso de tres meses. Esa misión, que no había solicitado, por amor propio de combatiente que no quiere tener aspecto de abandonar la lucha, fue aceptada por Bligny con alegría. Se sentía gastado en San Petersburgo, y tenía prisa por desaparecer, para recogerse y pensar en un plan de conducta.

No le quedaban más que unos cincuenta mil francos, ; restos de sus ganancias de juego, que habían sido antes un verdadero tesoro. Con ése cambio, sus ideas se modificaron súbitamente. En el desorden de su vida mundana, el recuerdo de Clara había desaparecido, pero ahora volvió a pensar en su prometida. Volvió a ver en un espejo delicioso el salón acogedor y tranquilo del palacio de Beaulieu. A la claridad suave de las lámparas trabajaba Clara, inclinada sobre su bordado, y sus hermosos cabellos rubios tenían destellos dorados bajo la luz. Ella lo esperaba pacientemente, tal vez sonriendo. Y se dispuso a amarla, haciéndole la promesa de renunciar a la febril existencia que le había proporcionado tan locos regocijos y tan crueles preocupaciones.

Pensó que si los restos de la fortuna que le había dejado su padre se habían disipado, la señorita de Beaulieu era rica, y con las cien mil libras de renta de su dote, un matrimonio joven podía llevar una existencia honorable. La vida en París estaba muy lejos de costar tan cara como en San Petersburgo, y, además, el tiempo de las, locuras ya había terminado. Podía pasarse seis meses en sus tierras para hacer economías y consagrar la mayor parte de las rentas a llevar un tren digno durante el invierno.

El duque se identificaba con estas ideas y se sentía de nuevo cariñoso y bueno. Se imaginó un buen hombre. Y durante aquel regreso gozó

deliciosamente de sus primeros sueños de juventud. Durante el viaje no hizo otra cosa que acariciar halagüeños proyectos para el porvenir. Y cuando el tren se detuvo bajo la bóveda acristalada de la estación del Norte, saltó ligero al andén y tomó alegremente posesión de aquel París, lejos del cual su corazón y su entendimiento se habían extraviado tan gravemente.

Era ya de noche. Sintió un placer infantil al mirar a través de la portezuela del coche, avanzando por la larguísima calle Lafayette, sembrada de innumerables mecheros de gas. El movimiento de la gran ciudad le impresionaba. El caminar de los paseantes le pareció de una vivacidad y una animación particulares. La circulación en las calles era ruidosa. En la plaza del arrabal de Montmartre se vio detenido por un atasco de carruajes; los cocheros se apostrofaban vivamente, y hasta por debajo de la cabeza de los caballos se deslizaban los peatones para pasar. Su coche de punto volvió a avanzar y siguió a lo largo del muro de piedra del jardín del palacio Rothschild, luego entró en la calle Helder y poco después, el duque se encontró en pleno bulevar.

Sintió cierta emoción. Los carruajes iban en fila hacia la Opera. En el fondo de los landos aparecían, en sus elegantes salidas de baile, las mujeres con la cabeza rodeada de echarpes de lentejuelas. Las claridades intermitentes del Jabloschkoff que arrojaba una luz temblona sobre la fachada del teatro, salpicado de agujeros, hacía relucir los cascos de los municipales a caballo y envueltos en sus capotes, que permanecían clavados en medio de la plaza. En aquel cruce de calles y bulevares había un enorme movimiento. Los escaparates de las tiendas resplandecían en la oscuridad, y las aceras estaban abarrotadas de gente. Era el cuadro mágico de París de noche que se ofrecía con todo su terrible y pujante esplendor.

El fiacre giró en la calle de la Paix, y minutos después, Gastón se encontraba ante la puerta del Círculo. Descendió del coche un poco aturdido, con los oídos llenos del enervante ruido del ferrocarril y deslumbrada la vista por las luces. Subió fatigado a la habitación que le tenían preparada, y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente. Gastón no había estado alejado de París lo suficiente como para perder la costumbre de pasear por el bulevar. Inmediatamente, emprendió el camino para pisar el asfalto de las aceras. Su mal barniz ruso cayó al instante. Se sintió parisién de los pies a la cabeza. Sin embargo, esta embriaguez de París le duró dos días, durante los cuales se paseó de los Campos Elíseos al Bosque. Fue a exhibirse al Hotel des Ventes, y anduvo y desanduvo el camino entre la Madeleine y el bulevar Montmartre, contento de distribuir apretones de manos, y saludos entre amigos y conocidos. Recorrió los teatrillos, y se arrellenó en un sillón del patio de butacas, demasiado estrecho y muy incómodo. Encontró exquisitas las obras que eran idiotas. Tenía un contentamiento interior que se desbordaba en continuas admiraciones. En el fondo, estaba como liberado desde que dejó Rusia. Tenía la impresión de haber roto sus cadenas, de haberse evadido del presidio. Ahora era libre, respiraba.

Sus asuntos en el Ministerio quedaron concluidos en tres días, y decidió que partiría a fin de semana. Quería sorprender a Clara y a la marquesa, que sabía estaban en Beaulieu. Gozaba con antelación la sorpresa y ya oía sus gritos de alegría. Por capricho no hubiera renunciado a esta imprevista llegada.

Se fue callejeando hasta la calle de la Paix, a comprar en casa Bassot, el joyero de la familia, una admirable sortija de pedida, un gran zafiro

rodeado de brillantes, montado con rara perfección. Se veía ofreciendo a Clara el estuche en terciopelo blanco con las armas de la casa. Ella lo abría, y sería, sonriendo suavemente, le ofrecía el aro de oro para que él mismo se lo pusiera en su fino dedo, terminado en una uña rosa. Y esta vez sí que estaba todo bien concluido, ya era su esposo, y la sortija era el primer anillo de la cadena que debía unirles.

La víspera de su partida, el duque, al volver del teatro, encontró el Círculo más animado que de costumbre. Su informó acerca de aquella animación y le indicaron que el movimiento, aquel estallido y aquellas luces, se debían a una representación extraordinaria que se celebraba en el salón de actos. Un público muy selecto se reunía para escuchar la Educación de la princesa, opereta en dos actos debida a la colaboración de dos hombres de talento que pertenecían a la mejor sociedad, del duque de Ferax la letra y del señor Julio Trelan la música.

La interpretación era notable. Barón, del Varietés, prestaba su innata distinción al papel del gran mayordomo; Daubray, del Palais-Royal, interpretaba el escabroso personaje del caballero Alfonso de Rouflaquette; Saint German, del Gymnase había consentido por una sola vez, mostrarse gran cantor en el papel de Pepinster; el joven barón Tresorier, miembro del Círculo y poseedor de una encantadora voz de tenor, se había encargado del personaje de Triolet, la señora Judie hacía de princesa Hortensia, y Susana Lagier la reina madre.

Se confiaba en un gran éxito, y los criados que estaban de servicio se veían desbordados; todo el mundo llegaba al mismo tiempo con el deseo de tener un buen asiento. Y desde el amplísimo vestíbulo, adornado con bellos tapices de la época de Luis XIV, el murmullo de las voces y el roce de los vestidos de seda, llegaban hasta el duque entre las bocanadas de aire tibio, saturado de un fino aroma de polvos.

En vez de subir a acostarse, el duque entregó su abrigo a un criado, y estirándose los faldones del frac penetró en el salón.

Una circunstancia muy insignificante a veces decide el destino de los hombres. Bligny, acudiendo a escuchar La educación de la princesa, ni siquiera podía imaginarse que modificaba seriamente su porvenir.

El salón de actos estaba resplandeciente de luces. En las sillas, unidas unas a otras, se apretujaba numeroso público. Aquel conjunto de raso, de terciopelo, de gasas y de sedas, formaba una gama de brillantes colores, en medio de los cuales destacaba la blancura de los escotes. EL balanceo ligero de los abanicos agitaba aquella multitud con un movimiento de alas. Un rumor de conversaciones susurradas se percibía de vez en cuando al entrar en la sala alguna persona conocida. En el fondo, el escenario silencioso aparecía cerrado a las miradas con su telón rojo.

El duque se dirigió hacia un grupo de trajes negros, entre los cuales reconoció a algunos amigos. En el centro reinaba, muy rodeado, maese Escande, joven notario que acababa de obtener ése cargo y futuro heredero de parientes archimillonarios.

Vestía con una elegancia irreprochable y hablaba dándose la mayor importancia. Pero a la vista de Bligny pareció clavársele la lengua al paladar, pues se quedó con la boca abierta y mirando estupefacto al duque, que se aproximaba sonriendo. Siguió un silencio, cortado solamente por esta observación:

-¡Verdaderamente es una lástima!

La lanzó con gesto afligido un hombre anciano y calvo, de gran estatura, vestido con un traje que olía a antiguo negociante, el rostro muy encarnado, grandes orejas sobre las que caían mechones de cabellos

amarillentos, sostenido el cuello por un ancho corbatín blanco, con botones de diamantes en su camisa y calzado con zapatos de charol que dejaban ver el algodón planeo de los calcetines.

Bligny entró en el grupo, y después de estrechar la paño de sus amigos, esperó, intrigado por aquel silencio que le pareció demasiado elocuente. Cuando iba a preguntar de qué se trataba y cómo podía causar su aparición semejante malestar a los asistentes, el anciano, Inclinado sobre uno de sus amigos, le murmuró al oído, pero bastante alto para que pudiese ser oído y para que no fuese posible una negativa:

—Presénteme al duque.

El amigo miró a Gastón con asombro y haciendo una mueca tan expresiva que pareció que dijese: «¡Qué extraño capricho tiene ése pedante!», pero se resignó y dijo:

—Mi querido duque, el señor Moulinet.

—Industrial —precisó el hombre de los botones de diamantes, antiguo juez en el tribunal de comercio, y añadió a la vez que cogía afectuosamente las manos del joven—: Tengo el honor, señor duque, de conocer a su familia. La señorita Moulinet, mi hija, se educó en el convento con la señorita de Beaulieu, su prima. Sí, señor, en el Sacré Coeur, el primer colegio de París... todo me pareció poco para Atenea, y lo mejor siempre creo que no es bastante bueno para ella... Créame que he sabido con mucho pesar la desagradable noticia...

Desde hacía un instante, maese Escande se agitaba a riesgo de arrugarse la pechera de la camisa o deshacer el artístico nudo de su corbata. Hacía señas telegráficas con los brazos, pataleaba y prodigaba los «eh, eh...», pero Moulinet, demasiado lanzado para detenerse, o tal vez no queriendo comprender lo que ocurrió más tarde, podía dejarlo creer) proseguía sus expresiones de condolencia.

—Perdone —dijo el duque frunciendo las cejas—, pero no sé muy bien... Me habla usted de una desagradable noticia que parece que afecta a mi familia y especialmente a la señorita de Beaulieu. No sé qué pretende decir. ¿Quiere explicarse más claramente?

Maese Escande pareció muy contrariado, y como Moulinet permanecía silencioso y con la cabeza inclinada, pareciendo desinteresarse de la pregunta, el joven notario se decidió y avanzó hacia Bligny.

—Mi querido duque —dijo en tono solemne—, lamento infinito referirle esta noche, y en sitio tan poco apropiado para dar la noticia, el hecho al cual hace alusión el señor Moulinet... Sin embargo, como mañana sabrá seguramente a qué atenerse, no creo inoportuno aclarárselo inmediatamente. Cuando usted entró, yo les decía a estos señores que, obligado por mis asuntos a ir a Inglaterra, supe allí que el pleito entablado en vida por el señor marqués de Beaulieu y proseguido por sus herederos, acababa de ser perdido en última instancia. . Ante esta revelación tan inesperada, el duque palideció. La pérdida de aquel proceso, en el cual la señora de Beaulieu fundaba tan grandes esperanzas, era la mina de Clara. Gastón hizo un esfuerzo por dominar su turbación y replicó con cierta dureza:

—Permítame, mi querido maese, que me asombre con la facilidad con que cuenta a estos señores comunicaciones que afectan a la familia de Beaulieu. No creía que los asuntos de mis parientes fuesen motivo para servir de cuentos a los indiferentes y de chismorreos a los desocupados. Le estaría muy agradecido si en el futuro quisiera usted mostrarse menos expansivo.

El joven notario se quedó lívido ante estas palabras, y la hinchazón de su rostro la dividieron las pequeñas arrugas con que se distendieron sus agitados nervios. Sacudió la cabeza respirando fuertemente y repuso:

-Pero, mi querido duque, crea usted...

-Creo lo que es preciso -interrumpió secamente Bligny.

Y mirándole de arriba abajo, se separó de él, seguido de sus amigos.

Moulinet y Escande se quedaron solos, se miraron un instante sin hablarse, y luego el industrial esbozó una sonrisa.

-¡Qué sangre la de los Bligny! Le ha reprendido duramente, mi querido maese, y a mí me han llegado las salpicaduras, pero me es igual. Brava sangre, ¿eh? Así que está arruinado, ¿verdad?

-Completamente -dijo el notario con desdén-, y se hace el gran señor, corta y da lecciones...

-Perfectamente. Ya ve, querido, que por mucho que hagan las revoluciones, nosotros no seremos nunca iguales a esas gentes. Y el duque será un marido muy ventajoso para una hija rica.

Los tres golpes dados a intervalos en el escenario con una lentitud solemne, interrumpieron la conversación. Escande y Moulinet se sentaron. El duque estaba situado un poco más lejos. La orquesta empezaba la abertura. Un vals brillante, de un ritmo acariciador, desarrollaba su ligera melodía. El duque, atento en apariencia, reflexionaba profundamente. La ruina de Clara era como un rayo que destruía su porvenir. Ni por un instante, y hay que decirlo en su honor, Gastón pensó en no mantener su compromiso. Él era el novio de la señorita de Beaulieu, y ella era pobre. Ni siquiera se le ocurrió la idea de que podría casarse con otra mujer que no fuese Clara. Se consideraba ligado. Llevaba encima, junto al corazón, el estuche de terciopelo blanco con las armas de los Beaulieu y los Bligny grabadas junto a la sortija de pedida. Pero seguramente estaba más encadenado por su palabra que por el anillo. No obstante, Clara arruinada, era la mediocridad para toda la vida, la necesidad de confinarse en el fondo de un castillo de provincia y vegetar como un hidalgo granjero, como un verdadero lobo, sin ver a nadie por temor a los gastos. Para el bello, el seductor y el solicitado Gastón, era un enterramiento obligado en pleno esplendor. Lamentó amargamente haber derrochado las grandes cantidades que había ganado. Por poco recomendable que fuese el dinero del juego, era dinero. Y vivir sin recursos en un siglo tan positivo, en que la estimación dependía de la riqueza, no era vivir.

Luego pensó con ternura en la desesperación de Clara y de su madre cuando supieran la fatal noticia, que todavía ignoraban, puesto que aquel imbécil de Escande acababa de traerla calentita de Inglaterra. Gastón habría querido adelantar su viaje para estar más pronto al lado de aquellas pobres mujeres, para suavizarles el golpe y consolarlas.

El telón se había levantado, exhibiendo un decorado primaveral y rojo. En un paisaje soleado, el coro de segadores y segadoras estaba en escena y cantaba a toda voz un aire de danza de Auvernia, cuya letra no era ciertamente muy original.

Cantad, hermosas rapazas;
segad bien, bravos varones!
dejad que siga la hoz

el compás de las canciones.

Y como si estas vulgares palabras hubiesen arrojado al duque a una nueva corriente de pensamientos, se veía en Beaulieu con Clara, bajo el cielo azul; los segadores cantaban en los trigales y un calor susurrante ascendía de la tierra. Sentíase como invadido de una languidez deliciosa. Y junto a la que amaba, se imaginaba feliz en su pobreza. Era una calma profunda, una dulzura apacible después de las tormentas de su corta existencia de vividor. Gozaba plenamente, y entrevió en la mediocridad a que le condenaba la ruina de Clara satisfacciones desconocidas y cautivadoras.

En el escenario continuaba desarrollándose la obra, y el caballero Alfonso de Rouflaquette cantaba su gran dúo con la princesa. La voz acariciadora y cálida de Judie, murmuraba con un ardor apasionado:

¡Ven! A mi grandeza por ti renuncio.
Abandonemos mi palacio, dejemos mi corte.

Y Daubray, pasando la mano por sus rubias guedejas, replicaba con una mirada pícarasca:

¡No! La grandeza no excluye el amor.
Riqueza y poder conserva en éste día,
consérvalo todo para tu Alfonso.

Y el artista favorito había coronado su frase con una prodigiosa nota sostenida que produjo estrepitosos grillos de entusiasmo. La educación de la princesa se anunciaba como un enorme éxito y el director del Varietés se iluminó diciéndose que ya tenía obra para el próximo invierno. Moulinet, arrellanado en su silla, meneaba la cabeza como un oso que oyese tocar la flauta. No pensaba seguir las aventuras de la princesa Hortensia. Otra princesa le interesaba mucho más: era su hija, la morena Atenea. La veía en el convento, pequeñita y con su vestido demasiado corto, bastos zapatos y manos encarnadas, rostro ingrato y mal dibujado, cuerpo anguloso y desgarbado, en pleno estado de formación. Acudía al locutorio en medio de sus compañeras elegantemente vestidas, que la miraban de arriba abajo con gesto desdeñoso. El aún no era rico por aquel entonces; el tío Moulinet no había fundado todavía su fábrica de chocolate de Villepinte, ni inventado los prospectos en papel azul y redactados burdamente, pero que había hecho conocer sus productos en los más pequeños rincones de Francia.

Entonces vendía artículos ultramarinos al por mayor, y las nobles madres de las compañeras de Atenea no se molestaban en demostrar su asombro porque aquella heredera de un «tendero» hubiese sido admitida en el pensionado. Los ecos de las pequeñas intrigas habían llegado hasta él sabiendo con qué acritud era tratada su hija por las alumnas. Recordaba que a la cabeza del bando contrario, de las nobles, como él las llamaba, estaba la orgullosa señorita de Beaulieu.

¡Cuántas veces había oído las frases de cólera de Atenea dirigidas contra su enemiga! Llorando, juraba que se vengaría. ¿Y no se había presentado la ocasión de vengarse, sin que hubiese intervenido para que llegase? Atenea Moulinet era ahora una de las más ricas herederas de París, y la orgullosa Clara de Beaulieu era una muchacha sin dote. La hija del «tendero», vestida en casa Worth, peinada de acuerdo con su rostro,

acostumbrada al lujo, había engordado, se había transformado e iluminado con su aureola de millones; ahora pasaba por una de las más guapas muchachas de la rica burguesía. La hija de la marquesa, vestida con un trajecito sencillo, se iba a una provincia, a desaparecer en la oscuridad, y —¿quién podía saberlo?— tal vez a resignarse del fracasado matrimonio tan largo tiempo proyectado.

¡El duque de Bligny, un aristócrata tan brillante y con tan ilustre título! Muchas veces, cuando el duque acompañaba a su tía, la marquesa, al Sacré Coeur para ver a Clara, Atenea se encendía de rabia viéndolos juntos. Los adivinaba destinados uno para el otro, Clara sería duquesa. ¿Y ella, Atenea? Se casaría con cualquier notario, un Escande o un industrial como su padre, y a su vez, daría vida a hijas humilladas o a muchachos mirados con desdén.

Ante éste pensamiento, Moulinet esbozó una orgullosa sonrisa. Se volvió hacia atrás, y hundiendo una mano en un bolsillo que produjo el sonido argentino de monedas removidas, se murmuró estas palabras: «¿Por qué ha de ser así? ¿Acaso mis medios no me permiten pagarle el marido que le plazca?»

Volvió la cabeza con aspecto grave, y fijando sus ojos en la elegante muchedumbre que le rodeaba, pareció que buscaba el yerno que le convendría. Estaba apoyado por sus millones y nada le parecía imposible. ¿Quién sería el valiente que rechazaría la mano de Atenea cuando se la presentasen con un talón cuyo valor sería indeterminado? ¿Sería un conde, un marqués?

Qué cantidad hacía falta para procurárselo? No tenía más que hablar. Moulinet podía darle muy bien diez millones de golpe. ¡A subasta el marido! El padre era lo suficiente rico para comprarle un príncipe a su hija.

Y su mirada fue atrevida, casi amenazadora. Erró vagamente sobre todos los rostros desconocidos y fue a detenerse en el del duque de Bligny. El joven estaba con gesto sombrío, y Moulinet se dijo: «Piensa en su prima». Y una sorda irritación se apoderó de él. ¿Qué era lo que confusamente ideaba Moulinet? Ciertamente ni él mismo habría podido explicarlo. Sin embargo, un principio de proyecto germinaba en su cabeza.

Un gran rumor se produjo en la sala. El telón acababa de bajarse tras el primer acto de la opereta. En medio de los aplausos y de las llamadas, el duque se había levantado acompañado de sus amigos, y con aire indiferente caminaba hacia la salida, Moulinet le siguió un instante con la mirada, y luego tomó la misma dirección que ellos.

En el segundo piso el juego no se había interrumpido por la fiesta. En los salones donde se jugaba había el mayor silencio. Apenas si llegaba a los oídos de los jugadores un vago murmullo de las melodías de la opereta. Nada podía distraerles. Sabían que abajo se divertían, ¿pero qué les importaba? El placer, el de ellos, se centraba en aquella mesa en forma de herradura, bajo el gas que les secaba los sesos.

Las mujeres, elegantemente vestidas, esparcían los más penetrantes perfumes y se agrupaban como un ramo de flores. ¡Ellos ni se ocupaban! La dama de pique y la dama de corazón eran cien veces más atractivas a sus ojos. Insensibles a las seducciones de la fiesta, sordos a las voces que cantaban, a la orquesta que hacía resonar sus instrumentos alegremente, permanecían allí, en medio de un calor pesado y enervante, arrojando dinero sobre el tapete verde.

Maquinalmente, el duque había llegado a los salones. Iba sin dirección, como al azar. ¿Estaba en su destino que volviese nuevamente al borde de

aquella mesa después de tan nobles propósitos? El banquero acababa de cantar:

—Señores, hagan juego.

Gastón se sacó del bolsillo un billete de mil francos y lo dejó caer con displicencia. Ganó. Dejó escapar una exclamación de sorpresa. No se esperaba el éxito. Tuvo la curiosidad de ver si la suerte persistía y se sentó.

En el mismo momento, Moulinet entraba en la sala de juego. Era la primera vez que pisaba una. Tenía por principio horror a los juegos llamados de azar. Prefería poder corregir la suerte con la habilidad. Jugaba voluntario a la béciga e ignoraba el whist; sin embargo, se aproximó a la mesa, y al ver que Gastón dejaba sus cien lises sobre el tapete, él puso diez francos al lado del montón del duque. Visiblemente, Moulinet quería tener el derecho de vigilar a Bligny. Deseando no parecer indiscreto, compraba el derecho jugando. Moulinet era hombre de concesiones útiles. La partida continuaba, pero la suerte había cambiado. Parecía como si los diez francos del industrial hubiesen roto el encanto. Bligny palidecía, dominado nuevamente por su pasión, jugando furiosamente sus últimos billetes de Banco. Moulinet, desdeñando la ganancia, continuaba poniendo diez francos.

Cuando amaneció, la partida cesó por falta de jugadores y el duque perdía cuarenta mil francos. Desde hacía tiempo, Moulinet, sabiendo a qué atenerse sobre la suerte del prometido de la señorita de Beaulieu, dormía profundamente en su soberbio palacio del bulevar Malesherbes.

Gastón, la cabeza vacía, enervado y calenturiento, a la hora en que debía tomar el tren para ir a Beaulieu subía a su habitación y, de codos en la baranda de su ventana, miraba en la calle de la Paix a los barrenderos que empezaban su trabajo matinal. Un frescor exquisito le reanimó, el cielo puro estaba ligeramente teñido de rosa. El duque se dijo: «He hecho una tontería esta noche, pero me iré hoy mismo. ¡Al diablo el bacará!» Se vistió, salió, tomó un coche y se hizo conducir al bosque de Bolonia. Por la noche no partió y volvió a la sala de juego.

Mientras tanto, Clara, inquebrantable su confianza e inmutable su amor, esperaba el regreso de su prometido.

CAPITULO V

La tarde del día en que Bachelin llevó al castillo de Beaulieu dos noticias igualmente malas, la de la pérdida del pleito y la de la estancia de Gastón en París, la marquesa, aún aturdida por tan rudos golpes, se había sentado en la poltrona del salón que daba a la terraza. Reflexionaba profundamente y sus dolorosas impresiones se reflejaban en su semblante. El marqués, al entrar bruscamente, arrancó a la buena señora de sus tristes pensamientos. La marquesa se estremeció, miró un instante a su hijo con inquietud, como si esperase una nueva desgracia. Y viéndole tranquilos los ojos y risueño, suspiró más tranquila y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Se trata, madre, de nuestros primos, los Prefont, que llegan ahora. Su break acaba de cruzar la verja y viene por la alameda principal. En efecto, en el aire apacible de la tarde se oía el crujir de la arena. La friolera marquesa se cubrió la cabeza con un echarpe de encaje, se envolvió en su chal y, atravesando el ancho vestíbulo enlosado y amueblado con arcones y sillería de peral tallado y cubiertas las paredes con tapicerías de grandes personajes, se adelantó hacia el pórtico. El break, venciendo una cerrada curva, acababa de detenerse. Una cabeza risueña apareció en la portezuela. Una mano enguantada en piel de Suecia se agitó vivamente, mientras una voz juvenil y sonora gritaba:

—¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes a todos!

El joven marqués ya se encontraba junto al carruaje. Una oleada de jovialidad salió con extremada viveza, dejando ver en el estribo una botita en piel color castaño, prolongada en una pierna encantadora y moldeada por una media de seda gris. La baronesa de Prefont saltó a los brazos de la marquesa, abrazándola y diciéndole con voz entrecortada:

—¡Ah, tía mía, qué contenta estoy! Mi buena tía, hace tanto tiempo... Y vosotros, mis buenos amigos...

Y arrojándose con expansión en los brazos de la señorita de Beaulieu, volvió a empezar sus tiernas exclamaciones acompañadas de caricias vivas.

—¡Mi querida Clara! ¡Si parece que hace un siglo!

Luego, sin vacilar, pasó a Octavio, por quien se dejó besar en ambas mejillas, después de lo cual ella cambió con él un apretón de manos a la inglesa, riendo y haciendo crujir sus vestidos, tomando aliento entre gritos de satisfacción, tomando al asalto en un instante el castillo y a sus habitantes con una jovialidad afectuosa y desbordante. De pronto, poniéndose seria, la baronesa exclamó:

—¡Ah, Dios mío! ¿Y mi marido? ¿Es que se ha extraviado?

Una voz suave le respondió:

—Aquí estoy, querida; esperaba pacientemente el final de tus efusiones para saludar a estas señoras.

Saliendo de la sombra, un joven de unos treinta años, correctamente vestido con traje de viaje y una bolsa en bandolera, apareció en plena luz, y con una cortesía sonriente y tranquila, se acercó a la marquesa y a Clara.

—Bien, bien; saluda —repuso la impaciente baronesa—. Bueno, ya está. Ahora vete a vigilar el traslado de mis cajas. Te recomiendo especialmente la gran caja negra en que están mis sombreros. ¿Me responderás de ella con tu cabeza?

—Sí, querida —repuso apaciblemente el barón.

Y volviéndose hacia Octavio, que le estrechaba la mano, añadió con resignada sonrisa:

—Diecinueve bultos, amigo mío. Trescientos kilos de exceso. ¡Creo que mi mujer transporta artillería!

Las señoras entraron en el salón. La baronesa se inclinó hacia la marquesa.

—¡Ah, mi querida tía! —murmuró con volubilidad, levantando la mirada al cielo—. Cuántas cosas tenemos que contarnos —y estrechando las manos de la marquesa con gesto enternecedor, agregó—: Ya sabes que nosotras nos queremos y que nada de cuanto os concierne nos es indiferente...

Y como la señora de Beaulieu mirase con inquietud a Clara, que estaba atenta y alargaba el oído, agregó:

—Sí, ya sé... En fin, mi marido te lo dirá todo.

Y echándose sobre Clara como para borrar sus imprudentes palabras, prosiguió:

—Nos vamos a Suiza, ¿sabes? pero no hemos querido pasar tan cerca de Beaulieu sin detenernos a saludaros. Nos quedaremos aquí unos días; luego nos iremos en coche y entraremos por el desfiladero de los Verrieres... ¡Ay, nuestro pobre ejército del Este! El barón fue herido en Joux en el último combate de retaguardia con los Badois de ése terrible Werder... ¿Comprendes? Para mí es un peregrinaje. Mi marido se portó como un héroe. De doscientos hombres que contaba su compañía... pobres muchachos, helados por la nieve. ¡Qué horror! No pudo reunir más que ochenta... Y no le han condecorado. Es cierto que somos legitimistas. Éste Gobierno, amigos míos, qué abominación. ¿Por qué creen que Gambetta se decidirá a aceptar el Ministerio?

Y la baronesita se iba animando hasta ponerse dramática, parloteando como una cotorra, pasando de un tema a otro con una movilidad de ideas y una diversidad de expresiones asombrosas. Un caleidoscopio viviente, cambiando sus dibujos y variando su aspecto instantáneamente.

La marquesa y Clara la escuchaban, asombradas y aturdidadas. En el silencio y la calma del campo se habían vuelto serias y recogidas. La animación de aquella parisién, con sus modales ruidosos y desenvueltos, les producía una sensación de vértigo.

Sin esperar respuesta a su pregunta, la baronesa atravesó el salón y, adelantándose hacia una ventana desde donde la panorámica se extendía a lo lejos, sobre el valle sombrío, al fondo del cual ardían las chimeneas de los altos hornos de la fundición, arrojando en la oscuridad sus luminarias de incendio, exclamó, palmoteando con una admiración infantil:

—¡Es hermoso! Parece un decorado de ópera. ¡Ah, la naturaleza! Qué felices sois viviendo en medio de los campos y de los bosques. Qué buena existencia y cómo conserva la salud. Míreme, tía, y compare con Clara. Somos de la misma edad y yo tengo aspecto de ser su madre... Es la fatiga de los bailes, de las comidas, de las visitas, de los teatros, el enervamiento de la vida parisién, que nos estropea de éste modo... Es un verdadero trabajo ése cúmulo de placeres. ¿Se ríe usted, tía? ¿Va a decirme que mi marido y yo podíamos hacer otra cosa y pasar cuatro meses en nuestra tierra de Borgoña? Sin duda. ¿Pero, cómo? El barón, que es un sabio, tiene su centro intelectual en la capital. Tiene sus asambleas científicas, y la Academia... ¡Oh, Dios, la Academia! Yo tengo infinidad de obligaciones, a las cuales no puedo sustraerme, relaciones que visitar, obras de caridad que administrar... Y luego mi hija, que no puedo dejar sola con mi gobernanta. Además, cuando hemos estado dos meses

a bordo en el mar, dos meses viajando y dos meses en Niza... ya ve lo que queda... ¡Ah, estoy muy cansada...! ¿Y si nos sentásemos?

Y pasando como un torbellino por entre la señora de Beaulieu y Clara, la baronesa fue a hundirse en la poltrona de la marquesa.

—Bueno, ahora hablemme de ustedes. ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿En qué ocupan su tiempo? ¿Y Octavio? ¿Y su vecino, el dueño de la forja? Ya ven que me acuerdo de lo que me escriben. Por Dios, ¿qué sería de nosotros si no se tuviese un poco de cabeza?

Se apelotonó en el amplio asiento, luego la baronesa cerró los ojos, disponiéndose a escuchar con toda atención a su tía y a su sobrina...

Hubo un silencio, y casi sin transición, como un pájaro cantarín que después de lanzar su último trino se duerme al borde de su nido, la parisién, fatigada por el viaje, dejó caer suavemente la aturdida cabeza en el respaldo adornado con antiguas blondas, y su ligera respiración, que pasaba por nutre sus labios entreabiertos, indicó que se había dormido.

La marquesa y Clara cambiaron una benévola sonrisa, y tomando cada una su labor esperaron a que se despertase la encantadora mujer, todavía tan chiquilla.

La baronesa de Prefont, nacida Sofía de Hennecourt —ironía de los nombres—, Sofía —éste nombre de sabiduría dado a esta loca— era la hija única de una hermana del marqués de Beaulieu. Había sido educada con Clara. En el convento, formaba parte del clan de las nobles, tan rudas con las pequeñas burguesas. Y ella también había conocido a la heredera del señor Moulinet. Corazón de ángel, pero cerebro de pájaro, se pasaba la vida reparando con su bondad el mal que había hecho con sus ligerezas. ¡No había contribuido poco al odio que Atenea había declarado a la señorita de Beaulieu! Ella era quien le había puesto ya el primer día el mote de la «pequeña Cacao» a la señorita Moulinet. Y como se estuvo al borde de entablarse una batalla entre aquellas escolares de trece años, Clara, más alta, más fuerte y juiciosa, con un recio ademán lo impidió, interponiéndose.

Atenea se había irritado más contra esta que se interponía que contra aquella que la atacaba. Además, la señorita de Beaulieu por la firmeza precoz de su carácter, se imponía a todas sus compañeras. En cierto modo, era la encarnación de aquella aristocracia que hacía la vida tan dura a la pequeña Moulinet, y ella fue quien, por su superioridad, se atrajo el rencor de la menospreciada niña.

La verdad es que Clara jamás le había hecho nada a Atenea. Pero sus naturalezas eran absolutamente opuestas. Todo lo de la patricia ofendía y disgustaba a la plebeya: la elegancia de su estatura, la blancura de sus manos la rica sencillez de sus vestidos, hasta su papel de cartas timbrado con iniciales coloreadas, y los guantes que se ponía durante los recreos.

Clara y sus amigas se tuteaban entre sí, y Atenea afectaba tutear a todas. Hubo terribles discusiones en aquel pequeño mundo en miniatura. Sofía de Hennecourt, exasperada, no soportaba que la tuteasen y trataba de usted a la hija del chocolatero. Clara, riéndose de aquellas distinciones que le parecían pueriles, tuteaba a Atenea, y ésta vio en esa familiaridad una injuria. La hostilidad de la pequeña Moulinet no se le escapaba a Clara. Fingía no darse cuenta de ello, acaso contra su voluntad, su desdén por Atenea se acentuaba.

Entre la señorita de Hennecourt y Cacao, la guerra era incesante y aguda. Un día, volviendo Sofía del locutorio, llegó al patio con un gran paquete

de chocolate. Ofreció a todas sus compañeras, y acercándose a Atenea con gesto condescendiente, le ofreció, diciendo:

—¿Tú quieres? Puedes arriesgarte. No es de tu casa. Es del marqués! La pequeña Moulinet palideció de ira, y cogiendo el paquete lo arrojó lejos, yendo a dar contra una ventana cuyos cristales cayeron hechos añicos. Seguidamente hubo un gran atropello, y Atenea, violentamente empujada, se cortó la mano con un trozo de vidrio que quedó enganchado en la base de la pared. La violencia le su cólera y el miedo de verse sangre, hicieron que a pequeña Moulinet cayese desvanecida. En un cambio espontáneo de su naturaleza, Sofía cogió en brazos a Atenea, ayudó a llevarla a la enfermería, acusándose y llorando desolada por haber sido la causa de aquel mal.

A partir de aquel día cambió la escena. Atenea se puso abiertamente al frente del grupo de las burguesas, pero el patio se dividió en dos bandos: las nobles a un lado y las ricas a otro. Aquellas chiquillas hablan crecido y sus querellas habían tomado una apariencia discreta y socarrona que presentía las lecciones del mundo. Ya no estaban para pelearse a manotazos, pero se destrozaban más cruelmente con las palabras. Clara, altiva y desdeñosa, permanecía apartada y no tomaba parte en la guerra, pero no por ello era menos aborrecida. Entre ella y Atenea había entablada una lucha sorda. La señorita Moulinet era la antagonista de la señorita de Beaulieu, y verdaderamente las dos adversarias eran de igual fuerza.

El señor Moulinet estaba a punto de amasar una fortuna colosal. Se pretendía que había encontrado un procedimiento para hacer vainilla con carbón de piedra que en su chocolate sustituía el cacao por almendra tostada. Esta química alimenticia le proporcionaba cada año inmensos beneficios. Y en el mundo parisiense, el industrial empezaba a contar como un valor financiero. Acababa de ser nombrado juez del Tribunal de Comercio, y sus amigos, cuando hablaban de él, meneaban la cabeza seriamente y decían: «Es un hombre muy poderoso».

Moulinet, jovial y amistoso, decía entusiasmado al hablar de él: «Papá tiene dinero». No obstante su ordinariez, no era malo. Capaz siempre de hacer un favor, pero a condición de que le significase algo el hacerlo. Muy ansioso por ampliar el círculo de sus relaciones y por depurar sus amistades, mirando siempre por encima suyo y jamás por debajo. Así era cómo había conseguido ascender siempre.

Un buen día llegó al Sacré-Coeur en un admirable lando de dos caballos, mandó llamar a su hija al locutorio y Atenea ya no volvió al convento. Entonces tenía dieciséis años. Sus compañeras la encontraron el domingo en el Bosque, en el soberbio carruaje de su padre. Y de lejos las saludó con sonrisas, reconociéndolas inmediatamente, como ávida por saludar desde lo alto de tan lujoso vehículo.

Algunos meses después, Sofía y Clara regresaron igualmente con sus familiares. Y la guerra cesó por falta de enemigas.

No obstante, el odio se había conservado vivo en el corazón de la señorita Moulinet. Ella seguía de cerca a sus rivales. En la Opera, desde el palco del segundo piso que su padre consiguió después de mucho forcejeo, veía con indignación a las señoritas de Hennecourt y de Beaulieu, reinando en el primer piso, en un palco entre columnas. Durante los entreactos, aquello era un continuo ir y venir de caballeros elegantes; en el saloncito del fondo se charlaba y comían bombones, y con la Moulinet nadie: el vacío y el silencio.

Atenea se decía: «Con toda seguridad entre tantos visitantes habrá uno que se declarará y que se casará con Clara». La belleza de la señorita de Beaulieu se había hecho adorable. Tenía una exquisita blancura de rubia. Y cuando aparecía con vestido escotado y sin joyas, levantaba miradas de admiración.

Sin embargo, fue Sofía quien se casó primero. El barón de Prefont la pidió, y el matrimonio se celebró en San Agustín con gran boato. Hubo una misa espléndida, a la cual no fue invitada la señorita Moulinet. Sin embargo, algunas antiguas compañeras del convento pretendieron haberla visto tapándose el rostro con un velo, acompañada de una doncella y siguiendo desde uno de los laterales la ceremonia. Éste reconocimiento ofensivo jamás fue probado. La sombra de una columna protegía a Atenea de la devoradora mirada de sus enemigas. Clara hacía de dama de honor y postulaba con el pequeño vizconde de Pontac. Cuando se aproximó al lugar en que la señorita Moulinet había establecido su observatorio, ésta se perdió entre la multitud y se alejó. La señorita de Beaulieu, indiferente, no se dio cuenta de éste manejo. Continuó su postulación sonriendo con dulzura, y no dudó de que si las miradas pudiesen matar, ella hubiese caído muerta en medio de la iglesia.

Una vez casada Sofía, el duque de Bligny partió para San Petersburgo, y la existencia de Clara siguió muy retraída hasta que al fin fue a pasar seis meses lejos de París. El recuerdo de Atenea había desaparecido totalmente de su espíritu, y viendo cómo dormitaba suavemente la baronesa de Prefont en la poltrona, ya no pensaba en las querellas que aquella encantadora atolondrada promovió en otros tiempos.

Al abrirse la puerta del salón se despertó la baronesa. Vio entrar a su marido y a Octavio, y levantándose ágilmente y totalmente despierta, exclamó, riéndose en seguida:

—Por Dios, me habéis dejado dormir. Aquí es igual que en los cuentos de hadas, el castillo de la Bella Durmiente del Bosque. Apenas se llega, hay que cerrar los ojos. Pero, ¿dónde está el príncipe encantador? ¿Acaso es usted, barón? No, es Octavio. Tía, perdóneme. Se trata del aire de su región, y él tiene la culpa. No estoy acostumbrada en París a una atmósfera tan agradable.

—Esto no es nada —dijo la marquesa—. Has caído como el pájaro. Es el primer efecto, pero ya te acostumbrarás.

El barón se había aproximado con su tranquila seriedad.

—Querida acabo de ejecutar tus órdenes; he hecho que entrasen tu equipaje. El castillo está lleno.

—Está bien —respondió la baronesa, con el aire de una reina satisfecha de su pueblo.

—¿Quieres que te lleve a tus aposentos? —preguntó Clara, al ver a la baronesa en pie e indecisa.

—Con mucho gusto.

Y cogiendo un bolso de cuero rojo con las armas impresas, que había dejado en un sillón al entrar, dirigió una mirada a su marido, el cual se le acercó para cogérselo, pero ella apartó el bolso rápidamente, diciéndole:

—No, tú no. Eres demasiado distraído, y esto requiere cuidado. Ten tú, Octavio.

Y por segunda vez, con la mirada señaló a la marquesa su marido.

—Mi querida amiga, muy halagado por tu confianza —respondió Prefont, con una sonrisa—. Vamos, Octavio, haz de cesto. Yo haré compañía a tu madre.

La baronesa, feliz por haber sido comprendida, hizo un pequeño gesto aprobador al barón, y tomando a Clara del brazo para estar segura de que ésta no turbaría quedándose la conversación que había preparado de su marido con la marquesa, salió tarareando una cancioncilla.

El barón, serio y ensimismado, dio algunos pasos en silencio por el salón. La marquesa, acomodada muellemente en su poltrona, miraba distraídamente, ante sí. El salón estaba sombrío. El fuego, que para aquel fresco anochecer de octubre, ella había mandado encender, chisporroteaba en la amplia chimenea de granito rosa, y hacía danzar, con el lengüeteo de sus llamas, las grandes claridades que se proyectaban en el techo. La marquesa se decía que tal vez las noticias que traería de París el barón serían mejores que las dadas ¡por Bachelin aquel mismo día. Y se aconsejaba esperar. Arriba del salón, en el piso superior, ya se oía el paso vivo y rápido de los jóvenes que recorrían los aposentos. La vieja morada se llenaba de un movimiento desacostumbrado, y los gorjeos dejados por la baronesa tras sí como una huella sutil, vibraban alegremente en el ambiente.

Por fin la marquesa se liberó de su meditación, levantó los ojos, y al ver al barón plantado delante de ella y esperando sus órdenes, se dirigió al joven con una melancólica sonrisa.

—Bien, sobrino, ¿tienes alguna confidencia que hacerme? Me parece que ya sé algo acerca de lo que se trata, y puedes verme muy apenada.

—Es un asunto triste, en efecto, tía —respondió el joven, preocupado—, y la consideración de que goza nuestro mundo no se acrecentará. ¡Ay! Cuando uno de los,—nuestros falta a su deber, la falta cometida por él recae también sobre los suyos. Nosotros no tenemos más que una superioridad sobre las demás clases de la sociedad: la de la fidelidad a la palabra empeñada. Aún se dice a manera de proverbio: «Palabra de caballero». Muy pronto, viendo que no nos ajustamos a nuestras promesas, igual que cualquier advenedizo, ni siquiera se nos reconocerá ése soberbio respeto a la fe comprometida. Y habremos perdido nuestro último buen nombre. Una lágrima brilló en los ojos de la marquesa, y levantando sus manos delicadas y delgadas hacia el barón, dijo:

—Dímelo todo, no me ocultes nada. Ya sé, gracias a la actividad de mi buen Bachelin, que el duque de Bligny está en París desde hace seis semanas.

—¿De verdad, marquesa, sabe todo eso? —preguntó amargamente el barón—. ¿Y sabe que está a punto de casarse?

—¿De casarse? —exclamó con estupor la señora de Beaulieu, irguiéndose y palideciendo.

—Sí, mi querida tía. Perdóneme la rudeza de mi espontaneidad, pero ante tan delicado tema, creo que lo mejor es ir derecho al fondo.

—¿De casarse! —repitió la marquesa.

—El duque ha hecho todo lo posible porque la noticia no trascendiese, pero el futuro suegro, que al parecer es un burgués de lo más ordinario es menos discreto. El buen hombre se alegra. A su hija ya se la imagina duquesa. La historia me la ha contado Castcran, un amigo íntimo de Bligny, que sabe cómo se ha realizado la negociación. Y tengo el dolor de verme obligado, querida tía, a confesarle que no hay nada más lamentable. Figúrese usted que el duque, apenas he gado de San Petersburgo, se metió en una partida muy fuerte que se jugaba en el Círculo desde hacía tiempo Tratado muy duramente por la suerte, en seguida se quedó sin recursos, que por cierto eran ya muy débiles. Tuvo que recurrir a la caja del Círculo, y encontró fondos para hacer frente a sus compromisos. Prosiguió

jugando en tales proporciones que en una semana sus pérdidas ascendían a doscientos cincuenta mil francos. Parecía que había perdido totalmente la cabeza. Se apasionó de tal manera, que a pesar de su mala suerte siguió jugando como enloquecido. En dos noches lo recuperó todo, pero volvió a perder cien mil francos. En fin, que se quedó con una limpieza definitiva de doscientos mil francos.

La marquesa miró a su sobrino, preguntando:

—¿Una limpieza?

—Perdóneme, tía; es un término. Para expresar una gran pérdida en el juego, se dice limpiar.

—Una limpieza de doscientos mil francos —murmuró la marquesa, con una triste sonrisa—. Eso es una locura, querido.

—Peor aún, porque Gastón no tiene ni un céntimo fiara pagar, y en los Círculos esta clase de deudas se pagan antes de las veinticuatro horas para evitar el deshonor y la expulsión. La situación del duque, por consiguiente, era muy crítica. Habría podido dirigirse a la familia; aunque nuestra fortuna esté invertida, la baronesa y yo le hubiésemos proporcionado una parte. El habría podido hacer algunos arreglos: para pagar el resto. Pero Gastón no pensó en dirigirse a nosotros, o no quiso. Sin embargo, Casteran se lo había aconsejado. El desventurado se encerró en su cuarto del Círculo y se sumió en penosas reflexiones. Al parecer, se daba cuenta de que había dañado gravemente su situación en sociedad y que tenía comprometido su futuro. Entonces fue cuando intervino la providencia bajo la forma del futuro suegro, que Gastón, según me han dicho, no había visto más que una vez en su vida. El individuo entró inmediatamente en materia y habló a Bligny en un lenguaje parecido a éste: «Señor duque, debe usted doscientos mil francos y es preciso que se los procure en el día, lo que no conseguirá». Como el duque se pusiese en pie para parar en seco a aquel desconocido, éste le detuvo en seguida dejando caer estas palabras: «Esos doscientos mil francos yo se los traigo. Tengo una inmensa fortuna, y no quiero que se diga que un hombre como yo, que da diez millones de dote a su hija única, ha dejado, por diez miserables miles de luises, que se comprometa el nombre de una de las más nobles familias de mi país». Es enorme, ¿verdad, tía? Comprenda que no le garantizo la rigurosa exactitud de las palabras. Casteran tiene la lengua muy afilada, y ha podido adornar la cosa un poco, pero así es como me contó la aventura. El desdichado Bligny se quedó desvanecido. Parecía como si estuviese frente a un hombre completamente de oro. Y, ¡diantre! la casa de su bienhechor inesperado estaba abierta; puso el dedo, siguió la mano, y como en un engranaje, pasó todo, título incluido. Ahí tiene cómo se casa el duque.

Hubo un instante de silencio. La oscuridad era casi completa. Apenas si en la sombra podía percibir el barón la cabeza orgullosamente erguida de la marquesa. El tictac del antiguo reloj Luis XIV era lo único que se oía con su cadencia regular. De pronto, el joven vio cómo pasaba una nube blanca por el rostro de su tía, y luego de un sollozo reprimido, comprendió que lloraba.

Vivamente se acercó a la señora de Beaulieu, y arrodillándose, a su lado, sobre un taburete tapizado, le cogió con ternura una mano, sin encontrar palabras pudiesen consolar aquel dolor, más fuerte que su orgullo.

—Esto no es nada —dijo suavemente la marquesa

Confieso qué no soy dueña de mi tristeza, pero he sido herida tan duramente que no he podido contener las lágrimas. He querido tanto a Gastón... Ha sido mi segundo hijo. ¡Es de mi sangre! Y todo cuanto ha

hecho me hiere doblemente. No comprendo nada de semejante ingratitud por su parte, porque era un muchacho generoso y de corazón leal. ¿Cómo ha podido cambiar tan prontamente? ¿Acaso tiene el mundo tanto poder como para deshacer en unos meses la labor de tantos años? Lo eduqué tan tierna y cuidadosamente... ¡Y mira cómo me recompensa! ¡El ingrato, el ingrato! El barón, hondamente conmovido, había cogido maquinalmente de la mesa la aguja de marfil con que la marquesa hacía las camisetas de punto para los niños pobres. Y con ademán violento, la clavó en un ovillo de lana gris. Sin embargo, la marquesa había recobrado su dominio y enjugándose sus últimas lágrimas, dijo con firmeza:

—Lo importante es que tomemos las debidas decisiones con respecto a Clara. Ya la conoces. Es orgullosa, arrebatada... Su padre también era así, corazón de ro, pero cabeza de hierro. Seguramente que esto le afectará mucho. Esta mañana aún me hablaba de Gaston. La idea de que pueda pensar en otra mujer ni siquiera se le ha ocurrido un instante. Ha considerado que el silencio y los retrasos del duque se debían a la situación. Su pensamiento jamás ha rozado la duda. Leal y franca, no espera de los otros más que lealtad franqueza. En un espíritu como el suyo, semejante desilusión puede causar una turbación muy grave.

—Pero, mi querida tía, ¿no cree usted que si se intentase algo con Bligny se podría modificar sensiblemente la situación? Gastón ha sido arrastrado. Haciéndole medir la extensión de la falta que va a cometer, tal vez sería posible solucionarlo. Y si usted consiente, yo me prestaría muy gustoso para emprender cualquier tentativa.

—No —dijo la marquesa, con gran altivez—. Nosotros no somos de las personas que se humillan y que imploran: Nuestra posición, por triste que sea, es clara y digna. Y no me lamentaré si no cambia. Para comunicarle a mi hija la triste verdad, esperaré que los compromisos de mi sobrino con su nueva prometida sean irrevocables. Porque —añadió la señora de Beaulieu, sonriendo amargamente— con un hombre tan caprichoso como el duque de Bligny nunca puede responderse de nada, y tal vez todavía cambie de parecer.

—Como usted quiera —repuso el barón—. No seré yo quien le reproche actuar como lo hace. Si he de decir la verdad, confiaba en oírla hablar de esta manera... Pero he considerado como un deber hacerle esta oferta de conciliación. Suceda, pues, lo que sea. El buen papel está de su parte, y si esto es la causa de que derrame algunas lágrimas a solas, por lo menos no tendrá ocasión para lamentarlo, lo que no se puede decir de Bligny. Un ruido de pasos rápidos se oyó en la gran escalera de piedra, seguidos de un alegre rumor de voces. Octavio y Clara regresaban con la baronesa, quien les hacía reír continuamente con su ingeniosa locuacidad.

La puerta del salón se abrió, y como una avalancha entró la señora de Prefont, precediendo a sus primos, en la solemne y sombría estancia.

—¡Por Dios, están a oscuras y esto es lúgubre! —ex clamó la baronesa—.

Parece como si estuviesen hablando en una tumba. Está tan oscuro, que hasta parece imposible oírse. Mi querida tía, usted nos mima. El barón y yo tenemos el más bello aposento del castillo.

Sabe que vamos a encontrarnos tan a gusto que ya no querremos marcharnos.

—Mejor, mi querida hija. Pero me parece que se te habrá abierto el apetito en el tren. Vamos a cenar.

En el mismo instante, y como si la palabra de la señora de Beaulieu se hubiese estado esperando, se abrió la puerta del comedor, y un chorro de luz hizo resaltar los aparadores llenos de antiguas porcelanas y de

macizas piezas de plata, mientras una voz grave, la del maestresala, pronunciaba estas palabras:
-La señora marquesa está servida.

CAPÍTULO VI

AL día siguiente de cuando los señores de Prefont habían llegado a Beaulieu, y muy a tiempo para poner un poco de interés en la existencia de la pequeña baronesa, que ya empezaba a encontrar la estancia en el campo como evidentemente aburrida, se presentó en el castillo el señor Derblay, acompañado de su hermana.

Sentados bajo una gran tienda de lona rayada de gris y rojo, los habitantes de Beaulieu gozaban del encanto de una de esas hermosas jornadas de octubre, últimas sonrisas de un año dispuesto a volverse triste y helado. En los macizos del parque, los pájaros, engañados por el calor del sol, se habían puesto a cantar como en verano. Y sobre la arena brillante de la terraza, dos mirlos de pico amarillo se disputaban silbando unas migas de pan que el marqués había arrojado por la ventana del comedor. La marquesa, envuelta en sus chales, amodorrada por el suave aire, escuchaba distraídamente. Clara y la baronesa conversaban, acodadas a la balaustrada de granito rosa. El barón, tendido en una hamaca, lanzaba hacia el espacio azul, con una lentitud calculada, las bocanadas de humo de su cigarro. El marqués esbozaba en la página de su cuaderno la silueta de dos mujeres jóvenes que se destacaban, elegante y graciosamente, sobre el claro horizonte. Una calma profunda rodeaba aquel pequeño rincón, y poco a poco una laxitud deliciosa e invencible se apoderaba de todos, languideciendo el cuerpo y adormeciendo la mente. Los pasos del criado, haciendo crujir la gravilla de la alameda, los despertó a toaos de aquella somnolencia física y moral. La marquesa abrió los ojos, Clara y la baronesa se volvieron, dejando de contemplar vagamente el valle; el marqués se metió con precipitación su cuaderno en el bolsillo, y sólo el barón, avaro de los movimientos inútiles, se limitó a inclinar ligeramente la cabeza.

—El señor y la señorita Derblay preguntan si la señora marquesa recibe — dijo el mayordomo.

Ante estas palabras, Clara frunció el ceño imperceptiblemente. El nombre del hombre respecto al cual, instintivamente se sentía perseguida y pronunciado en su casa, le desagradó. Tuvo como un presentimiento de que ése extraño personaje tendría alguna influencia en su vida, y de antemano se dispuso a rebelarse.

Una repentina amargura turbó su corazón. La idea confusa de su abandono ya estaba, sin embargo, dentro de sí misma. Y se preguntó cómo el señor Derblay, después de sus apasionadas demostraciones, por tímidas que fuesen, se atrevía a presentarse en el castillo.

Cierto que Bachelin había anunciado su visita. Se trataba de una especie de reconciliación en el terreno de los negocios, pero la cuestión de los negocios podía ser más que un pretexto. Aquel hombre era tan atrevido), que, viéndola momentáneamente abandonada por «el duque, concebía la idea de acercarse a ella. Todos estos pensamientos, todavía muy confusos, pasaron en un instante por su mente, y fueron el punto de partida para su aversión hacia Felipe.

—Recíbale, tía, recíbale —había aconsejado la baronesa—. Tengo deseos de ver al dueño de las forjas. Nos entretendrá, y haremos que hable su hermana sobre lo que sucede en el pueblo. Tal vez venga con el traje de la región. ¡Oh, sería tan bonito!

—Pero, mi querida pequeña, si no deseo otra cosa que recibirlos — respondió la marquesa, sonriendo.

Y volviéndose hacia el criado que esperaba inmóvil, añadió:

—Ruegue al señor y a la señorita Derblay que hagan el favor de venir aquí.

Siguió un breve silencio, luego la puerta del balcón del salón se abrió, y Felipe, acompañado de Susana, apareció en el pórtico. Un rayo de sol doraba su moreno y varonil rostro. Aparecía en todo su vigor, tranquilo y severo. Embutido en una larga levita negra, parecía más alto de lo que en realidad era. Su hermana, con un sencillo vestido de tela azul celeste, se arrimaba tímidamente a él el rostro arrebolado por la emoción inquieta y, no obstante, resuelta, posando en su hermano la mirada de sus grandes ojos, como para darle ánimos.

La marquesa se había levantado para ir al encuentro de sus visitantes.

Felipe, muy respetuosamente, se inclinó ante ella, murmurando algunas palabras entrecortadas, cuya confusión puso una sonrisa en los labios de la dama. Luego, como para acabar con el embarazo del joven, con una encantadora gracia cogió una mano de Susana.

—Dígale a su hermano, hija mía —dijo la señora de Beaulieu—, que es bien recibido en mi casa.

Felipe levantó la frente, y con un acento de profunda gratitud, dijo:

—No sé cómo agradecerle, señora marquesa, la benevolente acogida que dispensa a mi hermana. Es una muchacha que ha crecido a mi lado, sin los cuidados de una madre. Tiene necesidad de lecciones y de consejos. Y no podría encontrarlos mejores más que estando junto a usted, si tiene a bien hacernos el favor de interesarse por ella.

La señora de Beaulieu miró más atentamente a Susana, y se sintió ganada por la ingenua y tierna gracia de la jovencita.

—Deje que la abrace, mi querida niña.

Y rozando con sus labios los rubios cabellos de Susana, dijo:

—La paz está firmada sobre la frente de esta muchacha. —Y volviéndose hacia Felipe, añadió—: Todos sus pecados le son perdonados, vecino. Ahora, venga, que voy a presentarle a mi familia.

Y señalando con la mano a Octavio, que avanzaba hacia ellos, dijo:

—El marqués de Beaulieu, mi hijo.

—La presentación es inútil, mamá —dijo con llaneza el marqués, a la vez que tendía su mano a Felipe—. El señor Derblay y yo ya nos hemos conocido antes. Mi querido vecino, tiene usted buenas piernas, y sus liebres, que yo fallo tan bien, no corren tanto como usted cuando no quiere que le cojan.

—Perdóneme, señor marqués —respondió Felipe, sonriendo—, si no le dije quién era. Usted no parecía muy animado por sentimientos de simpatía hacia mí, y temía no ser bien acogido por usted si descubría mi incógnito.

—Claro; no le conocía más que por las dificultades que tuvimos juntos.

Ahora ya es otra cosa, y confío en que seremos buenos amigos... Pero hágame el favor, se lo ruego, de presentarme a la señorita Derblay.

El encanto de Susana actuaba. Apresurado, atento, Octavio se había acercado a la muchacha. La señora de Beaulieu se volvió entonces del lado de Felipe, y señalando a la baronesa y a Clara, indicó:

—El señor Derblay, dueño de las forjas de Pont-Avesnes... La baronesa de Prefont, mi sobrina, y la señorita de Beaulieu, mi hija.

Un vivo rubor apareció en el semblante de Felipe, quien, sin atreverse a poner sus ojos sobre aquella que él adoraba, se inclinó tanto que se habría dicho que iba a arrodillarse.

—Pero, querida mía, si es todo un caballero —susurró la baronesa al oído de Clara—. Y yo que me lo imaginaba con los brazos desnudos, un delantal de cuero y limaduras de hierro entre los cabellos... Dios me perdone. ¡Si hasta está condecorado! Y el barón no lo está. Claro que bajo el régimen que soportamos... En fin, que es un tipo extraordinario. De manera que no maneja el martillo. Mírale bien, es increíble. Está muy bien. ¡Y qué ojos tan soberbios!

Clara, que hasta entonces había desviado su mirada, clavó los ojos casi duramente sobre Felipe. Era presa de una sorda cólera. Habría querido encontrar palabras hirientes y miradas ofensivas para dirigírselas a aquel intrépido. Lo encontraba vulgar con su vigorosa apariencia. Todo en él la extrañaba, hasta su semblante sombrío y severo, que le daba un aspecto de seria dignidad. Al mismo tiempo, como en una rápida visión, se le apareció el rostro del duque delante de los ojos. Distinguió claramente la apostura elegante y un poco enclenque de Gastón, con su rostro alargado, sus cabellos castaños, sus ojos azules y su boca espiritual, a cuyos lados caían las puntas de su largo bigote rubio. Entre Felipe presente y el fantasma del duque, el contraste era total. Uno encarnaba muy bien en su robusta persona la saludable solidez de la burguesía; el otro era el tipo acabado de la gracia delicada y ligeramente débil de la nobleza.

Bajo la mirada de la muchacha, Felipe se quedó paralizado. Sus pies parecían haber echado raíces en el suelo. Profundamente turbado, trató de zafarse del examen hostil de aquellos ojos. Quiso dar dos pasos hacia el marqués, que hablaba con Susana, con el deseo de arrimarse a alguien que le fuese acogedor, pero no pudo. Maquinalmente se miró a sí mismo, se vio pesado, vulgar y basto. Con sorda amargura, se comparó con los dos jóvenes que caminaban delante de él con la gracia y la soltura de sus trajes de buena casa, y su levita de paño negro y de corte corriente le pareció odiosa. Pensó que debía estar grotesco con su chistera en la mano y padeció horriblemente.

En aquellos instantes habría dado diez años de su vida por ir vestido como ellos y tener el aire desenfadado del barón y de Octavio. Se dijo que Clara jamás podría olvidar el aspecto bajo el cual se había presentado por primera vez ante ella, y que siempre permanecería en el ánimo de la joven un recuerdo que le sería desfavorable. Entonces midió la distancia que existía entre la señorita de Beaulieu, aun arruinada, y el dueño de la forja de Pont-Avesnes. Y con honda desesperación se reprochó haber estado tan loco como para levantar la mirada más arriba de lo que su ambición podía pretender.

La voz de Octavio le arrancó de su aturdimiento:

—Mi querido señor Derblay, aquí tenemos a alguien que, sobre la cuestión industrial, podrá conversar ampliamente con usted. Se trata de mi primo, el barón de Prefont, un científico...

—Di mejor un hombre estudioso, mi querido Octavio —interrumpió con amabilidad el barón—. El campo de la ciencia es demasiado amplio para que tenga la pretensión de haber explorado una minúscula parte.

Felipe, volviendo en sí, buscó con la mirada a la señorita de Beaulieu. Graciosa y lenta, se había alejado y caminaba a lo largo de la terraza al lado de la baronesa. Con la punta de la sombrilla golpeaba maquinalmente las flores de un rosal trepador que enlazaba sus ramas en las balaustradas de piedra.

El dueño de la fundición lanzó un suspiro, y dando la espalda a aquel bello espectáculo, dijo:

—Esta no es la primera vez que oigo pronunciar el nombre del señor de Prefont.

Y como el barón hiciese un gesto de cortés protesta, preguntó:

—¿Acaso el señor no es el autor de un notable trabajo acerca de la cementación? Yo mismo me he ocupado mucho de esta materia, y he leído con gran curiosidad la memoria que usted dirigió a la Academia de Ciencias.

—¡Oh, barón! —exclamó Octavio, alegremente—. No esperabas ser tan conocido en nuestras montañas, ¿verdad? Vamos, estás camino de la celebridad, querido amigo; tu nombre ha penetrado hasta el fondo de las campiñas, y a tu antigua divisa Fortis gladio, hay que añadir Et penna. Y no creas que me burlo de ti. Yo te imitaría, si fuese capaz.

Pero al barón le tenía sin cuidado lo que pudiese decir el marqués.

Satisfecho de encontrar un auditor capaz de comprenderle, se lanzó a una disertación muy ardua sobre la manera de fundir el acero. Y la intervención de la misma baronesa no habría podido apartarle de su tema. Su indolencia inglesa había dejado paso a la expansión. Golpeaba con las manos, imitando el ruido de las máquinas para apoyar su demostración. Y animado y gesticulando, había tomado al señor Derblay del brazo, como para asegurarse de que no se le escaparía.

Pero Felipe no tenía ningún deseo de librarse de la invasora familiaridad de su interlocutor. Por el contrario, le impulsaba, feliz de encontrar un aliado imprevisto en aquella casa donde se sentía tan a disgusto. Y encantado el barón, hablaba por los codos y llamando a Felipe «mi querido señor», lo cual no habría hecho con otro ni después de tres meses de continuas relaciones. Pero en un instante, su común preocupación científica los había aproximado y unido, como dos francmasones que se hubiesen cambiado misteriosamente signos al darse la mano.

—¿Y extrae usted mismo el mineral? ¿Qué interesante debe ser su explotación! Será preciso que baje a Pont-Avesnes mañana por la mañana, para que usted me permita visitar sus talleres. Debe emplear a mucho personal, ¿no?

—Dos mil obreros.

—¿Eso es admirable! ¿Y cuántos altos hornos tiene?

—Diez, cuyo fuego no se apaga nunca de un año para otro. Verá usted mi martillo pilón. Pesa cuarenta mil kilos, y se maneja con tal precisión que lo haría descender sobre un huevo hasta tocarlo sin romperle la cascara.

—Pero, ¿con semejante instrumento puede hacer la competencia al mismo Creusot?

—Perfectamente, y nosotros hacemos en pequeño lo que él hace en proporciones inmensas.

—Mi querido señor, es una gran suerte para mí haberle encontrado —afirmó alegremente el barón—. Quería marcharme a finales de semana con la baronesa a Suiza, pero al diablo con el viaje. Me quedo, ¿comprende? Vamos a hacer algunas experiencias. ¿Tiene usted un laboratorio? ¿Sí? ¿Es usted químico? ¡Perfecto! Es usted uno de los hombres más agradables que he encontrado en mi vida.

Y cogiendo a Felipe del brazo, el barón empezó a pasear por la terraza.

—¡Vaya! ¿Qué tiene mi marido? —dijo la baronesa, aproximándose con Clara.

—Tiene, mi querida prima —respondió jovialmente Octavio—, que está hablando de su tema favorito, cogiendo por cabeza de turco al señor Derblay.

—Entonces sí que van a ir lejos si no se detiene al barón.

—¿Y por qué habría de detenersele? —preguntó el marqués—. ¿Acaso encuentras mala esa confraternización entre el señor Derblay y de Prefont? Tu marido, mi querida amiga, descendiente de los valientes, encarna en su persona diez siglos de esplendor guerrero. El señor Derblay, hijo de industriales, sólo representa un siglo, el que produce el vapor, el gas y la electricidad. Y te confieso que admiro el buen acuerdo repentino de esos dos hombres que confunden, en una intimidad nacida de una mutua estimación, lo que hace a un país grande entre todos: la gloria en el pasado y el progreso en el presente.

—Octavio, amigo mío —dijo la baronesa—, se ve que eres abogado, pues hablas muy bien. Pero para ser el hijo de tu padre, déjame decirte que te encuentro un poco demócrata.

—Ah, prima —replicó el joven, riendo—, la democracia nos invade. Tratemos de constituir una aristocracia en la misma democracia. Para conseguirlo, tomemos la mediocridad como nivel, y por encima de ella, pongamos todo lo que tenga mérito. Así fundaremos la aristocracia del talento, lo único que es digno de suceder a la aristocracia de la nobleza. Por otra parte, actuando así, no haríamos más que imitar lo que hicieron nuestros antepasados. ¿Te figuras, acaso, que los fundadores de nuestras casas nacieron nobles? Su valentía fue lo que los elevó por encima de otros hombres. El primero de los Prefont se llamaba Gaucher, lo que sin duda no le impedía ser diestro, porque empezó siendo un simple soldado. Ennoblecido por sus hazañas guerreras y enriquecido por el botín, adoptó el nombre de su tierra al regresar de Palestina. Y es gracias al capitán Gaucher, querida mía, que eres baronesa. ¿Por qué, pues, negar hoy a los hombres que valen tal vez lo que tu antepasado el derecho a salirse de lo corriente? Antes se decía: «Honor a los valientes». Ahora decimos: «Sitio a los más inteligentes».

—Bien pensado y bien hablado, señor marqués, y ruego a la señora baronesa que me perdone si me pronuncio en contra suya —dijo una voz sonora, tras un macizo.

Y Bachelin, muy arrebolado, el sombrero en la mano, la cartera repleta de papeles bajo el brazo, como de costumbre, apareció en una esquina de la terraza.

—¡Ah, Bachelin! Llega usted a tiempo —exclamó la baronesa, alegremente—. Ya están ustedes a gusto los del estado llano... En provecho de ustedes se ha hecho la Revolución. Pero si parece como un diablo que sale de su trampa... ¿Por dónde ha venido usted?

—He atravesado el parque, vengo de la Varenne, y he dejado mi cabriolé frente a la puertecita. Pero perdone...

Y volviéndose hacia la señora de Beaulieu, que se acercaba con Susana, balbuceó:

—Señora marquesa, mis respetos. Señorita Susana, la saludo. Hace hoy un calor extraordinario. He venido a toda prisa. Quería haber estado aquí al mismo tiempo que el señor Derblay, pero un acto muy importante me ha retenido. Se trata de una firma que me ha causado gran pesar, señora marquesa. Me refiero a la venta de la Varenne.

—¿Qué? Los de Estrelles han encontrado por fin un comprador, ¿no? —interrogó el marqués.

—Sí, un comprador —suspiró Bachelin—, y que ha pagado un precio muy conveniente, se lo aseguro. Pero tenía cierto interés por esa tierra, y ha dado, por lo menos, un tercio más de lo que hubiese podido obtener, incluso parcelándola. Es un gran fabricante de París. Hasta me ha dicho

que tiene el honor de conocer a la familia de la señora marquesa. Sin duda ha sido ésa la razón de que haya buscado la vecindad de Beaulieu. —¿Y puede saberse el nombre de ése señor? —preguntó la marquesa, con indiferencia.

—Se llama Moulinet —respondió tranquilamente el notario.

Bachelin no esperaba el efecto que iba a provocar pronunciando el nombre del comprador de la Varenne. La señorita de Beaulieu se levantó bruscamente, mientras la baronesa, estrujándose los dedos de una mano con la otra, exclamó:

—¿El padre de Atenea!

—El señor Moulinet tenía, efectivamente a su lado, a una jovencita que llamaba Atenea —añadió el notario—. La finca ha sido comprada para ella, con el propósito de que figure entre sus propiedades el día de su boda. Son treinta mil libras de renta en el bolsillo, y los arrendamientos son susceptibles de aumento.

—Esto es demasiado. ¡Vaya con nuestros vecinos! —replicó la baronesa—. Y el señor Moulinet jugará al señor castellano. ¡Pobre hombre! Tendrá aspecto de jardinero.

—¿Dicen que es muy rico? —preguntó Bachelin.

—Excesivamente rico —respondió la baronesa—. Ridículamente rico.

Luego, volviéndose hacia su primo, añadió con vehemencia :

—Ya ves, Octavio, adonde conducen tus teorías. Ahí tienes a la aristocracia de la inteligencia. El señor Moulinet es uno de sus mejores representantes. Los de Estrelles, que han dado a Francia diez maestros de campo, dos almirantes, un mariscal y varios ministros de Estado, que poseen retratos de sus antepasados en Versalles y su nombre en todas las grandes páginas de nuestra historia, son echados de su castillo por un fabricante de chocolate que jamás ha prestado un servicio que valga un céntimo a su patria, y cuyo nombre no figura más que en los prospectos que ha hecho repartir en una esquina de la calle. ¡Ahí está tu democracia, querido! Vamos, no me hables de un país en el que pueden cometerse tales abominaciones... ¡Éste es un país perdido!

—Cálmese, baronesa —dijo Octavio—. Encuentro tan deplorable como tú el que los de Estrelles queden desposeídos de su castillo, pero, francamente, ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Tenemos que quitarle el dinero al señor Moulinet para enriquecer a nuestros amigos? Eso sería arbitrario. Y a menos de discutirle su origen, como se hace, no veo qué podría hacerse peor.

—Déjame tranquila; eres insoportable —exclamó la señora de Prefont—.

Mira, tengo la impresión de que dices eso para mortificarme, pero que no crees ni una palabra.

Y cogiendo el brazo de la marquesa, dio algunos pasos hacia el barón, que regresaba con Felipe.

Clara se había quedado atrás, inmóvil y pensativa. La brusca aparición del señor Derblay y de Atenea Moulinet en su vida, rigurosamente cerrada, la turbaba extrañamente. Educada en aquel gran mundo; alrededor del cual el rígido orgullo de sus aristocráticos habitantes levantó barreras infranqueables, asistía con amarga estupefacción a aquella violación inesperada de su intimidad. Desde el momento en que el señor Derblay penetraba tan fácilmente en Beaulieu y era, en principio, tratado con cierta igualdad, le parecía que la antigua morada se volvía tan superficial como la calle. Resolvió reaccionar contra la vulgar facilidad con que los habitantes del castillo se prodigaban respecto a los

extraños. Y viéndolos tan sonrientes y tan afables, se mostró severa y glacial.

No obstante, adivinaba que entre cuanto sucedía en torno suyo existía algo que era inexplicable y amenazador. El prolongado silencio del duque la inquietaba más de lo que ella se confesaba. Y la actitud embarazosa de los que la rodeaban y algunos trozos de frases sueltas cogidas al vuelo, el aumento de ternura por parte de los suyos, había acabado por hacerla desconfiar. Sufría mucho. Aquella naturaleza orgullosa y franca hacía que el equívoco le fuese insoportable. Su carácter era de los que iban derecho al obstáculo y lo atacaban de frente, pero en esta circunstancia no se atrevía. Su ternura la volvía tímida. Tenía miedo de saber que el duque —la traicionaba. Avergonzada por aquel que ella amaba, temía verse obligada a constatar su indignidad y se abstenía de preguntar, guardando un doloroso silencio.

Felipe la vio impassible y altiva, acogiendo sus tímidos homenajes con un desdén poco disimulado y prestándole la justa atención para demostrarle que su presencia le desagradaba. Susana, desanimada, habiendo tratado inútilmente. con algunas suaves palabras de distender la boca crispada de la señorita de Beaulieu, terminó por refugiarse al lado de Bachelin, quien la protegía con su paternal afecto.

Las gentiles atenciones del marqués, visiblemente ganado por el sencillez encanto de la muchacha, habían encontrado a Susana triste y descorazonada. Las ilusiones que la pobre joven se había hecho se derrumbaron en un instante. Vio la dicha de su hermano gravemente comprometida. Su precoz buen sentido le hizo medir toda la distancia que separaba a Felipe de aquella altiva e imponente Clara. Comprendió que únicamente un acontecimiento imprevisto podía aproximar a aquellos dos seres tan dispares. No obstante, ella no se desesperó, e ingenuamente, con esa fe tenaz de los chiquillos, se puso en manos de la providencia para que eliminase todas las dificultades.

La marquesa, llena de confianzas laudables de Bachelin acerca de Felipe, encantada por el entusiasmo del barón, que abiertamente había acaparado al dueño de la fundición, y verdaderamente sorprendida por haber encontrado a un hombre como el señor Derblay, se abandonó hasta el punto de permitirse pedirle que se quedara a cenar en el castillo. Aterrada por la mirada de su hija, dio marcha atrás, y se preguntó si no se había precipitado un poco en la expresión de su simpatía. Interrogado su sentido común, reconoció que nada podía reprocharse, y debió ver en el descontento de Clara más que un acceso de súbita rebeldía. Por lo demás, el señor Derblay en seguida ofreció a la marquesa un medio de apaciguamiento: rehusó con una corrección exquisita, excusándose por no poder aprovechar tan gran honor y pretextando que debía cuidarse de unos asuntos importantes.

En realidad tenía prisa por alejarse. Las dos horas que acababa de pasar en aquella terraza, escuchando al barón sin comprenderle, cerrados los oídos como por unos tapones, y el cerebro martilleado por pensamientos tumultuosos, habían sido para él un cruel suplicio. Quiso, por tanto, evitar su prolongación. Aquella entrevista, tan impacientemente esperada y de la cual se prometía tanta dicha, constituyó uno de los momentos más duros de su vida. Y desanimado, abatido, dispuesto a renunciar a sus ambiciosos proyectos, se despidió de los huéspedes del castillo.

Clara no pareció conceder mayor importancia a su marcha que la que había prestado a su llegada. Permaneció desdeñosa y muda, respondiendo a su

respetuoso saludo con un ligero movimiento de cabeza, el mismo que habría concedido a un proveedor.

La retirada de Felipe habría tenido un singular parecido con una derrota si los aliados que había sabido ganarse en el sitio no se hubiesen prestado a un útil socorro. El barón demostró en aquella circunstancia hasta qué punto podía modificar los caracteres el apasionamiento. Aquel hombre, tan lleno de reservas, acompañó al señor Derblay hasta la verja de entrada y le saludó con afecto, dejándole con el vigor y la desenvoltura de un compañero de gira por Francia. El marqués también le seguía con Susana, y demostraba, por las gentilezas que prodigaba al hermano, todo el interés que tenía por la hermana. Bachelin, con su inamovible cartera bajo el brazo, cerraba la marcha. Delante de la pequeña puerta del parque, su cabriolé, enganchado a un viejo caballo gris que rumiaba filosóficamente las hojas de avellano, le esperaba. Dejó que subiesen Felipe y Susana, mientras el barón llevaba su amabilidad hasta sujetar de las riendas, precaución harto inútil por otra parte, al jamelgo; el marqués también cambió una última sonrisa con la muchacha. Bachelin dejó caer el látigo sobre el lomo del animal, el cual arrancó, y el barón y el marqués gritaron con una conmovedora unanimidad:

—¡Hasta la vista!

Con voz temblorosa, Felipe respondió con un «Jamás» que felizmente se perdió entre el ruido del carruaje. El notario se volvió bruscamente.

—¿Jamás? ¡Vaya, mi buen amigo! ¿Es que ha perdido la razón? ¿Y por qué no volverá nunca más a Beaulieu?

Felipe no se contuvo, y abriendo su corazón dejó escapar libremente una oleada de amargas desilusiones. ¿Para qué perseverar en una empresa que estaba destinada, como todo lo indicaba, a fracasar miserablemente? No hacía más que prepararse humillaciones inmerecidas y aflicciones que desconsolaban. Valía más renunciar inmediatamente y cortar el mal en sus raíces antes de que se pudiese extender más.

—Ah, querido mío... —interrumpió Bachelin, con ironía—. ¿Qué esperaba, entonces? La violencia de sus lamentaciones me dejan suponer que aún tiene grandes esperanzas. ¿Pensaba, acaso, que la señorita de Beaulieu iba a ponerle los ojos en blanco y a darle ánimos como una modistilla a un estudiante? En el mundo en que usted acaba de penetrar, mi querido amigo, los sentimientos se traducen habitualmente por matices de una extremada delicadeza. No hay entusiasmos violentamente expresados ni antipatías claramente declaradas. Todo se hace con corrección y compostura. Usted ha obtenido desde el primer momento unos resultados increíbles. Los hombres han sido ganados, el marqués es amigo suyo y el barón quiere ser su preparador. Por último, la marquesa, arrastrada por su apasionamiento acostumbrado, le ha invitado a cenar ya el primer día, como se hace con un amigo de hace veinte años. ¿Y aún se queja? Es usted el más injusto de los hombres. A decir verdad, la señorita Clara ha sido adusta. ¡Vaya una cosa! Sólo faltaría que le hubiese saltado al cuello. ¡Sí que tiene usted prisa, amigo! Ayer mismo sólo soñaba con el dulce placer de verla, de aproximarse a ella unos instantes. Acaba de pasar dos horas junto a ella, y ya lanza exclamaciones desesperadas, acusando al cielo y a la tierra. ¿Y no quiere reaparecer por la casa? ¡Qué insensato! En primer lugar, usted no puede abstenerse de volver a Beaulieu, o pasará por un hombre muy mal educado. Y luego, ¿acaso tendrá el suficiente dominio de sí para no presentar sus atenciones a los pies de esa adorable Clara? ¡Ah, querido mío, es usted muy dichoso amando! Aún es joven; llore, sufra, que es lo mejor del mundo; no hay nada como eso. Crea a un

viejo que, como notario, ha recibido infinidad de confidencias durante cuarenta años, y él mismo no lamenta más que una cosa...

Bachelin, con el rostro animado y los ojos brillantes, sin duda iba a dejar escapar alguna confesión digna de oírse, pero sus miradas cayeron sobre Susana, que, aun escuchando atentamente, deshojaba los pétalos de una magnífica rosa cogida por la marquesa en la terraza de Beaulieu. El notario se detuvo bruscamente, y pegando un latigazo al caballo, que trotaba con la cabeza caída sobre las patas, añadió:

—Créame, mi querido amigo; vuelva a casa de la marquesa. La señorita Clara tendrá que soportar muy pronto crueles momentos, y su actitud con respecto a usted puede que se modifique con los acontecimientos. Ahora ya no dice «Jamás». Eso es progresar. Mañana dirá «Siempre». Pero ya hemos llegado a Pont-Avesnes. No entro con ustedes. Tengo cosas urgentes que realizar con mis pasantes. Adiós, buen apetito, y véalo todo de color de rosa.

Bachelin, dando un último apretón de manos a Felipe y habiendo besado galantemente los dedos de Susana, enfiló rápido la calle principal del pueblo, y en seguida desapareció por la esquina de la gran plaza, Felipe lanzó un suspiro, abrió la puerta del patio y con la frente inclinada siguió detrás de su hermana, que respetaba su silenciosa tristeza. Y entraron en la casa que había dejado dos horas antes con el corazón palpitando de esperanza.

CAPITULO VII

El castillo de la Varenne es una de las más bellas construcciones feudales que aún existen en Francia. Dirigido por Enguerrand de Estrelles, que se destacó en Bouvines al levantar al rey Felipe Augusto, derribado de su caballo por un piquero flamenco, tuvo el honor de albergar bajo sus agudas torres con tejados de plomo labrado, al emperador Carlos y cuando se dirigía al sitio de Nancy. Destruído a cañonazos por Turonne durante un tanteo que hizo el mariscal contra los imperiales, antes de empezar su salvaje y sangrienta campaña del Palatinado, la torre del homenaje de la Varenne permaneció en ruinas durante los reinados de Luis XV y Luis XVI.

La revolución pasó impotente sobre sus escombros. No había ningún daño que inferirle. Los ciudadanos de Bésancon se limitaron a cortar los frutales para calentarse y a robar la piedra para construir sus casas. La mansión solariega, explotada como una cantera, proporcionó de materiales a más de veinte viviendas. Un quincallero de la región se llevó incluso más de trescientos mil kilos de plomo, procedente de las techumbres, y los vendió descaradamente. Así hizo su fortuna.

Los de Estrelles, al seguir al conde de Artois, no estaban allí para reclamar contra las depredaciones.

Guerreaban delante de Mayence y atacaban con el apuesto ardor que nos valió Fontenoy, los húsares de Byron y los granaderos de Pichegru. Los robos organizados, de los cuales fue cómplice toda la comarca, salvaron, valiente resultado, a los Estrelles de la ruina. La Comuna de Besancon jamás pudo vender las tierras de la Varenne como bienes nacionales. Nadie se hubiese atrevido a comprar el dominio, ante el temor de las malquerencias de los campesinos y de los ciudadanos, acostumbrados al pillaje como en un país conquistado.

Bajo el Directorio, los de Estrelles, gracias a la protección de Barras, pudieron regresar a Francia. Encontraron su propiedad saqueada pero libre, y se instalaron en un pabellón del guarda, al que hicieron poner puertas y ventanas. Con los restos de su patrimonio, cuidadosamente administrado durante la época del Imperio, reconstruyeron su fortuna. Y en los primeros días de la Restauración reaparecieron en París y pudieron exhibirse. Bajo la monarquía de julio, el último de los de Estrelles se casó con la hija del banquero Claudio Chretien, una rica de doscientos mil francos de renta y cuyo padre acababa de ser nombrado barón por los servicios prestados en la lista civil.

El caballero estaba poseído por la pasión de las antigüedades, e hizo reconstruir, con grandes dispendios, el castillo de la Varenne tal como estuvo en sus tiempos de esplendor. Las altas murallas coronadas con terrazas almenadas y las soberbias torres con gárgolas preciosamente esculpidas se levantaban de nuevo por encima de los altos árboles del parque. El trabajo duró diez años y costó inmensas cantidades de dinero. El mobiliario fue restablecido con exquisito gusto. El señor de Estrelles, adelantándose a la moda, compró los antiguos aparadores finamente labrados, los espejos con marcos espléndidos, las maderas de iglesias, obras maestras de los tallistas de imágenes de la Edad Media, y las maravillosas tapicerías de Flandes. La Varenne se convirtió en un verdadero museo en el cual se acumularon todas las riquezas artísticas de la provincia, entonces desdeñadas y hoy tan arduamente buscadas. Esta

espléndida morada fue un paraíso para el coleccionista apasionado en el almacenamiento de tesoros.

Al morir, el señor de Estrelles dejó esta bella propiedad completamente puesta a su hijo, joven teniente de los guías, provista ya de un consejo judicial. En cuatro años la tierra de Varenne fue hipotecada en sus dos terceras partes de su valor. Y las inestimables colecciones de objetos de arte fueron llevadas a París para ser vendidas en subasta que fue cuando el señor Moulinet se presentó como comprador del dominio.

El industrial proseguía con su proyecto de unión entre el duque y su hija, pensando, antes de comprar la tierra de Bligny, en Touraine. Pero el castillo patrimonial de su futuro yerno había caído, después de muchos cambios de propietario, en manos de un rico financiero de Blois que despreció las tentadoras ofertas de Moulinet. A falta de Bligny, el padre de Atenea se echó sobre la Varenne, y una vez hecho a la idea, se quedó encantado con su adquisición.

La vecindad de Beaulieu le seducía. Así, pensaba, se encontrarían en familia, y las relaciones de vecindad se volverían en seguida muy agradables. Moulinet, fiel ejecutor de los tenebrosos cálculos que habían guiado su hija en la elección de su futuro marido, pero sin medir el alcance de la perfidia de Atenea, esperaba encontrar del lado de los parientes del duque algunas resistencias a sus familiaridades. En realidad, Gastón hubiera debido casarse con su prima, pero con una admirable independencia de espíritu, el ambicioso padre consideraba aquel noviazgo como un agradable juego de niños. Gastón y Clara habían sido marido y mujer a la edad en que el corazón ignora y la mente carece de dirección. Y no admitía que hubiese un apego profundo, al menos por parte de uno de los comprometidos, como consecuencia de esas uniones establecidas al principio de la vida.

El mismo había sido ligado con promesas infantiles a la hija de un carpintero de su calle, de trece años cuando él aún era recadero en una droguería de la calle de los Lombards. La hija del carpintero, totalmente olvidada por él, se había casado con un carnicero de la plaza de los Inocentes. Un día la vio, gorda y rojiza, los brazos con manguitos de tela y los hombros cubiertos con una palatina de astracán, pesando chuletas en una balanza de cobre. Y él, Moulinet, convertido en millonario, vivía en un admirable palacio del bulevar Malesherbes. ¿Qué relación podía existir entre un juez del Tribunal de Comercio y aquella carnicera reluciente de salud? La vida se había encargado de poner buen orden a sus locas aspiraciones, y, separándolos, colocó a cada uno en su verdadero sitio. ¿No era lo mismo con la señorita de Beaulieu y el duque? Unidos, estaban deplorablemente condenados a una común mediocridad.

Separados, cada uno debía salirse admirablemente del asunto. Casado el duque, Clara no podía fracasar en hallar una condición digna de ella. Incluso él, Moulinet, la ayudaría con todas sus fuerzas.

Y además, en su ánimo, un argumento dominaba a todos: era que así le gustaba. Había visto en el duque de Bligny el yerno que le convenía. No sería un hombre como él, que había violentado la fortuna, a quien se le impidiese hacer lo que quisiera. Había decidido que su hija sería duquesa. Y lo iba a ser.

Asimismo, el castillo de la Varenne había halagado prodigiosamente la vanidad de Moulinet con sus grandiosas proporciones. Las torres con terrazas, los matacanes del bastión, la atalaya solemne que daba gravemente las horas, complacieron a éste advenedizo. Hinchado de vanidad, el comerciante enriquecido se encontraba muy a gusto en lo alto

de la sala de guardias, en cuyas paredes estaban pintadas las armas de todos los aliados de la vieja familia de Estrelles. En la habitación, restaurada con escrupulosa exactitud, donde Carlos y había dormido, tuyo la impudicia de instalarse Moulinet.

Con una satisfacción sin igual, el vendedor de chocolate se acostó en el mismo sitio en que el vencedor de Pavía había dormido. Habiendo oído a los concededores del castillo que llamaban a su habitación la cámara del emperador, se olvidó de la reciente restauración y compró muebles nuevos. Se imaginaba que era el mismo techo, las mismas paredes entre las cuales había vivido el gran hombre algunas horas, y eligió esta habitación para vivir en ella. Revolcó su plebeya persona en el lecho de columnas elevado sobre un pomposo estrado y adornado con cortinas de punto de Venecia. Jamás se privaba de decir con énfasis: «A mi reloj le dio cuerda en otros tiempos Carlos V». Creía sinceramente que el gran emperador se había ocupado toda su vida en dar cuerda a los relojes, como lo hizo más tarde en Yuste para combatir al aburrimiento que le devoraba.

Atenea, menos accesible a los goces del orgullo satisfecho, no vio en el castillo más que una fortaleza amenazadora desde la cual podía echarse sobre su enemiga. La mayor ventaja de la Varenne, en su opinión, era la de levantar sus orgullosas y espléndidas torres a dos leguas escasas de Beaulieu. Desde allí dominaba la situación y con toda seguridad podría escoger el momento en que golpearía a aquella que odiaba con toda su alma.

Hábilmente había recogido informaciones desde el día siguiente de su instalación, el día que siguió al de la firma del acta levantada por Bachelin. Sabía que la baronesa estaba con Clara, pero una adversaria más no era para intimidarla. Por el contrario, se regocijaba con sólo pensar que triunfaría de la calentura de la señorita de Beaulieu ante la mirada de la señora de Prefont.

Moulinet y Atenea habitaban en el castillo desde hacía tres días. Después de haber dado detenidamente varias veces la vuelta al parque y recorrido los huertos, el comprador de la Varenne llegó a aburrirse horriblemente en su propiedad. De pronto, un comunicado traído por un correo desde la ciudad le anunció la llegada del duque, al que no esperaban tan pronto. Esa inesperada aparición contrarió vivamente a Atenea. La muchacha temía que el duque tuviese la ocurrencia de desbaratar sus proyectos. Debía entrar en el pensamiento de Gastón manejar las legítimas susceptibilidades de su familia. Y lo que se proponía la señorita Moulinet para herir a la señorita de Beaulieu forzosamente encontraría por parte del duque una seria oposición. Entonces, Atenea resolvió actuar antes de que Bligny estuviese en condiciones de comprometer su libertad. El prometido debía llegar a la Varenne a las tres de la tarde de aquel mismo día. Por lo tanto, no había que perder ni un minuto.

Moulinet, arrugando maquinalmente con las manos el comunicado, se paseaba de un lado a otro del soberbio parterre a la francesa que se extendía frente a la fachada del castillo, cuando su hija, elegantemente vestida, apareció ante él disimulando con aparente indolencia sus decisiones.

—Bien, papá; tenemos que ir al castillo de Beaulieu hoy mismo —le dijo con una dulce sonrisa.

—¿Y por qué hoy precisamente? —preguntó Moulinet, sorprendido—. Puesto que llega el duque, ¿no convendría más esperarle? Seríamos mucho mejor acogidos yendo con él... y él mismo nos presentaría a su familia.

—Eso es precisamente lo que no hace falta —repuso Atenea, con acento tranquilo—. Entre Clara de Beaulieu y yo no hay necesidad de

intermediario. Y podría asombrarse con mucha razón por no saber por mí misma la noticia de mi matrimonio. Además, nuestra situación con el señor de Bligny resultaría un poco falsa. Creo que nos será más grato haberle ahorrado las dificultades de la primera entrevista. Una vez aclarada debidamente la situación, no tendrá más que dejarse de sus antiguas ideas y todo irá perfectamente. Supongo que no temerás ser mal recibido, ¿verdad?

—¿Mal recibido? —exclamó Moulinet, irguiéndose en toda su altura y hundiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Un hombre de mi posición, un antiguo juez del Tribunal de Comercio no es mal recibido en ninguna parte. Si no viviésemos bajo un Gobierno que no se inquieta por nada y hubiese una corte en las Tunerías... iría como si fuese a mi casa, ¿sabes? ¿Mal recibido por personas que tal vez no tengan ni sesenta mil libras de renta? Sería para reírse. Espera un poco. Voy a ordenar que enganchen el coche grande de ocho ruedas y que los criados se pongan la librea de gala.

—No, papá, sino el traje sencillo, y será una victoria. Nada de exhibir nuestra fortuna. Cuanto más rico seamos, más modestos debemos mostrarnos. Se burla lían de nuestro lujo, y de la otra manera aplaudirá nuestra sencillez.

—¿Tú crees? —preguntó Moulinet, con tristeza—. Sin embargo, me parece que el calzón corto y las medias de seda harán buen efecto, pero me pongo en tus manos; tienes buen gusto y conoces las costumbres de la alta sociedad. Prepárate, que voy a las caballerizas para que enganchen. Un cuarto de hora después, Atenea y su padre, llevados al trote de dos vigorosos caballos, avanzaban entre una nube, de polvo por el camino de Pont-Avesnes.

Olvidado de las resoluciones adoptadas en un momento de desánimo, Felipe había vuelto al castillo. La verdad era que el barón no le había dejado encerrarse en sus soledades. Éste imitador de Luis XVI, con su pasión por las artes mecánicas, al día siguiente de la visita que hizo Felipe a Beaulieu, llegó por la mañana a la fundición, se quitó la chaqueta y trabajando con las mangas de la camisa subidas se ensució tanto, que el dueño de las forjas tuvo que darle ropas para que se cambiase y le invitó a almorzar.

Después de todo esto, ¿había algún medio para no volver acompañándole a Beaulieu? Felipe se había dado tan buenas razones para excusar su debilidad que volvió a ver esta terraza sin disgusto, cuando el día anterior pasó dos horas tan angustiosas. Clara también se mostró fría y tan indiferente como en la primera entrevista, pero su desdén y su altiva actitud, en lugar de desanimarle, lo habían irritado. Y cuanto más afectaba ignorarle la señorita de Beaulieu, más quería forzarla a ocuparse de él.

La marquesa era una de esas dichosas mujeres que la naturaleza ha dotado de un humor inalterable. Tal como se la había visto la víspera, así se la encontraba al día siguiente. Felipe le fue grato desde el primer momento. La opinión que ella se formase de él, jamás cambiaría. Lo acogía, pues, con su afabilidad acostumbrada, consiguiendo que él no se sintiese incómodo.

La baronesa, curiosa por conocer el carácter de aquel que ella, en un principio, vio como una especie de cíclope, desplegaba con el señor Derblay todas las gracias de su espíritu burbujeante y frívolo. Encontraba a Felipe amable, sin que él pareciese esforzarse en ello e

interesante sin que lo pretendiese. Le consideró un hombre de tanta solidez moral como física, y sintió por él un aprecio muy particular. Por su parte, el marqués había encontrado en Susana la más agradable de las compañías. Jugaban interesantes partidas de billar y de bolos, juegos que la gente madura no desdeñaban jugar alguna vez.

El día en que Moulinet y Atenea se pusieron en camino para ir a Beaulieu, se había entablado una encarnizada partida de croquet entre la baronesa, Octavio, Susana y el barón. El terreno de juego era un césped cercano a la verja de entrada y en medio del gran patio del castillo. Por las abiertas ventanas del salón, la marquesa y Clara, que permanecían indiferentes a la lucha, oían los golpes del mazo a las bolas y las exclamaciones de los jugadores cuando un golpe hábil o desafortunado hacía inclinarse la victoria a un lado o a otro. Felipe y Bachelin, convertidos en árbitros de la partida, seguían la marcha de las bolas, y cuando surgía una protesta medían seriamente las distancias con nía regla.

Un arbitraje concienzudo y atentamente seguido iba a nombrar ganadores al barón y a Susana cuando un carruaje, deteniéndose frente a la verja, desvió la atención de los jugadores y les distrajo el interés por la partida. Al mismo tiempo, un tirón de la campanilla de a entrada, dado por el lacayo, indicó a los dueños del castillo que llegaban visitantes. En un segundo, como en un vuelo de pájaros espantados, los jugadores se escaparon, alcanzaron el pórtico y entraron en el salón, mientras un criado presentaba una tarjeta de visita a la marquesa, la cual se caló las gafas, miró la tarjeta y con gesto de asombro, dijo:

—El señor y la señorita Moulinet.

Siguió un largo silencio, como si cada uno presintiese que iba a producirse algún grave acontecimiento. La baronesa fue la primera que se repuso.

—¡Esto sí que ya es demasiado fuerte!

—¿Qué querrá esa gente? —preguntó tranquilamente la señora de Beaulieu. Como nadie respondía, Bachelin tomó la palabra.

—Señora marquesa, es probable que el señor y la señorita Moulinet, recién instalados en la región, hayan creído conveniente hacer algunas visitas de buena vecindad. Usted no ignora que esta es la costumbre. Y han empezado por el castillo, lo cual es natural y muy justo. La familia de Beaulieu es una de las más importantes y de las más antiguas de la provincia. Además, el señor Moulinet, ¿acaso no ha pretendido que su hija conocía desde hacía mucho tiempo a la señorita Clara? He aquí más que razones para explicar su presencia.

—Supongo, tía —dijo la baronesa, con vehemencia—, que usted no se prestará a las familiaridades de la familia Moulinet. ¿Qué puede haber de común entre esas personas y usted? Es un hombre de lo más ordinario que hay. En cuanto a su hija, se la doy como la más peligrosa peste que pueda haber en el mundo. Caramba con los advenedizos, que se imaginan que van a procurarse amistades como se consigue un castillo gracias a sus millones... No ceda usted, tía, y rechace esa tentativa.

—Pienso, mi querida amiga —dijo con frialdad el barón—, que tu tía sabe muy bien cómo debe actuar y que no tienes por qué darle consejos. La marquesa hizo un gesto de vacilación; estaba visiblemente contrariada. Su indolente naturaleza tenía horror a las complicaciones y a las dificultades. Luego, volviéndose hacia su hija, que se había quedado quieta y callada, como si fuese extraña al debate que se agitaba ante ella, preguntó:

-Clara, ¿qué crees tú que se debe hacer?

-Por Dios, mamá, me parece difícil cerrar la puerta al señor y a la señorita Moulinet. Habría que oponer un pretexto. ¿Cuál? ¿Que estamos fuera? Desde el coche habrán podido ver a estas señoras y a estos caballeros en el patio. Nosotras mismas estábamos en la ventana. Decirles simplemente que no recibes, sería responder con una descortesía a un procedimiento cortés. ¿Es digno de nosotros? No lo creo. Hay que recibirlos, y una vez soportada la visita, mantenernos en nuestro sitio. ¿No lo ves así?

-Sí, hija mía, tienes razón; así es como hay que hacerlo. Octavio, di que los recibimos.

Poco después, el señor y la señorita Moulinet entraban en el salón del castillo de Beaulieu.

En todas las mujeres existe un traje de comediante. A pesar de su emoción, y aunque el corazón le latía muy fuerte, Atenea se despojó de su embarazo inmediatamente, procediendo con audacia. Se adelantó, los ojos brillantes de alegría, la sonrisa en los labios y los brazos tendidos, hacia la señorita de Beaulieu, la abrazó como si fuese una de sus más queridas amigas, y le dijo:

-¡Oh, mi preciosa Clara! ¡Qué feliz soy al verte de nuevo!

El asombro que su efusión causó en la señorita de Beaulieu fue tan grande, que, a pesar de su habitual aplomo, no encontró palabras para responder. Mientras tanto, Atenea, aprovechándose de su ventaja, se había vuelto hacia la marquesa y la saludaba con una deferencia y una modestia muy hábiles.

-Es una gran alegría para mí, señora marquesa, encontrarme cerca de la señorita de Beaulieu. Desde que la conocí, ya hace muchos años - prosiguió, dirigiendo a Clara su más afectuosa sonrisa-, imitarla ha sido mi norma de conducta. Creo que habría sido difícil encontrar un modelo más perfecto.

-¿Imitarme solamente? -dijo Clara con tranquilidad-. Sí que eres modesta. -Y será ésta la primera vez que te ocurre -murmuró la baronesa, acercándose.

Al ver a la señora de Prefont, la alegría de Atenea no pareció tener límites. Pero la señorita Moulinet no se arriesgó a echarse en los brazos de la fantástica Sofía. En otros tiempos ya salió bastante mal parada de sus manos para ahora aventurarse públicamente. ¿Quién podía prever que aquella loca no le hiciese uno de esos desaires que echan por el suelo el tinglado de proyectos mejor construido y rompen de un golpe los hilos de la trama más sabiamente urdida? La prudencia de Atenea se limitó a darle un vivo apretón de manos que hizo tintinear sus pulseras, pero enmascaró su relativa frialdad con el calor de sus cariñosas manifestaciones. Era un grandísimo honor para ella. «¿Cómo? ¡Y esta querida de Hennecourt también!»

No habiendo sido invitada a la boda, afectó no tenerla por casada y dio a Sofía el nombre de soltera, y ésta, para acabar en seguida con tan desagradable equívoco, tuvo que presentar el barón a Atenea, quien encontró una encantadora frase para felicitar al señor de Prefont por haber escogido una compañera tan atractiva.

Maniobrando sobre éste campo de batalla, sembrado de obstáculos y de emboscadas, con la destreza y el aplomo de un gran táctico, la señorita Moulinet paralizó a sus adversarias con su audacia, dejó estupefacto a su padre con su presencia de ánimo y dio a todos una alta idea de su

inteligencia. A Sofía y a Clara les pareció una enemiga mucho más irreductible de lo que ellas habían podido prever. En dos años, aquella muchachita se había desarrollado de manera sorprendente. Físicamente se había vuelto muy guapa. Poco alta y demostrando cierta tendencia a engordar que le confería un abandono engañoso pero seductor, tenía los cabellos de un negro de jade y unos ojos azules muy expresivos. Sus manos, enguantadas con piel de Suecia por encima de los encajes de su manga, muy estrecha por debajo del codo, y sus pies, que su falda muy corta dejaba al descubierto, demostraban lamentablemente su origen plebeyo. Un examen atento la hacía un poco vulgar, pero a primera vista no podía más que encontrársela agradable. Moulinet, extasiado, se había quedado mudo, diciéndose entusiasmado que su hija era un personajillo ciertamente superior e indiscutiblemente nacido para duquesa.

El exceso de admiración enterneció súbitamente a Moulinet. Pensó que si su pobre difunta viese a Atenea, estaría muy satisfecha y asombrada. Esa emoción de cónyuge acabó en unas lágrimas del antiguo juez del Tribunal de Comercio, quien se sacó un pañuelo tan grande como una servilleta y se sonó ruidosamente. Una terrible mirada de Atenea le recordó la situación y le hizo comprender que en el ambiente en que se encontraban todo debía hacerse con moderación.

Entonces, inclinándose hacia la marquesa, los brazos rodeando y apoyándose el sombrero en el corazón, dijo:

—La señorita de Beauldeu y la señora fueron compañeras de mi hija en el Sacré-Coeur. Siempre me he felicitado, y hoy más que nunca, por haber llevado a Atenea a ése establecimiento, que sin comparación, es el mejor de París... Los alumnos reciben una exquisita educación y se contraen amistades muy importantes...

La marquesa dejó escapar una sonrisa, y se quedó mirando a Moulinet de arriba abajo.

—Ya me doy cuenta —dijo con una suave ironía que el industrial no captó, pero que hizo palidecer de ira a Atenea.

—En cuanto a mí —prosiguió el señor Moulinet—, estoy muy emocionado, señora marquesa, por el honor que me hace admitiendo que le ofrezca mis saludos. Se los debía por diversos motivos; en principio, como recién llegado a esta comarca, en la que he comprado una tierra...

La marquesa cambió una mirada con Bachelin. El notario hizo un gesto que significaba: «¿Qué le había anunciado?» La señora de Beaulieu respondió con un signo de cabeza que quería decir: «Tenía usted razón».

—Una tierra muy importante... —insistió Moulinet, un poco desanimado por el mudo coloquio entre la marquesa y el notario—, la Varenne, de los de Estrelles. Yo no las tenía todas conmigo, pero mi hija, que entiende mucho de esto, me hizo comprender que con una gran fortuna como la mía es preciso poseer tierras... Además, déjeme que le confiese, señora marquesa, que en cuanto a opiniones, soy liberal, pero en cuanto a relaciones, no admito más que a la aristocracia.

Y Moulinet, aferrándose a las vueltas de su chaleco blanco con ademanes siglo xviii, les dirigió a todos una sonrisa llena de concesiones. Un profundo estupor se apoderó de unos y otros. La monumental idiotéz del antiguo juez del Tribunal de Comercio aplastó a Atenea, quien, sin fuerzas para reaccionar, se hundió en su sillón lanzando un suspiro. La marquesa, demostrando el buen gusto de una ama de casa perfecta, veló la impertinencia como una verdadera dama. No quiso que Moulinet se diese cuenta de la severidad con que se le juzgaba, pero sin renunciar a la

satisfacción de soltarle algún fino epigrama. Entonces se expresó para aquellos que estaban en condiciones de comprender la situación, como una exquisita comedianta.

—Créame, señor —dijo a Moulinet—, que estoy muy conmovida por los sentimientos que usted expresa con esa sencillez tan sentida. Son dignos de un hombre que ha llegado a la posición que usted ha sabido hacerse con su inteligencia.

Moulinet, encantado por la respuesta y no viendo malicia en ella, pensó que la marquesa era realmente una buena persona, y se prometió demostrárselo en unas atenciones muy particulares.

—Ya ve usted cómo soy. Y si mi carácter le agrada, señora marquesa, creo que nos será muy grata nuestra vecindad.

La baronesa no pudo contenerse más y se levantó, llevándose a Felipe hasta una ventana, y se desahogó murmurándole:

—¡Pero ése hombre es un necio!

Pero Moulinet, viendo que producía impresión, aunque sin darse cuenta de si la impresión era buena o mala, se lanzó de cabeza.

—El dominio de la Varenne es muy considerable. Sin duda conoce usted el castillo. ¿Sabe que es una reliquia histórica? Yo duermo en la misma habitación en que durmió el emperador Carlos V, según me han dicho. Sí, señora marquesa; me acuesto en un lecho imperial.

Y haciendo un gesto de modestia, el antiguo juez del Tribunal de Comercio, añadió;

—Pero no soy más orgulloso por eso.

Atenea ya no pudo contenerse más. Vio que en pocos minutos su padre acababa de comprometer su partida. Y, levantándose bruscamente, rígido el rostro, una agresiva y voz dura, dijo:

—Papá, pide a la señora marquesa que te enseñe la admirable terraza del castillo; parece que se goza de una maravillosa vista.

Y para acabar pronto con todos los impedimentos paternales, se dirigió resueltamente a la puerta del balcón que daba sobre el pórtico. La marquesa se había levantado, señalando el camino a Moulinet y seguida de sus invitados. Clara iba la última, inquieta y como presintiendo una catástrofe. En el momento en que se disponía a salir y cuando ponía el pie en el primer escalón, se encontró frente a frente con Atenea, quien se había separado muy hábilmente del grupo y volvía al salón Clara retrocedió. Las miradas de las dos muchachas se cruzaron. La de Clara, asombrada e interrogadora y seria e inquieta la de Atenea.

—Quedémonos, ¿quieres? —dijo la señorita Moulinet, dando un paso hacia el salón.

—Con mucho gusto —repuso la señorita de Beaulieu, con cierto encogimiento—. ¿Tienes que hablarme?

Con la certeza de que la crisis presentida era inminente, Clara recobró su sangre fría y su energía. Su espléndida estatura se irguió, y dueña de sí, segura de su corazón, esperó con soberbia confianza el ataque de aquella a la que sabía implacable enemiga.

—No puedes imaginarte el placer que tengo al encontrarme a tu lado —dijo Atenea, sin responder a la pregunta de la señora de Beaulieu—. Desde, que hace dos años que nos separamos, he reflexionado mucho y también he visto bastante. He adquirido un poco de experiencia y mis sentimientos se han modificado. En otros tiempos no estábamos precisamente en muy buena armonía...

—Pero... —dijo Clara, frunciendo el ceño, a la vez que hacía un gesto de protesta.

-No, no digas que no -exclamó con viveza Atenea-. Yo no te quería. Estaba celosa de ti; ahora puedo confesarlo. Me he elevado lo suficiente para permitirme el derecho de ser franca sin humillarme. Instintivamente, sin embargo, yo te admiraba, y mi sueño era igualarte.

-¿Igualarme? Por Dios -dijo Clara con una amarga sonrisa-, ¡si soy tan poca cosa! Tú me superas, te lo aseguro, y en mucho. Júzgate más equitativamente. Belleza, elegancia, lujo... tú lo tienes todo.

-Lo tengo todo, es cierto -dijo con frialdad Atenea-, excepto un nombre.

-Quizá, pero -repuso Clara con sencillez- un nombre, en los tiempos que corren, puede comprarse. Los hay de todos los precios, pequeños, medianos y grandes. Entonces, si lo tomas de la nobleza, harás bien en ofrecerte al que tenga el mejor. Tus medios te lo permiten.

-En efecto -respondió Atenea, esforzándose en dominar su voz, que la cólera empezaba a hacer temblar-; precisamente en estos momentos se trata de concertar mi matrimonio.

-¡Ah...! Eso es estupendo. Te doy mis felicitaciones más sinceras.

-Espero de ti algo más que felicitaciones.

-¿Y qué es? -preguntó Clara con asombro.

-Una opinión.

-¿Una opinión, y sobre qué?

-Sobre la elección que voy a hacer.

-De verdad que me confundes. ¿Pedirme un consejo Sobre tus asuntos de familia? Nos conocemos tan poco... ¿No podrías pasarte sin mi opinión?

-Imposible -dijo Atenea gravemente.

-No te comprendo en absoluto -dijo Clara con turbación.

-Escúchame atentamente -pidió la señorita Moulinet-, pues el tema lo merece. El matrimonio que se prepara para mí es una boda que está muy por encima de mi condición y que sobrepasa todas mis esperanzas. Se trata de una corona...

-¿Real? -preguntó Clara intentando sonreír.

-No, ducal solamente -repuso Atenea, hundiendo su mirada en los ojos de su rival-. Seré duquesa.

Ante estas palabras, la señorita de Beaulieu se estremeció. Le pareció que se descorría bruscamente un velo que le cegaba el espíritu. En un instante adivinó todo lo que los suyos le ocultaban cuidadosamente desde hacía tanto tiempo. En un segundo ya no dudó de que se trataba de Gastón. Su alejamiento y su silencio quedaron explicados. Y un inmenso dolor se apoderó de ella. Una oleada de sangre le golpeó el corazón, a la vez que su rostro palidecía y un doloroso suspiro espiraba en sus labios.

Atenea asistía a éste brusco cambio con una alegría radiante. Se deleitaba con las torturas de Clara, contando con embriaguez los desordenados latidos de sus sienes. Gozaba soberanamente del placer de devolver de un solo golpe a la orgullosa muchacha todas las humillaciones con que ella la zahería desde hacía un cuarto de hora. Viéndola inmóvil y helada, temió que se desvaneciese y se le escapara. Aún tenía que hacerle sufrir la segunda mitad de su feroz confidencia.

-¿No me preguntas el nombre de mi prometido? -le preguntó a Clara, mirándola fijamente.

-No -balbució la señorita de Beaulieu, inconscientemente de lo que respondía, abismada en sus dolorosas reflexiones.

-Sin embargo, es preciso que lo conozcas. Es un deber para mí decírtelo -añadió Atenea.

Y, tomándose tiempo, como si hubiese estado escogiendo el sitio en que debía herir, dijo:

—Es el duque de Bligny.

Clara esperaba el golpe; ya no había ninguna ilusión más; estaba segura de la traición del duque. No obstante, el nombre de Bligny, que debía ser el suyo, pronunciado por Atenea, la estremeció dolorosamente. Permaneció inmóvil, no atreviéndose a dejar oír su voz, que suponía alterada; con las manos temblorosas, la boca seca, los ojos cubiertos por una sombra de muerte, apurando hasta el fondo la copa amarga de sus ilusiones.

—El señor de Bligny es pariente tuyo —prosiguió ¡Atenea, irritada ante la triste impasibilidad de su rival—, tu amigo de la infancia. Incluso se ha hablado de ciertos proyectos de una unión entre vosotros. Yo debía, ¿lo comprendes ahora? venir a ti a decírtelo lealmente y consultarte.

En las palabras, falsamente generosas de Atenea, la señorita de Beaulieu vio relucir como un rayo de esperanza. Tal vez las cosas no estuviesen tan adelantadas como se le quería hacer creer. Recobró ánimos y decidió defenderse hasta el final.

—¿Consultarme? ¿Sobre qué?

—Sobre la verdadera situación entre el duque y tú —respondió la señorita Moulinet con benevolencia—. Comprenderás que si es cierto que estáis prometidos el uno al otro, tú habrías podido acusarme de haberte quitado tu novio. El duque me ha pedido en matrimonio, pero yo no le amo; apenas si le conozco. El o bien otro, ¿qué me importa? Sé franca conmigo. ¿Le amas? Mi matrimonio con él te indignará o sólo te disgustará? Dime una sola palabra y me apresuraré a romper...

Tal vez si Clara hubiese confesado su amor, Atenea se habría dado la suprema satisfacción de hacerse la generosa, y hubiese renunciado, para aplastar mejor a la señorita de Beaulieu, a su ambicioso sueño. En un segundo se decidiría el destino de las dos mujeres. Pero de todo lo que la señorita Moulinet había dicho, Clara sólo había retenido una frase: «El duque me ha pedido en matrimonio». Un rubor ardiente le subió al rostro. Y dispuesta a morir antes que confesar su cariño por el duque, consiguió, por un milagro de voluntad, ordenar a su mirada, a su voz y a su actitud una apariencia desenvuelta y tranquila.

—Te lo agradezco —repuso con una fría sonrisa—. Pero no olvides que soy una mujer a la que no se abandona ni se desdeña. Si el duque estuviese comprometido conmigo, no creas que se casaría con otra. Cuando somos niños, es una costumbre entre primos; la familia nos hace novios y nos casa entre dos sonrisas. Esos son juegos de la infancia, pero luego se crece, viene el juicio, y las exigencias de la vida alteran todos los proyectos. ¿Dices que el duque ha pedido tu mano? Pues cástate. Sería muy lamentable que no os casaseis. Sois dignos el uno del otro.

Atenea palideció ante la herida que le infligían estas últimas palabras. Clara le devolvía de un solo golpe todo lo que ella había tenido que tragar. Se miraron sonriéndose. Entre aquellas dos enemigas, la lucha adoptaba la apariencia de la más exquisita cortesía. Era una batalla a pinchazos con alfileres de oro hundiéndose en la carne, agudos y dolorosos como puñales. Un combate a abanicazos dados con la sonrisa en los labios, pero en cuyos pérfidos ataques estaban los insultos y las bofetadas. Guerra de mujeres en agresiones combinadas con una ciencia refinada y en la cual la victoria, ardientemente disputada, dejaría a las dos adversarias tan cruelmente heridas la una como la otra.

—Así, pues, ¿no te contraría ése matrimonio? —preguntó la señorita Moulinet, vertiendo en la llaga, que había producido, su más sutil veneno—. ¿Qué feliz me haces! Imagínate, qué sueño... Tu parienta, tu igual, esta vez de verdad, y duquesa.

-Todo lo que te mereces -dijo Clara con la mayor ironía.

-Déjame abrazarte -agregó Atenea, echándose sobre Clara y cogiéndola por el cuello como si se lo quisiese morder.

La señorita de Beaulieu no la rechazó, y Atenea pudo imprimir en la mejilla de su enemiga el beso más hipócrita que jamás haya dado una mujer. Y aún agregó: -Ya sabes que tienes en mí a una sincera y devota amiga.

Clara todavía tuvo fuerzas para responder: -Acabas de darme una prueba. Luego, sintiendo que las piernas le flaqueaban, se tejó caer sobre el diván.

Afortunadamente, la baronesa, muy inquieta al no ver reaparecer a las dos muchachas y sospechando alguna perfidia de Atenea, decidió ir a buscarlas. Entró, y le bastó ver a Clara pálida y destrozada y a Atenea en pie y radiante, para comprender lo que había sucedido. -¿Qué hacéis aquí encerradas las dos desde hace media hora? -y, acercándose con inquietud a Clara, le preguntó-: ¿Qué tienes?

La señorita de Beaulieu no respondió. Con una mirada desconsolada señaló a su rival, que se reajustaba fríamente los guantes como un duelista que acaba de matar a su adversario. Su suplicante llamada de auxilio trastornó a la baronesa, y sintió que una terrible cólera e subía a la cabeza, a la vez que se le enrojecían las «rejas y, adelantándose hacia la señorita Moulinet, con gesto amenazador le señaló la puerta con esta expresiva frase:

-Vas a irte.

Sin inmutarse, Atenea atajó tan rápidamente la injuria que pareció que no lo había comprendido.

-Sí, ya me iba... a buscar a mi padre, en la terraza -dijo, y volviéndose a Clara, añadió-: Hasta siempre.

Sin apresurarse, indicando así que las dejaba por propio gusto y victoriosa en un campo de batalla que le pertenecía, salió.

CAPITULO VIII

Apenas la señorita Moulinet hubo desaparecido, Clara se levantó de un salto, se abalanzó sobre la baronesa, y con una ira que ya no podía contener más, le gritó:

—¡Tú lo sabías! Sabías que iba a casarse. ¿Por qué no me dijiste nada? La señora de Prefont se quedó paralizada. —¡Traicionada, abandonada! — prosiguió con terrible desespero la señorita Beaulieu—. ¡Y por ella, por esa criatura! ¡Habéis dejado que lo sepa por su boca, y ha podido con toda libertad pegarme ése golpe! Vosotros habéis sido sus cómplices. Y por el dinero, ¡el miserable!

Trastornada por el espectáculo de un dolor tan intenso, la baronesa intentó calmar a su amiga, diciéndole:

—Por favor, Clara; me das miedo.

La señorita de Beaulieu ya no estaba en condiciones de dominarse, y la violencia de su carácter, largamente contenido, se desbordaba sin que nada pudiese contenerlo. Todos los esfuerzos que hiciera durante aquella horrible entrevista le parecían otros tantos cobardes desfallecimientos. Se preguntaba con asombro cómo no había arrojado contra aquella que se había regocijado tan cínicamente con sus torturas, todos los insultos que ahora le llegaban a los labios. Sentía no haber quedado herida ni muerta. Tuvo crisis de plebeya desesperada, a la que acababan de quitar su amante, un furor de mujer desposeída del freno de las conveniencias sociales, y sorda a los consejos de la razón. La sangre de los grandes barones, teniendo derecho a la alta y baja justicia, hervía en las venas de la señorita de Beaulieu. Soñaba con suplicios infamantes y crueles para su rival, pero el sentimiento de su impotencia la abatió nuevamente. Comprendió que todas sus esperanzas estaban perdidas para siempre y que todo anhelo de revancha le estaba prohibido. Sus nervios se distendieron bruscamente, y, con el rostro inundado de lágrimas, con dolorosos sollozos, se dejó caer en los brazos de la baronesa, balbuciendo:

—¡Qué desgraciada soy, qué desgraciada soy!

La señora de Prefont, desolada, la estrechó sobre su pecho, apoyó suavemente su apesadumbrada cabeza en su hombro y habiéndole en ése dulce lenguaje que las madres emplean con sus hijos para consolar sus tristezas y adormecer sus sufrimientos, se esforzó en obtener un poco de calma para aquel corazón ulcerado.

Clara lloraba desesperadamente. Sus lágrimas eran el signo del veneno con que Atenea había infectado la llaga y suavizaban su terrible dolor. La señorita de Beaulieu se encontró a sí misma y se sonrojó por haber sucumbido a su arrebató. Quiso dominar su triste situación y, con un supremo esfuerzo de su orgullo, lo consiguió.

Su madre llegaba al salón aterrada por una ingenua confidencia que Moulinet acababa de hacerle y la encontró, si no resignada, lo que le era imposible, animosa y digna. La marquesa, sofocada por la emoción y por la rapidez con que había subido la escalinata, se quedó aturdida delante de Clara, todavía lívida y temblorosa. Luego, habiendo buscado una frase que, en su turbación no encontró, se arrojó en los brazos de suya gimiendo:

—¡Dios mío, mi pobre hija...!

—¿Lo sabes ya, mamá? —preguntó Clara, en cuyos ojos reaparecieron las lágrimas.

—El padre acaba de decírmelo hace un instante. Y cuando pienso —exclamó la marquesa levantando los brazos al cielo con indignación— que has sido tú quien, por no hacerles una descortesía, has querido que se les recibiese...

—Ya estoy bien recompensada, ¿no es cierto? —dijo Clara, con amargura—. He sido imprudente. Debí guardarme de esa... mujer. Conocía tan bien sus sentimientos respecto a mí... Si en otros tiempos le hicimos sufrir humillaciones, ahora se ha vengado. Nunca ha perdonado. Ha esperado la hora propicia, y ha atacado a la más feliz de sus antiguas compañeras, hiriéndola en el corazón. Ha destrozado mi vida. El abandono de que soy víctima siempre pesará sobre mí, y si después de mi humillación fuese lo bastante loca para pensar en casarme, ¿quién me miraría ahora?

—¿Cómo que quién? —preguntó vivamente la marquesa—. Pues todos los que tengan ojos para verte y oídos para escucharte. Mi querida niña, si alguno ha sido alcanzado esta vez y en esta circunstancia, no has sido tú, sino el duque. Y si quieres casarte, no tendrás, gracias al cielo, más que la molestia de elegir entre nuestro mundo y en cualquier parte. A una muchacha como la señorita de Beaulieu no le faltan pretendientes. Todavía no hace seis meses que tuve que declinar las solicitudes que me llegaron de familias muy honorables. Por cierto, que las personas que te solicitaban entonces se consideraron desdichadas al verse despedidas por haber cambiado tan rápidamente tu opinión.

Clara hizo un gesto de desánimo.

—Después del duque de Bligny, mamá, no tengo derecho a casarme con un hombre que no sea superior a él, o por lo menos con un hombre que yo crea que puedo amar. Mi única justificación posible a los ojos del mundo estará en la grandeza o en el acierto de mi elección. Pero tú sabes, mamá, que eso es imposible: una muchacha como yo, después de ése fracaso y una decepción tan terrible, no se casará más que con el convento.

—Vamos, hija mía —dijo la marquesa, con dulzura—, desvarías. ¿El convento? ¿y nosotros? No, no. Eres demasiado joven para tener derecho a desesperar. Tienes demasiadas cualidades morales y demasiada belleza para que el futuro no te guarde nuevas emociones. Y si quieres saberlo, te diré que hay muy cerca de aquí alguien que aceptaría tu mano de rodillas...

La señorita de Beaulieu levantó su orgullosas cejas y se volvió hacia su madre preguntándole simplemente:

—¿El señor Derblay?

—Sí, el señor Derblay, y no hablo de él más que para tranquilizar tu espíritu. ¿Quién podría acercarse a ti sin amarte? ¿Quieres que nos vayamos a París, quieres irte a Suiza con los Prefont? Estoy dispuesta a todo lo que pueda satisfacerte y consolarte, ¿Qué deseas?

—¿Acaso lo sé? —exclamó Clara, con abandono—. Quisiera desaparecer en un instante, huir de los demás y de mí misma. Lo odio todo y lo desprecio todo. ¿Por qué no puedo morirme?

—La muerte, hija mía, es lo único que no tiene remedio. Si todas las mujeres que han sido abandonadas por sus prometidos o sus maridos muriesen, el mundo estaría despoblado. Casi no hay hombres fieles, ya lo estás viendo, y si no te engañan antes, lo hacen después.

Como si hablando de la infidelidad de los hombres, la marquesa hubiese invocado la infidelidad que acababa de hacer que se derramasen tantas lágrimas y tantos suspiros, se oyó un fuerte galope y, por la verja, que estaba abierta, entró en el patio el duque de Bligny en un caballo blanco.

En el acto se apeó, dejó las riendas a un criado que le miraba estupefacto, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalinata; sin preguntar nada a nadie iba a entrar en el salón, cuando el barón y Bachelin, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se apresuraron a detenerlo en el vestíbulo. Pálido y con los rasgos contraídos, el duque no dejó que le cerrasen el camino sin oponer resistencia.

—¿El señor y la señorita Moulinet aún están aquí? —preguntó con voz alterada, y como el barón respondiese afirmativamente, prosiguió—: ¿Y mi tía? Es preciso que vea a la marquesa inmediatamente. Puede que no sea demasiado tarde.

—Desengáñese, querido —respondió gravemente el barón, comprendiendo los motivos de la precipitación—. Es demasiado tarde; el señor y la señorita Moulinet ya han hablado.

El duque dejó escapar un profundo suspiro, y, dejándose caer en una de las banquetas talladas del vestíbulo, miró con aflicción a los dos hombres y dijo:

—¿Qué puedo hacer para reparar el mal que ya está hecho?

—Ese mal, ¡ay! es irreparable, señor duque —respondió Bachelin en un tono de respetuoso reproche—. Y lo mejor que puede hacer ahora, es irse sin intentar ver a la señora de Beaulieu.

—Eso es lo que no haré nunca —repuso con energía el duque, a la vez que se levantaba—. No puedo quedarme con el baldón que mi tía ha debido echar sobre mí.

Es preciso que le explique mi conducta... que le dé la seguridad de que yo no he participado en la infamia que acaba de cometerse. Haré lo que ella quiera, pero deseo verla, llorar con ella... Ya están viendo que estoy desesperado por lo que sucede.

El duque mostró al barón y a Bachelin un semblante tan transformado que éste, por prevenido que estuviese contra el joven, se sintió conmovido.

—Sea —dijo Bachelin—. El señor barón tendrá la amabilidad de hacer compañía al señor duque y yo iré a preguntar a la señora de Beaulieu si puede ceder a sus ruegos.

Dejando solos a los dos primos, Bachelin pasó a la terraza, y, discretamente, llamó en la puerta del salón. Como si no estuviesen enterados de la violenta turbación que trastornaba aquella morada, de la que eran huéspedes, Felipe, Moulinet, Susana, Atenea y el marqués, continuaban conversando apaciblemente en la terraza.

El sol descendía en el horizonte, enrojeciendo con una banda púrpura el cielo, de un azul verdoso. Una calma deliciosa se extendía con el anochecer sobre el valle, cuyo fondo ya se llenaba de sombras.

La campana de la iglesia de Pont-Avesnes tañía, clara y melancólica, en la lejanía, anunciando para el día siguiente la misa de difuntos. La profunda paz que envolvía aquella hermosa naturaleza influía en Atenea. Se sentía como menos amargada y, recordando su decidido triunfo sobre su rival, soñaba con disfrutarlo en adelante.

Al entrar en el salón, Bachelin encontró a las tres mujeres sobrecogidas por una emoción inexplicable. Clara, al ver llegar al duque a todo galope al patio, se había levantado estupefacta y aterrada. Intentó hablar, pero no pudo, y tendiendo la mano al recién llegado tartamudeó unas palabras acompañadas de una risa nerviosa. Parecía como si enloqueciera. La marquesa y la baronesa se asustaron y se le acercaron al ver que temblaba convulsivamente y la lividez de sus labios. Temían que sufriese un síncope y quisieron llamar al servicio, pero Clara, con un enérgico ademán, las detuvo. Luego, haciendo un esfuerzo por dominarse, consiguió

que por entre sus dientes cerrados por la crisis que la sacudía tan duramente, saliesen estas palabras:

—Nada, nadie; dejadme que me reponga.

Se sentó, y un helado sudor le brilló en la frente, que le secó la baronesa. La marquesa se quitó sus prendas de lana y su chal y envolvió a su hija que tiritaba. Así transcurrió un instante, en una horrible ansiedad. Clara, con la frente inclinada sobre el pecho y la espalda apoyada en los almohadones, permanecía inmóvil y como adormecida. Sus brillantes ojos obstinadamente fijos en un rosetón de un tapiz, miraban sin ver. Meditaba en sus circunstancias y una honda raya se grababa entre sus cejas bajo el esfuerzo de un pensamiento absorbente. Al cabo de unos minutos reapareció el color en sus mejillas. Tras un hondo suspiro y con un movimiento brusco apartó las prendas con que su madre la había abrigado.

El ruido de la puerta al abrirse para que entrase Bachelin, hizo que volviese la cabeza. No quiso tener aspecto de sufrir y sonrió al notario, quien con el semblante consternado andaba de puntillas como si estuviese en la habitación de un enfermo. Se acercó a la señora de Beaulieu inclinándose más de lo acostumbrado, como si se avergonzase de lo que iba a solicitar, y dijo:

—Señora marquesa, perdóneme, pero lo que sucede es tan extraordinario...

—Ya sé —interrumpió la marquesa con brusquedad—. El duque está aquí.

—Pues, señora —repuso el notario un poco desalentado—, a pesar de lo que le hemos dicho, insiste en verla...

—Es mucho atrevimiento —exclamó la marquesa, irguiéndose con una viveza que no le era habitual y dirigiéndose hacia la puerta del salón.

—¿Adónde vas, mamá? —preguntó Clara.

—Voy a hacer que lo echen como se merece —respondió la señora de Beaulieu, encendida de indignación.

Clara permaneció un segundo silenciosa, consultándose como si dudase en tomar tan grave resolución. Seguidamente, dijo:

—No, mamá; no hay por qué echar al duque de Bligny. Debemos recibirlo.

—¿Recibirlo? —repitió la marquesa, con estupor, preguntándose si su hija no había perdido la razón.

—Sí, y ponerle buena cara. Por nada del mundo quisiera que él pudiese creer que he sufrido por su abandono. ¡Haber sido llorado por una muchacha como yo! Estaría demasiado orgulloso. Todo, antes que su insultante piedad. No; recíbele, mamá... Se le puede abrir la puerta cuando no se le ha cerrado a su prometida.

—¿Pero, qué vas a hacer? —preguntó con inquietud la señora de Beaulieu.

—Vengarme —respondió Clara, con una terrible expresión de cólera y, volviéndose hacia Bachelin, añadió—: Sea usted bueno y niéguele al duque que pase a la terraza y que espere un instante. Usted lo introducirá cuando le llame por el balcón. Al mismo tiempo, ¿quiere enviarme al señor Derblay?

La baronesa y la marquesa cambiaron una mirada de asombro. Por qué motivos actuaba así Clara, lo ignoraban. Bachelin, más perspicaz y presintiendo que sus combinaciones estaban a punto de triunfar, desapareció con la ligereza de un joven. Poco después entraba Felipe en el salón.

—Mamá, y tú, mi querida Sofía, alejaos un poco para que pueda hablar a solas con el señor Derblay.

La señora de Beaulieu y la baronesa se retiraron hacia una ventana y esperaron intrigadas el resultado de la entrevista. Felipe, muy

emocionado, comprendiendo que su destino se jugaba en aquellos instantes, y advertido, además, por unas palabras de Bachelin, de que la crisis estaba a punto de estallar, permanecía inmóvil y con la frente inclinada ante la que él adoraba.

—Señor —dijo Clara, habiéndole por primera vez directamente—, nuestro viejo amigo y noble consejero el señor Bachelin le ha dicho a mi madre que usted me hacía el honor de aspirar a mi mano.

Sin responder, Felipe se inclinó afirmativamente.

—Yo le creo un hombre galante —prosiguió la señorita de Beaulieu con firmeza—, y pienso que para haber formado tales proyectos, usted sabía, como todos los que me rodean, y desde hace ya bastante tiempo, que el duque de Bligny se había apartado de mí. —Sí, señorita, lo sabía — articuló Felipe con sentimiento—, y créame que, incluso en éste momento, si dependiese de mí asegurar su felicidad devolviéndole el duque, no dudaría en hacerlo, aunque fuese a costa de mi vida.

—Se lo agradezco —repuso Clara—, pero todo vínculo entre el duque y yo se ha roto para siempre. Y la prueba más segura que puedo darle es que, si usted ha guardado los mismos sentimientos, estoy dispuesta a concederle mi mano.

Al decir estas palabras, la voz de la señorita de Beaulieu se debilitó, y Felipe las adivinó mejor que las en tendió. En un instante se acordó del día en que, viéndole triste y desanimado, su hermana le dijo riendo: «Ya lo verás: será ella misma quien querrá que le hagas el favor de ser su esposo.»

Así, pues, la predicción de Susana se había cumplido. La pequeña, iluminada por su afecto, había intuido la cercana felicidad de su hermano. No había soñado. Era ella, Clara, quien le ofrecía su mano. Una alegría inmensa invadió el corazón de Felipe, y cogiendo aquella seductora mano que tantas veces había desesperado de tener entre las suyas, el hombre depositó el más tímido y más delicioso de los besos en la punta de sus dedos helados.

—Sólo quiero solicitarle un favor —agregó Clara—. Desearía que usted hiciese todo lo que fuera posible para que se creyese que estas palabras de ahora nos las dijimos hace ya varios días. No tengo necesidad de explicarle los motivos de esta falsedad. Son propias de mi orgullo. Usted, ¡ay! no se hace ilusiones respecto a mi cariño, pero puedo asegurarle que tendrá en mí a una mujer fiel y leal. ¿Quiere dejarme ahora? Pero no se aleje demasiado, pues puedo necesitarle.

En el momento en que salió Felipe, le hizo una seña a Bachelin para que hiciese pasar al duque.

El notario había entretenido hábilmente a Bligny, que no sospechaba nada, a pesar de los minutos que duró la entrevista de la señorita de Beaulieu con el señor Derblay. Acababa de abrir la puerta que daba a la terraza, cuando Felipe salía radiante del salón.

El estupor de Moulinet y de Atenea fue inmenso al ver llegar a Gastón. Napoleón esperando a Grouchy y viendo las vanguardias de Blucher no se asombró tanto como la hija del antiguo juez del Tribunal de Comercio. La presencia del duque en Beaulieu en aquel crítico momento, era lo más peligroso que podía presentarse para sus combinaciones. A Atenea la asaltó una tremenda angustia. Segura de su victoria, ¿iba a sufrir una desastrosa y humillante derrota? ¿Qué resultaría del encuentro de Gastón y Clara? ¿No estaban las cartas lo suficientemente embrolladas como para que fuese imposible una reconciliación? ¿O con una sola mirada los dos

prometidos iban a tomar posesión uno de otro, y en un abrazo supremo llegarían al más solemne y más irremisible juramento?

Moulinet se quedó profundamente sorprendido, pero no iba tan lejos como su clarividente hija. No comprendía por qué el duque no esperó en la Varenne, y no tenía la menor sospecha de lo que podía llevarle a Beaulieu. Se adelantó hacia su futuro yerno con una amable sonrisa y tendiéndole la mano, pero se quedó paralizado ante la mirada que le lanzó Gastón al pasar ante él sin siquiera saludar a Atenea. No obstante; siguió al duque, que se dirigía hacia el salón.

En un instante, la marquesa y la baronesa habían improvisado una puesta en escena, y cuando Bligny entró vio a la marquesa arrellanada como de costumbre en su butaca y a la baronesa de pie junto a la chimenea y con los brazos cruzados para que no se le ocurriese a Gastón estrecharle la mano, como hacía siempre. La señorita de Beaulieu estaba sentada entre su madre y la baronesa y de espaldas a la claridad, para que fuese menos visible su alteración.

En lo primero que se fijó el duque fue en la admirable cabellera de oro de Clara. Se estremeció a pesar suyo, y, sobrecogido por una violenta emoción, estuvo a punto de ir hacia aquélla que aún amaba entrañablemente y echarse a sus pies, sin pensar en lo que pudiese resultar de una demostración tan apasionada. La tranquila y severa mirada de la marquesa le contuvo, e inclinándose ante aquella que le había servido de madre, dijo con voz entrecortada:

—Señora marquesa, mi querida tía... Ya ve usted mi turbación, mi... mi sentimiento, mi pesar. Al llegar a la Varenne, a casa del señor... —el duque se avergonzó y no pronunció el nombre Moulinet—, he sabido el incalificable paso...

—Señor duque —le interrumpió el antiguo juez del Tribunal de Comercio, visiblemente resentido.

El duque, volviéndose entonces hacia su futuro suegro, le dijo con soberana altivez:

—Un proceder inconcebible, señor, y del cual tengo que declarar categóricamente que no soy cómplice... He podido cometer muchas faltas, actuar con ligereza, con ingratitud... pero haber autorizado una conducta tan ultrajante respecto a los míos, no; eso, por mi honor, no lo he hecho nunca.

—Una sencilla visita de cortesía —murmuró Moulinet, dominado por la energía del duque—. No comprendo...

—¿Usted no comprende? —interrumpió el joven con un agresivo desdén—. ¡Esa es su única excusa!

Pero Moulinet estaba demasiado engreído para dejarse maltratar, ni siquiera por un hombre que consideraba como el símbolo de un linaje superior. Adoptó un aire digno, e inclinándose con gravedad, dijo:

—Si he cometido alguna falta, yerno, le ruego que me la precise, pues estoy dispuesto a repararla.

Pero al llamarle «yerno», el duque llegó al colmo de la irritación. Perdiendo toda continencia le cortó la palabra, y ahora definitivamente, al antiguo juez del Tribunal de Comercio con un «¡Basta, señor!», cortante como un latigazo. Luego, atreviéndose, por primera vez desde que había entrado, a mirar a Clara, que permanecía sentada imperturbablemente, dijo:

—Tía, le debo explicaciones; soporte el que se las dé. Clara, no saldré de aquí sin que me hayas perdonado.

Ante estas palabras dirigidas a ella, la señorita de Beaulieu se levantó con altivez y con una serenidad admirable, dijo al que fue su prometido: —Duque, no debe ninguna explicación ni tiene necesidad de que se le perdone nada. Usted se casa, me han dicho, con la hija del señor —y en el acento de Clara se advertía tanta ironía como impertinencia—. Tiene mucho derecho a hacerlo, me parece. ¿No es usted libre, como lo era yo? Al oírla, el duque se preguntó si no era juguete de una pesadilla. Miró a Clara, a la baronesa y a su tía, y las vio sin emoción aparente, sin tristeza y sin cólera. Esperaba enjugar lágrimas y no encontraba más que sonrisas. ¿Era posible que durante aquel año que tan fatalmente había empleado, la señorita de Beaulieu se hubiese despegado de él hasta tal punto?

—Su prometida ha venido a anunciarme la feliz noticia —prosiguió Clara—. Eso está muy bien, y yo no quiero ser menos con usted. Entonces, dando unos pasos hacia la terraza, hizo una seña a Felipe. Devorada por la curiosidad, Atenea siguió atrevidamente al dueño de la fundición, y en un momento estuvieron en el salón todos los invitados del castillo.

—Es preciso, señores, que les presente —dijo la señorita de Beaulieu con una frialdad asombrosa, y señalando al duque a Felipe, añadió—: el señor duque de Bligny, mi primo —luego, volviéndose hacia Gastón y desafiándole con la mirada—: Duque, el señor Derblay, mi prometido.

Una tormenta cayendo sobre el castillo no habría producido una conmoción como la que abatió a todos los espectadores de aquella escena. El duque se tambaleó, Atenea sintió vértigo y su rosáceo rostro se volvió de color ceniza. El barón y la baronesa cambiaron unas miradas de sorpresa. Sólo Bachelin y Susana no demostraron ningún asombro. El notario, porque había trabajado sordamente para llegar a aquel desenlace; Susana, porque en su adoración por su hermano no había dudado de que la señorita de Beaulieu acabaría por ceder a los irresistibles méritos de Felipe.

El duque demostró que la práctica de la diplomacia no había sido inútil. En seguida se repuso, y, adoptando una actitud irreprochable, se dirigió al señor Derblay con una graciosa sonrisa.

—Reciba mis felicitaciones, señor —dijo, con una voz que no temblaba demasiado—. Se casa usted con una mujer de la cual muy pocos son dignos. Por muy abrumada que estuviese por la demoleadora respuesta que le había dirigido la señorita de Beaulieu, Atenea comprendió que debía reprimirse, y avanzó unos pasos hacia Clara, mirándola sonriendo y diciéndole:

—Todas mis felicitaciones. Ése es un matrimonio por amor.

La señorita de Beaulieu se estremeció, viendo en el acto lo que había de falso en su posición. El hombre que ella adoraba estaba allí, delante de ella, e iba a irse con su rival. En aquel momento, la inesperada revelación que acababa de hacerle disipó su cólera; él hablaba aparte con Atenea y le acariciaba los dedos, riendo con el abandono de un hombre afortunado. Y ella, Clara, impulsada por su indomable orgullo, había decidido su vida, renunciando a su libertad. Acababa de prometerse con un hombre que no podía amar, porque su corazón estaba lleno del doloroso y querido recuerdo de otro hombre.

Entonces dirigió al duque una mirada de angustia mortal. Estuvo a punto de cruzar el salón, arrebatarlo de las coqueterías voluptuosas y exageradas de Atenea y decirle toda la verdad. Pero lo vio tan tranquilo, tan indiferente, tan ligero, que la cólera y el orgullo la libraron de su debilidad. No quiso que pudiese parecer la mujer abandonada. Sacrificó resueltamente su porvenir a esta victoria del amor propio, y envolviendo

a Bligny y a la señorita Moulinet en una misma mirada triunfante,
murmuró:
-Me casaré antes que ellos.

CAPITULO IX

Con increíble rapidez se hicieron los preparativos del matrimonio. Parecía que todo el mundo en Beaulieu y Pont-Avesnes era cómplice de Clara. Partió Felipe apresuradamente para el Berry en busca de los documentos indispensables, y al mismo tiempo, el marqués se fue a París. El correo y el telégrafo funcionaron a cual más de prisa para espolear a los encargados de construir los objetos necesarios, y una violenta agitación sucedió a la calma en que la marquesa había vivido durante un año. Aturdida la excelente señora por los acontecimientos, aceptó, sin hallar la autoridad necesaria para discutirla, la brusca determinación de su hija.

Fiándose de los favorables informes que Bachelin le había dado del señor Derblay, y reconociendo la desinteresada delicadeza con que se portaba el dueño de la fundición, vio con más admiración que inquietud la decidida boda. Sentía que Clara no hubiese esperado algún tiempo para elegir un marido de su clase, pero también dudaba de que en éste siglo positivo un hombre con título y fortuna quisiera casarse con la señorita Beaulieu sin dote, y esta duda le indujo a considerar afortunado el encuentro del señor Derblay en la hora crítica.

Clara hizo todo lo que dependía de ella para vencer la desconfianza de su madre y procurarle una absoluta seguridad. Risueña siempre, hizo creer a todos que era feliz. Únicamente la baronesa conocía el secreto de sus angustias y sus dolores, pues había presenciado sus instantes de desaliento y había tratado de refrenar su ira. Encerrada en su habitación, Clara pasó días enteros sin decir una palabra, física y moralmente desfallecida, sin fuerzas para dar un paso y echada en una butaca con adusto ceño y sombría mirada. En su dolorido cerebro renacían sin cesar los crueles momentos de la ruptura; no podía acostumbrarse al repentino derrumbamiento de todas sus esperanzas. Al considerar si había merecido tanto infortunio, no encontraba censura alguna contra sí; la única causa de aquella desdicha era el odio de su rival y la infamia de su novio.

Obligada a considerarse víctima de enemigos encarnizados y de un implacable destino, acudieron a su imaginación ideas de venganza. Consideró la vida como una batalla en la que es preciso acorazarse de desprecio para no ser arrollado, y armarse de audacia para no ser vencido. Arrancó de su alma cuantos escrúpulos la habían entregado agarrotada y sin defensa a sus adversarios, y se juró arrollar en adelante todos los obstáculos para conseguir su objeto. Agriado el corazón y perturbada la mente, la noble, generosa y tierna Clara convirtióse en mujer interesada, implacablemente egoísta y resuelta a sacrificarlo todo por satisfacer su capricho. Pareció que el fuego del dolor había secado su corazón, y hasta su misma belleza se modificó, tomando en cierto modo un aspecto marmóreo y adquiriendo la fría majestad de las estatuas.

Pensando en su próximo cambio de situación, trazóse la línea de conducta que había de seguir invariablemente. Su indiferencia por el señor Derblay era profunda; ni le agradecía siquiera la ciega abnegación de que había dado pruebas. Como ignoraba las generosas intenciones del dueño de la fundición, atribuyó únicamente su condescendencia a la ambición de casarse con ella. Era natural que él consintiese en todo con tal de ser el esposo de mujer tan hermosa y entrar en tan noble familia. Hasta le

inspiró desdeñ la facilidad con que el señor Derblay se había prestado a la humillante comedia representada en presencia del duque, y la admirable generosidad de Felipe le pareció a Clara una bajeza, induciéndola a creer que encontraría en él un marido sumiso y fácil de conducir. Esto era precisamente lo que deseaba. Si el señor Derblay se mostraba dócil, se interesaría por él, y apoyándose en las influencias de que podía disponer, se encargaría de su porvenir, haciéndole llegar a gran altura. El rango y la importancia que adquiriese su marido compensarían su humilde nacimiento, y, en último caso, sería uno más en éste siglo de advenedizos.

Alarmada la baronesa por la terrible tranquilidad con que su prima se disponía a una unión que seguramente le repugnaba, procuró averiguar los secretos propósitos de la señorita de Beaulieu, haciéndole repetidas preguntas sobre diferentes cosas, y disimulando la gravedad del interrogatorio con el tono caprichoso y ligero que le era habitual. En vano se esforzó Clara en aparecer indiferente; la amargura asomaba a sus labios y dejó ver a la baronesa la llaga cruel que sangraba en el fondo de su alma. Al confiar a su amiga sus secretos tormentos, experimentó un gran alivio, y la baronesa llegó a conocer todos los sufrimientos de la orgullosa joven, admiró su valor y presintió sus resoluciones. Con la experiencia que tres años de matrimonio le habían proporcionado, comprendió toda la gravedad de la conducta de Clara, e intentó hacerle ver la realidad de las cosas, pero se estrelló contra una voluntad invencible.

Clara había promulgado para su uso una especie de pena del talión. Sufría por causa de otros y otros sufrían por la suya. Tanto peor si eran inocentes. ¿Acaso era ella culpable? Siendo la injusticia una regla de la Humanidad, no se cuidaría en adelante del derecho ni del deber; sacrificaría uno y otro a su capricho. Para ella, los seres convertíanse en medios de acción, y estaba decidida a mover hombres y mujeres como peones de ajedrez, a fin de pagar una triunfal partida. Su principal objeto era vengarse de Atenea y humillar al duque, y resolvió sacrificarlo todo a esta lamentable satisfacción. La primera víctima fue el apasionado y generoso Felipe, que quería devolver a la que adoraba la perturbada calma y la felicidad perdida.

La señora de Prefont no pudo menos de censurar severamente estas intenciones despóticas, esta cruel confusión de lo justo y de lo injusto, hecha con frialdad por Clara en provecho de su egoísmo, pareciéndole tan insensata que la atribuyó a la exageración de unos sentimientos que habrían de desaparecer con el tiempo.

Sin embargo, le dijo a su amiga que no era tan fácil como creía tiranizar a los seres racionales. Seguramente halagaría mucho al señor Derblay entrar en la familia de Beaulieu, y no era gran sacrificio, para obtener el ambicionado honor de casarse con Clara, el favor que Felipe había hecho a la joven permitiéndole anonadar a sus enemigos en el mismo momento en que éstos la creían humillada y vencida, un favor que la señorita de Beaulieu pagaba con su mano de esposa. Todo eso estaba bien, ¿pero qué porvenir reservaba a aquel hombre? ¿Cuál sería la actitud de Felipe cuando, al acercarse a su mujer con los brazos abiertos y frases cariñosas, la encontrase grave y fría? La señorita de Beaulieu atribuía a móviles de ambición la decisión de Felipe. ¿No podía también explicarse por amor? Es cierto que entra ahora en mucho la especulación en los conciertos matrimoniales y que se trata con preferencia del haber de la futura esposa, pero también lo es que a veces se encuentran maridos que

aman a sus mujeres. ¿Por qué no había de ser el señor Derblay uno de esos fenómenos?

Clara sólo había mirado un lado de la cuestión, y la baronesa se lo decía con insistencia. En el matrimonio, raras veces la mujer es soberana, siendo, por regla general, más inclinado el hombre a la dominación. Si el señor Derblay, que al parecer sabía muy bien lo que quería, determinaba oponerse a los proyectos de Clara, ¿qué resultaría del choque de estas dos voluntades? No se trataba de una coalición de breves horas, como la que se trama desde detrás de un abanico para dirigir una intriga de salón o rechazar alguna maquinación femenil. Se trataba de comprometer toda la vida, y no era posible despedir al aliado dándole a besar la punta de los dedos por única recompensa al prestado auxilio. Se trataba de un marido, es decir, de una persona a quien se ligaba indisolublemente, y convenía reflexionar antes de que el matrimonio se realizase, porque una vez basada no era posible deshacer lo hecho. El matrimonio no es una comedia cuyo desenlace llega a los cinco minutos. Podía convertirse en drama con suma facilidad, y habiendo todavía tiempo, quizá lo mejor fuese evitarlo. Estas razones no produjeron efecto alguno en la señorita de Beaulieu, dispuesta a arriesgarlo todo antes que modificar sus proyectos. Había querido que pareciese desairada al duque, y decidió casarse antes que él. Fijado ya el día de su casamiento, nada en el mundo la haría retroceder. Sin embargo, reconoció su imprudencia al permitir que la baronesa comprendiese sus propósitos, y se dijo que había que engañarla. Puso al efecto un semblante risueño y fingió compadecer al pobre Derblay, condenado a la triste suerte de casarse con una muchacha como ella, cuyo humor caprichoso y tiránico no estaba compensado con las ventajas que el casamiento le proporcionaba.

Cayó la baronesa en el lazo preparado por su amiga, creyendo que con el tiempo desaparecerían la profunda melancolía y la alarmante irritación de Clara. Sabía que el matrimonio tiene muchas sorpresas para una joven, y que la posesión dulcifica los caracteres más violentos. A solas con su esposo, la más recalcitrante tiene que rendirse a la razón, y un hombre que no sea tonto y esté muy enamorado puede modificar mucho las ideas de su mujer. En último caso, con el primer hijo la situación cambia por completo, convirtiéndose la tigresa en la más humilde oveja.

Estas reflexiones tranquilizaron a la baronesa, que no era mujer capaz de proseguir mucho tiempo en una misma idea; bastante había hecho con ser formal y discreta.

Volvió Felipe de su viaje, trayendo el anillo de boda: un admirable rubí de color rojo oscuro, rodeado de brillantes. Temblando, pidió el cándido enamorado permiso a la señorita de Beaulieu para ponérselo en el dedo. Clara miró con desdén la riquísima alhaja y alargó su blanca mano con orgullosa indiferencia al señor Derblay, sin decirle una palabra de agradecimiento. Aquel anillo era el símbolo de su compromiso, y le fue odioso. Al día siguiente, Felipe vio con gran dolor de su alma que no lo llevaba puesto, pero no se atrevió a decir nada. ¡Era tan tímido delante de ella! No obstante, su mirada fija en la mano de la señorita de Beaulieu fue tan elocuente que ella no pudo menos de decir: «Perdone usted, jamás llevo sortijas».

Estas palabras tranquilizaron a Felipe, que había creído ver en el abandono del anillo una manifiesta repulsión de Clara a cuanto de él procediera. Sabía a qué atenerse en cuanto a los sentimientos de la joven. Comprendió la crisis anunciada por Bachelin, y no ignoraba que fue aceptado por despecho, pero su pasión era tan grande, tan profunda su

ternura, que creyó seguro atraerse aquel extraviado corazón. ¿Qué mujer podía ser insensible a su cariño continuo, atento, delicado y sumiso? La señorita de Beaulieu, al ver fracasadas sus esperanzas, se había replegado dolorosamente en sí misma. ¿Era, sin embargo, posible que a los veinte años, en plena juventud, dejara de palpitar para siempre su corazón? ¿Podía creerse que no tuviera ya oídos para escuchar las excitaciones de la vida, ni ojos para ver la sonrisa de la esperanza? Perdidamente enamorado de Clara, no dudó Felipe de que se haría amar de ella. Poco a poco se reanimaría y volvería a latir para quien lo sacaba de su letargo. Salvando Felipe aquella alma, ¿no tendría algún derecho a ella? Al volver Clara a la vida, al abrir los ojos, al observar la diferencia entre el cariño perdido y el ganado, ¿no recompensaría a Felipe con una feliz existencia?

Así lo creía él durante sus horas de muda contemplación. Obligado desde los primeros años de su juventud a ocuparse de graves negocios, no tuvo tiempo de frecuentar la sociedad, y era extraordinariamente tímido, sobre todo con las mujeres. La señorita Beaulieu le hacía temblar y nunca se acercaba a ella sin que el corazón le palpitara con violencia. Bastaba a la fría y grave Clara dirigirle una mirada tranquila para desconcertarle. Subiendo la colina que conduce de Pont-Avesnes a Beaulieu, refería Felipe a Susana sus proyectos para el porvenir, indicándole las reformas que ideaba de la casa y diciéndole cuánto amaba a su futura. Escuchábale Susana y sonreía al verle tan animado y satisfecho, comprendiendo que aquello era repetir de memoria la lección como por vía de ensayo antes de presentarse a Clara. Cuando en busca de aprobación le decía su hermano: «¿No es verdad?», le contestaba maliciosamente :

—No es a mí a quien debes referir eso, Felipe, sino a ella. Ya sabes que para mí todo lo que dices es tan atinado y lo que haces tan oportuno, que siempre soy de tu opinión. No sé si la señorita de Beaulieu...

—Hoy mismo —argüía Felipe— voy a hablarle de eso... ¡Tengo tantas cosas que decirle!

Pero llegaba al palacio, veía a Clara y desaparecía su atrevimiento; balbuceaba para decir buenos días, y se sentaba en un rincón apesadumbrado por no poder abrir su corazón como un estuche para que la joven viese los misteriosos tesoros que contenía.

Llegó el frío con los primeros días de noviembre, y no siendo ya posible permanecer en la terraza, los habitantes del palacio y las visitas se recogían en el salón. En esta mayor intimidad, tuvo Felipe algunas ocasiones de hablar con gran acierto, y no de su pasión, porque jamás decía nada de sí mismo, sino de asuntos generales y hábilmente secundado por Octavio, y el barón pudo mostrar la rectitud de su juicio y la solidez de sus conocimientos. Sentada al lado de su madre, Clara bordaba sin apartar los ojos del bastidor. Por la puerta de la sala del billar llegaban al salón las carcajadas de Susana y del marqués, empeñados en una partida de juego. Eran los únicos que animaban aquel cuadro, y desde el primer día simpatizaron, divirtiéndose como dos niños.

Furiosa Atenea por el fracaso de su meditada combinación, volvió a París, llevándose consigo a su padre y al duque. Moulinet hizo antes una visita de despedida a la marquesa, quien le recibió con amabilidad porque, por habérselo rogado Clara, la señora de Beaulieu desarrugó el ceño, dulcificó su expresión y acogió al ex miembro del Tribunal de Comercio como correspondía tratándose del futuro suegro de un amado sobrino. Así, aquella madre, consintió en representar su papel en la comedia dispuesta por su ultrajada hija, viéndose obligados los Moulinet y el duque de

Bligny a creer lo que había dicho la señorita de Beaulieu y a desechar la idea de que la habían ofendido. Admiró al duque encontrarse tan inocente cuando se creía tan culpable, y a Atenea la fortaleza de su rival, viéndose derrotada cuando se creía vencedora, y se prometió terribles represalias.

El casamiento, que ella había proyectado celebrar con ostentación en la magnífica capilla del castillo de la Varenne, decidió realizarlo en París, pues comprendió que la burguesía parisiense convidada por su padre no acudiría de tan lejos para festejarla, y sospechó que las nobles familias de la comarca invitadas por el duque acaso tampoco se presentarían. Temió, pues, un desaire, por lo que no quiso exponerse, y se fue, prometiendo volver para el casamiento de su futura prima, de su «buena Clara», como afectaba llamarla.

Ese viaje alivió a Clara. Alejada su rival, le pareció que el aire que respiraba era más puro. Animóse su hermoso semblante y casi renació su alegría.

Felipe, que había hecho restaurar secretamente las habitaciones de su castillo, algo estropeadas por el tiempo, aprovechó ése momento de buen humor para proponer a la señora de Beaulieu visitar la futura residencia de su hija. Aceptóse la proposición, y al día siguiente los habitantes de Beaulieu bajaron a Pont-Avesnes.

La entrada del castillo produjo buena impresión. El gran patio con sus imponentes tilos, el estanque, y el mismo castillo rodeado de fosos llenos de árboles frutales, agradaron a Clara. El parque, con sus extensas y oscuras alamedas, ofrecía reposo y silencio, y la solemne tristeza de las grandes habitaciones le pareció a la joven que armonizaba con su propia melancolía. Aquel caserón sin horizonte, rodeado de corpulentos árboles, habría parecido a cualquier otra una tumba, pero a la señorita de Beaulieu, le gustó.

Al recorrer las habitaciones principales prorrumpía la señora Prefont en gritos de júbilo y sorpresa, y admiraba las ricas antigüedades que había reunido el padre de Felipe. Los muebles Luis XIV la entusiasmaron, y se quedó extasiada ante los grandes tapices de Beauvais que representaban las batallas de Alejandro. La afición a los objetos antiguos, tan común hoy, convierte en entendidas a las personas de buen gusto. La baronesa había recorrido muchas almonedas, y maravillaba oír la valorar las credencias talladas de la época de Enrique III y las antiguas porcelanas de Sajorna. Con particular habilidad daba un seco golpecito a los platos de loza artística para averiguar si estaban intactos. Iba de salón en salón con la vivacidad y charloteo de una cotorra, ensordeciendo a su tía, para quien era puro griego aquella fraseología de chamarilero. Únicamente Brígida comprendió el entusiasmo de la baronesa por el mobiliario que hacía tanto tiempo cuidaba con un esmero digno de los elogios prodigados por la joven.

Susana y Octavio ni siquiera entraron en el castillo. Recorrieron el parterre, y después, Susana fue a la cocina y volvió con un gran pedazo de pan, poniéndose ella y el marqués a echar migajas a las carpas del estanque. Media hora se estuvieron divirtiendo al ver los esfuerzos de los glotones animales para llevarse el trozo de pan que flotaba. En cuanto al barón, excitado por la vecindad de la forja, se dirigió en seguida a los talleres.

Mientras la baronesa inventariaba el mobiliario de Pont-Avesnes y Felipe hacía a la señora de Beaulieu los honores de la casa, se quedó Clara atrás, y por una puerta que daba a una escalinata salió al parque, oíase

algo lejos el martilleo sobre los yunques, y de los altos hornos se veía salir hacia el cielo una espesa humareda. El parque era espeso y misterioso. El ruido de la fundición y el silencio de la arboleda formaban un contraste que sedujo a Clara, quien avanzó por las alamedas bajo una bóveda de ramas que el viento otoñal había ya enrojecido, y paseando lentamente siguió con sus graves meditaciones. Aquel parque sombrío y desierto le pareció un sitio perfectamente escogido para encerrar en él su vida. Las ramas secas que crujían bajo sus pies habían caído de los árboles como las esperanzas de su corazón. Sus ilusiones desaparecían de igual manera que se esparcía la hojarasca. Como aquellos grandes troncos mudos y desolados, estaba ella inerte y fría, y siguió por la oscura alameda, alegrándole la tristeza del paisaje. De pronto, en una vuelta del camino, presentóse a sus ojos por una ancha abertura la campiña llena de sol, extendiendo a lo lejos sus fértiles praderas. Aquel cuadro que apareció de repente le produjo a Clara una violenta impresión, por lo identificada que estaba ya con la sombría naturaleza del parque. La alegría remplazaba en un momento a la tristeza, y a las alamedas lúgubres y negras los campos pródigos y llenos de vida. ¿Le sucedería a ella lo mismo? ¿Podrían de igual modo cambiar sus actuales sentimientos? La joven apartó la vista con ira del alegre paisaje, y volviendo a la soledad, a la tristeza y a la sombra, rechazó las promesas que le anunciaba el porvenir.

Cuando admirados y algo inquietos por su larga ausencia, la baronesa, Felipe y la señora de Beaulieu salieron en su busca, la vieron llegar despacio y silenciosa. Estaba tranquila y sonreía, y sólo sus ojos, húmedos todavía por las secretas lágrimas vertidas, atestiguaban la dolorosa lucha de su corazón.

Pudo al fin sustraerse el barón a sus queridas observaciones científicas; Susana y Octavio abandonaron la barca con que habían surcado el estanque, y la marquesa subió al carruaje, llevándose a Felipe y a su hermana a comer a Beaulieu.

Ocho días faltaban solamente para el momento tan deseado por el orgullo de Clara y el amor de Felipe, y a medida que se aproximaba la fecha del casamiento crecía la agitación nerviosa de la joven. Cuantos la vieron en aquella semana podían creer que esta unión la hacía feliz al ver con qué prisa deseaba que se verificase, como si temiera que a última hora surgiese algún obstáculo.

Sin cesar llegaban cajas a la estación del ferrocarril, llevadas inmediatamente al palacio, donde parecía que las campanillas tenían el baile de San Vito, y los criados, tan acostumbrados a la calma y al tranquilo servicio de provincias, corrían como demonios.

Al hacer el convite para la boda, la señorita de Beaulieu tomó determinaciones que asombraron a su familia. Declaró que deseaba que la ceremonia nupcial se celebrase a medianoche y sin pompa alguna en la pequeña iglesia de Pont-Avesnes, y que sólo la presenciaran las personas de la familia. La marquesa tocó el cielo con las manos y la baronesa cayó medio desfallecida en una butaca, permaneciendo diez minutos sin hablar; Octavio preguntó a su hermana secamente si se había vuelto loca, y únicamente Felipe no hizo el menor comentario.

Sin manifestar los motivos, insistió Clara en sus deseos contra la opinión de todos sus parientes. ¡Casarse a medianoche! ¡Era muy raro, aunque todavía estuviese de moda entre la aristocracia parisiense! ¡Una misa sencilla! Clara se consideraba quizá viuda del duque, y por tanto de luto. En rigor, se podía tolerar el matrimonio a medianoche, ¿pero no

convidar a nadie? ¿Hacer como a hurtadillas una cosa de tanta importancia? ¿Dar ocasión a que se creyera que la señorita de Beaulieu se avergonzaba de su marido? Además, aquella determinación podía ser de mal augurio.

Éste último argumento, expuesto por la baronesa, no tuvo más fuerza que los otros.

Obligado Felipe a emitir opinión, resolvió el asunto declarando que todo lo que deseara la señorita de Beaulieu le parecía excelente, y que por su parte no veía ningún obstáculo para que se realizara todo según su voluntad.

Puesto que el principal interesado no hacía objeciones, la oposición cesó. Muy contrariada la baronesa, porque se había hecho traer de París un magnífico traje para la ceremonia, dijo riendo que aquel matrimonio iba a ser como los que se celebraban en los dramas patibularios de la Puerta de San Martín, cuando el condenado a muerte era autorizado por real gracia, momentos antes de subir al cadalso, para casarse en el calabozo con la mujer que amaba.

El día antes de la boda verificóse la firma del contrato matrimonial. Obligado Bachelin a escoger entre sus dos clientes puesto que a la vez era notario del señor Derblay y de la señorita de Beaulieu, tomó por adjunto a uno de sus colegas de Besancon, y él representó a la noble familia de la que habían sido notarios sus antepasados durante siglos. El viejo practicón escamoteó la lectura del contrato con extraordinaria habilidad, pues aun escuchando Clara atentamente aquel laberinto de cláusulas leídas con rapidez y entre dientes, no hubiera podido enterarse de su verdadera situación. Continuó, pues, la joven ignorando su ruina, y al ofrecerle Bachelin la pluma, más trémulo y conmovido que ella, firmó el acta por la cual, sin saberlo, adquiría la mitad de la fortuna del señor Derblay.

Firmado el contrato, sintió Felipe que le quitaban un peso de encima, pero después confesó que no estuvo completamente tranquilo hasta que el alcalde le preguntó a la señorita de Beaulieu: «¿Consiente usted en tomar por marido al señor Felipe Derblay?» y Clara respondió con voz firme; «Sí».

CAPITULO X

Iba a dar la una de la madrugada cuando Susana, vestida de blanco, salió de la sacristía antes de terminar la ceremonia, y llegó como un torbellino a la morada de los recién casados, en cuyo salón pequeño, estaba Brígida de rodillas en la chimenea y dándole al fuelle para avivar el fuego cuyos resplandores iluminaban la plancha de hierro flordelisada del hogar. Al oír la puerta, volvió la cabeza la buena muchacha, y sin levantarse, con el fuelle en la mano, miró con una prolongada sonrisa a la señorita Derblay.

-¿Vuelve usted de la iglesia, señorita Susana? ¿Ha terminado el casamiento?

-Sí, ha terminado, y acabo de dejar a todo el mundo con nuestro buen cura para venir a echar la última ojeada. Ya tenemos nueva señora en la casa, y es preciso que esté satisfecha en ella.

-¿Cómo no ha de estarlo -exclamó Brígida- viviendo con nuestro Felipe? Además, si el pájaro es bonito, la jaula también lo es.

Y al decir esto, la criada miraba con admiración el magnífico y severo mueblaje de la época de Enrique III que adornaba la estancia, acariciando con la vista los grandes sillones de respaldo tallado, las mesas de torneados pies y la paredes cubiertas con viejo cuero de Córdoba, cuyo oro, oscurecido por el tiempo, brillaba discretamente en la sombra. Por una puerta entreabierta se veía el dormitorio, apenas alumbrado por un quinqué, cuya luz reflejaba en las tres lunas de un magnífico armario estilo XVI.

-¿Y allí está todo arreglado? -preguntó Susana, señalando el dormitorio.

-Todo; puedo asegurarlo porque yo misma he cuidado de ello. La boda ha trastornado a nuestros criados, y no se puede con esos holgazanes.

Acercándose después a la joven con maliciosos ojos, añadió:

-Cuando una piensa, señorita, que dentro de uno o dos años le llegará a usted el turno de revolver la casa...

Susana se sonrojó y volvió la cabeza algo turbada.

-No se trata de mí, afortunadamente, Brígida.

-¿Afortunadamente? Sí, sí... ¿Pues quién es ése gentil caballero que la llevaba del brazo al partir y que parecía tan atento con usted?

-El señor Octavio de Beaulieu -contestó la joven, dando, para disimular, una vuelta alrededor del salón, como si pasase la última revista-, el hermano de la señorita Clara.

-¿Sí, verdad? -dijo riendo Brígida-; pues me parece muy aficionado a oler la flor de azahar.

-Vaya, vaya, no sabes lo que dices -repuso Susana, roja hasta la raíz de los cabellos.

El ruido de varios carruajes rodando por la arena del patio interrumpió oportunamente la charla de Brígida, y Susana salió precipitadamente al balcón. Las luces de los coches iluminaban la verde sombra de los árboles.

-Aquí están todos.

Y, abriendo la puerta, Susana pasó al salón en el momento en que la baronesa encapuchada y vestida como para una expedición al Polo Norte entraba, seguida de Octavio y del barón y decía:

-No hay que molestarse. Somos nosotros. Aquí hay fuego» ¡qué felicidad! Estoy hecha un témpano.

Y arrastrando una butaca se instaló frente a la chimenea, levantándose el vestido y acercando a la lumbre sus menudos pies calzados con zapatos de satén negro. Exhaló en seguida un suspiro, se desabrochó su abrigo de pieles, y dijo:

—¡Ah! esto ya es otra cosa.

Seguían llegando coches sin interrupción, conduciendo a los demás parientes de la señorita de Beaulieu, a los testigos del señor Derblay y a algunos amigos íntimos a quienes había sido indispensable convidar. El señor Moulinet, Atenea y el duque habían asistido a la ceremonia. La famosa berlina de gala y las libreas de calzón corto sirvieron en esta ocasión. Desgraciadamente, la oscuridad era mucha, y el esplendor de éste brillante tren no produjo el efecto apetecido. Moulinet había dado cien francos para que luciese la luna, pero el astro de la noche era insobornable y no se presentó.

Por lo demás, la desilusión de Moulinet no pudo ser mayor. Llegado de París para asistir a un matrimonio aristocrático, encontróse con la ceremonia más burguesa. Cuando esperaba ver representadas en la boda a las familias más nobles, veía en el salón únicamente al notario que le había vendido la posesión de la Varenne y a los parientes y testigos de los recién casados. Aquello era una irrisión.

Hubo un momento, sin embargo, en que Moulinet, verdaderamente conmovido, comprendió que la ceremonia tomaba grandiosas proporciones, y ése momento fue cuando al ir desde Beaulieu a la iglesia, tuvieron que atravesar los coches por entre la compacta multitud de los trabajadores del señor Derblay, silenciosamente agrupados en la plaza. Aquellas buenas gentes no habían sido convidadas a la misa, pero quisieron estar en la puerta del templo para cuando pasara su querido patrón, a fin de saludar a su joven esposa, y muy endomingados esperaban allí la comitiva. En la oscuridad de la noche, aquella masa de mil quinientas a dos mil personas hablando en voz baja parecía inmensa, y cuando al paso de los coches todas las cabezas se descubrieron, sufrió Moulinet una violenta emoción. Quiso sonreír y saludar como había visto hacerlo muchas veces a personajes oficiales en tales casos, pero no se lo permitió su turbación, y sintiendo como un nudo en la garganta, se echó a reír sin saber por qué, y anonadado ante una mirada irridadísima de Atenea, bajó del carruaje con afectada dignidad, irguiendo la cabeza y estirándose los pliegues de su pantalón gris perla, un poco arrugado. La iglesia le pareció estrecha y sucia. Sentóse en uno de los bancos de madera que había en el coro, y dirigió a la concurrencia miradas de hombre dominante. Apenas ardían veinte velas en el altar mayor, y el buen cura se había puesto los mismos ornamentos sacerdotales que le sirvieron ocho días antes para casar a la hija del ebanista. Tenía Moulinet el viejo lastre volteriano de antiguo suscriptor de El Siglo. Sintióse con humor burlón, e inclinándose hacia el duque, quiso entablar conversación, pero éste le miró de un modo tan raro que el padre de Atenea creyó oportuno no insistir, dedicando su atención a la ceremonia, que continuaba tan sencilla como si fuese la de un pobre. Únicamente el órgano, tocado por hábiles manos, acompañó con sus cantos las palabras del sacerdote, y bajo aquellas bóvedas frías y desnudas, las notas graves del instrumento resonaron con honda melancolía.

Pálido y con el ceño fruncido, el duque parecía gravemente absorto. Aquel canto le hacía daño, y de pronto acudió a su memoria la ceremonia del funeral de su madre en la iglesia de San Germán de los Prados, oyendo los lamentos del órgano y viendo la misma oscuridad salpicada de puntos

brillantes por las llamas de las velas. Igual era el olor de la cera y del incienso. Tenía entonces a su lado a su tía, que lloraba mirándole, y a Clara y a Octavio, vestidos como él de luto, que le estrechaban tiernamente las manos; ahora estaba solo, separado para siempre de las queridas personas que entonces le rodearon y consolaron y fueron para él tan buenas. Voluntariamente había roto los lazos que a ellas le unían. Clara, a quien adoró, era ya esposa de otro, y él, en cambio, iba a ser el esposo de una persona extraña e instrumento de sus odiosos proyectos. Una inmensa tristeza se apoderó de su alma, y deploró amargamente su debilidad. Pagaba con la más negra ingratitud la deuda contraída con los que le recogieron y amaron cuando quedó huérfano. ¿Pero acaso no le alcanzaba el castigo? Al abandonar a Clara, ¿no renunciaba a su felicidad?

Comparó entonces la conducta de Felipe con la suya, y tuvo que reconocer que éste se había mostrado tan adicto y generoso como él ingrato y egoísta. Felipe podía casarse con la mujer que amaba, aunque ella no tuviese fortuna porque él trabajaba. Sintió el duque amargamente su inutilidad, comprendiendo que era en el mundo un valor negativo, un cero que para tener alguna significación necesitaba un número a la izquierda. Para poder sacar algún partido de sí mismo, era preciso que un rico burgués se diese tono con su aristocrático rango. Pero por sí mismo, ¿qué podía hacer? Nada. Era un hombre de lujo, que se adquiere como se compra un hermoso caballo de paseo.

Estas reflexiones, nuevas para él, le inspiraron profundo horror hacia Moulinet, de quien se consideró esclavo, y resolvió sublevarse contra su poder y dominarle. Al mismo tiempo se presentó Atenea tal como era en realidad: una muchacha de la clase media sin amplitud de ideas, sin grandeza de carácter, envidiosa y malévola, arrodillada en el reclinatorio, con un vestido demasiado lujoso para una doncella, bostezando distraída con aburrido semblante. Sus ojos se dirigieron después hacia Clara, que, inclinada bajo los blancos velos, parecía preocuparse sólo de su oración. En el movimiento de sus hombros, el duque adivinó que lloraba.

Al lado de ella, en pie, inmóvil y con rostro severo, estaba Felipe. ¿Era aquel hombre el que ella amaba, el que había preferido al duque? En aquel momento adivinó Bligny la verdadera significación de los actos de la señorita de Beaulieu. La situación, oscura para él desde quince días antes, se aclaró de repente, comprendiendo el papel que representaba el dueño de la fundición. Al ver a Clara, tan bella en medio de su dolor, acudió a su mente una idea que le produjo una furtiva sonrisa. El Bligny sincero y cariñoso durante dos semanas, desapareció para siempre, remplazándole el escéptico, frío y libertino Bligny producto de la corrupción rusa.

Se prometió una viva venganza contra Derblay, principal instrumento de su humillación. ¿Era posible sufrir que ése ferrón poseyese definitivamente una mujer tan encantadora como Clara? No tardaría en demostrar cuál era la verdad. «Clara llora —se dijo—; luego detesta a ése hombre y todavía me ama.»

Recobró su perdida seguridad. Hasta entonces había estado triste y aburrido, pero sintiéndose en buen terreno, tomó la actitud orgullosa y despreocupada de un gran señor seguro de su superioridad.

Al volverse hacia él la baronesa al terminar la misa, le dirigió una mirada irónica, que la joven recogió frunciendo el ceño, con la instintiva hostilidad de perro de guarda que olfatea al sujeto mal

intencionado. Cuando al terminar la misa pasaron todos a la estrecha y pobre sacristía, y la desposada, levantando el velo, presentó su semblante a amigos y parientes, en vano buscó el duque en el rostro de Clara la huella de las lágrimas que la había visto derramar en silencio, El fuego de su orgullo las había secado, y tranquila y risueña hablaba con una serenidad que amargó al duque, deseoso de verla abatida. Pensó que la orgullosa joven se defendería contra él y que habría lucha, pero se prometió combatir, seguro de que triunfaría.

Al salir a la lujosa berlina con su futuro suegro y Atenea, tuvo que soportar la serie de observaciones que no le pudo hacer Moulinet durante la ceremonia. El ex miembro del Tribunal de Comercio no comprendía que se celebrasen casamientos de aquel modo, a medianoche y en una iglesia sepulcral, donde él trío caía sobre las espaldas como un manto de plomo. Dentro de tres semanas conduciría a su hija al altar, y verían entonces o que, en su concepto, era una boda. La misa se verificaría en la Magdalena, y ya había encargado que la ceremonia se realizase con el lujo más costoso. El coro estaría iluminado, la iglesia llena de flores y de arbolillos y habría música, coros y solos.

—Soli —interrumpió el duque en italiano, aburrido a de aquellos propósitos de esplendor...

—Solos o soli... —replicó Moulinet sin dar gran importancia a la exactitud de los términos—; cantos ejecutados por artistas de la ópera, Faure y los mejores que haya... Costará lo menos quince mil francos, ¿pero qué importa? Moulinet no casa todos los días una hija, y conviene que se hable de la fiesta durante tiempo.

—Por poco que se hable, señor mío, se hablará demasiado —interrumpió el duque en tono tan punzante como la punta de un cuchillo.

—Pero, yerno... —murmuró Moulinet, ofendido.

—Pero, señor... —interrumpió de nuevo el duque—. En primer lugar, aún no soy su yerno, y le agradeceré mucho que no vuelva a usar delante de mí ése vulgar y ordinarísimo apelativo. Llegamos ya a casa del señor Derblay, y le ruego que, en atención a todos, hable lo menos posible. Se detuvo el coche, bajó despacio el joven y ofreció su mano a la señorita Moulinet para ayudarla a poner el pie en tierra, y el ex miembro del Tribunal de Comercio, muy contrariado, se preguntaba con inquietud si el duque le tomaba por un bestia.

Arrellanada la marquesa en una amplia butaca en el gran salón de Pont-Avesnes, escuchaba lo que Bachelin le decía en voz baja. Aquella misma mañana había rogado la señora de Beaulieu al notario que pidiera permiso a Felipe para decirle a Clara la verdadera situación de su fortuna. Hecho el casamiento, la marquesa creyó justo que supiese la joven su ruina y el cariñoso desinterés de su marido, quien de esta suerte recibiría la merecida recompensa por su delicadeza.

Deseando Felipe evitar un motivo de pena a Clara, negó su permiso. No quería que Clara, al poner los pies en su casa, pudiese creer que entraba en cierto modo humillada. ¿Para qué amargar aquella alma delicada y sensible? ¿Para satisfacer su amor propio? Juzgó indigno de él apelar a tales medios para conquistar el cariño de la señorita Beaulieu. Quería algo más que su agradecimiento. Aspiraba a su amor.

—Mi querido Bachelin haré lo que el señor Derblay desea —respondió la marquesa—, pero no sé si en su caso me portaría yo con tan refinada delicadeza. Confieso que en todas las circunstancias me admira ése joven: tiene una nobleza de miras y una elevación de carácter sorprendente. Es de seguro un hombre extraordinario.

—Ya tuve el honor de decírselo a usted, según recordará, señora marquesa, cuando por primera vez le hablé de él —respondió Bachelin—. Es un perfecto caballero.

—Sí, sí; hemos hecho una buena elección —añadió la marquesa—, y a usted debemos éste feliz resultado. Espero que mi hija sabrá, como nosotros, estimar a su marido... ¡Qué pálida está, Bachelin!

Volvió el notario la cabeza, y vio a Clara, con su corona de azahar, con el semblante tan blanco como el de una muerta, pareciéndole Julieta al levantarse de su lecho de mármol despertada por la voz de su adorado Romeo. Aproximóse a ella el duque, e inclinándose con melancólica sonrisa, le dijo:

—Nos vamos, Clara, y antes deseo hablar contigo. Tengo el alma triste y dolorida, y con una palabra tuya Miedo recobrar la tranquilidad. Sé buena y dime que me perdonas.

Clara levantó orgullosa la frente, y dirigiendo al duque una mirada de triunfo, respondió con voz tranquila:

—Todo lo he olvidado. Amo a mi marido. Adiós, duque.

Bligny se estremeció, y devolviendo bravata por bravata, dijo:

—Me alegraré de que lo que dices sea sincero —y añadió en tono casi amenazador—: Hasta la vista, Clara.

—¿Se va usted ya, duque? —le preguntó el barón, deteniéndole.

—Sí —respondió el duque, con frialdad—; nada tengo que hacer aquí. Ahora le toca al marido.

—¿Sí, eh? No le veo a usted muy satisfecho. Parece que siente ver casada a Clara.

Con irónica mirada indicó el duque a la señorita de Beaulieu, que apenas podía tenerse en pie.

—¿Sentirlo? ¿Soy yo quien lo siente?

—Me parece, querido, algo vanidosa la respuesta y un poco ridícula, pero puesto que se cree usted tan vencedor, hágame el favor de mirar al señor Derblay y dígame si tiene la facha del marido a quien se le roba la mujer.

Miró el duque a Felipe, que en un rincón de la sala se le veía con su notable presencia. Su rostro, curtido por la intemperie, respiraba energía, y la cólera de un hombre como él debía de ser terrible.

—Bah, bah... —dijo el duque con su habitual ligereza—. Desde Vulcano, los herreros tienen mala suerte en estos asuntos.

—Pues —respondió el barón con gravedad— créame usted: guárdese de un martillazo.

Bligny se encogió de hombros con menosprecio, y acercándose a Moulinet, le dijo:

—Cuando usted quiera nos iremos.

—No seré yo quien le detenga —murmuró el padre de Atenea—. ¡Qué recepción, querido duque! Ni siquiera se nos ha ofrecido un vaso de agua. Entre nosotros los burgueses, a esto se le llama una boda seca. Ya verá usted cómo hago yo las cosas... He de dar dos comidas y un baile que causen sensación, y cuando los convidados salgan de mi casa no irán con el estómago en los talones.

Moulinet podía continuar impunemente enumerando sus proyectados esplendores, porque el duque no le oía. Miraba a Atenea, que al despedirse de Clara le cogía las manos y se entregaba a ruidosas demostraciones de ternura.

—Éste verano seremos vecinas —decía—, puesto que la Varenne sólo dista una legua, pero qué falta me vas a hacer durante el invierno... Sin ti,

París me parecerá desierto. ¿Te encerrará sin remisión el señor Derblay en Pont-Avesnes? Ya sé que aquí nada puedes desear, porque amas y eres amada... Prométeme que te acordarás de mí en tus alegrías y en tus tristezas, si las Tienes. Sabes muy bien que tomaré parte en unas y en otras.

Clara oyó impasible sus pérfidas y crueles palabras, luciéndole:

—Puedes estar segura de que aprecio tu amistad en su justo valor, pero ya sabes que la dicha no busca confidentes; seré feliz sin decirlo.

Con la rabia en el corazón, y desesperada al no poder domar a su intrépida enemiga, quiso al menos no evitarle ninguna vejación.

—¿Quieres besarme?

—Con mucho gusto —respondió sin titubear Clara.

Y sus labios ardientes y suaves se posaron en la frente de Atenea.

Pero la joven esposa había agotado ya sus fuerzas, y cogiéndose vivamente del brazo de la baronesa, que estaba cerca de ella, se la llevó fuera del salón, diciéndole:

—Salgamos; me ahogo.

Alarmada, la marquesa, siguió a su hija, e instantáneamente se descompuso el rostro de Clara; hundiéronse sus ojos en las órbitas, se le contrajo la boca y pareció que iba a desfallecer, pero la energía de su alma dominó una vez más su cuerpo, y mirando con ternura a su madre, que se inclinaba ansiosa hacia ella, dijo:,

—No es nada; un poco de fatiga y de emoción... pero ya me siento mejor.

Sin embargo, se advertía su estado febril en el color de sus mejillas y en el brillo de sus ojos. La marquesa, a quien su hija había ocultado cuidadosamente los tormentos que la agitaban, tuvo entonces la vaga sospecha de que Clara la engañaba. Aquella unión que tanto la satisfacía, ¿proporcionaría a su hija la merecida dicha? ¿Había aceptado el compromiso con ánimo tranquilo y consolado corazón? En un segundo, la excelente señora reflexionó más que en los últimos quince días, imaginando multitud de preguntas a las que no se pudo contestar.

Acostumbrada a soportar la voluntad de los demás, habiendo tenido que conformarse con las infidelidades de su marido, resignada al cariñoso despotismo de su hija, sufriéndolo todo, nunca la inquietó su responsabilidad. Era una de esas personas sin carácter que se acomodan a todas las situaciones y no comprenden que se trate de modificar su destino. Dejó a Clara hacer lo que quiso, pero en aquella hora solemne se preguntó si al dejarla había obrado con prudencia. Muy turbada, buscó en los ojos de su hija una respuesta afirmativa, y cogiéndola en sus brazos, le dijo:

—Eres feliz, hija mía, ¿no es verdad? Sabes que mi papel de madre ha terminado... Vas a ser dueña de tu vida... Dime si he hecho lo que de mí dependía para que seas feliz.

Clara vio en los ojos de su madre la angustia que sufría, y haciendo un último esfuerzo para engañarla, contestó, abrazándola tiernamente:

—Sí, querida mamá, me has hecho feliz. No tengo dudas ni preocupación alguna.

Al oír esta respuesta la marquesa prorrumpió en llanto, y añadió su hija con voz ahogada:

—Vete; es preciso separarnos... Vete. Hasta mañana.

Tranquilizada, la señora de Beaulieu por la aparente calma de su hija, recobró la serenidad y volvió al salón sin la menor inquietud.

En aquel momento salía Susana con Brígida de la habitación de la señora Derblay. Desconfiando un poco de la habilidad de su fiel jurasiana, había

querido acompañarla para suplir cualquier olvido en el servicio. La tierna niña, ligera como un pájaro, daba vueltas por la estancia, preocupándose de los menores detalles y velando por todo. Clara la había mirado silenciosa y descontenta, sospechando irritada que encontraba en la hermana de su marido una vigilante continua, cuyos ojos, excitados por el cariño fraternal, advertirían todos sus sobresaltos, todos sus desfallecimientos. Miró a Susana como a una espía natural, y empezó a odiarla. Entretanto, la joven habíale quitado a Clara el velo y la corona, y con delicadeza los removía entre sus dedos, ahuecando los pliegues del tul, enderezando las flores, visiblemente atormentadas por un secreto deseo que no se atrevía a descubrir.

Por fin se acercó a la señora Derblay y le dijo ruborizada :

-Hermana mía, creen en esta comarca que la flor cogida de la corona de una recién casada a quien se ama, proporciona la dicha. Yo la amo a usted tiernamente. ¿Me permite que tome una de estas flores?

Miró Clara con frialdad a la joven, y haciendo un brusco movimiento, se arrancó la guirnalda que adornaba su vestido y la arrojó a sus pies, diciendo:

-Si estas flores proporcionan la dicha, no me son útiles. Ahí las tiene usted, quédeselas todas.

Susana retrocedió extrañada; el ramo que tenía en la mano cayó a sus pies, y mirando a Clara con los ojos llenos de lágrimas, le dijo dulcemente:

-Parece que no le importan a usted esas flores. Sin embargo, es mi hermano quien se las ha dado.

La queja de aquella niña turbó a Clara, que quiso remediar lo hecho, pero su arrebatado carácter se lo impidió, y retiró la mano que había alargado a Susana sin estrechar la de la niña.

-Déjela usted, hija mía -dijo al mismo tiempo la baronesa a la señorita Derblay-. Necesita calma. No se disguste usted y recoja el ramo. Le servirá de modelo para dentro de poco tiempo.

Y con semblante risueño acompañó a Susana tranquila y confiada hasta la puerta del salón. Volviendo después hacia Clara, y sumida en dolorosas reflexiones, le dijo:

-¿En qué estás pensando, querida? Maltratas a esa pobre niña sin motivo alguno. ¿Conseguirás dominar tus nervios? Francamente te digo -añadió, bromeando -que si te llevaran al suplicio al son de la marcha fúnebre del quinto acto de la Hebreá, no tendrías un aspecto más lastimoso.

Dirigió Clara a su amiga una mirada tan llena de censuras, que ésta se puso inmediatamente seria, diciéndole:

-Vamos, dime lo que ocurre.

Levantóse Clara, dando algunos pasos sin dirección, y acercándose al fin a la baronesa, le cogió angustiada las manos y le dijo:

-¿No ves cuánto sufro? ¿No comprendes que me vuelvo loca? Dentro de un instante saldréis de aquí todos los que me queréis, y me quedaré sola en éste caserón para mí desconocido. ¿A quién acogerme, entonces? Cuanto se relaciona con mi pasado muere ahora, y todo lo que se enlazaba con mi porvenir, ha desaparecido.

-Te afliges como si estuvieras verdaderamente abandonada. ¿Acaso no cuentas con el constante amor de tus parientes? ¿Acaso no adquieres otros nuevos y sinceros afectos? Tienes a tu marido, te adora y debe inspirarte confianza.

Al pronunciar la frase «tu marido», la baronesa notó que Clara se estremecía.

-¡Si supieras lo que me pasa...! Éste casamiento, que por arrebató de mi orgullo he querido hacer, a pesar de todo, ahora que está hecho, me horroriza. Quisiera huir del hombre que es mi marido. No me dejes, quédate aquí; no se atreverá a venir mientras estés conmigo. Ése hombre... ése hombre que es el primero a quien temo... ¡Cómo le odio!

-¡Dios mío, me espantas! -exclamó la baronesa, verdaderamente asustada-. Quizá no se ha ido todavía tu madre. ¿Quieres que la llame?

-No -respondió rápidamente Clara-. Que nada sepa. Ya has visto cómo me he contenido en su presencia. Preciso es que ignore mis temores y mi desesperación, pobre madre querida. Por lo mucho que me adora, por debilidad, me ha animado y ayudado a realizar éste casamiento. Si ella supiera... ¡Oh, no! Basta con que yo sufra. Lo que se ha hecho lo he querido yo, y sólo yo debo sufrir el castigo. Mis abatimientos no tienen excusa y son indignos de mí. Tranquilízate, no se repetirán.

Y mostrando a la baronesa, que la observaba inquieta por la aspereza de su voz y la violencia de sus palabras, un rostro impenetrable, añadió:

-Ve a unirte con tu marido y no te alarmes ni te preocupes. Abrázame, y al atravesar el umbral de esa puerta, olvida lo que te he dicho. ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo -dijo la baronesa-. Hasta mañana.

Y ahogando un suspiro, mirando por última vez a su amiga, al salir murmuró la señora de Prefont:

-Pobre Clara...

CAPITULO XI

Sola en la gran habitación, miró Clara vagamente aquella severa y silenciosa estancia. Las lámparas iluminaban débilmente los antiguos tapices que cubrían las paredes, representando la admirable serie de los amores de Reinaldo y Armida. Bajo una tienda de púrpura y oro y acostado el caballero a los pies de la encantadora, sonreía, levantando con débil mano una cincelada copa. Poco más allá, los dos caballeros libertadores atravesaban la selva encantada, apartando con la ayuda del mágico escudo los monstruos que querían impedirles el paso, y en la batalla contra las tropas del sultán, junto a los muros de Jerusalén, Armida, de pie en su carro arrastrado por unicornios blancos, lanzaba con rabia contra Reinaldo, cubierto de sangre de infieles, las temibles saetas de su carcaj. Un maravilloso cofre del Renacimiento, de ébano incrustado con mármoles policromos, daba frente a una hermosa cama de columnas de peral tallado, con cortinajes de terciopelo genovés de color de maíz con grandes ramos de flores. Un admirable mueble con cajones, estilo Luis XIII, de madera negra y con adornos de cobre, remplazaba la ridícula cómoda, y una soberbia luna con marco de bronce formando finísimas hojas reflejaba los mortecinos resplandores del fuego que se apagaba en la alta chimenea, sobre la cual había un valioso lienzo de la escuela española representando una infanta envuelta en rígido vestido, con la barba apoyada en la gola de encaje y oliendo una rosa con melancólica sonrisa. Una lámpara flamenca, colgando del artesonado techo, completaba éste sencillo y rico mobiliario.

Indiferente Clara a cuanto la rodeaba, continuó meditando. Mientras la espoleó el ardiente deseo de humillar a su rival, se había formado ilusiones acerca de la situación en que iba a encontrarse, y no pensó en lo que sucedería una vez realizado el matrimonio. Ávida de ejecutar el acto que a los ojos del mundo la vengaba de la injuria con que la humilló el duque de Bligny, aceleró febrilmente la ceremonia, y ahora se encontraba frente a la brutal realidad. Aquella estancia que debía habitar con su esposo, aquel lecho que debía compartir con un hombre a quien apenas conocía, le revelaron la realidad matrimonial en que no había pensado.

Estas ideas sublevaron su pudor, y le horrorizó Felipe, y se horrorizó ella, juzgando aquella unión una gran insensatez y viéndose indigna por haberla aceptado. Las ideas giraban desesperadamente en su cerebro. Dirigióse al balcón y lo abrió, calmándola un poco el fresco de la noche. Rasgando los celajes, la luna iluminaba los corpulentos árboles del parque, y su disco se reflejaba en las aguas del estanque. El silencio era completo. Clara se preguntó si no valdría más desaparecer para siempre en aquella tranquilidad pura y profunda, antes que luchar contra las vergonzosas y repugnantes contrariedades de la vida. Durante un momento pensó ir hasta aquellas aguas, y con la inmaculada virginidad de su único amor, sepultarse en ellas como la pálida desposada de Hamlet. Pero el temor a la opinión pública, la preocupación de «el qué dirán», que había tenido tan funesta influencia en todas sus resoluciones, la apartó del desesperado intento. Le hizo sonreír amargamente la idea de que Atenea pudiera decir que se había suicidado por amor al duque, y rechazó el ruido que aquel fin novelesco levantaría entre sus amistades. Finalmente, no quiso afligir a sus parientes causándoles el horror casi

degradante de un suicidio. Miró por última vez a las luminosas y dormidas aguas, y cerrando el balcón fue a sentarse junto a la chimenea. Comprendió perfectamente que ya no se pertenecía, que tenía el deber de vivir, y vivir ligada a un hombre que iba a llegar, revestido de perfectos derechos, y que podía decirle «yo quiero», a ella, hasta entonces, libre y siempre obedecida.

Sintió, a la vez, ira y miedo. Su orgullo protestó contra la sujeción que se le imponía, y no quiso someterse, preguntándose de qué medios se valdría para que su marido le devolviese la libertad. Llegó a soñar una especie de situación matrimonial en que cada uno fuera dueño de su destino. Poco le importaba que Felipe le fuera o no fiel con tal que continuara siendo respetuoso y sumiso. Podía hacer lo que quisiera siempre que la dejara ser dueña de sí misma. ¿Sería muy difícil obtener del dueño de la fundición, un ambicioso sin duda, esta conformidad a los deseos de una mujer que e llevaba un prestigio considerable y el beneficio de explotar grandes influencias de familia? Comprendía que la amaba, pero no quería tener en cuenta ése sentimiento. Con el despotismo de mujer acostumbrada a que todo el mundo obedeciese sus caprichos, hizo caso miso de un amor que la estorbaba, y resolvió tener a raya a Felipe si se mostraba exigente. Era enérgica y orgullosa, capaz de discutir y de luchar. Ni un instante dudó de que podría vencer las más serias resistencias, y con su implacable egoísmo, ni siquiera un momento pensó en lo que pudiera herir el corazón de aquel hombre que la adoraba.

Un ruido de pasos en la inmediata habitación la estremeció y la sangre le subió al rostro. Incapaz de estar quieta, se levantó y se apoyó temblando en la repisa de la chimenea, diciéndose: «Es él».

Después de hacer los honores de la casa a sus parientes y amigos, y de verles irse uno tras otro, Felipe quedó solo. Casi maquinalmente se dirigió a su dormitorio de soltero. El que debía ocupar con su mujer era el que fue de su padre. Con deliciosa turbación imaginó que allí cerca, separada sólo por algunas puertas, más conmovida quizá que él, le esperaba la mujer amada. La frecuente ilusión de que llegaría el momento en que podría estrechar en sus brazos aquella adorada joven, le había estremecido, y le extrañaba ahora su entorpecimiento. Ningún deseo le impulsaba; estaba preocupado y emocionado. Reforzaba en aquel momento su amor a Clara una especie de protector cariño, y se consideraba llamado a proteger aquel débil corazón. Sintióse dominado por el mismo afecto que profesaba a su hermana cuando era niña, y dio gracias a la providencia por haberle concedido un tesoro tan ardientemente deseado, prometiéndole ser digno del favor que le había dispensado, asegurando la felicidad de Clara.

Sorprendido de encontrarse en su habitación, sentado en un sillón y absorto en sus meditaciones, media hora después de la partida de los últimos convidados sonrió y se consideró un poco tonto. Se levantó y pasó al cuarto de vestir. El espejo del armario reflejó su imagen, y viéndose vestido con el traje de boda, creyó que sería soberanamente ridículo presentarse a su mujer con frac y corbata blanca. Se puso un traje corriente, de un azul oscuro, y con el corazón palpitante, dominado por una inexplicable emoción, se dirigió a la habitación de Clara. Después de atravesar el salón pequeño, llamó con la punta de los dedos a la puerta, sin recibir respuesta. Creyó haber anunciado suficientemente su llegada, y entró.

Clara, vestida aún con su traje blanco, estaba de pie, muda y grave, apoyada en la chimenea. Ni siquiera le miró; únicamente bajó un poco la

cabeza, y Felipe vio la trenza de sus rubios cabellos brillar sobre la blanca nuca. Adelantóse despacio, y hablando con dificultad, dijo:

—¿Me permite usted acercarme? Clara hizo con la mano señal de asentimiento. Aprovechando la autorización, Felipe se deslizó hasta la butaca, y se sentó casi a los pies de la joven, mirándola atentamente. Le extrañó que tuviera las facciones crispadas y duras, pues aunque esa expresión airada y amenazadora no le era desconocida, sólo la había visto cuando ella se encontraba en presencia del duque. Le alarmó, pues, ver a Clara retraída y al parecer dispuesta a la lucha, y aunque no podía adivinar los proyectos de la joven, presintió una resistencia. Quiso penetrar, por fin, en aquel corazón tan obstinadamente cerrado, descubrir el enigma y su abatido espíritu se tranquilizó en seguida.

Éste cambio en el ánimo de Felipe era alarmante para Clara. Con facilidad hubiera triunfado de un marido turbado e indeciso, pero al ocasionar con su actitud que Felipe se pusiera en guardia, le devolvió su perspicacia para adivinar y su energía para combatir.

—Estamos solos por primera vez —dijo Felipe, en voz baja—, y tengo para usted muchas cosas en el corazón. Hasta ahora no me he atrevido a hablar. Habría expresado mal mis ideas. He pasado mi vida trabajando, y le suplico que sea indulgente conmigo. Lo que siento, créalo usted, vale mucho más que lo que digo. Con frecuencia me ha visto usted acercarme, balbucear algunas palabras y guardar silencio. Tenía miedo de parecerle demasiado atrevido o demasiado tímido; el temor me paralizaba. Me limitaba entonces a escucharla y su dulce voz encantaba mi oído. Dominado por mi deseo de contemplarla, todo lo olvidaba al seguirla con la vista cuando iba a la terraza envuelta en un rayo de sol. Ha penetrado usted profundamente en mí ser, y la adoro; es usted mi único pensamiento, mi esperanza, mi vida. Juzgue, pues, cuál será mi embriaguez al verla a mi lado... y mía.

Cogiendo al mismo tiempo una mano de Clara entre las suyas, la acercó con pasión a su abrasada frente. Ella hizo un movimiento y retiró la mano.

—Por favor, caballero... —murmuró, con desaliento.

Felipe levantó vivamente la cabeza, y mirando a Clara extrañado, dijo:

—¿Qué tiene usted? ¿Soy tan desdichado que le desagradan mis palabras?

—No me las diga en éste momento, se lo ruego —respondió Clara, con dulzura—. Bien lo ve usted: estoy muy turbada.

El dulce acento de la joven conmovió a Felipe, quien, moviendo tristemente la cabeza, dijo:

—Sí, es verdad. Está usted pálida y temblorosa. ¿Soy yo la causa?

Apartó Clara los ojos para ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas, y con voz trémula, contestó:

—Sí.

—Tranquilícese, se lo suplico —repuso Felipe—. ¿No sabe que mi único deseo es no desagradarle? ¿Qué debo hacer? Exija usted. Todo me será fácil ;La amo tanto!

La joven se estremeció de alegría. Un rayo de esperanza brilló en la oscuridad en que luchaba. Las apasionadas frases de su marido le hicieron comprender el poder sin límites que sobre él ejercía, y resolvió abusar de él sin compasión. Se volvió coqueta, y mirando por primera vez al dueño de la fundición sonriendo, le dijo:

—Si usted me ama, entonces...

No acabó la frase, pero hizo un ademán de autoridad que Felipe comprendió muy bien.

—¿Desea usted que la deje? —dijo con sumisión—. ¿Es esta la prueba que desea imponerme? Si ésta es su voluntad, me resignaré.

Clara respiró con delicia, sintiéndose dueña absoluta de aquel hombre que le había causado tanto miedo. Instantáneamente cambió la expresión de su rostro y se mostró a Felipe radiante.

—Pues sí, se lo agradeceré. Las emociones de éste día me han hecho daño. Necesito tranquilidad, es preciso que se serene mi espíritu, y mañana, o más tarde, cuando sea dueña de mí, cuando pueda dominar mi pensamiento, le explicaré...

Felipe permaneció un momento silencioso. Le sorprendieron algunas de las palabras de Clara. La dilación, pedida de un modo tan poco franco, le pareció sospechosa. Veía un misterio y trató de descubrirlo.

—¿Qué me dirá usted mañana, u otro día, que no pueda oír ahora mismo? ¿No son ya nuestras vidas inseparables? ¿No está trazado nuestro camino? Corresponde a usted ser confiada y sincera, y yo adicto y paciente.

Dispuesto estoy a serlo, se lo aseguro. ¿Le sucede a usted lo mismo?

El lenguaje de Felipe era claro y terminante, y miró de frente a su mujer, quien, temerosa de haberse precipitado, quiso retroceder.

—Permítame que le diga que la confianza no se gana en un momento. Apenas hace dos horas que estoy casada, y mi vida data de más tiempo. Mi vida era feliz, porque tenía derecho a pensar en voz alta y a callar cuando quería. Jamás me he visto obligada a mentir. Usted sabe bien que cuando he tenido alguna pena la adivinaban. Fácil es comprender que los recuerdos no se borran instantáneamente. He sido muy mimada. Nunca me han pedido sonrisas cuando he tenido el corazón triste. Si es preciso que a su lado disimule, déjeme al menos algún tiempo para acostumbrarme a esta contrariedad.

Con gran habilidad eludió Clara la cuestión para no contestar categóricamente. Se puso en víctima, y Felipe comprendió que insistiendo parecería cruel.

—Le ruego que no añada una palabra más —repuso, adelantándose al sacrificio—. Me ofende usted. Sepa que nunca tendrá amigo más tierno y sumiso que yo. Al casarme con usted, he tomado parte en sus penas y procuraré hacérselas olvidar. Fíe usted en mí, que soy responsable de su dicha. Si el pasado ha sido para usted un desengaño, no desespere del porvenir. No cabe en mi ánimo la idea de imponerle mi amor, y lo único que le pido es que me deje ensayar, a fuerza de cuidados y de ternura, el conquistarla por sí misma. Esta es mi única ambición. Puesto que necesita usted descanso y soledad, está hoy en su casa tan libre y tranquila como lo estaba ayer. Yo me retiro. ¿No es eso lo que usted desea? Todo, todo, según su voluntad.

La joven oyó estas palabras irritada e inquieta. El dueño de la fundición se mostraba tan noble y digno que amenazaba hacer fracasar miserablemente todas las combinaciones preparadas de antemano para conquistar su libertad. Con inesperada bondad se adelantaba Felipe a sus deseos; ¿le sería posible vivir separada de él? La adoraba, y pretendía hacerse amar de ella. ¿Cómo podría, sin cometer una injusticia y una crueldad, rechazar perpetuamente a un hombre tan leal y tan generoso? La dulzura y el amor de su marido le harían al día siguiente imposible la resistencia, sin cometer un acto de brutalidad. Comprendió el peligro que corría, y resolvió librarse de él rompiendo violentamente todos los lazos que la unían a Felipe.

Pero éste, viendo a Clara silenciosa e inmóvil, se acercó a ella, inclinó la cabeza, y sus labios rozaron su blanca frente.

—Hasta mañana.

Mas al respirar el perfume de aquella rubia cabellera, al sentir en los labios el contacto de aquella carne palpitante, aturdió a Felipe una repentina embriaguez.

sin poder dominarse, y olvidando sus promesas, no pensó en las susceptibilidades del turbado corazón que tía junto al suyo; vio a la adorable mujer que desea— con locura y que le pertenecía, y con arrebatado irresistible la cogió en sus brazos y murmuró, encendida mirada:

—¿Si supiera usted cómo la amo!

Sorprendida al pronto, Clara palideció, esquivó el cuerpo, y apoyando las manos en los hombros de su árido, huyó de un contacto que le era odioso.

—¿Déjeme usted! —exclamó con ira.

Los brazos de Felipe se aflojaron, y retrocedió mirando a la joven, que estaba trémula ante él, con semblante alterado por la angustia.

—¿Qué? —dijo con dolido acento—. ¿No me concede usted ni siquiera el derecho de tocar su frente con mis labios? Me rechaza usted con violencia, casi con horror. ¿Qué pasa? ¿Por qué advierto en usted no sólo el pudor alarmado, sino la repulsión? ¿Me odia usted? ¿Por qué? ¿Qué le he hecho? Ahora recuerdo sus palabras de hace un momento y temo comprenderlas mejor. El desengaño que ha sufrido usted le deja en el corazón algo más que amargura; un arrepentimiento, quizá.

—Señor... —murmuró Clara.

Indignado, Felipe había enrojecido y nerviosamente dio unos pasos por la habitación.

—Señora, son ya inútiles las protestas confusas. Ha llegado la hora de las explicaciones francas y terminantes. Su actitud me despierta sospechas que usted debe desvirtuar. Una mujer que, sin motivos, rechaza a su marido, tal como usted me trata, forzosamente...

Felipe se detuvo. La voz se le ahogó en la garganta, estaba pálido, y en sus manos se advertía un nervioso temblor. Respiró con fuerza, y volviéndose hacia su mujer para observar la menor alteración de su rostro, dijo:

—¿Acaso ama usted todavía a ése hombre que tan indignamente la abandonó? Clara comprendió que la deseada ocasión de la ruptura la tenía a su alcance. Sin embargo, dudó en aprovecharla porque la no disimulada ira de Felipe la asustaba. Permaneció ante él con el ceño fruncido y agitado el corazón, comprendiendo que su destino pendía de un hilo. Su silencio irritó a Felipe, quien olvidando toda conveniencia, le cogió un brazo con fuerza, y mirándola con inflamados ojos, exclamó:

—¿Me ha oído usted? Respóndame. Le exijo que me conteste.

La mano de Felipe en el brazo de Clara produjo el mismo efecto de un dedo apretando el gatillo de un arma. Salió el tiro. La orgullosa joven, fuera de sí al verse objeto de aquella violencia, miró fijamente a su marido, y audazmente le preguntó: —¿Y si así fuera?

No había acabado de pronunciar estas palabras, que ya le pesaba haberlas dicho. El dueño de la fundición se irguió como si en un instante hubiera crecido. En su expresión había como una amenaza, y levantando el puño igual que si blandiese el martillo de batir hierro, exclamó:

—¿Desdichada!

Clara no retrocedió un paso; bajó la cabeza y dejó caer las manos con abandono, como una mártir que espera la muerte.

Felipe la miró, dio algunos pasos al azar, se cogió rabioso el puño derecho con la mano izquierda, como si quisiera destrozárselo por haberse

alzado amenazador sobre la frente de aquella mujer que adoraba, y recobrando en seguida la calma, dijo:

—Piense usted lo que dice. Lo que acaba de responder no puede ser verdad. ¡Es imposible! O yo sueño o usted ha querido probar mi paciencia. Es esto, ¿verdad? No tema usted confesármelo; de antemano la perdono, aunque me ha hecho tanto daño... Algún día comprenderá que no debe torturar un corazón como el mío. Es un juego cruel, se lo aseguro. Procuró sonreír, pero sus labios siguieron crispados. Clara permaneció sombría e insensible, con la inmovilidad de un bloque de piedra.

—Pero hable usted —suplicó Felipe—. Dígame algo... ¿Se calla? Entonces, ¿es verdad?

Clara no contestó, entregándose al destino que ella misma se había preparado, con la vaga conciencia de que cometía un crimen, pero decidida en su implacable orgullo a llegar hasta el último extremo. Estupefacto, Felipe se dirigió al balcón, y apoyando la abrasada frente en los cristales, procuró recobrar la serenidad. Comprendió que la horrible explicación empezaba entonces, y quiso saber hasta dónde llevaría Clara su enigmática actitud.

—Entonces, enamorada de otra persona, ha consentido usted en casarse conmigo. A pesar de la indignidad de su conducta, a pesar de lo que la ha humillado, ¿le ama todavía? ¡Y se atreve a decírmelo! Me dio usted su palabra de que sería una esposa fiel y leal, ¿y es así como cumple sus promesas? Ha unido su mano a la mía sin ruborizarse. ¿A qué depravación moral ha llegado usted?

—Vea, señor, que no me defiendo —dijo Clara—. ¿Es generoso el hacerme sufrir?

—¿Usted sufre? —exclamó Felipe—. ¡Yo no sufro! Yo, que la amo con toda mi alma; yo, dispuesto a todo para su bienestar y que sólo le pedía un poco de indulgencia y de afecto...! Por satisfacer su orgullo herido, para que no se sospechara su despecho, me ha sacrificado usted valiéndose de mi confianza, riéndose de mi ceguedad. ¿Usted sabe que es atroz lo que ha hecho?

—¿Y no ha visto usted que desde hace quince días estoy loca? —exclamó Clara, no pudiéndose ya contener—. ¿No comprende usted que luchaba dentro de un círculo del cual no podía salir? Me he visto arrastrada a lo que he hecho por una fatalidad irresistible. Aunque le parezca una miserable criatura, jamás me juzgará tan severamente como yo me juzgo. Merezco su cólera y su desprecio. Tome usted todo lo mío, menos a mí. Mi fortuna es suya y se la doy, para que sea el rescate por mi libertad.

—¿Su fortuna? ¿Usted me ofrece...? ¡A mí! —rugió Felipe.

La indignación le llevó al borde de informarla de la ruina que tan delicadamente trató de ocultarle. ¡Qué venganza contra la altiva Clara! ¡Qué segura, rápida y cruel era! Pero rechazó la idea, considerándola indigna de él, y tranquilizado por la satisfacción que sintió, viéndose tan superior moralmente a ella, consiguió mirarla sin desprecio.

—¿De modo que me toma usted por un hombre que se vende? —dijo él, con frialdad—. ¿Cree que al casarme me guiaba la especulación? Se engaña usted, señora, creyendo que todavía trata con el duque de Bligny.

El golpe hirió a Clara, y como si al ultrajar al duque la ultrajasen a ella, exclamó, iracunda:

—¡Caballero! Pero como si se hubiese avergonzado, calló.

—¿Qué le detiene? Defiéndale. Es lo menos que por él puede hacer. Nadie mejor que usted puede estimarle, puesto que obra como él. Cálculo y falsedad en su conducta. Ahora lo veo claro. Ha querido usted casarse con

un hombre que dependiera de usted y lo ha escogido apasionado y confiado. La unión conmigo era un matrimonio desigual, pero mi docilidad compensaría la ordinariez de mi origen. Si me sublevaba y quería ejercer mis derechos, había medios para hacerme callar. Un talego de oro. ¿Qué podía decir el ambicioso y plebeyo marido de una joven tan noble y tan rica? Esta ha sido su combinación. ¿Y cuándo me la descubre usted? ¿Una hora antes de la ceremonia? ¿Con tiempo para que yo pueda rechazar el negocio? No. Me lo dice usted cuando ya no puedo retroceder, cuando todo es definitivo e irrevocable, cuando ya no hay temor de que el engañado se escape. ¡Ciego de mí que no he visto la trampa! ¡Necio yo, que no sospeché que era víctima de su astucia! Al venir aquí hace un momento, temblando de ilusión, ¿no he sido un insensato? ¿No le he parecido grotesco, cínico e innoble? Porque a fin de cuentas, yo tengo su fortuna, ¿verdad, señora? Ya estoy pagado; ni siquiera tengo el derecho a reclamar.

Y soltando una dolorosa carcajada, Felipe se dejó caer en el sofá, ocultándose el rostro entre sus crispadas manos. Clara había escuchado sin protestar, y al haberse puesto voluntariamente fuera de la ley, más le hirieron las censuras de su marido que le conmovió su dolor. La verdad la irritaba sin convencerla. No oyó el grito de sufrimiento de Felipe, ni advirtió la ironía de sus palabras.

—Caballero, acabemos —dijo con altanería—. Basta de inútiles recriminaciones.

Felipe levantó la cabeza, mirando a Clara con ojos llenos de lágrimas: —Yo no recrimino, señora; lloro mis esperanzas burladas, mi felicidad perdida. Pero basta de debilidades. Quería usted estar segura de que jamás la molestaré. Todo ha concluido entre nosotros, sin que nada de común nos ligue, pero como una separación pública sería un escándalo que no merezco sufrir, le ruego que lo evite; viviremos juntos en apariencia. Y para que no haya el menor equívoco en nuestra respectiva situación, oiga bien lo que voy a decirle. Algún día sabrá usted la verdad, sabrá que ha sido más injusta que cruel, y quizá querrá entonces remediar lo que ha hecho. Desde ahora le anuncio que será inútil. Aunque la viese arrastrarse a mis pies implorando perdón, no tendré para usted una frase de piedad. Podría ser indulgente con su cólera, pero no podré olvidar la sequedad de su corazón ni su egoísmo. Viviremos como usted tenía calculado. Esta es su estancia y aquélla la mía. Desde hoy ha dejado usted de existir para mí.

Sin decir una palabra, Clara inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Con el corazón afligido, Felipe miró por última vez a la joven, esperando un ademán de arrepentimiento, una frase que le devolviera a su mujer en el momento en que la perdía. La vio insensible y fría, sin una mirada para él, sin una palabra.

Atravesó la habitación, abrió la puerta lentamente y la cerró, a pesar suyo, deteniéndose todavía por si un grito, un sollozo o un suspiro le daban a él, maltratado y humillado, un pretexto para correr hacia ella con palabras de perdón cuando aún era tiempo. No oyó nada. Y volviéndose entonces hacia aquella puerta, detrás de la cual quedaba la implacable mujer, dijo:

—Criatura orgullosa que no quieres doblegarte, yo te venceré. Y por el mismo camino que anduvo una hora antes con el corazón esperanzado, volvió a su habitación de soltero.

CAPITULO XII

La luz de los quinqués había disminuido, el fuego se apagó y la amplia estancia quedó casi a oscuras. Quieta en el mismo sitio, en pie junto a la chimenea, Clara procuró coordinar sus ideas. Triunfante en la lucha, se sentía destrozada como si la hubiesen vencido. Un profundo entorpecimiento la embargaba y sentía como si la cabeza le quisiera estallar. Los oídos le zumbaban y veía girar todos los objetos. Creyó que el corazón se le subía a la boca y un frío sudor le cubrió la frente. Durante un largo rato siguió inmóvil, sufriendo horriblemente, sintiéndose desfallecer y sin fuerzas para moverse ni para llamar. Cayó abatida en una butaca, pero se levantó en seguida. El agudo dolor que le atenazaba las rodillas no le permitía estar quieta. Necesitó pasear por la habitación, no obstante la pesadez de su cabeza, que le parecía hinchada y vacía. La sien izquierda le dolía como si le hubiesen metido un clavo en la frente y una intensa fiebre hacía latir sus arterias. Gimiendo por lo mucho que sufría, siguió andando por la habitación, repitiéndose en su perturbado cerebro las mismas insoportables ideas. Aunque despierta, parecía presa de una pesadilla, y balbuceaba palabras confusas, entrecortadas...

Así estuvo dos horas, sombría, terca, sin querer llamar, imaginando que con sólo abrir la puerta, él creería que deseaba pedirle perdón, y volvería. Confiada en su lealtad, ni siquiera pasó la llave ni corrió el pestillo. Triste conquista la suya, que hubiera asustado a Felipe, porque se había desfigurado tanto con la fiebre, que el único sentimiento que podía inspirar era el de la compasión.

Las primeras claridades del alba la encontraron andando todavía, para mitigar con el movimiento el agudo dolor de sus rodillas. Pálida, con los ojos apagados y latiéndole las sienes, más se arrastraba que andaba. Agotada, miró un instante al cielo, que tenía un color rosáceo; quiso abrir el balcón, creyendo que el aire de la mañana calmaría su sufrimiento, pero sus manos no pudieron levantar la falleba, y exhalando un grito cayó desvanecida sobre la alfombra.

Hacia las nueve se acercó Brígida de puntillas a la puerta para escuchar si su señora dormía, y oyó un gemido. La fiel criada se asustó y no dudó en entrar. Clara seguía tendida como al caer y decía palabras incoherentes. Tenía el rostro enrojecido y helados los pies. Al instante, y sin preguntarse qué le habría ocurrido, la levantó igual que una pluma y la acostó como si fuera una niña; viéndola calmada por la sensación de bienestar que le proporcionó el frío de las sábanas, corrió a buscar a Felipe, quien se estaba vistiendo. La jurasiana vio la cama deshecha, la tristeza en el rostro de su amo, y al encontrar en la almohada un pañuelo húmedo de lágrimas, movió tristemente la cabeza.

—¡Oh, señor, qué pena! Usted ha llorado, y ella...

Felipe palideció, temiendo que Clara, vencida por la desesperación, hubiese muerto.

—¿Qué ocurre? —preguntó estremecido.

Brígida comprendió su pensamiento y le dijo:

—No, pero está enferma.

Felipe no quiso oír más; sin perder un minuto para abrigarse, corrió como un loco a la habitación de Clara. El vestido, la falda arrugada, los zapatos y el corsé de satén blanco, estaban en desorden por el suelo.

Rojo el semblante y brillándole los ojos en los entreabiertos párpados, Clara estaba tendida en el lecho de columnas. Los graves guerreros de la tapicería, empuñando su lanza, parecía que la velaban. Acercóse Felipe y ella no le reconoció. Sonreía la joven dulcemente, y sus descoloridos labios dejaban ver los blancos dientes. Felipe le cogió la mano y notó que ardía. A la agitación de la noche había sucedido un profundo entorpecimiento. Asustado, Felipe escribió con rapidez algunas líneas para el mejor médico de Besancon y se las hizo llevar por un carruaje, al mismo tiempo que avisaba a Beaulieu.

Se quedó junto al lecho de Clara, sumido en una desconsoladora angustia. ¿Moriría ella y se acabaría todo? Continuaba enferma, inmóvil, con los ojos abiertos, y una contracción dolorosa le producía cierto estrabismo. Fruncía el ceño, y de vez en cuando se llevaba la mano a la nuca gimiendo. Era visible que sufría horriblemente, y que el delirio se apoderaba de ella aumentando por minutos.

Ante aquel triste espectáculo desaparecieron las ideas de odio del marido. Supersticioso por primera vez en su vida, creyó que si Clara vencía la enfermedad sería la señal de que llegarían a ser felices, y desde entonces sólo tuvo una idea: salvarla. A pesar de lo que le había hecho sufrir, y acaso por ello, la adoraba con locura. Junto a aquel lecho, Felipe pasó las dos horas más crueles de una vida que ya había pasado por duras pruebas. La llegada de la señora de Beaulieu y de Octavio fue un gran consuelo para él, sintiéndose libre de parte de responsabilidad. La marquesa, asombrada y asustada, estuvo afortunadamente callada; no dio gritos, no derramó torrentes de lágrimas ni invocó a la corte celestial. Preguntó discretamente a su yerno lo ocurrido, y desasosegada siguió al lado de su hija, la cual no sospechaba su presencia. Impaciente, Octavio ensilló un caballo y salió a galope en busca del médico, quien llegó al mediodía. Era joven, había sido interno en los hospitales, estaba muy al corriente de los progresos de la terapéutica y podía hacer el diagnóstico con seguridad. Tampoco había que ahondar mucho para comprender la dolencia; decían claramente cuál era el delirio, los dolores en la nuca y en la frente y la contracción bilateral. Le tomó el pulso y advirtió ciento veinte pulsaciones. El termómetro bajo la axila señaló cuarenta grados. La fiebre era muy intensa. El médico movió la cabeza y murmuró:

—Muy grave.

Al ver que la madre, el hermano y el marido le preguntaban con ansiosa mirada, añadió:

—Meningitis.

Inclinándose sobre el blanco pecho de Clara, cuya respiración silbaba dolorosamente, escuchó durante un rato, diciendo después:

—Alguna irregularidad en el corazón debida a un estado nervioso muy grave. Conviene traer inmediatamente una docena de sanguijuelas y hielo. Susana, que escuchaba desde la puerta, hizo una señal a Brígida y la criada fue corriendo. La buena muchacha, después de esperar dos horas en el salón, temblando y agitada, temiendo un suceso inexplicable y sin atreverse a entrar, se deslizó junto al lecho, no hablando para que no la hiciesen salir, conteniendo la respiración y mirando con angustia el enrojecido semblante y los pálidos labios de Clara.

Le pareció que se ahogaba en la espaciosa habitación, y sin decir nada, guiada por ése instinto que hace de todas las mujeres enfermeras, fue de puntillas a abrir el balcón. El médico la miró de soslayo, sonrió y dijo:

«Está bien». Felipe, que no había advertido la presencia de su hermana por lo absorto que estaba, se emocionó al verla y la abrazó llorando. —No tengas miedo —murmuró Susana—; con nosotros a su lado, nada malo le puede ocurrir. La salvaremos.

Pero si Clara había de recobrar la salud, no sería por los cuidados de Susana, a quien Felipe le pidió, aunque fuese un gran sacrificio, que volviese al convento. El desconfiaba del delirio de su esposa, que hablaba con terrible agitación y nombrando continuamente al duque de Bligny. Le llamaba con desprecio, insultándole, descubriendo la honda herida de su corazón. También aparecía Felipe en sus alucinaciones, pero siempre en forma amenazadora y dispuesto después de haber matado al duque. Veía sangre en sus manos, y le suplicaba que, en la muerte, la uniera al que amaba.

Si Felipe, mudo e inmóvil, tenía que oír estas palabras dementes, no quiso que las oyera Susana, esperando que el porvenir evitaría que su hermana supiese nunca su desdicha y fiando en que de su dolor sólo quedaría como el recuerdo de una pesadilla. No debía quedar ni la sombra de un penoso recuerdo entre Susana y Clara.

Llorando amargamente, pero obedeciendo como siempre las órdenes de su hermano, Susana partió para Besancon, acompañada de su fiel Brígida, y Felipe quedó solo en la casa, en posesión de su adorada enferma. La marquesa, viendo desde el primer momento la decisión, el tacto y el constante cuidado con que su yerno combatía la enfermedad, le dejó que hiciese lo que creyese mejor, limitándose a asistir a su hija. Pasaba el día en el dormitorio de la enferma, y por la noche, Felipe se instalaba en una butaca junto al lecho, velándola hasta que amanecía.

No cesaba el delirio. Con espanto, había visto el esposo la sangre de Clara gotear a lo largo del cuello encantador, dejando una raya en el blanco cutis; la locura que se apoderó de aquel pobre cerebro debilitado seguía torturándole. Pasaban los días y las noches, y la fiebre seguía haciendo estragos. El rostro de la joven había enflaquecido, y en las enjutas mejillas se destacaban las mandíbulas. Los miembros, en incesante movimiento, rozaban dolorosamente las ropas de la cama, y se oía en la sombra de las colgaduras un murmullo de palabras ininteligibles, tan grande era su debilidad.

Un solo pensamiento lúcido seguía en el cerebro de Clara. Tenía conciencia de que mientras ella yacía inmóvil en su lecho se casaba Atenea. Por una especie de doble vista, el mismo día en que su rival subía triunfalmente la escalinata de la Magdalena, cubierta de flores por la magnificencia de Moulinet, y a la hora exacta en que la multitud entraba en la iglesia detrás de los novios, tuvo ella un momento de lucidez, e incorporándose, dijo con voz clara:

—En éste momento se casan, y yo voy a morir.

La marquesa se le acercó e intentó hablarle, engañarla, pero nada quiso oír. El delirio se apoderó de nuevo de ella, y acometida de un acceso terrible, gritó y se retorció los brazos, los labios abrasados por la fiebre y corriéndole el sudor por su despeinado cabello. Asustado, Felipe mandó llamar en seguida al médico, que debía ir aquella tarde, y lo que éste vio en el acto, fue que había subido su temperatura. Las arterias, como tubos por donde pasa el vapor oprimido, amenazaban estallar. Un grado más, y todo habría concluido.

Aquel día fue horrible. Felipe esperó con mortal angustia el resultado de la crisis, sabiendo que peligraba su vida durante aquellas interminables horas. En su cerebro, agotado por la fatiga y el sufrimiento, giraba sin

cesar esta idea, imperiosa como una sentencia: «Si vive, llegaremos a ser dichosos». Tanto la quería, que habría dado su vida por prolongar la de la moribunda.

Llegó la noche, y la pasajera calma que ordinariamente tenía Clara al atardecer, no se produjo.

Con el ceño fruncido y apretados los dientes, llamando sin cesar al duque con desgarrados acentos, continuó la pobre joven tendida en el descompuesto lecho. Felipe se había levantado, y se inclinaba sobre ella creyendo que no le veía. Abrió la enferma los ojos, y se fijaron en él con horror.

Hizo un esfuerzo para levantar el brazo, y con voz apagada dijo:

—¿Le ha matado usted! ¿Qué espera para matarme?

Con el corazón destrozado al ver tan cruelmente ignorados sus sentimientos, agobiado por tantos esfuerzos, fue un instante débil como un niño, y apoyando la cara en la cabecera del lecho lloró amargamente. Sus lágrimas caían sobre la ardiente frente de Clara, y como un benéfico rocío, pareció que las lágrimas salidas del corazón de Felipe fueron un eficacísimo filtro. Las facciones de la joven perdieron su rigidez, suspiró dulcemente y se incorporó tras un esfuerzo para escuchar. Felipe sollozaba en la sombra, junto a aquel ser sin conocimiento. Puso una mano en la de ella, y al mismo tiempo la voz débil de la enferma, murmuró:

—¿Quién llora junto a mí? ¿Eres tú, mamá?

Felipe levantó la cabeza y vio que Clara le miraba. Se acercó, le reconoció la joven, y como si le volviese la memoria, pasó una dolorosa sombra por su frente. Una lágrima brilló en sus grandes ojos, y tendiendo la mano al hombre que había hecho sufrir tanto, dijo:

—¿Es usted? Siempre bueno y generoso. Perdón, Felipe, perdón.

El dueño de la fundición cayó de rodillas y besó apasionadamente aquellos ojos que por primera vez le habían mirado sin rencor. La joven sonrió tristemente; una dolorosa contracción devolvió a su semblante la terrible dureza, y delirando de nuevo, empezó a balbucear frases incoherentes. Tres semanas hacía ya que estaba entre la vida y la muerte. Aquella crisis fue la última, tomando la enfermedad desde la referida noche nuevo aspecto, reemplazando a la violenta agitación un entorpecimiento invencible.

—Período comatoso —dijo el médico—. Hemos hecho hasta ahora todo lo posible para dormir a la señora Derblay. Ahora vamos a hacer lo que podamos para despertarla.

Felipe comprendió que sin una recaída o una nueva complicación, Clara estaba salvada. Pero al mismo tiempo que la esperanza, renació en su corazón el grave cuidado de arreglar su mutua existencia. Mientras la joven estuvo en peligro, sólo pensó en disputársela a la muerte. Ahora era preciso disputársela a la vida.

Con la razón, Clara recobraba sus repugnancias. En el abatimiento de la enfermedad había podido enternecerse, tener un instante de debilidad y pedir perdón, pero al ser otra vez dueña de sí misma, ¿seguiría mostrándose humilde y sumisa?

Felipe había aprendido a conocer el carácter altivo de su esposa, y temía la vuelta de su intratable orgullo. La idea de que pudiera creer que estaba decidido a aprovechar su convalecencia para romper el pacto hecho en la horrible noche de su boda, le estremeció. Si faltaba a su dignidad arrepintiéndose del compromiso que voluntariamente contrajo, se rebajaría para siempre a los ojos de Clara. Creyó, pues, necesario el rigor, y con

su natural entereza estuvo seguro de no abandonarlo. Se había jurado quebrantar el orgullo de su mujer, y se disponía a cumplir su juramento. Corría el mes de enero y el invierno era crudo. El trabajo de la forja, suspendido en parte durante el período agudo de la enfermedad de Clara, había recobrado su actividad. El ruido de los martillos en los yunques alegró a la joven, y su larga convalecencia fue muy tranquila. Renació a la vida con delicia, y con gran alegría miró cuanto la rodeaba. La gran habitación, severa, sin mucha luz, con las paredes cubiertas de tapices y los muebles antiguos, le gustó. Todo era allí tranquilo y armonioso. Frente a su lecho y sobre las colgaduras una ninfa de sueltos cabellos dejaba caer de una ánfora que tenía en un hombro un chorro de agua que al esparcirse por el suelo daba nacimiento a un río. Le pareció que aquella hermosa figura era una alegoría, y que no derramaba agua, sino vida. Por los amplios balcones veía los árboles del parque, cubierto aún de nieve, brillar a la luz del sol. Los pájaros rozaban con las alas los cristales, como pidiendo protección, y ella les miraba con placer y pedía que les echaran migas de pan. Todo le interesaba, y recobrando poco a poco las fuerzas, sintió una viva alegría al renacer física y moralmente. Encontrándose bien en su casa, se estiraba perezosamente en el lecho, pasando horas enteras escuchando el tictac del reloj, sin una idea que la inquietase, sumida en apacible abandono.

Su madre le hacía compañía durante el día. Felipe sólo iba a su cuarto dos veces, una por la mañana y otra por la noche, informándose de su salud y preguntándole si deseaba algo que él pudiera proporcionarle. A los cinco minutos de estar sentado al pie del lecho, se alejaba gravemente, y Clara oía cómo se perdía el ruido de sus pasos por las habitaciones. Esperaba sus visitas, le parecían demasiado cortas y se irritaba ligeramente contra él.

Encontró una ocasión para enfadarse, y la aprovechó con infantil ingenuidad. Tuvo el capricho de que llevaran flores a su habitación. Las estufas de Beaulieu estaban llenas. La marquesa llegó un día con un bello ramo de lilas blancas. Felipe entró cuando Clara aspiraba el olor de las flores, y le dijo dulcemente que aquel perfume podía hacerle daño, por lo que cogió el ramo para llevarlo al salón.

—Le aseguro que me encuentro perfectamente —aseguró Clara—; puede dejar esas flores...

—Es usted como todas las convalecientes —respondió Felipe sonriendo—; fía demasiado en sus fuerzas... Es preciso que nosotros seamos más razonables que usted...

—Es seguro que estoy bien cuando se atreve usted a contrariarme —replicó Clara, con cierta coquetería—. Cuando estaba verdaderamente enferma, era usted muy distinto.

Felipe se puso repentinamente serio, y le dirigió una triste y severa mirada. Clara suspiró, y añadió con turbada voz:

—Tiene usted razón. Llévase esas flores. Le doy las gracias.

Aquel día estuvo pensativa. Poco a poco empezó a reflexionar, y renació en su tranquilizado cerebro el recuerdo del pasado. Interrogóse Derblay, y se admiró al no encontrar en su corazón rastro alguno de su amor al duque. Aquel amor había caído como un fruto podrido. Tampoco conservaba odio a Atenea» La compadeció, viéndola condenada a sufrir una incurable envidia. No se informó del casamiento, que consideró hecho. Los que la acompañaban evitaban pronunciar el nombre de Bligny, una precaución inútil, porque lo habría oído sin emoción. Su corazón tenía nueva la piel.

La convalecencia fue muy larga. Cuando quiso levantarse por primera vez, se desmayó, y tuvieron que acostarla. Ansioso, Felipe, reapareció junto al lecho y volvió a cuidarla con la misma abnegación, impasible y silencioso. Continuaban doliéndole las sienas, como si tuviera algún desorden persistente en las meninges. Cuando agitaba la cabeza sentía moverse el cerebro dolorosamente, como, según decía, el balín de un cascabel.

—Ya era un poco loca antes de la enfermedad —añadía sonriendo—. ¿Qué sucederá ahora?

A los cinco meses justos de haberse casado, en una hermosa mañana de abril, bajó al jardín, sostenida por su madre y la excelente Brígida. Dio lentamente la vuelta al estanque, sentándose para recobrar fuerzas en los bancos de piedra, calentados por el sol.

Al verla andar tan despacio era imposible reconocer a la altiva y orgullosa joven, de quien decía su madre: Es un muchacho malogrado». Sus facciones se habían dulcificado y su mirada era cariñosa. Ya no erguía la cabeza con soberbia altanería.

Desde aquel día, la actitud de Felipe fue la misma. Suave, amable y obsequioso con Clara delante de la gente; era frío, correcto y grave cuando estaban solos. Tan hábilmente calculó su conducta, que todos le consideraban un marido modelo. La marquesa no tuvo la menor sospecha porque estaba habituada a la gentileza de los esposos de su clase y el marqués de Beaulieu no la había mimado con apasionado cariño. Le parecía, pues, que el matrimonio de su hija discurría por los mejores raíles, sin que se fijase en nada. Tranquila respecto a la salud de Clara, anunció una mañana que se iba a París, donde su hijo Octavio estaba desde enero. Fiel a sus ideas de igualdad, se disponía el marqués a prescindir del blasón y a conseguir una buena clientela de abogado.

Clara se quedó sola con su marido, a quien únicamente veía cuando comían. Después de la comida la acompañaba al salón, se sentaba cinco minutos, se levantaba en seguida, daba las buenas noches y se retiraba a su habitación. Una noche tuvo la curiosidad de ver lo que hacía, y abrigada con su mantón salió fuera para espiarle.

Por detrás de las cortinas del salón vio pasar varias veces su sombra, que por extensión de las luces tenía una altura gigantesca. Iba de un lado a otro, sin detenerse, despacio y como pensativo. Clara entró en el castillo y de puntillas fue al cuarto inmediato al despacho, en el que no había luz. Se sentó, vio la raya de luz por debajo de la puerta, y escuchó el acompasado andar de Felipe sobre la alfombra. Así estuvo hasta las doce, y cuando oyó las últimas vibraciones de la campana del reloj, también oyó que abría la puerta de su dormitorio. ¿En qué pensaba durante aquel prolongado y maquinal paseo? ¿Qué ideas absorbían su imaginación en aquellas largas horas de soledad? Mucho hubiera dado Clara por saberlo. Cuando deseaba algo, no era mujer capaz de disimularlo largo tiempo, y una noche que Felipe se despedía de ella como de costumbre, le preguntó:

—¿Qué hace usted solo, encerrado durante tantas horas?

—Arreglo cuentas atrasadas —respondió tranquilamente el dueño de la fundición—; a propósito, aquí tengo un dinero que he de darle...

Y al decir esto sacó del bolsillo un puñado de billetes.

—¿Dinero? —dijo Clara, admirada—. ¿A mí?

—Sí; las rentas de su fortuna durante seis meses.

Y, poniendo los billetes sobre la mesa, añadió con Maldad:

—Le ruego que vea si está bien la cuenta.

Clara dio un paso atrás; la sangre le subió al rostro, y con angustiado corazón y temblándole la mano, dijo:

—Tome usted eso, se lo ruego... Yo no debo aceptar ése dinero.

—Pues es preciso que lo acepte —dijo Felipe.

Y, con desdeñoso ademán, empujó los billetes hacia ella, quien reaccionó dispuesta a luchar de nuevo. El gesto y el acento de Felipe la ofendieron profundamente; sus ojos brillaron, y por un momento volvió a ser la orgullosa y violenta Clara de antes.

—No quiero...

—¿Que no quiere usted? —repitió él, con ironía.

Se cruzaron sus miradas. La de Felipe era tan firme, directa y poderosa, que ella no la pudo sostener. Su resistencia cesó de repente, y su mano, altivamente levantada, volvió a caer, y vencida, guardó un doloroso silencio. El dueño de la fundición se inclinó y salió.

Por primera vez chocaba la voluntad de Clara con la de Felipe, y la altiva joven se quedó aturrida. Viéndose obligada a reconocer la superioridad del carácter de su marido, irritada y complacida a la vez, comenzó a sentir estimación por él. Atraída por aquella naturaleza enérgica, se puso a estudiarla atentamente. En la expansión de su vuelta a la vida, había resuelto ser buena con Felipe y concederle una franca amistad, y comprendió con despecho que estaba decidida a darle más de lo que se le pedía. Cuando se disponía a llegar hasta la amistad, su marido no pasaba de la indiferencia. No se enfadaba ni se ocupaba de ella; la dejaba vivir a su antojo, como se lo había pedido, demostrándole una glacial indiferencia. Humillada Clara por esta desdeñosa falta de atención, se decidió a combatirla. Era esencialmente bélica y necesitaba de continuo una dificultad que vencer.

Cuando Bachelin iba a comer a Pont-Avesnes, Felipe pasaba la noche en el salón. Ella convidó al notario dos veces por semana y después jugaba al whist con rara habilidad. Delante de Bachelin, Felipe hablaba y jugaba, pero al marcharse el convidado volvía a estar severo y silencioso. A pesar de sus esfuerzos, nada adelantó Clara respecto a la voluntad de su marido.

El poder que sobre sí tenía Felipe desesperó a Clara. Sola en su habitación, la ira se apoderaba de ella, estremeciéndola al saberse dominada. Aquel hombre era su dueño y la manejaba como quería. Cuando intentaba resistirle, con una mirada la hacía volver a la obediencia. Batía su carácter como se bate el hierro, y era evidente que le daría la forma que quisiese. El sentimiento de su impotencia avergonzó a Clara, y por un resto de orgullo ocultó a Felipe su íntimo pesar, mostrándose entonces como debía: resignada, sin amargura y digna sin altivez.

Aunque fuera indiferente a lo que ocurría fuera de Pont-Avesnes, sus relaciones de París no le permitieron olvidarlo todo. Desde que supo la baronesa que su amiga había recobrado la salud le escribía con cariñosa frecuencia cartas llenas de detalles incoherentes pero curiosos. Por ella tuvo Clara noticias del duque, de la duquesa y del señor Moulinet.

Atenea había entrado en el gran mundo dispuesta a dar el golpe. Por regla general agradó a los hombres, pero sus maneras libres y varoniles le atrajeron la crítica de las mujeres. El duque no hacía caso de ella; a los tres meses de matrimonio se le suponía tan separado de su mujer como era posible estarlo, y hacía la corte a la bella condesa de Canalheilles, una irlandesa de ojos azules y cambiantes como el color de las aguas del mar.

La duquesa coqueteaba con media docena de elegantes jóvenes de rizados cabellos e irreprochables pecheras que la acompañaban a todas partes. Llamaba a aquel grupo de galanteadores «su tiro de seis», y lo conducía con segura mano, sin peligro de volcar. La sequedad de su corazón y la pobreza de su temperamento la ponían, además, al abrigo de una sorpresa. Desembarazado de su hija, Moulinet empezó a madurar importantes proyectos. Tomó secretario, y se encerraba con él diariamente muchas horas en una hermosa habitación que bautizó con el nombre de biblioteca, aunque no había en ella ningún libro. Puso en el escritorio un tratado de economía política, y su hija aseguraba que de dos a cinco de la tarde dormía encima. Suponía la baronesa que el ex miembro del Tribunal de Comercio aspiraba a diputado, pues le habían visto, según decía, con personas de mediano aspecto que debían de ser periodistas, y había hecho varios viajes al Jura, donde al mismo tiempo que inauguraba una escuela laica en su municipio hacía restaurar en secreto la iglesia. Acariciando con la mano izquierda a los radicales y con la derecha a los conservadores, el fabricante de chocolate se imaginaba maquiavélico. La verdad era que, aunque un poco tarde, al señor Moulinet se le despertó la ambición; pensaba que quien había dirigido tan bien sus propios negocios, podría dirigir también los otros. Se preguntó si había en el Parlamento nadie que con una fortuna como la suya apoyase cualquier situación política, y se contestó francamente que no. Habiendo pagado a su hija un marido «de lo mejor que podía encontrarse», creyó que no debía vacilar en pagarse a sí mismo un acta electoral. Titubeó algún tiempo entre el Senado y la Cámara de Diputados. El título de senador le pareció majestuoso y le producía admiración la alta cámara, formada en otros tiempos por los hombres más eminentes de la nación. Por otra parte, el de diputado tampoco sonaba mal, y el cuerpo legislativo le parecía más vivo y animado. Con verdadera astucia comprendió que encontraría en él bastantes medianías para que le fuese fácil llegar a ser pronto un hombre importante. Comenzó, pues, la campaña, decidido a no retroceder ante ningún sacrificio para asegurar su éxito. Con ése objeto había ido a la Varenne. Su distrito era limítrofe del de Besancon y del de Pont-Avesnes. La influencia del señor Derblay debía ser grande en la comarca, y resolvió aprovecharla. Visitó al dueño de la fundición, y se hizo el humilde y el sencillote, sin decir nada de sus proyectos, y anunciando que sólo pasaría el verano en el castillo. Encontró el medio de hacerle creer a Clara que era más cándido que mal intencionado, y que en el asunto del matrimonio había sido un inconsciente instrumento de Atenea. Al mismo tiempo fundó en Besagon un periódico titulado El Correo del Jura, con objeto de apoyar su candidatura. El director era uno de los individuos de mediano aspecto que ya había visto en París. Escogió el más presentable, y al proponerle éste que se decidiese por una de las convicciones políticas, Moulinet ideó para su uso una opinión republicana, oscilando entre el centro izquierda y el centro derecha, bastante caliente para los exaltados y bastante tibia para los tímidos, algo así como la letra de La Marsellesa, con la música de La reina Hortensia. Por lo demás, el color político de su candidatura le importaba muy poco, pues como argumento decisivo contaba con su dinero, y era lo más acertado. Los proyectos del señor Moulinet disgustaron mucho al duque de Bligny, quien creía que habiendo sabido su suegro reunir tan considerable fortuna, sólo debía interesarle que él la disfrutase. Y le expresó su

disgusto con la familiaridad algo impertinente que era el tono ordinario de sus conversaciones con el ex miembro del Tribunal de Comercio.

-¿Qué mosca le ha picado a usted para meterse en política? ¿No le parece que los asuntos públicos van bastante mal? Es singular la afición que tienen las personas tranquilas en meterse cándidamente en esos líos.

¿Sabe usted si los electores serán lo bastante necios para elegirle?

-Querido duque, cuento con ellos.

-Veremos lo que cuesta.

-¿Qué le importa?

-Me importa mucho. Me he casado con una hija única, y se le antoja a usted darle una hermana.

-¿Una hermana?

-Una hermana: la política. Y una hermana que tendrá muchos hijos: todos vuestros muñidores, agentes, ayudantes, proyectistas y defensores, sin contar los electores, que le estrujarán a gusto, y Dios sabe en qué parará la fiesta.

Moulinet hizo un ademán majestuoso, y golpeándose el bolsillo del chaleco, deplorable costumbre que jamás pudo quitarse, contestó:

-Yerno, mis medios me permiten toda clase de caprichos. Aún no he cumplido sesenta años, y si quisiera podría mantener bailarinas.

-No se lo recriminaría. Esa clase de locura la comprendo. Un piecico, una pierna bien formada, un talle redondo sujeto con el cinturón de oro de las egipcias en el baile de Fausto, y unos ojos negros o azules que os busquen en las butacas de orquesta, me parece bien. La cosa vale la pena, y si quiere usted que le presente al cuerpo de baile, lo haré con mucho gusto, pero hacer el amor, ofrecer ramos y señalar pensiones a la señorita Política es insensato, y verdaderamente me apena usted, señor Moulinet. Le aconsejo que prefiera a las bailarinas.

-Lo siento, mi querido duque, pero soy hombre de buenas costumbres y prefiero la política.

-Pues buen provecho. Y cuando usted sea elegido, ¿hablará?

-Es muy probable.

-Será divertido. Iré y llevaré a mis amigos... pero procure no llegar a ministro; acabará usted por comprometerme.

Moulinet desdeñó los chistes de su yerno y persistió en sus proyectos. Al comenzar la primavera se instaló en la Varenne y empezó a tantear el cuerpo electoral.

Por la misma época volvió la marquesa de Beaulieu y Felipe sacó a Susana del convento. Clara no fue extraña a éste suceso. La joven animó algo la casa e hizo menos tirantes, en apariencia, las relaciones de los esposos. Delante de Susana tuvo Felipe que representar la comedia de mostrarse cariñoso con su, mujer, y lo hizo tan perfectamente que no despertó la menor sospecha en el cándido corazón de Susana. Creyó a su hermano completamente dichoso, y al ver a la orgullosa y esquiva señorita de Beaulieu sencilla y risueña, no la reconoció. Encontró en ella el dulce y protector cariño de una madre y una amiga a la vez.

Oprimida durante un tiempo la juventud de Clara por las alarmas, los cuidados y el dolor, se extendió vigorosa en ella como la savia en un árbol. Las dos hermanas no se separaban. Desde su vuelta a Pont-Avesnes, Susana empezó a visitar las casas de los trabajadores. Clara la acompañaba a todas partes como un hada bienhechora. Tomó sin escrúpulos el dinero que Felipe le había dado, y lo empleó generosamente en socorrer a los desgraciados. Las encontraban andando por los caminos de Pont-Avesnes, vestidas sencillamente, protegiéndose del sol con grandes

sombrillas y siguiéndolas el gran perro rojo de Felipe. Todo el mundo se descubría al verlas pasar.

En pocos meses, Clara fue el ídolo de la población obrera. Mucho se habían ocupado de ella en la aldea cuando su casamiento, y los trabajadores de Pont-Avesnes la conocían por haberla visto pasar otras veces a caballo, indiferente, absorta, pensando en el duque, y tocándose distraída con el puño del látigo el ala de su sombrero de largo velo cuando la saludaban. Tenía fama de orgullosa, y con su lenguaje corriente y un poco malévolo la llamaban «la marquesa», cómo a su madre. Al convertirse en la señora Derblay, continuó siendo la marquesa para aquellos hombres, que la consideraban de una raza superior. Era tan blanca, tan fina, tan elegante hasta con su oscuro vestido de lana, que en las calles embarradas de Pont-Avesnes y en las casuchas de las aldeas aparecía como una joven soberana. Todos la adoraban.

En el mes de julio llegó Octavio a Beaulieu, y empezaron las partidas campestres. Susana hacía enganchar una jardinera que Clara conducía hábilmente, y seguidas del marqués a caballo daban agradables paseos por los bosques de Pont-Avesnes. Bajo la bóveda de los corpulentos árboles y pisando la fresca hierba, iban despacio, siguiendo el carruaje las rodadas de las carretas de los leñadores que explotaban la tala del año. Algunas veces era preciso bajarse, y Octavio empujaba la jardinera mientras Susana llevaba el caballo cogido de la brida. El del marqués seguía a Susana como un perro, mirándola con sus grandes ojos húmedos y alargaba el cuello pidiendo el acostumbrado terrón de azúcar. Aquellos días eran deliciosos y Clara olvidaba su tristeza, pero por la noche, cuando se veía sola en su habitación, sufría un gran desaliento. Al conocer mejor a Felipe comprendió que no se le acercaría espontáneamente y que había amargado su vida para siempre. Fiel a lo convenido, le devolvió su libertad, pero... ¡con qué alegría se la hubiera ella sacrificado! Fogosa y altanera, tuvo que batirse con quien era más fuerte, y ahora le complacía verse dominada.

Amaba al hombre que le puso una mano en el hombro y la obligó a inclinarse, y le amaba porque le había hecho sentir el peso de su voluntad. El era su dueño.

En sus largas horas de soledad se arrepintió amargamente por no haber comprendido a tiempo la superioridad del hombre a quien le dio su mano. Ahora adivinaba cuán importante era su posición en el país, descubriendo día tras día y con admiración, alguna de las numerosas fuentes de la fortuna del dueño de la fundición. Antes de que volviese Susana a Pont-Avesnes, ignoraba por completo la existencia de la fundición de Nivernais. Hábilmente le preguntó a su cuñada, y supo con sorpresa que su marido estaba en camino de ser uno de los príncipes de la industria, la fuerza dominante del siglo.

Se avergonzó de sí misma. A un hombre de tal posición se había atrevido a ofrecerle su fortuna para indemnizarle del mal que le había hecho... ¿Qué era su fortuna, comparada con el capital del dueño de la fundición? Una gota de agua en un lago. Entonces comprendió cuán odioso y ridículo había sido su orgullo. Supuso que Felipe la debía de despreciar, sintiendo uno de los mayores tormentos. Sin embargo, supo disimularlo, siguiendo el ejemplo de su marido, con su misma poderosa voluntad. No obstante, el cariño que sentía por Felipe se advertía en los pequeños detalles. Le acogía con una alegría que se reflejaba en su semblante y se ingeniaba para hacer lo que le pudiera agradar. Susana le era eficaz para estas demostraciones. Un día que estaban en la terraza después de almorzar,

Clara se divertía pasando suavemente una brizna de paja por el cuello de su cuñada, quien la cogió y la atrajo hacia sí, abrazándola. Felipe saboreaba una taza de café con la mayor indiferencia, siguiendo con la mirada el vuelo de los vencejos, que se perseguían en el azulado cielo con agudos gritos. Clara había cogido la cabeza de Susana y la miraba con enternecidos ojos. Exhaló un suspiro, besando los rizos que le caían sobre la frente, y murmuró:

—Mi querida niña, cómo te pareces a tu hermano.

Felipe la oyó y se estremeció. Nunca había brotado nada tan directo del corazón de Clara hacia el suyo. Permaneció un instante inmóvil, y se alejó después sin decir nada.

La señora Derblay se enjugó una lágrima y Susana se arrojó a su cuello con fervoroso cariño.

—¿Llora usted? ¿Por qué llora? Dígamelo. Usted sabe lo que la quiero. ¿Le ha dado algún disgusto Felipe? Habrá sido sin querer, y con sólo decirle una palabra... ¿Quiere que yo se lo diga?

—No —respondió vivamente Clara, haciendo un esfuerzo para sonreír—. Es que me siento muy feliz —añadió, mirando a Susana para que no dudara del sentimiento que dictaba sus palabras. Y en el acto se levantó, diciendo alegremente—: Vamos a dar una vuelta.

Fueron al parque, corriendo como dos locas y riendo como si nada hubiese ocurrido.

Éste fue uno de los últimos días relativamente felices de Clara. A la mañana siguiente, los duques de Bligny llegaban a la Varenne.

El anuncio de su presencia desagradó a Clara, que esperaba no volver a verles nunca. Notó que Felipe la observaba con más atención, y procuró estar con el semblante invariablemente tranquilo. Aquella misma noche, cuando se retiró Susana, Felipe planteó la cuestión de las relaciones que debían mantener con los habitantes de la Varenne.

—El duque de Bligny es su pariente más inmediato, a excepción de su hermano. Ninguna ruptura aparente ha ocurrido entre él y su familia, y usted misma cuidó de que continuasen las buenas relaciones cuando nuestra boda. Creo que no sería hábil variar de comportamiento. Si los duques de Bligny se presentan aquí, opino que se les debe recibir como a unos parientes, con la atención debida. De no recibirles, nos exponemos a comentarios que deseo evitar. No pretendo imponerle mi opinión. Usted es más interesada que ningún otro en éste asunto. Dígame cuál es su deseo y yo lo respetaré.

Clara estuvo un momento silenciosa. La nueva intervención del duque y de Atenea en su vida le pareció como un aviso de grandes peligros, e instintivamente sospechó que con ellos entraría en su casa la mayor desdicha. A punto estuvo de hablar, de demostrarle a su esposo sus verdaderos sentimientos, quizá de pedirle perdón, pero no se atrevió, y aceptó lo que había resuelto Felipe.

—Tiene usted razón —dijo—; es preciso recibirles bien, y le agradezco que se imponga esa contrariedad. La presencia del duque me será tan penosa como a usted; le ruego que lo crea.

Felipe hizo un movimiento con la cabeza que no significaba afirmación ni negación, y dio por terminada la entrevista.

CAPITULO XIII

El duque no había ido por su gusto a la Varenne. Parisiën hasta la medula, no podía sufrir el campo, y el verdor de los plátanos de los bulevares y de los castaños de los Campos Elíseos le parecía suficiente. Su Círculo, donde pasaba las tardes y la mayor parte de las noches, era la base de su vida habitual. No era un hombre contemplativo y detestaba la lectura.

Cuando su suegro le llevó con su mayor orgullo a las estufas de la Varenne y le enseñó una magnífica colección de orquídeas que su jardinero, un hombre a quien Moulinet hablaba con deferencia, había obtenido sin reparar en el coste, el duque miró distraído las macetas simétricamente alineadas, y dijo con indiferencia: «Muy bonito». Después arrancó con la punta de los dedos una flor maravillosa y se la puso en el ojal.

Al verle coger de aquel modo una flor que había costado tanto trabajo y tanto dinero, el jardinero se indignó, dejó una maceta de begonia que iba a enseñar, miró irritado a Moulinet y se fue.

—¿Sabe usted que la flor que ha cogido cuesta quince luises? —dijo Moulinet.

—¿Sí, eh? —repuso fríamente el duque—. Pues no me parece demasiado cara para mí.

Moulinet miró a su yerno de soslayo, pero no dijo nada, porque le temía, imponiéndole la manera como le miraba el duque. Había dicho una noche a maese Escandre: «Por más que hagamos, nunca seremos iguales a esas gentes», y aunque tenía, sobre todo después de sus pretensiones electorales, afición a la igualdad, no se veía a la misma altura que el duque.

Visto el poco éxito que había conseguido con las estufas, creyó tenerlo mejor en las caballerizas. Tenía una docena de caballos de silla y de tiro, que por haberlos elogiado mucho su cochero, los pagó muy caros. Las dependencias de la Varenne eran muy grandes. Estaban construidas de ladrillo en un estilo morisco que gustó extraordinariamente al chocolatero, tanto, que al hablar de ellas decía: «Esto se parece mucho a la Alhambra y al nuevo colegio Chaptal».

El patio, de doscientos metros de extensión, lo rodeaban las cuatro fachadas de los edificios destinados a caballerizas, cocheras, guarnés y pajera. Se entraba en el patio por una puerta monumental, entre dos pilares de piedra, adornado cada uno con una cabeza caballar, de bronce. Frente a los edificios había un porche embaldosado de tres metros de ancho. Unos listones de madera pintados de blanco servían de separación a los arcos y permitían apoyarse en ellos para ver maniobrar a los caballos.

La duquesa, con vestido de seda y una toquilla de punto de Venecia que encuadraba su morena y bonita cara y en la mano, llena de sortijas, una sombrilla roja, acompañó a su padre y a su marido a las caballerizas, mirando cada caballo y viendo sobre el pesebre la placa para poner el nombre del animal. El duque aprobó el orden de la caballeriza, pero no le entusiasmaron los caballos; en vano esperó felicitaciones el cochero, porque inmediatamente, vio Bligny el defecto de cada animal, lo que dio que pensar a Moulinet.

Por la tarde hubo una formal explicación, de la cual resultó que el yerno del señor Moulinet sabía lo necesario para que en adelante fuese

imposible pagar seis mil francos por un caballo que no valía mil ochocientos. El duque resumió su opinión de un modo que se ganó la estimación del cochero.

—Puedes robar a tu amo —le dijo—; eso es natural, pero no le metas jamelgos.

Visitadas por el duque las estufas y las caballerizas, sin mejor éxito en éstas que en aquéllas, el ex miembro del Tribunal de Comercio había agotado las distracciones que reservaba a su yerno, quien, entre su mujer y el señor Moulinet, se aburría soberanamente; se encerraba todos los días después de almorzar y dormía como un lirón en un diván de cuero. Al cabo de una semana de esta vida, como no pudiera ya sufrirla, y viendo que las impertinencias se le agolpaban a los labios, iba a anunciar a su mujer y a su suegro que un asunto urgente le obligaba a ir a Trouville, cuando Atenea propuso hacer una visita a Pont-Avesnes.

Esta proposición sorprendió al duque, y de momento le fue desagradable. El recuerdo de Clara se había ido borrando poco a poco de su corazón, pero el del dueño de la fundición le seguía muy vivo. La mujer había llegado a serle casi indiferente, pero conservaba el odio al marido. ¿Por qué? Difícil le habría sido decirlo. Acaso por su complicidad en la afrenta que Clara le había hecho sufrir públicamente, acaso por ser el tipo más opuesto al suyo, pero lo cierto era que instintivamente le odiaba y que continuaba llamándole el ferrón.

Sin embargo, sintió la curiosidad de ver en qué había parado aquel matrimonio hecho en tan raras condiciones, y sin hacerse rogar, acompañó a su suegro y a su mujer a casa del señor Derblay, diciéndose para sí: «Mi viaje sólo se retrasará un día y podré tributar algunas atenciones a la pobre Clara, que bien se las debo».

La compadecía, pues tenía una idea muy singular de la clase de vida de la que debió ser su esposa; una vida, en su concepto, estrecha y mezquina, ocupada exclusivamente en el cuidado de los negocios. Llegó a suponer que su orgullosa prima llevaba los libros del marido, con mangotes de percalina negra en los brazos.

Sólo había visto Pont-Avesnes una noche, y al entrar de día en el bello jardín con parterre a la francesa que había delante de la fachada, se quedó admirado. Los criados le parecieron muy atentos y sin aspecto provinciano. Vio los salones en todo su lujoso esplendor, y tuvo que confesarse que el tren de la casa del señor Derblay era de los más envidiables. La aparición de Clara le turbó.

La mujer que tenía ante sus ojos no era más bella que la que había conocido, pero parecía otra: sencilla, grave y con una autoridad en la mirada que le irritó. El señor Derblay tenía demasiada buena apariencia para no desagradar considerablemente al duque. Por primera vez advirtió que el dueño de la fundición tenía personalidad. Sumido en tan repentinas reflexiones, Bligny habló poco, manteniéndose en una reserva que desde el primer momento evitó las sospechas de Felipe.

En el trayecto de Pont-Avesnes a la Varenne, el duque se mostró taciturno. En la comida estuvo muy alegre, hablando con febril locuacidad, bromeando con el señor Moulinet y apareciendo como el mejor hijo del mundo. Su apatía cesó de pronto, y ya no pensó en el famoso asunto que le obligaba a ir en seguida a Trouville.

Se encerraba con más tenacidad que antes en su salita de fumar pero no dormía. Tendido en el diván, pasaba una parte del día fumando cigarrillos de Oriente, que producen agradables ensueños. Miraba subir lentamente hacia el techo las azuladas espirales, como si a través de sus ligeros y

flotantes anillos persiguieran una forma fugitiva. En la penumbra le parecía ver el rostro de Clara tal como se lo había imaginado. Cerraba después los ojos y continuaba viéndolo.

Perseguido por esta visión, quiso librarse de ella, y mandó ensillar uno de los caballos que el señor Moulinet había pagado tan caros y que valían tan poco. Salió al parque y se fue, dejando sueltas las riendas sobre el cuello del animal.

Eran las cuatro, y empezaban los vagos ruidos del bosque. Las carreras de los vagabundos conejos movían las ramas de los matorrales y de vez en cuando, una urraca asustada, volaba a lo alto de una encina, dando gritos estridentes y batiendo el aire con sus cortas alas. El día había sido caluroso, y al caer la tarde empezó un agradable frescor. Un grato aroma salía de la tierra y el sol, al ponerse, deslizaba sus rayos de oro por entre el ramaje.

Sacudiendo su entorpecimiento, el duque espoleó al caballo, que se lanzó a galope. Sin advertirlo, había salido del parque, y corría por el bosque, huyendo delante de él y arrastrándolo tras sí el encantador fantasma que agitaba su espíritu. El caballo lo condujo a la linde del llano. Un largo y bajo muro, sobre el cual se inclinaban las pesadas ramas, llamó su atención. Entre el árbol vio un calvero rodeado por un foso, y se dirigió maquinalmente hacia aquel lado, presentándose a sus ojos un ancho tapiz de hierba, a cuyo término aparecía un grande y blanco edificio. El duque se estremeció al reconocer Pont-Avesnes.

El azar le acercaba a aquella de quien deseaba huir. ¿Quería la fatalidad unir a los que había separado? Bligny sonrió al recordar lo que le había dicho al barón la noche del casamiento: «Desde Vulcano, los herreros tienen mala suerte en estos asuntos», y olvidó el martillazo con que le amenazó su interlocutor. Además, ¿acaso el temor podía impedir al duque procurarse la satisfacción de cualquiera de sus caprichos? Puso al trote el caballo y, tranquilizado su espíritu por la resolución que acababa de tomar, volvió a la Varenne.

Nada podía amenazar tanto la tranquilidad del señor Derblay como las nuevas intenciones del duque. Entre la fría gravedad de Felipe y la gracia afectuosa de Gastón, se iba a ver Clara en un gran compromiso, si no llegaba a estar en serio peligro.

Evidentemente el dueño de la fundición, al mostrar al duque tan serena cordialidad, tenía algún oculto pensamiento, puesto que le era fácil alejar poco a poco a los parientes de su mujer, limitando las relaciones íntimas que se establecieron desde los primeros días a sencillas visitas de buena vecindad. No era fácil doblegar a Felipe, y lo que él decía se ejecutaba, casi siempre con toda exactitud. El permitir la invasora amistad de los duques, sin duda formaba parte de sus proyectos.

Durante las largas horas que Felipe pasó al pie del lecho de la moribunda Clara, repasó uno por uno todos los acontecimientos que precedieron a su matrimonio, y entre ellos el de la encarnizada tenacidad con que Atenea había perseguido a su rival. Atribuyendo a la duquesa la responsabilidad que le correspondía, toda la culpa de ésta sirvió a Felipe para excusar a Clara, pero juzgó necesario no prescindir del rigor con que hasta entonces había tratado a su esposa.

La lucha entablada entre él y ella debía terminar con su victoria. Necesitaba hacer sufrir a la orgullosa Clara una prueba decisiva, y tomar un terrible desquite de la inmerecida afrenta con que le había humillado. Presintió que Atenea estaba destinada a desempeñar un papel en la peligrosa partida. La batalla debía darse entre Clara y la duquesa y

entre el duque y él. La previo encarnizada, fértil en pérfidias emboscadas y temerosas sorpresas y quizá podía terminar con la muerte de un hombre. Felipe no vaciló. ¿Qué arriesgaba? Su vida estaba comprometida y había perdido la felicidad. Sólo se exponía a ganar al intentar la aventura, pero, tan prudente como resuelto, tomó las precauciones necesarias para asegurar el éxito. Viendo a Clara demasiado sola, porque aparentemente él no podía defenderla, pensó darle una fiel aliada, y al efecto invitó a la baronesa a pasar con su marido algunas semanas en Pont-Avesnes. De éste modo se equilibraban las fuerzas y enfrentados los dos partidos, no tardaría en empezar la lucha.

Desde los primeros días, fue fácil comprender que la duquesa de Bligny proyectaba revolucionar aquel pacífico rincón de provincia. Recién llegada al país, pretendió convertirse, a fuerza de ruido y excentricidad, en su indispensable soberana.

Se había traído de París a dos de sus asiduos acompañantes, el gordo La Brede y el pequeño Tremblays, el más brillante par de trotones de su famoso «tiro de seis». «Para el campo —había dicho, riendo— bastan La Brede y Tremblays. Enganchados como para la posta y con muchos cascabeles, producirán ilusión.»

En efecto, La Brede y Tremblays, dos íntimos amigos muy apagados cuando estaban separados, sorprendían al reunirse, porque ambas nulidades tenían un valor positivo, como dos negaciones significan una afirmación, Llegaron, pues, con su cotillón, un lawn-tennis y unas bolas de polo en sus maletas, y como si el demonio de París saliera de ellas, apenas pusieron el pie en la Varenne, la vida fue endiabladamente animada. Besancon proporcionó una orquesta de diez músicos para bailar todos los sábados en el castillo, y la juventud jurasiana supo con estupor que la señora de Bligny proyectaba divertir a la comarca. De todas las casas de las cercanías acudían berlinas, calesas, tálburis, una colección completa y rara de carruajes, muchos de ellos de la época de la Restauración, que cruzaban el camino de la Varenne con insoportable alboroto. Los colorados hidalgotes, de musculatura tan dura como las rocas de sus montañas, lanzaban las pelotas de tenis y hacían correr en las praderas la bola del polo, dándose fuertes pelotazos en la cabeza, y valsando después, toda la noche, con infatigable vigor.

—¿Sabe usted, duquesa, que sus provincianos son de buena madera? —decía el gordo La Brede—. Levantan a su pareja como plumas y jamás descansan. Casi tengo deseos de importar algunos para la estación de invierno en París; creo que se cotizarían con prima en la plaza.

—Sí, pero por desgracia —añadió el pequeño Tremblays—, al provinciano musculoso y sanguíneo, generalmente, no le va bien entre nosotros. A los seis meses ha perdido el color y está más flojo que el mismo parisiense... Es mala especie para la aclimatación.

Y mientras los dos parisienses hacían profundas consideraciones sobre el fomento de la raza de los bailarines de provincias, los diez músicos alborotaban en los salones de la Varenne. Los jóvenes de Besancon y de las cercanías, sin cuidarse de las apreciaciones de los de París y desdeñando las críticas, bailaban con una tenacidad que regocijaba el corazón, de Moulinet.

La satisfacción del chocolatero al ver a su hija removiendo con tan apasionado ardor la alta sociedad del distrito, no tuvo límites. El candidato se dijo: «Cuanto más convidados, más electores», y animó a la duquesa a seguir por la emprendida vía, facilitándole ilimitados recursos pecuniarios. Mientras solteras y casadas bailaban, él la emprendía con

los padres y los maridos. Sin embargo, a Moulinet le preocupaba el que ni el prefecto ni el general que mandaba la plaza de Besancon habían acudido a la fiesta de la Varenne. Quizá le pareció demasiado aristocrática aquella sociedad al representante de la administración civil, y el jefe militar, que acababa de ser reprendido por permitir que sus soldados fuesen con armas en una procesión, creería prudente abstenerse de mostrar sus estrellas en los salones de la duquesa.

—¿Qué te importa que el prefecto no venga —dijo Menea a su alarmado padre— si todos sus administrados están de tu parte? Haz que El Correo le ponga la proa y que le atribuya cualquier necesidad. Si quieres, encargo a La Brede que haga el artículo. ¡Verás qué picaresco! En cuanto al general, te digo que es un cero, y, además, sus soldados no votan.

Motivo más grave de disgusto tenía Atenea que su padre, porque la señora Derblay se había excusado de asistir a las reuniones de los sábados, alegando que aún estaba muy débil para pasar las noches en vela. Como el único objeto de la duquesa al dar aquellas fiestas era obligar a Clara a asistir a ellas, difícilmente contuvo su ira, teniendo momentos de tan mal humor que perturbaban la alegría de sus contertulios. No poder humillar a su rival a pesar del lujo con que se le presentaba; no hundirle en el corazón mil puñales apareciendo ante ella del brazo del que debió ser su esposo; no verla estremecerse cada vez que la llamara señora duquesa, para Atenea era perder todo el placer que esperaba. Su odio quizá se hubiese calmado ante el espectáculo de la humillación de Clara, y ante su íntimo tormento, desesperándola, por el contrario, la resistencia que le supo oponer, la altiva serenidad de su rostro. Clara fue a comer una vez a la Varenne, y se portó con suma habilidad. La petulante y atrevida duquesa, junto a aquella noble y digna mujer, apareció como lo que era en realidad: un personajillo bastante mal educado que hacía y decía lo que se le ocurría con la audacia de una advenediza millonaria. Evidente la diferencia entre una y otra, en todo la aventajaba Clara.

Lo reconoció Atenea y se prometió terribles represalias. Aquella morena de bello semblante, ojos vivos y graciosa sonrisa, era el peor de los seres que pisaban la tierra. Habría sido capaz, si no la hubiese detenido la grave responsabilidad, de arrojar vitriolo al rostro de la hermosa Clara para desfigurarla de una vez y quemar sin remedio posible aquellos bellos, puros y serenos ojos, en los que leía tanto desdén.

Lo que irritaba a la duquesa era la buena armonía que al parecer unía al matrimonio Derblay. El marido era atento, afectuoso, solícito, y la esposa le demostraba la mayor deferencia y cariño. No era posible engañarse al ver la sonrisa de Clara cuando Felipe estaba a su lado y la protegía con su autoridad: ella le amaba y seguramente era amada. ¿Cómo era posible que el dueño de la fundición no amase a una criatura tan perfecta, aquel exquisito conjunto de gracia física y moral? Además, ¿no se había casado con ella por amor, pasando por todas las humillantes rarezas de la situación, aceptando a una mujer arruinada y abandonada por el duque y mostrándose dichoso de poseerla como si verdaderamente fuese un singular tesoro?

El destino de Clara era, pues, ser siempre querida, mientras la suerte había decidido que Atenea sólo encontrase indiferencia en los hombres. Se la cortejaba, sí, ¿pero qué valían las adulaciones, las galanterías de salón, los caprichos pasajeros que inspiraba, comparados con el amor sincero, profundo, inalterable que despertaba Clara?

Arrebatada por los celos, Atenea se ocupó particularmente del señor Derblay, mostrándose seria para interesarle y acaparándole durante una parte de la noche. Encontró al dueño de la fundición realmente agradable. Con su tez bronceada por la intemperie, sus cabellos negros cortados sobre la frente y sus grandes ojos oscuros, parecía árabe. Atenea sintióse de pronto muy conmovida. Ningún hombre le había producido tal emoción, y creyó que si fuera capaz de enamorarse de alguien, sería de Felipe. Impulsada por la idea del dolor que causaría a Clara, desplegó su natural coquetería con una locuacidad que le sorprendió a ella misma. Con diabólica alegría vio a Clara incomodada, agitada, y que observaba con angustia sus coqueteos. Atenea leyó el sufrimiento en el semblante de la que odiaba, y comprendió que había encontrado el punto débil de la coraza por donde le sería posible dar el golpe mortal.

La actitud de Felipe fue la del hombre educado que es objeto de halagüeñas distinciones por parte de la dueña de la casa, y acogió con perfecta naturalidad las acentuadas insinuaciones de la duquesa. Dijo que se apoyase en su brazo para recorrer los salones, y habló con ingenio, siendo su solicitud la precisa pira parecer agradable, y su frialdad la necesaria para que nadie pudiera decir que tenía más atenciones con la duquesa que con cualquier otra mujer.

Sin embargo por muy dueño que fuera de sí, un observador atento habría podido descubrir que le dominaba una violenta turbación. Mientras la duquesa, haciendo la rueda como un pavo real, se apoderaba de él y le enseñaba el salón y las estufas, a Bligny acercarse lentamente a Clara, inclinarse por encima del respaldo de la butaca y hablarle sonriendo. Era la primera vez que veía a Clara y a Gastón juntos y dialogando sin testigos. Se estremeció y se le enrojecieron las sienes. Durante un minuto sufrió tan cruelmente que su brazo se crispó, apretando con violencia la mano de la duquesa, la cual le miró sorprendida. Estaban en aquel momento en una pequeña estufa que Moulinet llamaba «los trópicos» y en la que se desarrollaban admirablemente en húmedo calor las plantas venenosas de la India y de África.

—¿Qué tiene usted? —preguntó la duquesa, devolviendo al brazo de su acompañante una ligera presión, a la vez que sonreía.

—El violento olor de esos arbustos y el calor de la estufa me aturden —contestó Felipe, recobrando la calma—. Volvamos al salón, si le parece. Y, conduciendo a la duquesa con lento paso, tuvo de nuevo a la vista al duque y a Clara, que continuaban hablando. Desde que terminó la comida no había aparecido el duque. Llevó a sus convidados al fumadero, poniendo ante ellos la colección más variada de cigarros y cigarrillos. A la media hora, y con el pretexto de cumplir sus deberes de dueño de la casa, dejó a los fumadores envueltos en una espesa nube de humo. Quería acercarse a Clara, pero conociendo su violento carácter, no se atrevió a presentarse de frente. Además, comprendía su falsa posición respecto a la señora Derblay, y por audaz que fuese, dudaba si hablar, pues sabía que las primeras palabras que pronunciase tendrían mucha importancia para sus futuras relaciones.

Quizá le hubiera valido más abstenerse, dejando al tiempo consolidar el terreno antes de aventurarse en él, pero Bligny había llegado al extremo, en su cínico egoísmo, de no poder retardar la satisfacción de cualquier capricho. Se adelantó, pues, hablando de sus amigos, deteniéndose pocos momentos con las damas y estrechando, como un ave rapaz, los círculos que describía alrededor de Clara. De esta suerte llegó hasta ella, cuyo tibio perfume aspiraba, y le dijo con cariñoso acento:

-¿Te encuentras bien esta noche? Casi temblando vengo a informarme de tu salud, porque temo ser bastante desgraciado para que me veas acercarme con disgusto.

Clara se volvió con viveza y, mirando al duque de frente, respondió, atrevida:

-¿Y por qué te he de ver con disgusto? ¿Habría venido si me inspirases los sentimientos que supones?

Movió el duque melancólicamente la cabeza, diciendo:

-Es la primera vez que tenemos ocasión de hablar libremente desde tu casamiento, y veo que no nos vamos a decir aún la verdad. Habiéndome portado mal contigo, uno de los dolores de mi vida es no poder explicarte las razones que quizá me proporcionarían tu absolución.

-No necesitas absolución, créeme... -dijo Clara con tranquilidad-. ¿Te he censurado acaso? ¿Crees de veras que mereces censuras? Permíteme que te diga que si lo creyeses darías pruebas de una rara fatuidad.

-Alivias mi conciencia de un gran peso -repuso el duque-. Mi casamiento ha sido una de las fatales necesidades de la vida parisiense. Un día me vi en la precisión de elegir entre la dicha y el honor. Tenía que pagar dos deudas, pero al satisfacer la una, dejaba la otra en descubierto. He sacrificado mi amor para salvar mi nombre. He aquí, Clara, lo que tenía que decirte.

-En otros términos, el señor Moulinet te sacó de una situación espinosa, y tú, por agradecimiento, te casaste con su hija, con muchos millones de dote... Entonces, duque, la penitencia es dulce, como dice la canción. Y si te he comprendido bien, tenías, para soportar la prueba, la satisfacción del deber cumplido... Debes, pues, ser feliz, y lo celebro con toda mi alma...

Aguijoneado por estas irónicas frases, se estremeció el duque, y en el acto le preguntó bruscamente:

-Y tú, ¿eres feliz?

-Eres el único que no tiene derecho a preguntármelo -respondió orgullosamente Clara.

En aquel momento volvía la duquesa del brazo de Felipe. Con un movimiento de cabeza, el duque indicó a Clara, y al verla palidecer, la miró burlescamente, diciéndole:

-Merecías ser mejor amada -e inclinándose, se alejó lentamente.

Clara se estremeció ante la idea de que hubiese adivinado su secreto, lo que le haría dudar de la felicidad que había fingido. Presintió los peligros que iba a correr si el duque cometía el error de ocuparse de ella. ¿Cómo podría continuar la obra de la conquista de su marido? ¿Cómo impediría que a él le irritasen las asiduidades del duque? Teniendo que luchar ella misma con aquel peligroso conquistador, ¿cómo tendría la libertad necesaria para combatir a la duquesa, cuya audaz coquetería para seducir a Felipe era notoria?

Resolvió desaparecer y, haciendo a su marido una señal que le llevó en seguida a su lado, le rogó que pidiese el carruaje. Atajó las cariñosas protestas de Atenea saludó al duque con frialdad y se llevó a Felipe tan precipitadamente como si el castillo estuviese ardiendo.

Ya en su cupé, que corría velozmente en la noche serena y apacible, Clara se creyó salvada.. No temió interrogar a Felipe y, volviéndose hacia él, le preguntó:

-¿Cómo ha encontrado usted a la duquesa?

-Encantadora -contestó Felipe, distraído.

Clara se hundió en el rincón del coche con un gesto de despecho que la oscuridad no dejó que Felipe lo viese. Con una sola palabra le había herido. Ella no advirtió la indiferencia con que la pronunció. «No volveremos a la Varenne —se dijo Clara—. Sufriría demasiado.»

Sumido en profunda meditación, Felipe veía pasar ante sus ojos la elegante figura del duque que se inclinaba ante Clara y murmuraba a su oído con pérfida sonrisa cariñosas palabras. Con la garganta seca y ojos amenazadores, cerró los puños. No volvieron a la Varenne. En la siguiente quincena, dieron al señor Moulinet y a los duques una comida para devolverles el obsequio, y se negaron abiertamente a las reiteradas invitaciones de sus vecinos.

En su desespero, a Atenea le pareció sin inventiva La Brede y sin fantasía Tremblays y, disgustada, bailó con los nobles rurales de la vecindad. Moulinet, en el concurso hortícola de la Varenne, del que logró ser nombrado presidente, soltó un discurso que hizo dormir a algunos y divirtió mucho a otros.

Hubo fuegos artificiales, justas sobre Avesnes, premios a la virtud con acompañamiento de piezas musicales por La Lira de Besancon; continuó la vida alegre, alborotada y fatigosa que adoraba Atenea, pero nada la pudo satisfacer, puesto que no estaba allí la señora Derblay para hacerle sufrir sus triunfos.

La anciana marquesa vivía en las alturas de Beaulieu como una tórtola solitaria y no puso los pies en casa de su sobrina política. Empezó a notarse la ausencia de los señores Derblay, a la que dedicaban intencionados comentarios, y como llegase a casa de Clara la baronesa de Prefont, que tenía tan buena lengua, Atenea temió que se creyese en una ruptura de relaciones entre la Varenne y Pont-Avesnes. A toda costa había que romper el hielo que se amontonaba en grandes témpanos entre los dos jóvenes matrimonios, y sólo podía servir de pretexto una diversión pública, a la que fuese invitada la buena sociedad de la comarca.

La Brede fue quien, sin sospecharlo, como todos los hombres inspirados, proporcionó a la duquesa la buscada ocasión, proponiendo correr un ratty-paper en los bosques de la Varenne y Pont-Avesnes. Se invitaría a las autoridades civiles y militares y a los oficiales de la guarnición, y todo el mundo seguiría la caza a caballo o en carruaje, se prepararía una gran merendola en la encrucijada de los Estanques... En una palabra, sería una fiesta deportiva de la que hablarían hasta los periódicos de París.

Poco faltó para que Atenea abrazase a La Brede por su ingenio. Decidió a su padre para que hiciese las invitaciones ocupó a todos en cortar papelitos, y ella fue a Pont-Avesnes, de donde volvió radiante porque tenía una contestación afirmativa.

CAPITULO XIV

La encrucijada de los Estanques está en la linde de los bosques de Pont-Avesnes con los de la Varenne. Unos pantanos, cubiertos de juncos y de plantas de grandes hojas que extienden sus tallos relucientes por la superficie de las aguas como sierpes dormidas, se prolongaron en cuatrocientos o quinientos metros, dando éste nombre a aquel sitio. Ávidas de frescura, se inclinaban las ramas bajas de las encinas sobre las estancadas aguas, y las hojas que caen durante el otoño y se pudren, forman un limo fangoso en el que se revuelcan los jabalíes. Vallas pintadas de blanco, que cortan en tiempos normales los caminos del bosque, cierran un espacio de doscientos metros que cubre una hierba espesa y blanda como el terciopelo.

Grandes hayas de tronco gris y mucho follaje rodean la encrucijada y vierten su fresca sombra. Los ocho caminos de veinte metros de anchura que van a parar a aquel punto, se pierden de vista, rectos y bordeados de matorros rojizos, en la espesura del bosque. Es aquel un sitio tranquilo y misterioso. El sol hace brillar las aguas rizadas por la brisa, en las que se refleja la azul transparencia del cielo. Cuando se caza en el bosque, aquel sitio es excelente, porque los gamos, cansados de la tenaz persecución, de los perros, acuden a refrescar en los pantanos sus temblorosos corvejones y a beber agua para adquirir nuevo vigor. Un cazador, apostado en la orilla detrás de cualquiera de las grandes encinas, tiene segura la ocasión de disparar de cerca.

Amante apasionado de la naturaleza el señor Moulinet, y seducido por la belleza del paisaje, ha envilecido aquel sitio haciendo construir en él un quiosco chino.

En mitad del vasto espacio ofrecía una mesa al "aire libre", y servidos por criados vestidos de etiqueta, todos los refrigerios apetecibles antes de emprender la larga cabalgata los invitados de la duquesa. Hacía ya una hora que La Brede, atraillado con su fiel Tremblays, recorría los matorrales sembrando papelitos que debían indicar la pista, tomando la delantera, cortando las vías, multiplicando los cambios y preparando las equivocaciones con una conciencia inimitable.

Por todos los caminos que conducían a la encrucijada llegaban caballeros y amazonas en tálburis y calesas. Los vestidos claros de las mujeres protegiéndose con sus sombrillas multicolores, los dormanes azules y los pantalones rojos de los húsares, eran brillantes pinceladas rasgando el verde de los árboles.

Los caballos, sujeta la brida por criados con traje de paño verde estiraban hacia el suelo cubierto de fresca hierba, las bocas ávidas de comerla; entrechocaban los estribos unos con otros, se oía de vez en cuando un brioso relincho, los tapones de las botellas de paño verde, estiraban hacia el suelo cubierto de espumoso vino.

Vestida con una negra amazona de falda corta y esgrimiendo un latiguillo cuyo puño adornaba una piedra preciosa, Atenea acogía a los recién llegados con una alegría, una soltura y una franqueza sorprendentes. Las damas se acomodaban en la gran jardinera del duque, sentadas en los almohadones que llenaban el tablado. Vestido Moulinet con traje azul y guante gris perla, a las diez de la mañana había acaparado al barón, quien le inspiró en pocos días un tiránico afecto. El duque lucía un traje inglés de caza: casaca encarnada, calzón de piel blanca y gorra de terciopelo blanco con un lazo verde detrás. Felipe, vestido de negro,

como de costumbre, menos el calzón, que era de terciopelo gris con polainas del mismo color.

Como si fueran de uniforme, Clara y la baronesa vestían una amazona de paño azul y sombrero redondo, adornado con una pluma negra. Las dos estaban encantadoras; la señora de Prefont, elegante a pesar de su pequeña estatura, y Clara, esbelta y magnífica, modelando sus bellos hombros y su admirable pecho el sencillo vestido, sin adorno ninguno en el cuerpo.

Servida por Octavio, Susana mojaba una galleta en un vaso de vino de Málaga sin perder de vista su jaca, a la que apretaba la cincha y examinaba el bocado su hermano con especial atención, mientras Bachelin, desenganchando tranquilamente su caballo de doble uso, le ponía, ayudado de su guarda, la silla que había traído en la caja del cabriolé. La luz del sol doraba el bosque, iluminando profusamente el brillante cuadro. La brisa, ligera y fresca, excitaba la alegría.

—Señor Derblay —llamó de pronto Atenea, dejando al deseado prefecto, con quien hablaba.

Derblay se le acercó despacio, como si contase los pasos.

—¿No cree usted que ha llegado el momento de partir? Hace ya más de una hora que salieron esos señores con sus papeles; llevaban buen paso, y habrá que galopar para alcanzarlos.

—Confieso a usted, señora —respondió Felipe—, que estoy poco enterado de esta clase de ejercicios y temo dar mi opinión. Diríjase usted a Pontac, que, como gran cazador, sabrá lo que se debe hacer.

Y al mismo tiempo, Felipe señaló a un recio joven vestido con traje de cazador galoneado de plata, con tricornio, cuchillo de monte en la cintura y corneta colgada del hombro. Como si estuviera esperando la ocasión de presentarse, avanzó el vizconde de Pontac al centro de la encrucijada, e inclinándose con rigidez inglesa ante la señora de Bligny, dijo:

—Duquesa, estoy a sus órdenes, y si usted quiere confiarme la dirección de la caza, me comprometo a encontrar antes de dos horas a los señores La Brede y Trembiays. ¿Quiere usted que demos la señal de partida? Aquí tengo mi picador... ¡Eh, eh, Bistocq!

Del grupo de los criados salió un mocetón con traje también galoneado, polainas de cuero, nariz roja que destacaba en su curtido semblante como una fresa, arrastrando la pierna y tirando de un jamelgo, cuya brida se había pasado al brazo. Al llegar a seis pasos del señor de Pontac se detuvo, y en actitud de soldado sin armas, llevándose la mano a la visera de la gorra, esperó que le pidieran su dictamen.

—¿Permite usted que le interrogue? —preguntó el vizconde a la duquesa.

—Sin duda —respondió Atenea, muy satisfecha de la solemnidad del procedimiento.

—Mírala, querida —murmuró la baronesa a media voz—. Se da aires de soberana. Y ése Pontac toma en serio su papel. Todo esto para correr en busca de papelititos. ¡Vaya una diversión!

—La carrera empezará en la Heronniere —dijo Bistocq—. Allí es donde empieza la pista, y hay un pedazo de papel del tamaño de la mano. Es la única señal, porque esos señores temen que se les encuentre fácilmente. Debieran haber puesto un periódico. Esos animales... oh, perdón... esos caballeros han seguido bien por los matorrales, atravesando el Campo Nuevo, siguiendo por el llano de la Venta del Sargento, entrando de nuevo en el bosque por Belle-Empleuse, dirigiéndose a pie por la parte del gran Seto, dando el cambiazo en la Boulottiere...

-¡Alto! -dijo riendo el señor Pontac-. Si te dejan hablar, nos dirás todo el itinerario de la caza.

-Allí les cazaremos -dijo el picador, guiñando un ojo-. No es fácil que una persona se parezca mucho a los ciervos, y como no sea por la cabeza -añadió, con gesto burlón-, y aun para conseguirlo, se necesitan dos.

La duquesa se rió, y dirigiéndose a Pontac, dijo;

-Es picaresco vuestro criado. Papá, dale una propina a éste bravo mozo. Gracias a él, La Brede y Tremblays tendrán que alargar mucho las piernas si no quieren que les alcancemos en seguida.

-Duquesa, ¿doy la señal de partida? -dijo Pontac.

-Dela usted, vizconde.

Dando la vuelta a la corneta con la mano izquierda, Pontac se puso en medio de la encrucijada, e inflando los carrillos como si quisiera derribar los árboles del bosque, lanzó al viento las notas del instrumento.

-Le felicito, vizconde -dijo la duquesa-. Es usted muy hábil.

-Es hereditario en mi familia -contestó con meditación gravedad el vizconde-. Desde hace tres siglos, de padres a hijos tocamos la trompa.

Y moviendo la cabeza con aire de superioridad, se dirigió a su caballo.

En un instante se pusieron todos en movimiento; los cazadores montaron a caballo, y los curiosos, que seguían la caza en carruajes, se acomodaron en ellos. Por general impulso se dirigieron todos hacia las anchas calles que rodean la Heronniere.

-Señor Derblay, usted que conoce tan bien 2a comarca -dijo, sonriendo, la duquesa-, ¿quiere tener la bondad de guiarme? Dejemos partir el grupo de los cazadores. Usted tiene un buen caballo, yo también, y si cruzamos el bosque les llevaremos ventaja.

-Duquesa, ¿no tiene usted a Pontac, que le guiará mejor que yo?

-No -dijo alegremente la duquesa-. Quiero que sea usted, a no ser que se niegue, pero no le creo capaz...

El dueño de la fundición se inclinó sin contestar. Clara, de pie a pocos pasos y temblando de cólera, presenció la audaz tentativa de Atenea.

Lágrimas de dolor acudieron a sus ojos, y sin saber lo que hacía, apretó convulsivamente el brazo de la baronesa.

-Serás de los nuestros, ¿verdad? -dijo la duquesa, dirigiéndose a Clara, la cual inclinó dulcemente su bello y sombrío semblante, y dijo con voz tranquila:

-No; he fiado demasiado en mis fuerzas para poder seguir la caza a caballo. Iré en carruaje.

-¿Te enfada que me lleve a tu marido? -preguntó la duquesa, con aparente solicitud, y añadió riendo-: ¿Tienes celos de mí?

-No -respondió Clara, sin querer demostrar abiertamente su impotencia y su dolor.

-Entonces, a caballo -dijo alegremente Atenea, deseosa de consumir su victoria.

Con el corazón afligido, veía Clara partir a su esposo; tuvo un momento la idea de llamarle y retenerle a su lado, y exclamó:

-¡Felipe!

El se volvió con viveza y se le acercó, preguntándole :

-¿Qué tiene usted? ¿Está usted mala? ¿Desea usted algo?

Con una sola palabra no se habría apartado de ella, y acaso se evitaran muchos dolores, pero el orgullo, más poderoso que el amor, detuvo la súplica en los labios de Clara, que levantó la cabeza, y con aspecto duro, crispados labios y desdeñoso gesto, dijo:

-No, no, nada tengo, ni quiero nada. Vaya usted.

Felipe la dejó. En aquel momento le envolvió Clara en su creciente odio a Atenea, y sufrió uno de esos furores durante los cuales se mata.

En pie en el borde de una zanja, la duquesa se levantó un poco la falda, enseñando el principio de una pierna fina y elegante, calzada con bota de gamuza gris. Señaló al señor Derblay la hebilla suelta de su espuela, y Felipe, sin decir palabra, colocó sobre el arqueado empeine la correa y aseguró la hebilla junto al tacón. Provocadora y atrevida, se apoyó en él la duquesa, tocándole el hombro con el puño de su fusta, como para fijar bien su poder.

-Pero, ¿qué quiere decir todo eso? -murmuró la baronesa.

Miró al mismo tiempo a su prima, y la vio tan pálida y temblorosa, que no se atrevió a seguir preguntando.

Levantada por los robustos brazos de Felipe, la duquesa se sentó en la silla, recogió las riendas, hizo con la mano un ademán orgulloso a su rival vencida, y de un espolazo el caballo le saltó la zanja que separaba la plazuela de los matorrales. Felipe la siguió, y al poco tiempo su vaga silueta desapareció entre la espesura del bosque.

-¿Quieres que me quede a tu lado? -murmuró una dulce voz al oído de Clara, quien inmóvil y anonadada miraba cómo se alejaban los jinetes, lo mismo que si llevaran en la grupa su felicidad.

Volvióse la joven. El duque estaba a su lado. Clara ahogó un grito de cólera, y con rostro sombrío y bajos los ojos, replicó:

-Déjame; quiero estar sola.

Cogida del brazo de la baronesa, se dirigió hacia las lagunas, y el duque, al paso de su caballo, se dirigió al grupo de los convidados, guiándose por el lejano sonido del cuerno.

Octavio y Susana paseaban despacio, sin cuidarse de la caza y siguiendo en tranquila conversación por el verde ribazo. Sus caballos, atados al mismo árbol, se acariciaban rozándose el cuello, o tiraban con fuerza de las delgadas ramas que cogían con la boca. Ensimismado el barón, se sentó aparte, y con un martillo rompía pedazos de mineral que había recogido al borde del camino.

Sin hablar llegaron al quiosco, en el que había unos bancos y se sentaron. Un profundo silencio sucedió al movimiento y al ruido que reinó en el bosque. Una ligera brisa agitaba las canalejas, por entre las cuales revoloteaban algunos pájaros. La baronesa miró a su amiga, ya repuesta; sólo un ligero temblor de los labios indicaba la persistente agitación de sus nervios. Temiendo que su prima hubiese adivinado sus sentimientos, bajó la cabeza y apartó la mirada, restregando indiferente la arena con el pie.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó la baronesa, sin poder ya contenerse-. Llego a tu casa creyendo encontrar una tranquilidad bíblica, y me encuentro con disensiones y disgustos. Tu marido galopa al lado de Atenea, y el duque viene a ofrecerte su compañía.

-Cambio de señora, como en el rigodón -dijo Clara, riendo nerviosamente. Con grave ademán, la baronesa le cogió una mano y le dijo:

-¿Por qué intentas engañarme? ¿Me crees tan torpe que no comprenda lo que pasa? Clara, tú no eres feliz.

-¿Por qué no he de serlo? Vivo en medio del lujo, del ruido y de la animación. Tengo una familia que me adora, amigos que me rodean, un marido que me deja en libertad... Más de lo que pude imaginar. ¿Por qué no he de ser dichosa?

—Porque, querida mía, lo que imaginaste en otros tiempos hoy es tu desesperación. Tu marido te deja en libertad, pero ha recobrado la suya, y cuando le ves al lado de otra se te desgarran el alma. Por orgullo quieres negarlo, pero tu dolor te vende. No, no eres feliz ni puedes serlo, porque estás celosa.

—¡Yo! —exclamó Clara, con rabia, y al mismo tiempo lanzó una dolorosa carcajada que terminó en un sollozo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y escondiendo su sonrojo en el hombro de su amiga, lloró amargamente.

La baronesa dejó que desahogase su triste corazón, y cuando la vio tranquilizarse, le arrancó el triste secreto de su ruptura con Felipe. La señora de Prefont se quedó estupefacta, comprendiendo los tormentos que sufría Clara y sospechando los de Felipe. Adivinó el horrible contraste que existía entre la vida exterior y la íntima de aquellos dos seres. El brillo, la alegría y el cariño aparentes, y por dentro el silencio, la frialdad y el aislamiento. Aquellos desdichados representaban ante la gente una comedia con la obligación de desempeñar bien sus papeles. Desde aquel momento, la única idea de la baronesa fue trabajar por la reconciliación de los esposos, distanciados por una deplorable locura, y quiso conocer hasta el fondo el pensamiento de Clara.

—Pero cuando tu marido te cuidó con tanta abnegación, ¿no tuviste ni por un momento la idea de que se reanudaran los lazos rotos?

—Sí —respondió Clara, ruborizándose—. No sé lo que pasó por mí, pero me sentía otra; ignoraba si lo que me atraía hacia él era reconocimiento por sus cuidados o una más justa comprensión de su carácter. Cuando no estaba allí, involuntariamente le buscaba, y cuando estaba a mi lado, le veía sin mirarle. Su actitud era tan severa, tan triste, que no me atrevía a hablarle... ¡Oh, sí él me hubiese alentado...!

—¿No lo ha hecho?

—No; es tan orgulloso como yo, y más resuelto... No hay esperanza alguna. Estamos separados para siempre.

—Además, según veo, Felipe toma alegremente su partido, y nuestra bella duquesita Moulinet...

—No acuses a Felipe —interrumpió Clara, vivamente—. Ella es la que sin pudor se le ofrece. Me persigue sin descanso. Después de mi novio, mi marido, ¡qué triunfo! ¿Verdad? ¿Y cómo separarle de ella? ¿Qué he de hacer para defenderme? ¿Tengo siquiera derecho? ¿Acaso me pertenece mi marido?

—Francamente, es un poco más tuyo que de ella.

—¿Que vea lo que hace! —dijo Clara, con violencia—. Demasiado me ha hecho sufrir ya, y la paciencia tiene sus límites. Si me obliga a olvidarlos, no sé qué haré; probablemente alguna locura que nos pierda a las dos.

—¡Bah, bah! Tranquilízate, querida. Cuenta conmigo y yo respondo de que le ajustaremos las cuentas a esa deliciosa Atenea. Es una acaparadora, ¿sabes? Instinto de familia, porque su padre hacía lo mismo con el azúcar. Su especialidad son los maridos. Los necesita a todos. ¡Cuánto daría. Dios mío, porque se le antojase seducir al barón! ¡Cómo me divertiría!

Y con la cabeza le señalaba a su amado Prefont, siempre en el mismo sitio, y matando el tiempo recogiendo las piedrecitas con que se llenaban los bolsillos. Clara no pudo evitar una sonrisa. La imagen de Felipe pasó por su mente. No era su esposo dócil y paciente servidor, sino un dueño imperioso y terrible.

—La situación, desde luego, es grave —admitió la baronesa—. Pudiendo explicarse, el arreglo sería fácil, pero hablar es exponerse a un desaire, y entonces todo se va al demonio. Hay que recurrir a la diplomacia, hay quien me quite de la cabeza que tu marido te adora, pero no te lo quiere demostrar. Los hombres como él sólo aman una vez y para siempre. ¿Te has fijado bien en Derblay? Es un terco. Tiene hecha la cabeza para derribar murallas. Con ése carácter no le desarmarás más que humillándote.

—No vacilaría en hacerlo, porque nada me sería costoso con tal de atraérmelo. ¿Y si lo tomará por un nuevo capricho?

—Es verdad; conviene esperar una ocasión propicia para hacer esta importante prueba; si no se presenta, a buscaremos; pero, por Dios, no tengas ése aspecto aburrido y desesperado, porque vas a alegrar demasiado a nuestra querida amiga; recuerda que para todo el mundo eres dichosa, y finge felicidad mientras traías de conseguirla.

Clara exhaló un suspiro. La indomable joven, que pites pretendía vencer todos los obstáculos, ahora dudaba de su poder y desconfiaba de su voluntad.

—Creo que desde hace media hora hablamos con la mayor seriedad. Esa psicología conyugal me ha aturdido un poco. Si quieres creerme, galopemos un poco, y después yo iré a ver qué hace de tu esposo nuestra duquesita Moulinet. ¿Vienes?

—No, estoy cansada y me quedaré aquí. Parece que ni mi hermano ni Susana tienen ningún deseo de seguir a los cazadores. Ellos me harán compañía. Octavio y Susana volvían despacio y sin hablar. El marqués, un poco más serio que de costumbre, y Susana, con la cabeza inclinada y sonriendo con sus halagüeños pensamientos, llegaron hasta el sitio donde estaban atados los caballos. El joven, soltó las bridas, y mirando a Susana, le preguntó:

—¿Me permite que se lo diga a mi hermana?

Susana bajó la cabeza en señal de asentimiento, y contestó:

—Dígaselo, si quiere. Ya sabe usted cuéntenos quiere, y estoy segura de que se alegrará.

—Pues vaya usted con el barón y la baronesa; yo me quedo con Clara y le confiaré mi secreto.

Presentó a Susana sus manos cruzadas, y apoyando en ellas su pequeño pie, de un brinco se sentó en la silla. Seguidamente miró a Octavio más tiempo quizá del conveniente, le dio un apretón de manos con el que expresaba lo que no se atrevía a decir, y tocando con el látigo la grupa de su caballo, estuvo en seguida en la encrucijada.

Al acercarse el sonido del cuerno que se oía en el bosque, La Brede y Tremblays corrían como demonios.

—Vamos, barón; a caballo —dijo la señora de Prefont a su esposo.

—Estoy a tus órdenes, querida —respondió el amable marido, dejando de contemplar sus minerales—. Es muy curioso. Figúrate; no me extrañaría que las rocas de éste cerro tuviesen alumbre... Hablaré de esto con el señor Derblay. Acaso se pudiera hacer competencia a los alumbres de Italia. Ya sabes, cerca de Civita-Vecchia. Te los hice visitar cuando nuestro viaje de novios. Sería un buen negocio. Se necesita tanto sulfato de alúmina para la fabricación del papel...

—Sí, barón, sí —le contestó ella, con súbito enternecimiento—. Eres un ángel, y lo que es más, un ángel sabio. Toma, bésame la mano.

—Con mucho gusto —dijo el barón, sin que se alterase su habitual tranquilidad y acercando los labios a la mano finamente enguantada de su mujer.

La baronesa miró a su alrededor; hizo piafar briosamente a su caballo, saludó con la mano a Clara y a Octavio, y volviéndose hacia Susana, dijo: —¿Estamos, Susana? ¿Sí? Pues en marcha.

Y seguida de su marido y de Susana, inició el galope. Inmóviles, Octavio y Clara les vieron alejarse. Durante un momento permanecieron silenciosos. Octavio, meditabundo y un poco dominado por la emoción de la confidencia que iba a hacer; Clara, pensando en lo que le había dicho la baronesa, y calculando con una vaga angustia las probabilidades de triunfo en su difícil empresa. La voz de su hermano la sacó de su meditación.

—Clara, tengo que darte una gran noticia —le dijo.

Su hermana le miró con gesto de curiosa sorpresa.

—Susana y yo nos amamos —añadió en voz baja.

El semblante de Clara se iluminó como un cielo tempestuoso que atraviesa un rayo de sol. Tendió las manos a su hermano, y atrayéndole vivamente le hizo sentarse a un lado. Con deliciosa agitación nerviosa, ávida por saberlo todo, quizá vio la ocasión favorable para reconciliarse con Felipe. En aquel apacible sitio, le refirió Octavio con entusiasmo la novela sencilla y ya intensa de aquellos dos corazones que poco a poco se habían apoderado uno de otro; amor cándido y tímido, lleno de un puro encanto y nacido sin esfuerzo ni sacudidas, como las bellas flores bajo el cielo azul.

—Tú, que tienes tanta influencia con Felipe —dijo el marqués a su hermana—, háblale de mí y procura que me conceda la mano de Susana. Conoce desde hace tiempo mis ideas y sabe que nada me importan las ventajas del nacimiento y que procuro crearme una posición. En fin, trata de ser elocuente, convéncele, porque tienes mi dicha en tus manos. De pronto, Clara se puso grave. La influencia que le atribuía su hermano no la tenía. Desde la noche fatal, punto de partida de tantos dolores, apenas había hablado a solas con Felipe. En Pont-Avesnes sólo se veían a la hora de comer, y delante de los criados hablaban poco y siempre de cosas triviales. Y ahora, sin preparación, sin que él la alentase, tenía que abordar un asunto tan serio. Sin embargo, no dudó. Recobró confianza y tuvo como un presentimiento de la victoria.

Alarmado por el silencio de Clara, y predispuesto a ver dificultades como todos los enamorados, preguntó el marqués:

—¿Te niegas a defender mi causa?

—De ningún modo —respondió Clara, sonriendo—. Tranquilízate, la defenderé como si fuera mía.

—¡Cuánto te lo agradezco!

Y cogiendo a su hermana por los hombros, la besó tiernamente.

—¿Son estos mis honorarios? —dijo con una alegría que desde hacía un año nadie le había visto—. Se ve que tienes confianza, puesto que pagas por adelantado. Ve a buscarla, ya que has confesado tu crimen. Sabes que no temo la soledad, y necesito reflexionar sobre lo que acabas de decirme. Octavio corrió hacia su caballo, de un salto se sentó en la silla, y enviando con la mano un beso a Clara, quien le miraba sonriendo, partió con la celeridad del hombre que sabe que al fin del camino encontrará a la que ama.

CAPITULO XV

Al quedarse sola, Clara olvidó el sitio en que se encontraba y lo que pasaba a su alrededor, y se puso a meditar. Un lejano ruido se oía en el bosque, y por el ancho camino continuaban rodando los carruajes, pero ella seguía siendo ciega y sorda para todo lo que no era Felipe, y se entretuvo en reconstruir su vida tal como debió ser. Recordó el tiempo pasado, contó los días felices de que voluntariamente se había privado, y alejada de esta funesta época, apenas pudo comprender a qué sentimientos obedeció entonces. La preocupación de casarse antes que el duque, costara lo que costase le pareció tan mezquina que sintió vergüenza. ¿Tan vulgares motivos habían podido arrastrarla a comprometer toda su existencia?

Se dijo que Felipe, a pesar del gran ultraje recibido, no podía ser inexorable. No se apartaba de su imaginación el altivo y severo semblante del dueño de la fundición, y aún le dolía en los oídos la voz con que le dijo: «Algún día sabrá usted la verdad; sabrá usted que es más injusta que cruel, y aun cuando entonces se arrastre a mis pies implorando perdón, no tendré para usted ni una palabra de piedad».

Esta terrible promesa, ¿no fue hija de la cólera? ¿La cumplirla sin debilidad ni indulgencia? Le vio de nuevo con el rostro entre las manos agobiado por el dolor, levantando después la cabeza y mostrándole el rostro lleno de lágrimas. Seguramente la adoraba, y aquella noche hubiera dado su vida por una mirada cariñosa, por una frase de esperanza. Habían transcurrido ocho meses. Por la honda herida que su mano había abierto, ¿habría salido todo el amor de Felipe?

Con la punta del pie, Clara trazó maquinalmente unas líneas en la arena:

—Cuando se ha amado profundamente —dijo en voz alta, como si quisiera consultar la duda que le agitaba con el bosque, con el viento, con el espacio, con la naturaleza entera que serena y silenciosa la rodeaba—. Cuando se ha amado como él me amaba, ¿se puede olvidar?

—Cuando se ha amado profundamente —le contestó raía voz burlona, que al parecer bajaba hacia ella—, no se olvida jamás.

Clara se levantó con rapidez y vio al duque, que habiendo entrado un momento antes en el quiosco la miraba sonriendo, apoyado en la balaustrada.

—Convendrás en que llego a punto para responderte —dijo alegremente—.

¿Pensabas en mí?

—Seguramente no.

—Tanto peor.

—¿Qué vienes a buscar aquí?

El duque bajó los seis peldaños de la escalinata y se acercó a Clara.

—Te busco a ti —dijo, inclinándose.

—¿Qué intentas?

—Hablar con el corazón en la mano. Hace una hora me has acogido mal al ofrecerte mi compañía. He creído que serías ya más sociable, y heme aquí. ¿Estás de humor para responderme?

—Por Dios, querido duque, creo que nada tenemos que decirnos.

—¿Estás segura? Veo con dolor que has aprendido a disimular. Sufres y no quieres confesarlo.

Clara se encogió de hombros desdeñosamente, diciendo:

—Y yo veo que intelectualmente vas bajando de una manera notable. Repites sin cesar las mismas ideas con un acento quejicoso que da pena.

Tranquiliza tu sensible corazón. Ni sufro, ni estoy dispuesta a sufrir por complacerte.

—Así sea —repuso el duque con sencillez—. Celebro haberme engañado. Creía acertada la idea que tenía de tu estado de ánimo, pero seguramente, como dices muy bien, he perdido la lucidez. Esta mañana pensé que estabas nerviosa y agitada. La partida de caza tenía muchos atractivos, y, sin embargo, no has querido tomar parte en ella; te has dedicado a observar a tu marido.

—¿Y qué? —preguntó Clara, reprimiendo un movimiento.

—Que el señor Derblay, cosa rara, parece que no se ocupa de ti, dedicado por completo a la duquesa, que le escogió para acompañante, y tú, en vez de estar satisfecha al verle cumplir galantemente su deber, le diriges terribles miradas.

—¿Qué deduces de todo eso? —preguntó Clara, fríamente.

—Que el buen acuerdo que pretendes que existe entre vosotros, no es real; que él no aprecia en su justo valor el tesoro que la casualidad, o más bien mi mala fortuna, le ha dado. Al ver esto, han acudido a mi memoria mil pequeños incidentes en que no había reparado. He recordado tu extraña actitud el día del casamiento, me he fijado en tu tristeza, he analizado tus cóleras, y pesado el pro y el contra, deduzco que no tienes, digas lo que quieras, la felicidad que mereces.

El ataque era brusco y directo. En un instante, el duque había desbordado las posiciones defensivas tan pacientemente elaboradas por Clara, y le hizo comprender con audacia que no debiendo esperar la plaza socorro exterior, iba a sufrir un sitio en toda regla. Clara no quiso retroceder un paso, y tomó la ofensiva con una amargura que no disimulaba.

—Y tu alma compasiva y generosa —dijo— cree que es el momento oportuno para ofrecerme algún consuelo.

Experto el duque en esta clase de guerra, no siguió todavía a Clara en el terreno que ella tan atrevidamente le ofrecía. Confesando en seguida su cálculo, habría perdido para siempre lo que pretendía obtener, y prefirió mostrarse impelido por un sentimiento formal y profundo, y abandonando el tono sarcástico empleado hasta entonces, dijo con tristeza:

—Me juzgas mal, Clara. He hecho cuanto de mí dependía para olvidarte, y al llegar aquí creí que ya no te amaba, y que podría volver a verte sin peligro. Decían que eres feliz, y me alegraba. ¿Qué loco era! Después de tantos desengaños y de tantas amargas pruebas, creí mi corazón gastado y muerto, y con profundo dolor le he sentido renacer, vivir. De pronto han acudido a mi memoria sucesos pasados. Te he vuelto a ver y te encuentro preocupada, a pesar de los esfuerzos que haces para disimular tu tristeza. Habrías podido engañar a otro, pero a mí no, porque desde hace tiempo tu semblante nada oculta a mis ojos. Siendo tú feliz, te habría adorado de lejos, sin que una palabra mía turbase tu dicha, pero al verte sufrir, no he sido dueño de mi voluntad; me siento encadenado por una fuerza irresistible y comprendo que no hay para mí en el mundo más mujer que tú.

Clara escuchó estas apasionadas frases, advirtiendo que no hacían vibrar la más pequeña fibra de su corazón. Aquel hombre que tan cariñosamente le hablaba, ¿era el mismo que ella había amado hasta el extremo de perder la razón? Aquella voz que en pasados tiempos la conmovía, la escuchaba ahora con irritada frialdad; veía en el duque uno de estos astutos farsantes que revuelven el ánimo y excitan los nervios de las mujeres más equilibradas. Ni un solo momento pensó que pudiera ser sincero, ni vio en su asiduidad otra cosa que el deseo de satisfacer un repentino capricho.

—¿Sabes que no te falta impudicia? —dijo ásperamente—. Tuviste que elegir hace algún tiempo entre la mujer que decías amar y una fortuna que te tentaba, y sin vacilar cerraste el corazón y abriste la caja. Hoy, que ya tienes dinero, no te disgustaría tener también la mujer, y vienes a probar suerte. Querido duque, eres demasiado ambicioso. No pretendas poseerlo todo.

El duque movió melancólicamente la cabeza.

—¿Con qué dureza me hablas! Sabía que estabas resentida conmigo.

Clara hizo un brusco movimiento, brillaron sus ojos de indignación y dijo, con voz tajante:

—¿Resentida yo? Tú te adulas. Si me inspirases algo sería agradecimiento, porque gracias a ti, soy la esposa de Derblay, que es tan útil como tú incapaz, tan generoso como tú mezquino; que tiene, en una palabra, todas las cualidades, que a ti te faltan y ninguno de tus defectos. ¿No es a ti a quien debo que sea mi esposo?

El duque se mordió los labios. Cada palabra de aquel violento apostrofe le había llegado al rostro como un latigazo.

—El señor Derblay —dijo, procurando dominar a Clara con la mirada— es, sin duda, perfecto, pero tiene un ligero capricho que hace su perfección inútil, al menos para ti: no te ama. Hace pocos meses que estáis casados y si te aprecia en tu justo valor, no se movería de tu lado, atento y cariñoso. ¿Dónde está? Con la duquesa.

—¿Tu mujer! —exclamó Clara, con violencia.

Y haciendo en seguida un esfuerzo para dominarse, añadió con tranquilidad:

—¿Por qué me ha de alarmar eso cuando a ti no te conmueve?

—Oh, no soy celoso —respondió el duque, con su habitual aplomo—. Además, conozco a la duquesa; es una admirable muñeca cubierta de encajes y joyas, que no tiene dentro del rico vestido ni corazón ni cabeza. ¿Dónde podría arraigar en ella la pasión? Pero tu marido...

Mientras decía esto, se acercó a Clara, como si temiera que el veneno de sus palabras, al pasar por el aire, perdiese su pérfida acritud.

—Hace un instante le has visto con ella. El ingrato desdeña su dicha; el imprudente se expone a perderla. ¡Bah! Déjale con la duquesa. Son dignos el uno del otro. Y permite que siga a tu lado quien como yo te aprecia, te comprende y te ama.

Clara dio un paso atrás para aumentar la distancia entre ella y el duque, y queriendo aparecer tranquila sin conseguirlo, contestó:

—Lo que me dices sólo me hace reír.

—Como dice Fígaro, para no verte obligada a llorar, porque el fondo de éste asunto es inmensamente triste. Estás unida a un hombre que moralmente siempre será para ti un extraño. Entre él y tú, todo se combate y se rechaza. El es plebeyo y tú noble. Estoy seguro de que tiene ideas de igualdad, y tú eres aristócrata hasta el canto de las uñas. Es rudo como todo lo que emana del pueblo, y su rudeza te desagrade. Tú eres altiva como todo lo que procede de la nobleza, y tu altivez le irrita. Las dos razas de que habéis salido son enemigas natas, y los antepasados de ése hombre cortaron tranquilamente la cabeza a tus antecesores, querida mía. En una palabra, todo es propicio para que os odiéis, y nada para que os inspiréis amor.

Clara levantó con soberbia la cabeza, y desafiando con la mirada al duque, dijo:

—Sin embargo, le amo, y tú lo sabes.

—Te imaginas que le amas —repuso Bligny, con dulzura y como si tratara de convencer a un niño—, porque estás celosa. Pero hay muchas clases de celos; los hay producidos por el amor, y los hay ocasionados por el orgullo, que son los que tú sufres; lo juraría. Tu marido no hace caso de ti, y por poco afecto que le tengas, esto te irrita, lo que es muy natural. Quieres atraerle por espíritu de contradicción. Todas las mujeres sois lo mismo, y la crisis que sufres me la sé de carrerilla. Silenciosa, con admiración y disgusto, Clara escuchaba el audaz análisis del duque. Tomó él por curiosidad lo que era estupor, y ávido de continuar la obra de desmoralización que creía haber comenzado hábilmente, añadió riendo:

—Mira, juego a cartas vistas contigo. La crisis tiene cuatro fases como el movimiento de la luna. En éste momento estás en la primera, llamada fase de resistencia. Tu marido se te escapa y te empeñas en reconquistarle; es tu idea fija. El resiste, y pronto advertirás que tus esfuerzos son inútiles. El galanteador que se limitaba a inocentes coqueteos va a ser resueltamente infiel y tú entrarás en la segunda fase, llamada de desilusión. Todo se derrumba, pierdes las ilusiones, acaba tu tranquilidad, caes en el más profundo abatimiento y empiezas por acudir a Dios, consuelo único de todas las desesperaciones. Pero como continúa el libertinaje de tu esposo, empieza a irritarse tu fe. El marido, feliz, está muy contento, y tú muy triste, porque al fin sólo tienes veintidós años y tienes derecho a que te amen, y no se puede vivir siempre sola. Una callada irritación se apodera de tu ánimo, y entras en la tercera fase, la de la cólera. Cae el velo de tus ojos y ves a tu marido como es en realidad, es decir, torpe, ordinario y necio, admirándote el haberle echado de menos siquiera un minuto. Descubres en tu alma una aspiración vaga a ciertas compensaciones. Entonces, ¡ay del esposo infiel! La crisis se acerca. Ruborizada aún, pero resuelta, pondrás el pie en la fase del consuelo. Miras ante ti, y todo está florido, todo alegre. ¡Qué bien se olvida! Un paso más, y estás dentro. ¿Vacilas? Permíteme que te ofrezca la mano para hacerte los honores de esta fase en la que te aguardo con poca esperanza y con mucho amor.

El duque quiso coger la mano de Clara, y ella lo rechazó bruscamente, con rostro sombrío y amenazador.

—Tus cálculos son ingeniosos —dijo—, y demuestran un largo estudio de las mujeres, pero es lamentable que al observar tan sagazmente a las locas y a las depravadas, no te hayas fijado en las honradas. Hay, sin duda, y me enorgullece demostrártelo, mujeres desgraciadas que no pierden la razón, que se niegan a vengarse, y para quienes es bastante consuelo su propia estimación y el merecido respeto de los demás.

—Perfectamente; estás dentro de tu papel. Fase de resistencia.

—Si persistes, tendré que odiarte.

—Persisto, porque no puedo dejar de amarte.

—Lo que llamas amor es una persecución indigna. ¿Qué clase de hombre eres para exponerte a mi odio después de merecer mi desprecio?

El duque permaneció un momento silencioso, y mirando a Clara, quien seguía de pie, trémula e iracunda. Desatada una trenza de sus rubios cabellos, le brillaba en la espalda. Bajo la amazona de paño azul se ensanchaba el pecho; crispada la mano en el puño del látigo, agitaba como un arma el fino cuero trenzado. Su aspecto en aquel instante era admirable.

Bligny dominó su furioso deseo; palideció, se le turbó la vista, y dirigiéndose a ella con los brazos abiertos, balbuceó:

-A todo me atreveré para que seas mía.

Casi la tocaba ya. Clara sintió en el rostro su abrasador aliento y echándose hacia atrás con el ceño fruncido y apretada la boca, exclamó:

-¡Cuidado! Si das un paso más, te trato como al último de los cobardes y te cruzo la cara.

El duque la vio con el brazo en alto, enérgica y temible, dispuesta a pegar, y retrocedió un paso. Orgullosa por haber triunfado, pero temblorosa aún por la resolución tomada, se irguió y le preguntó, sin disimular su dolor:

-¿Estoy yo en una situación que te aconseja humillarme así? ¿Me encuentro tan públicamente abandonada que se puede, sin peligro, hacerme sufrir esos ultrajes? ¿Te atreverías de ése modo si hubiese un hombre a mi lado para defenderme? Pero como estoy sola, crees que puedes atreverte a todo. Pues ya ves que soy capaz de defenderme.

Tranquilizado el duque, se inclinó y le dijo:

-Ya cambiarás de opinión. El porvenir es mío. Soy paciente y esperaré.

Esta fría y audaz respuesta indignó a Clara. Miró al duque con desprecio, y temblándole la voz por la violencia de su emoción, exclamó:

-Pues sepas que aunque fuera la más desdichada de las mujeres, aunque llegara a ser la más indigna, lo cual no es posible, y a perderme, me inspiras tal aversión y tal repugnancia, que antes que a ti me entregaría a cualquier desconocido, al primero que pasara.

Esta frase de furor la oyó el duque con frialdad, y con la misma confiada sonrisa que tenía el don de poner a Clara fuera de sí, le dijo:

-Allá veremos.

Clara no se tomó la molestia de contestarle; se apartó de él, y dirigiéndose a la Encrucijada, de donde la separaba un telón de álamos y sauces, se acercó al sitio donde los criados del señor Moulinet preparaban la comida para los cazadores.

La brusca agresión del duque le produjo un temor que conservaba todavía; le había visto los ojos brillantes, trémulas las manos, pálido el rostro, dispuesto a todo, y le inspiró horror la lucha de que gracias a su energía se había librado por primera vez. Desconfiando del honor de aquel caballero que adoró durante mucho tiempo como a un Dios, fue con una inmensa tristeza a ponerse bajo la protección de los lacayos.

-¡Atención! -dijo el cocinero mayor a sus pinches-. Los convidados llegan.

Como una avalancha llegaban los carruajes por todos los caminos del bosque, rodando sobre el verde césped. Los jinetes iban a los lados. Se oían gritos y llamadas de unos a otros entre aquella juventud entusiasmada aún por la rápida carrera, y aunque se encontraban a más de quinientos metros de distancia, se percibían claramente sus vibrantes voces.

Dedicados sin ninguna preocupación a disfrutar de la fiesta, gozaban completamente de aquel hermoso día. Clara comparó con dolor aquella alegría con su tristeza, y le desconsoló que el mundo entero se vistiese de gala estando ella tan melancólica, sin recordar que era ella la única causante de su desdicha.

Un carruaje que entró en la encrucijada la distrajo de sus atormentadoras ideas. Iba en él la marquesa, arrellanada en el fondo como en una poltrona y con una pañoleta de encaje sobre los hombros. Clara se le acercó como quien acude a su salvación, pareciéndole que la presencia de aquella noble señora purificaría el aire. Al verse a su lado recobró en seguida la tranquilidad. Indolente como siempre, no tuvo prisa la señora

de Beaulieu por bajar al bosque, y sólo para ver a su hija a caballo sacudió su pereza, ordenando que enganchasen el coche.

-¿Qué? -le dijo-. ¿Estás aquí sola? ¿Dónde está tu marido? ¿Qué hace Sofía?

-Hace un momento que la baronesa estaba aquí conmigo, y yo le he pedido a Felipe que tomara parte en la cacería. El marido no debe estar pegado a su mujer en público, y así se evitan habladurías.

Tan risueña y tranquila estaba, que la marquesa la miró con la mayor satisfacción. Espíritu un poco superficial, nunca tuvo la menor sospecha de los disgustos de Clara.

-Sois lo bastante felices para daros el lujo de disimular vuestra dicha -dijo la señora de Beaulieu-. ¡Ah, ése Felipe es la perla de los yernos! Los cazadores llegaban al trote e interrumpieron a la marquesa, pudiendo Clara no demostrar el disgusto que le causaban, los elogios de su madre. La Brede y Tremblays en sus caballos blancos de espuma, rojo como escarlata uno y pálido como un muerto el otro, llegaban rodeados por el jovial escuadrón que les felicitaban por haber resistido tanto tiempo la persecución de la caza. Pontac tocaba la corneta con toda la fuerza de sus pulmones, y su picador Bistocq, a pie, con los brazos caídos y con muy mal humor tiraba de su matungo y soltaba entre dientes violentas diatribas contra aquellos aficionados que jugaban a cazar y reventaban a los bravos caballos por correr en busca de pedazos de papel como si fueran traperos.

En el acto, vio Clara que Felipe volvía con Susana y la baronesa. Sofía se adelantó para llegar antes que nadie a su lado, y al oído le dijo unas palabras que le halagaron y la ruborizaron.

-Cuando llegamos ya no estaba con Atenea. La había dejado con ése imbécil de Pontac, que ya no sabe qué ruido hacer con su trompa de caza. Bonita afición la de ése necio, y él es agradable en sociedad.

Y se echó a reír, mirando y guiñando los ojos, con la insolencia involuntaria de los miopes, a Atenea, que llegaba ensordecida por la corneta de su compañero, pero sin atreverse a decir nada porque temía que pudiese faltar a las conveniencias. Al ver a Clara, puso el caballo al galope, y haciendo una mueca al duque, que inmóvil e indiferente estaba de pie a un paso del carruaje de la señora de Beaulieu, le dijo:

-Al fin te encontramos, duque, y al mismo tiempo que a la señora Derblay. Has hecho muy bien en acompañar a tu prima.

Atenea dirigió una diabólica mirada a Felipe, tratando de transmitirle su injuriosa sospecha y a la vez vengarse del humillante abandono en que el dueño de la fundición la había dejado. Severo y casi amenazador, se adelantó Felipe, y Clara palideció al comprender que el implacable odio de la duquesa intentaba conseguir que aquellos dos hombres se lanzaran el uno contra el otro.

-No he tenido la suerte de acompañar a mi prima, como dices bien -respondió el duque, inclinándose respetuosamente ante la señora Derblay-. Mi tía ha llegado aquí antes que yo.

-Entonces, querido, tienes un mal caballo y debes cambiarlo por otro -repuso la duquesa.

Y apretados los dientes por la cólera al ver su maldad burlada, pegó un fuerte latigazo en las orejas de su caballo, el cual se encabritó y cabeceó violentamente, llenándose de espuma los belfos.

El duque se adelantó fríamente, cogió por la brida al animal y lo sujetó, y ayudando a Atenea a apearse, le dijo en tono impertinente:

-No hay nada de peor gusto que castigar así al caballo, querida. Sin contar que montas muy mal y te puedes caer, lo que sería grotesco. Créeme: olvida esos modales, que huelen demasiado a tienda de comestibles.

Dejando a la duquesa pálida de ira, con el mismo tranquilo paso, Bligny se dirigió a donde estaban sus amigos para celebrar con ellos el éxito de la cacería.

Desasosegada y temblorosa, Clara subió al coche de su madre y le pidió que la llevase a Pont-Avesnes. Sentía como un peso en el corazón. La respuesta del duque a Atenea, que tan oportunamente impidió la peligrosa intervención de Felipe, la vio como si le atribuyese una especie de complicidad. A punto estuvo de decírselo a su marido, prefiriendo sus censuras y su indignación a aquella odiosa connivencia con el hombre que la había ultrajado. No se atrevió, sin embargo, a hablar, y suspirando se vio condenada a seguir mintiendo, lo que más le repugnaba, como si tuviese que engañar siempre y en todas partes, y con semblante risueño cuando tenía la desesperación en el alma.

Dirigió unas tímidas miradas a Felipe, que cabalgaba al lado de Bachelm, quien iba en su cabriolé. El dueño de la fundición hablaba con el viejo notario sin que su voz ni su expresión demostrasen emoción alguna, y Clara pensó que tal vez se había engañado al creer que había visto en sus ojos un relámpago de ira cuando avanzó hacia el duque, pero sabía el dominio de Felipe sobre sí mismo, y tal vez en aquel momento trataba de aparecer indiferente.

Clara deseó que estuviera celoso, y aun a riesgo de su vida habría querido verle amenazándola con la mano levantada sobre ella, como en aquella terrible noche. No queriendo sufrir por más tiempo la incertidumbre, decidió hablarle al día siguiente de la petición de su hermano y conocer de una vez el misterioso pensamiento de su marido. Tomada esta resolución, quiso estar alegre y se esforzó por disipar las nubes que velaban su frente, y como la actriz que sale a escena para interpretar su papel, fingía jovialidad y alegría.

Lejos, en la arboleda, se oía el jubiloso alboroto de los cazadores, despertando los ecos del bosque la corneta de Pontac, que tocaba La muerte del ciervo, encarnado en las desiguales personas del gordo La Brede y el pequeño Tremblays.

CAPITULO XVI

Felipe trabajaba en su despacho, llena de papeles la mesa, que repasaba con rapidez y los firmaba luego. Eran las diez y el sol caía a plomo sobre la fachada del castillo. Un rayo indiscreto se fijó en la frente del dueño de la fundición, e interrumpió su trabajo. Se levantó y fue al balcón y vagamente miró hacia el jardín.

Cerca del estanque y a la sombra de un toldo rayado, Susana, vestida de blanco, pescaba sin fijarse en lo que hacía. El sedal se había hundido, y agitado el corcho por los tirones de un pez cogido al anzuelo, hacía ondular el agua transparente. Mirando la joven al espacio, inmóvil y con risueño semblante, parecía embebida en un pensamiento feliz.

Felipe sonrió, y abriendo el balcón sin hacer ruido, le dijo:

—Susana, ¿no ves que ha picado?

La muchacha se estremeció, y dirigiendo graciosa mueca a su hermano, le contestó:

—Me has asustado, Felipe.

—Tira, tira; hace diez minutos que está cogida al anzuelo la carpa, y no se debe hacer sufrir a los animales.

Susana levantó la delgada caña, y sacó fuera del agua al pez, que brilló como relámpago de plata; lo arrancó del anzuelo y lo echó en una bolsa de malla que tenía sobre la hierba.

—Ya son doce —exclamó Susana, vanidosa, enseñando a su hermano la bolsa.

—Buena fritada —contestó Felipe—. Se ve que los peces se empeñan en que los pesquen.

Miró un momento cómo su hermana ponía un gusano rojo en el anzuelo. Bajo el azulado cielo y a la sombra del toldo, se la veía tan risueña y sonrosada que enterneció a Felipe. Exhaló un suspiro, envió a la adorada niña un silencioso beso, dejó caer la persiana que le protegía de los rayos del sol y cerró el balcón. Quedó el despacho en una fresca penumbra. Derblay volvió a la mesa, y al ir a sentarse le detuvo un discreto golpe dado en la puerta.

—Adelante —dijo maquinalmente.

Se abrió la puerta y entró Clara, ruborizada, emocionada, pero resuelta.

—¿No le molesto? —preguntó aproximándose, mientras Felipe, sorprendido por la inesperada pregunta, le acercaba cortésmente una butaca.

—De ningún modo.

Y apoyándose en la chimenea, esperó.

Clara se sentó, y apoyando la cabeza en el respaldo, miró a su alrededor. Nunca entraba en aquella habitación, que era como el mundo privado de Felipe. La gravedad un poco fría de la estancia, en armonía con el carácter de quien la habitaba, le gustó. No disgustándole que se retrasase el momento de empezar a hablar, se entretuvo en examinar uno por uno todos los objetos. Le latía con violencia el corazón y le dolían las sienes.

De pie y en guardia, Felipe la observaba y fue el primero en romper el silencio.

—¿Tiene usted algo que pedirme?

Clara le miró, y con acento triste, contestó: —Vivimos tan alejados uno de otro que, en efecto, sólo por una petición puedo atreverme a molestarle. Felipe hizo un cortés ademán negativo, e inclinándose hacia su mujer, como para alentarla, dijo:

—La escucho a usted.

Clara inclinó la frente como si meditase lo que iba a decir. Estaba temblando y con la boca seca; nunca había tratado un asunto tan grave ni con mayor angustia.

—Lo que tengo que decirle es de la mayor importancia y le interesa tanto a usted como a mí.

—Explíquese.

Clara dirigió a su marido una mirada tan llena de mudos ruegos, que él debió caer de rodillas, pero continuó circunspecto, esperando.

—Ante todo, dígame usted si le inspira algún interés Octavio.

—No creo —contestó Felipe, un poco sorprendido— que hasta ahora haya tenido su hermano ningún motivo para dudarlo.

La contestación era ambigua, y Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Y si tuviese usted una ocasión para demostrarle ése interés?

—Probablemente la aprovecharía.

A éste punto quiso traer Clara a su marido con sus cautelosas preguntas. Le bastaba ya con indicar el objeto de la entrevista, e impulsada por la fiebre de la empeñada lucha, no titubeó.

—Pues se presenta la ocasión. ¿Desea saberla? Debo advertirle que se trata de algo serio, y no sólo de mi hermano...

—¡Cuántos rodeos! —interrumpió Felipe—. ¿Tan difícil le parece obtener lo que desea pedirme?

Clara miró a su marido de frente como si no quisiera perder el menor movimiento de su fisonomía, y dijo con atrevimiento:

—Júzguelo usted: Octavio ama a su hermana y me ha encargado que le pida su mano.

A Felipe se le escapó una breve exclamación y miró a Clara con gesto sombrío.

Para disimular su aturdimiento, dio algunos pasos y llegó al balcón, donde se detuvo sin decir nada, y levantando un poco la persiana. En el borde del estanque estaba Susana, ajena a lo que pasaba, sumida en sus felices ensueños y sin tratar de recobrar la caña de pescar que se le había caído y flotaba sobre las transparentes aguas. El dueño de la fundición miró a aquella cándida y dulce niña nacida para ser feliz. Clara, devorada por la ansiedad, se dirigió a su marido, y viéndole pensativo y absorto, le preguntó:

—¿No me contesta usted?

Felipe contestó despacio, como si le doliera lo que iba a decir.

—Lo siento por vuestro hermano, pero ése matrimonio es imposible.

—¿Se niega usted? —murmuró Clara, con manifiesto desconsuelo.

—Me niego —contestó Felipe, con frialdad.

—¿Por qué?

Felipe miró fijamente a su mujer como si quisiera que su respuesta le llegara al alma,

—Porque ya hay una persona desgraciada en mi familia por culpa de usted, y creo que es bastante.

—Cuidado, tenga mucho cuidado —replicó Clara, vivamente—. Acaso sea más cierta la desgracia de Susana negándole a mi hermano.

—¿Por qué? —preguntó Felipe, con repentina animación.

—Porque ella le ama.

En el jardín se oía la voz alegre de Susana, mientras arreglaba con Brígida los utensilios de pesca.

Felipe se detuvo un instante para escuchar; rápidamente dijo:

—Ella le ama. Efectivamente, es una gran desgracia, pero no me hará cambiar de resolución. Si el día antes de casarnos me lo hubiese impedido

alguien, aun destrozándome el corazón, me habría rendido un inmenso servicio. Sirva al menos de algo la cruel experiencia que he sufrido. Si mi hermana debe llorar, que lllore libre, y no verá ante sí un porvenir irremediabilmente perdido.

El ataque era tan rudo, que Clara perdió su aplomo.

-¿Es una venganza lo que usted persigue?

-¿Una venganza? -dijo Felipe, con altivez-. ¿Cree usted que haya una que me pueda satisfacer? No. Es una precaución que tomo, y todo me lo aconseja.

Clara se dejó caer en la butaca. Advirtió en las palabras de su marido tal desdén y tal resolución, que renunció a combatir; ya sólo pensó en suplicar.

-Le ruego que no me haga responsable de la desdicha de esos muchachos. ¡Bastante desgraciada soy ya! ¿Qué debo hacer para que rectifique usted? Yo le ofendí a usted gravemente; lo confieso.

Felipe se echó a reír con amargura.

-¿Que me ofendió usted? ¿Y se digna confesarlo? Me parece que concede usted demasiado.

Clara no recogió la ironía de estas palabras, decidida como estaba a llegar hasta el fin.

-Sí, le he hecho a usted mucho daño, pero usted me lo hace expiar duramente.

-¿Yo? -interrumpió Felipe-. ¿Cómo? ¿Le he dirigido alguna palabra de censura? ¿Le he dicho algo que la ofenda? ¿He faltado a nuestro convenio?

-No, pero habría preferido su cólera antes que esa altiva indiferencia con que me trata. No oigo más que plácemes por la dicha que me suponen; en todas partes se me envidia y me envidia y me felicitan, pero cuando entro en nuestra casa, ¿dónde está mi felicidad? La busco y sólo encuentro la soledad, el abandono y la tristeza.

Felipe se irguió como si acabara de crecer, y dominando a aquella infeliz esposa tan sometida a su poder, dijo:

-No dependió de mí el que esto suceda. Usted decidió su vida, y tiene la vida que quiso.

-Es verdad -contestó Clara, con voz apagada-, pero tenía, por lo menos, el derecho a vivir tranquila, y ni siquiera eso he podido conseguir. Entonces se levantó, y desolada, gimiendo, con las manos crispadas, añadió:

-Esa miserable mujer que me odia viene a perseguirme hasta aquí, y usted se presta a su juego. Ella le provoca, le compromete, y ni siquiera se apiada usted de mí, evitándome sus ultrajantes audacias. Temo que tenga un límite mi paciencia, porque esto no puede durar más tiempo. No estoy dispuesta a que dure. ¡No lo quiero!

-¿No quiere? -preguntó Felipe, al ver que Clara insistía con furiosa obstinación.

-No; no quiero.

-¿Olvida usted que aquí no hay nadie más que yo que tenga el derecho de decir «quiero»? -dijo severamente el dueño de la fundición.

Toda la sangre de la orgullosa joven se le subió a la cabeza, y ciega por la ira, arrebatada por los celos, exclamó :

-¡Cuidado! ¡No me desespere usted! Puedo sufrir su indiferencia, pero un desdén tan insultante, un abandono tan público... jamás lo sufriré!

Felipe se detuvo ante ella, y mirándola con cierta ironía, le dijo:

-Sigue usted siendo la misma. No ha cambiado en nada. Siempre orgullosa. La alarma lo que puedan pensar los demás. Lo que sobre todo le preocupa

es la opinión pública. Por quedar airosa ante el mundo, se lanzó usted a la loca aventura de nuestro casamiento, y desesperada por lo que puedan criticarla, porque pueden burlarse de usted, pierde la calma y llega hasta amenazarme.

-¡Oh, no! No amenazo -interrumpió Clara, sin poder contener sus lágrimas-. Suplico. Tenga usted piedad de mí, Felipe. Sea usted generoso... ¿No se cansará usted nunca de herirme tan duramente? Tanto se ha vengado usted, que podría ser indulgente. Si no quiere cambiar las condiciones de nuestra existencia, asegure siquiera mi tranquilidad. Líbreme de la duquesa, aléjeme del duque...

Pronunció estas palabras en voz baja, como si temiera que saliesen de sus labios.

-¿De qué se queja usted? ¿No los sufro yo a él y a ella? Son parientes suyos. ¿Qué diría el mundo, ése mundo a cuya opinión todo lo subordina usted, si les cerrásemos nuestra puerta sin motivo? Es forzoso tener paciencia y sufrir las consecuencias de nuestra triste realidad. La vida no se modifica al capricho de un niño mimado. Todo es grave y serio, y la desgracia llega demasiado fácilmente, sin que se la busque. Ya lo sabe usted. La vida nos ha arrojado a los dos fuera del camino trillado, y nuestro deber es seguir adelante, puesto que no tenemos el derecho de desandar lo andado.

-Entonces... -dijo Clara-, ¿nada debo esperar de usted?

-Nada -contestó Felipe, fríamente-, y recuerde que fue usted quien lo quiso así.

Clara miró a su marido. Las facciones de Felipe estaban alteradas, los ojos hundidos, el color pálido, pero el acento de su voz era sereno y resuelto.

Por un momento tuvo la idea de arrojarse a sus pies, mostrarle su corazón y confesar que le amaba. Dio un paso hacia él, le tendió las manos con el pecho oprimido y ahogándose. Pero un resto de orgullo la detuvo; exhaló un profundo suspiro y se quedó quieta.

Felipe se le acercó.

-Tengo que ir a la forja -dijo con la misma tranquilidad que si nada hubiera ocurrido entre él y aquella. mujer que le adoraba-. Perdóneme que la deje.

-¿Qué debo contestar a mi hermano? -preguntó tímidamente Clara.

-Dígale que cuento con su lealtad para que Susana no sepa mi negativa. Antes de ocho días resolveré de qué modo alejaré momentáneamente a esa niña.

Y pasando como una sombra por el despacho, saludó a Clara con indiferente inclinación de cabeza y salió.

Clara continuó algunos minutos en la estancia, abandonándose a su dolor sin reserva alguna. Tendida en el diván, midió la intensidad de su desgracia. Era, pues, irrevocable. En vano demostró a Felipe la herida de su corazón; él la había mirado distraídamente. Para él, ella no existía; se lo dijo un día y cumplía su promesa. Implacable, no quería perdonarle un pasajero extravío de su razón, y cuando se acercaba a él, la rechazaba. Se acusó de haber destrozado el porvenir de su hermano, porque si Felipe le negaba la mano de Susana, era porque desconfiaba de la sangre de los Beaulieu, cuya fatal violencia le había ella demostrado. ¿Cómo le daría tan desconsoladora noticia?

La voz de Susana en la habitación inmediata la hizo ponerse en pie con la rapidez de un gamo que oye los ladridos de la jauría. Temió que la sorprendiera llorando sola en el despacho de su marido, y corrió a

encerrarse en su habitación. A la hora del almuerzo hizo avisar que estaba indispuesta, y no bajó. Hacia las dos, cuando desde su ventana vio a Susana internarse en las umbrosas alamedas del parque, llegó furtivamente a la escalera, salió por la puerta pequeña del patio y fue andando a Beaulieu.

Impaciente el marqués por saber el resultado de la negociación entablada por su hermana, paseaba por la terraza; sabía que no le tendría inquieto dudar mucho tiempo. De lejos vio a Clara subiendo la empinada cuesta que lleva al palacio, y le sorprendió dolorosamente su actitud. La señora Derblay avanzaba despacio, cabizbaja y sin taparse del sol, que de vez en cuando asomaba entre las nubes y picaba demasiado. Su aspecto lánguido y desalentado anunciaba la derrota. No iba alegre y resuelta como mensajera de buenas noticias.

En un momento llegó el joven al lado de Clara y se cruzaron sus miradas; la del hermano, ansiosa y turbada, y la de ella desesperada y sombría.

-¿Qué ocurre, Dios mío? -murmuró Octavio, cogiéndola convulso por el brazo y casi arrastrándola hacia una plazuela rodeada de bancos, desde donde la vista era admirable.

El olor exquisito de los tilos en flor llegó hasta Clara, concluyendo de enervarla, y con los ojos llenos de lágrimas permaneció ante su hermano sin decir una palabra.

-Por favor, Clara, ¿qué ocurre? Todo es preferible a tu silencio.

Apiadada de la ansiedad de su hermano, Clara dijo con penoso esfuerzo:

-Traigo, mi querido Octavio, una triste respuesta a la petición que me has encargado. El matrimonio entre Susana y tú es imposible.

Octavio retrocedió un paso, como si a sus pies se abriera un abismo. Miró a su hermana con ojos extraviados, y no comprendiendo bien, repitió:

-¿Imposible? ¿Por qué?

-Felipe se niega.

-¿Y en qué funda su negativa? -preguntó el marqués.

Clara no contestó. Su confusión la enmudecía. ¿Qué le respondería a su hermano? ¿Podía revelarle el secreto de su dolorosa existencia? ¿Qué pretexto podía inventar para que la negativa de Felipe pareciese razonada? Había, sin embargo, que contestar sin titubeos, porque, Octavio la miraba buscando la verdad en su semblante, en sus menores gestos.

-No ha dicho los motivos -balbuceó Clara, sonrojándose-. Se ha negado a explicarse.

-¿Sin motivo? -preguntó el marqués, extrañado-, ¿Sin explicación? Y Felipe, a quien quiero tanto, ¿no ha vacilado en causarme éste dolor? Conmovido, Octavio se enjugó los ojos, y sentándose silencioso, buscó desesperado en su imaginación cuál sería la causa que Felipe no había querido decir. De pronto, dio un grito, creyendo que la había adivinado.

¡El dinero! No podía ser más que el dinero. Carecía de fortuna y de posición, y seguramente por esta causa le negaba a Susana. Se levantó de pronto y Clara le miró con inquietud; el marqués anduvo unos pasos, hablando en voz alta sin advertirlo, confiado y entusiasmado.

-No tengo posición, es cierto, pero yo la conseguiré. No tengo fortuna. Felipe sabe cómo se adquiere, y yo haré lo mismo que él.

Se detuvo asombrado, casi asustado. Clara, en pie, le cogía una mano con fuerza. Una frase de las pronunciadas por él llamó vivamente su atención.

«No tengo fortuna.» Estas palabras le produjeron una turbación inexplicable, y olvidando sus preocupaciones, su fracaso y sus dolores, quiso con toda la fuerza de su alma que Octavio se las explicase.

-¿Sin fortuna tú? -le preguntó.

—He pronunciado imprudentemente palabras que no debías oír —respondió Octavio—. Ignoras la pérdida de nuestro pleito, y debías ignorarla siempre. Necio de mí, que he descubierto el secreto que prometí guardar. Sin escuchar ya al marqués, Clara meditaba. El pleito perdido era su ruina. Si su hermano no tenía fortuna, ella no tenía dote. La horrible duda la estremeció, y abriendo los ojos como si se le rasgaran, preguntó: —¿Cuándo me casé...?

No dijo más, y con un gesto acabó la frase.

—El desastre era ya un hecho.

—Y mi marido... Felipe, ¿lo sabía?

—Sí, pero prohibió que se te dijera. No quiso que te atormentaras. En aquellas circunstancias demostró una generosidad y una delicadeza admirables.

Clara ahogó un grito, y agitando los brazos como loca, dijo, rompiéndosele la voz:

—¿El hizo eso? ¡Y yo...! ¡Oh, qué desgraciada soy!

Acudió a su imaginación la estancia de los grandes tapices, en los que los guerreros sonríen silenciosamente a las diosas, tal como estaba la noche de su casamiento, con el fuego encendido y ella apoyándose estremecida en la chimenea. Volvió a ver a Felipe pálido y trémulo casi a sus pies, levantando la orgullosa frente cuando ella le dijo: «Tome usted mi fortuna...» ¡Su fortuna! ¡Con qué desdén sonrió entonces! Ahora comprendía por qué, y desesperada sintió que la desconsoladora y humillante verdad le acudía a los labios. Necesitaba hablar, acusarse, y fuera de sí, tuvo un furioso deseo de azotársela sí misma, de azotar su carne, ya que no podía azotar su alma.

—¡Oh, he mentido al decirte que no sé por qué te niega a su hermana! Es por culpa mía, indigna criatura que causo 3a desgracia de todos los que se me acercan.

Sin poderse contener, confesó a Octavio su triste situación, no atenuando nada, acentuando sus errores y demostrando en todo su horror el acto que cometió.

—¡Y él, tan noble, tan desinteresado, tan bueno que ni dominado por la cólera dijo nada que me humillase, cuando pudo hacerlo con una sola palabra! Ante sus súplicas y sus lágrimas, permanecí insensible, sin comprender su profundo y sincero amor.

Transfigurada por el dolor, radiante de pasión, añadió:

—Pero si no llegas a hablar, desgraciada de mí, mi vida estaría perdida para siempre. ¿Qué habría sido de mí? Y ha sido por casualidad que me lo has dicho todo. Bendito seas.

Y abrazó a su hermano y le besó con enternecedora gratitud. Las palabras, como un torrente largo tiempo contenido, brotaban abundantes de sus labios.

—Clara, por favor, tranquilízate —dijo Octavio, asustado.

—No temas, todo se ha salvado —contestó con exaltación—. Repararé el mal que he hecho y aseguraré tu dicha. ¡Oh, Felipe, me arrojaré a tus pies, todo me será fácil y dulce para vencer tu rigor! Hoy he estado con él poco hábil, pero no era dueña de mí. ¡Le amo tanto!

En el acto pasó por su rostro una nube. El inquietante recuerdo de la duquesa acudió a su imaginación. Torva la mirada y con apagada voz, dijo:

—No, no quiero que nadie me lo quite ahora. Necesito que sea mío, o moriré.

—¡Clara! —exclamó el marqués.

Pero con extraordinaria movilidad pasó de la tristeza a la alegría, y se serenó su rostro.

—No temas —repuso, riendo—. Mañana recibimos; es mi día. Vendrán todos nuestros amigos... Quiero estar bella y agradable. Triunfaré, estoy segura, y le veré de nuevo junto a mí, tranquilo y confiado.

Los nervios, que era lo que la sostenía, cedieron y cayó en los brazos de Octavio, quien la sentó en un banco. Desgarradores suspiros agitaron su pecho, y durante largo tiempo permaneció agobiada por las penas, sin contestar a los afectuosos consuelos de su hermano.

Cuando se repuso, permaneció grave al lado del marqués, mirando el valle que se extendía ante ella, verde y silencioso, atravesado por el Avesnes, que dejaba sobre los prados una faja de plata. El parque prolongaba hasta el pie de las colmas la sombra de sus corpulentos árboles, dominándose el paisaje desde las alturas del castillo. Las altas chimeneas de la forja arrojaban al cielo una espesa humareda, y la torre de la pequeña iglesia sobresalía con su veleta en forma de gallo, que hacían brillar los oblicuos rayos del sol poniente.

En aquel tranquilo rincón soñaba Clara vivir, recordando que otras veces, desde aquel mismo sitio, lo había mirado con desdén y cólera. Ahora representaba para ella el paraíso, porque allí estaba Felipe.

CAPÍTULO XVII

El día de santa Clara caía aquel año en domingo, y felizmente el de santa Susana era la víspera. Felipe, que desde el naufragio de su dicha subordinaba todas sus acciones a las necesidades de su posición, creyó inevitable celebrar el doble aniversario. Desde que se casó no había ofrecido ninguna recepción. La enfermedad de Clara duró todo el invierno, y la convalecencia se prolongó bastante en la primavera, para que incluso a los ojos más suspicaces pareciera natural que el dueño de la fundición tuviese cerrada su casa.

La agitación moral de Clara, que en diferentes ocasiones se había puesto de manifiesto, obligó a Felipe a demostrar públicamente el cariño a su mujer, dando una fiesta en su honor. Diez días hacía ya que habían circulado las invitaciones cuando la tentativa de reconciliación hecha por Clara convirtió en estado agudo la dolorosa y crónica situación en que vivían.

Desanimado, Felipe pensó un momento si debía suspender la fiesta, pero estaban en la víspera del día elegido, y contó con la energía de Clara, sabiendo que por orgullo era capaz de sonreír a cada instante y a cada uno de los invitados. Con el corazón dolorido, descontento de sí mismo y de todo, el dueño de la fundición se preparó para hacer galantemente los honores de Pont-Avesnes.

Encerrada desde por la mañana con la baronesa en su habitación, Clara se preparaba para la lucha. Quería agradar, y durante unas horas estuvo acostada y a media luz, descansando para recobrar el color. Se cuidaba como una cortesana que trama la conquista de un Nabab, no descuidando ninguno de los artificios del tocado y realzando con el traje su incomparable belleza.

Eligió un vestido blanco con encajes y adornado con ramos de rosas naturales. El escote dejaba ver los bellos hombros y el nacimiento de su admirable pecho, cuya blancura realzaba el brillante tono de una guirnalda de rosas que descendía hasta el extremo de la falda. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en lo alto de la cabeza, dejaban al descubierto una nuca de nieve, sin más adorno que unas pequeñas y bellísimas rosas. Tan hermosa estaba, que Brígida y Susana empezaron a palmotear cuando la vieron. Clara se miró de soslayo al pasar frente a un espejo, temblando de gratitud y de emoción. Era ya la hora de aparecer. Con frac y corbata blanca, Felipe estaba en el gran salón Luis XIV, y bajo el fulgor de las arañas encendidas hablaba con el barón, que tenía levantadas las mangas de la americana y las manos completamente amarillas. La baronesa, al entrar con Clara, dio un grito de indignación. —Pero, ¿de dónde sales y a estas horas? ¿Qué manos son esas?

—Perdóname, querida —dijo el barón, ruborizándose como un escolar cogido en falta—. Me he retrasado un poco en el laboratorio. Un baño de yodo que por descuido he derramado me ha teñido ligeramente los dedos.

—¿Ligeramente! —exclamó Sofía—. ¡Si eso es un horror! No estarás presentable. Vas a parecer un fotógrafo.

El barón se echó a reír y le dijo, acercándosele: —Esto se quita en seguida, te lo aseguro.

—¿No te acerques! —dijo ella, retrocediendo con espanto—. ¡Llevo un vestido nuevo! Anda en seguida a lavarte. Casi no tienes tiempo.

Feliz de librarse tan fácilmente de la reprensión, desapareció el barón como un silfo.

Felipe miró a Clara, quien en todo el esplendor de su belleza se le acercó. Estaba radiante y no se advertía en su rostro la huella de sus preocupaciones. Interiormente, Felipe admiró la fortaleza de alma de su mujer. Comprendió que era valerosa, y le agradeció que cumpliera tan brillantemente su deber. Dirigiéndole una sonrisa que la hizo palidecer de alegría, dio un paso hacia ella, llevando en la mano un estuche de cuero negro en el cual estaban grabadas las iniciales C. D.

—Tiene usted pocas joyas —dijo, inclinándose—. Cuando nos casamos no supe procurarme lo que deseaba para usted. Permítame que repare ahora aquel descuido.

Y le ofreció el estuche. Clara, perpleja, no se decidía a cogerlo, pero en el acto lo hizo la baronesa, abriéndolo y sacando un maravilloso collar de diamantes. Viéndolo centellear bajo la luz, exclamó alborozada: —¡Oh, querida! Mira, mira... Un regalo de príncipe.

El rostro de Clara se contrajo. Era, en efecto, un regalo de príncipe, y pensó en los cuarenta mil francos supuestos de su dote, que descansaban tranquilamente en un cajón de su hermoso mueble de ébano. Los unió a la enorme cantidad que habría costado el collar, y se sintió humillada hasta lo más profundo de su alma. ¡Qué lección de generosidad le daba Felipe! El dinero, argumento supremo empleado por ella, lo gastaba él con regia indiferencia, sin hacer caso alguno de lo que tanto trabajo le costaba ganar.

—Vamos, Felipe; póngale usted mismo al cuello éste signo de esclavitud.

Es lo menos que puede usted hacer —dijo maliciosamente la baronesa.

Y volviéndose hacia su marido, que en aquel momento entraba correctamente vestido, le dijo:

—Oye, querido; ya que siempre andas buscando piedras, procura encontrarlas de esta clase.

Felipe puso la joya en el cuello de su esposa, con manos trémulas, rozó con sus dedos el satinado cutis y la vio estremecerse a su contacto.

—Vamos, vamos... —añadió la baronesa—. En un día como éste, es de rigor abrazarse.

Y empujó a Clara a los brazos de Felipe, que padeció como un muerto. El dueño de la fundición acercó los labios a la frente de su mujer, y con la garganta seca por la emoción, nublados los ojos, preguntándose angustiado si iba a desmayarse, dio el más frío y el más deseado de los besos.

Bruscamente se dirigió en seguida al salón inmediato, deseando librarse del avasallador encanto de aquel acercamiento.

Clara no había podido juzgar hasta entonces la importancia de la posición de su marido. Por donde ibale veía acogido con deferencia y afecto, pero al recibir en su casa cuantas personas importantes había en el departamento, comprendió toda la influencia del dueño de la fundición.

La comida reunió al señor Monicaud, — prefecto republicano sujeto a transformaciones, que sabía mitigar sus ideas políticas cuando estaba en sociedad; el procurador general, hombre grave y acompasado; el tesorero, en otro tiempo devoto de la jarana y hombre muy amable, y el general comandante de la división. El metropolitano de Besancon, monseñor Fargis, a quien Felipe había regalado una admirable verja para el coro de la catedral, consintió en ir a la recepción, contra su costumbre, teniendo para el dueño de la fundición una deferencia que nunca antes tuvo para nadie. Sentado a la derecha de Clara, el benévolo anciano sufrió con la mejor resignación la presencia del prefecto del Doubs, que había ejecutado implacablemente los decretos contra el clero.

Trastornada por la envidia, Atenea asistió al triunfo de su rival, y sostenida Clara por primera vez por la mirada de su marido, recobró la confianza, hablando con ingenio y encontrando la palabra oportuna para halagar el amor propio de cada uno de los convidados. Sintióse admirada por Felipe y espoleada por el afán de agradarle, desplegó todos los recursos de una inteligencia superior.

También admiró al duque el esplendor de Clara, que por un esfuerzo supremo de su voluntad estuvo verdaderamente deslumbradora. Fascinado Bligny, la contemplaba con una atención que no supo disimular. Fijó los ojos en ella, olvidó cuanto le rodeaba, y su pasión sobreexcitada le hizo perder el respeto a las conveniencias, no advirtiéndole que Felipe le observaba con gesto amenazador. Por lo demás, ¿qué le importaba al esposo? Se sabía desde hacía tiempo que era hombre capaz de quitar la vida a los maridos después de arrebatárselos el honor.

Aunque preocupado Moulinet por atraerse al prefecto, cuya afición a los goces de la buena mesa revelaba su pasada vida, rica en privaciones, le sorprendió la actitud de Bligny. Había notado que el duque, desde que estaba en la Varenne, se ocupaba demasiado de Clara. Sin dar mayor importancia a las galanterías de la juventud, en éste caso especial le alarmaron mucho, porque el señor Derblay era una potencia, y en vísperas de elecciones no convenía molestarle. Decidió, pues, hablar con su yerno. Colocada la duquesa al lado de Felipe, procuraba con su charla llamarle la atención, encontrándolo distraído, frío y preocupado. La marquesa de Beaulieu estaba sentada a la derecha del dueño de la fundición, muy molesta por el calor de las arañas, del que se protegía con su abanico. Obligado Felipe a atender a todo el mundo, a derecha e izquierda, sufría horriblemente al ver la insistencia del duque en mirar a Clara. Le parecía que los ojos de Bligny, posándose en los desnudos hombros de su mujer, los manchaba con quiméricas caricias. La ira se apoderó de él y por primera vez comprendió el tormento de los celos, imaginando él profundo goce de matar a aquel hombre que le había hecho tanto daño y que tan hondamente le torturaba todavía.

Las fútiles palabras de Atenea, deseosa de acapararle a la vista de todos, le fatigaban y anheló con el mayor ardor verse libre de aquellos dos odiosos seres. Recordó el ruego de su mujer de que le alejase del duque y de la duquesa, y comprendió el cansancio de Clara, blanco continuo del odio de la mujer y del amor del marido. Resolvió, pues, librarla de los dos. Pero no le bastaba alejar al duque. Le odiaba demasiado.

El final de la comida fue un alivio para él. En la terraza hacía un tiempo delicioso, y allí le esperaba a Clara una agradable sorpresa. Todos los parterres y los árboles del parque estaban iluminados y de la fachada del castillo pendían guirnaldas de flores. Moulinet había saqueado su invernadero para la fiesta, y una gran canasta de junco contenía las más selectas variedades de orquídeas.

—Mi jardinero se arrancaba los pelos al verlas salir de la Varenne —decía a media voz a los que le cumplimentaban.

Sin embargo, no perdía de vista a su yerno, que con hábiles maniobras había conseguido separar a Clara del grupo de las señoras y bloquearla en un rincón que le pareció propicio.

Allí, aquellos dos jóvenes que tanto se habían amado, se dijeron sonriendo las frases más peligrosas; apasionado el duque, deseoso de conquistar el afecto de Clara y haciendo protestas de su amor; arisca y violenta la señora Derblay, queriendo terminar una entrevista que la

estremecía, y levantando poco a poco la voz aun a riesgo de llamar la atención de Felipe. Al ver esto, Bligny cambió de táctica, y dulce y meloso sólo habló de amistad, pidiendo a Clara únicamente que le diese la mano en señal de perdón. Sus apasionados ojos desmentían la sinceridad de sus palabras. Fue acercándosele poco a poco. Hubo un momento en que, enardecido por la semioscuridad que reinaba, sitió tan de cerca a Clara, que ella exclamó:

—¡Ten cuidado! Si no te alejas, aunque tenga que provocar un escándalo, llamo a mi marido.

El duque había indignado a Clara como nunca anteriormente, pero Moulinet salvó por el momento la situación, acudiendo risueño a terciar entre Bligny y Clara, y entrando en materia con una de aquellas vulgaridades características del chocolatero que tan soberanamente aburría a su yerno.

—¡Qué puro está el cielo! —exclamó el ex miembro del Tribunal de Comercio, con acento elegíaco—. Es luna nueva y habrá buen tiempo toda la semana.

El duque miró a Moulinet de soslayo, y aprovechando Clara el instante, se alejó con vivo regocijo. Bligny dio un paso para seguirla, pero con ademán solemne le detuvo su suegro, llevándose hacia el Estanque.

—Señor duque —dijo Moulinet—, veo con sentimiento que abusa usted gravemente de las buenas relaciones que yo procuro mantener con el señor Derblay para...

—¿Para...? —repitió el duque, mirando a Moulinet de arriba abajo del modo más impertinente.

—Ante todo —repuso el chocolatero, perdiendo por primera vez la paciencia—, le ruego a usted, querido yerno —y acentuó éste calificativo tan desagradable para Bligny—, que suprima respecto a mí ése tono burlón, porque no estoy dispuesto a sufrírselo.

—Caramba... El señor Moulinet se subleva y levanta la bandera de la magistratura consular —dijo el duque, riendo.

—El señor Moulinet opina que está usted inconveniente —contestó el suegro, en tono más alto— respecto a él y respecto al dueño de esta casa, cuya esposa corteja usted de un modo escandaloso.

—¿Su señora hija me hace el favor de quejarse? —preguntó el duque afectando una delicadeza que, por lo exagerada, era más irritante que sus burlas.

—No, eso no; creo que le preocupa muy poco la fidelidad de usted, y lo comprendo.

—¿Entonces? —preguntó el duque, burlonamente.

Moulinet se irguió, y dirigiendo una agresiva mirada a su yerno, le preguntó:

—¿Y la moral, señor mío?

—¡Bah! La moral de la calle de los Lombardos —replicó el duque, con un gesto de desdén.

—La calle de los Lombardos —exclamó Moulinet, dándose importancia— tiene su valor, y algo sabe usted de ése valor.

—Señor Moulinet, no remueva usted tanto su dinero. Ya sabemos que es usted rico.

Y añadió, mirando con desdén al ex miembro del Tribunal de Comercio:

—Es el único mérito que tiene usted, y no debe abusar de él.

—En ése caso —replicó Moulinet, perdiendo por completo la paciencia—, mi mérito tiene sobre el suyo la ventaja de que aumenta todos los días. Por lo demás, demasiado hago al interesarme por usted. Prosiga con su innoble

propósito, cuyo único resultado será una cuestión grave con el marido, y de antemano le prevengo que todas mis simpatías están de parte de él.

—Perfectamente.

—Si le mata a usted, le sucederá lo que merece —dijo Moulinet, que se animaba hablando.

—El juicio de Dios.

—Mi hija y yo le haremos unos funerales dignos de nuestra fortuna, y nos iremos a llorarle a Mónaco y a los baños de mar mientras dure el luto.

—Vamos, un luto alegre.

—El que merece la bajeza de las pasiones que usted...

—Señor Moulinet, concluyamos —interrumpió el duque, con altivez—. Ni pido consejos ni acepto lecciones. Su vulgar pedantería me ha entretenido unos minutos, pero ya basta.

—Muy bien, señor mío —dijo Moulinet, dominado por la insolencia del duque—. Haga usted lo que guste; yo me lavo las manos.

Irguiendo la cabeza con dignidad, el suegro se dirigió a los salones.

Había mucho movimiento en la terraza. Susana acudió de prisa a encontrar a su hermano, que hablaba con el procurador general y el prefecto, y muy conmovida, le dijo:

—Ahí está una comisión de trabajadores. Son diez, y piden permiso para verte.

—Muy bien, muy bien —exclamó el prefecto, cuyos sentimientos democráticos se despertaron al oír «comisión de trabajadores»—. Se trata de una demostración popular. Me parece muy bien.

—Lo menos que va a pedir el prefecto es que toquen La Marsequesa —murmuró el tesorero, sonriendo.

Felipe se adelantó a recibir a los trabajadores.

—¡Ah! ¿Es usted, Gobert? —dijo, reconociendo a su más antiguo contramaestre, vestido con traje de día de fiesta, el sombrero en una mano, un enorme ramo en la otra y sonriendo intranquilo—. Adelante todos, amigos míos.

Gobert, que era un anciano de cabellos blancos, permaneció inmóvil, cortado al ver que aquella elegante concurrencia que se había agrupado en la terraza y le examinaba con curiosidad.

—Anda, hombre —murmuraban sus compañeros—; anda, puesto que eres tú el que ha de hablar.

Pero Gobert, paralizado por una invencible emoción, miraba a todas partes con ojos desencajados, quieto como si se hubiese petrificado.

Susana, que lo conocía desde niña, lo sacó de aquella situación cogiéndolo de la mano y llevándolo adonde estaba Clara. El contramaestre se inclinó ante ella, y muy turbado, buscando las palabras, aunque había aprendido de memoria el discurso, dijo:

—Puesto que el amo lo permite, señora Derblay, dígnese usted aceptar éste ramo que tengo encargo de ofrecerle en nombre de todos los compañeros, quienes la felicitan en éste día. Sepa usted que en Pont-Avesnes somos mil ochocientos, y que cuanto tenemos se lo debemos a su marido, quien ha edificado para nosotros casas, escuelas, hospital, y nos trata como hijos... Le estamos a usted sumamente reconocidos por la dicha que le proporciona.

Enternecido, Gobert no pudo continuar. Entonces se oyeron gritos y aplausos, cuya señal dio el prefecto, dirigiendo a los esposos una sonrisa de aprobación. Clara, al oír al contramaestre hablar de la dicha que proporcionaba a Felipe, se estremeció. Por todas partes y a todas horas escuchaba esta irónica alabanza.

Apaciguado el tumulto y desembarazado Gobert de su ramo, siguió delante de los señores Derblay, añadiendo :

—Tengo otra cosa que decir. Los electores van a ser convocados para elegir diputado...

Al oír estas palabras, Moulinet dio un paso adelante, como si se tratara de él, y el prefecto miró a su alrededor con aire de autoridad.

—Venimos —continuó Gobert— a rogar al amo que nos permita que le elijamos por el distrito de Pont-Avesnes.

Moulinet exhaló un gran suspiro, como si le quitaran un peso de encima.

—El distrito inmediato al mío —exclamó—; ¡bravo!

Una tempestad de vivas y aclamaciones estalló más allá de la verja del patio, contestando a la voz del anciano contraamaestre. Los trabajadores de la fábrica, con sus mujeres y sus hijos, se apiñaban en la plaza presenciando de lejos la manifestación que habían preparado.

—Abrid la verja —dijo Felipe— y que entre todo el mundo.

En un momento inundó la alegre muchedumbre los parterres, esparciéndose en el parque, cuyas extensas alamedas iluminaban las luces multicolores de los farolillos venecianos.

—Estos buenos muchachos han tenido un excelente pensamiento —dijo el prefecto con amabilidad—. El señor Derblay es de los nuestros: es un liberal en la más generosa acepción de la palabra. Para todos, su nombre significa ciencia, probidad, trabajo y libertad.

—He ahí una candidatura que yo apoyo —dijo Moulinet—. Los dos representamos la circunscripción. Hablaré a mis arrendatarios, y quedan a mi cargo los comités, las reuniones y los discursos. Ganaremos la elección sin ninguna dificultad.

—Me parece, querido prefecto, que esto es hacer candidaturas oficiales —dijo desde detrás del majestuoso Monicaud una voz marcial.

Se volvió el prefecto como si le hubiesen pisado, y se encontró frente al general, que le miraba con gesto burlón. El representante de la administración civil dirigió una sonrisa al representante de la fuerza militar.

—Mi querido general cuando se ha comido bien en casa de unos amigos, no es correcto plantear el combate al llegar a los postres. Cortesía de digestión.

Y, dando media vuelta, murmuró entre dientes:

—Bah, un pretoriano.

—Acepto, amigos míos, el honor que me hacéis —dijo Felipe—. No por ambición, pues ya sabéis que busco poco las ocasiones de distinguirme, sino porque espero poder seros útil.

Hubo entonces un gran tumulto. La multitud prorrumpió en gritos y durante dos minutos sólo se vieron brazos agitando frenéticamente gorras y sombreros. El ruido cesó poco a poco, y avanzando Clara hacia los trabajadores, les dijo:

—Por mi parte, amigos míos, os agradezco con todo mi corazón vuestra buena idea, y usted, Gobert, puesto que es el más antiguo de la forja, béseme en nombre de todos sus compañeros.

Y graciosa y risueña, acercó el rostro al anciano y aturdido contraamaestre, cuyo gabán negro y un poco estrecho, le estaba martirizando; al aproximarse enrojeció como si el bello rostro de la joven abrasara lo mismo que el hierro candente que estaba acostumbrado a martillar.

—¡Oh, señora! —dijo el buen hombre sin poder contener una lágrima—, los Derblay han sido siempre excelentes personas, y usted es muy digna de pertenecer a la familia.

Clara dirigió a su marido una mirada de triunfo. Las palabras de aquel trabajador estrechaban en su concepto los lazos que la unían a Felipe. Atenea murmuraba, cuchicheando con La Brede y Tremblays:

—¿Qué les parece? Todo esto es encantador. Nadamos en socialismo. Una gran exclamación le cortó la palabra a la duquesa. Felipe había ordenado llevar algunas botas de vino al centro del parque, y mandó llamar a la charanga del pueblo. Instantáneamente se construyó un tablado, y los músicos, hicieron oír las chillonas notas de sus instrumentos. Atraídos por el ruido, se mezclaron los labriegos con los trabajadores... Estaba en vías de desaparecer la antigua hostilidad que dividía en dos campos a obreros y agricultores. Aquella multitud agitada y ruidosa parecía un negro hormiguero en las avenidas del parque, a la luz de los farolillos de colores que brillaban como flores fantásticas entre el verde ramaje de los árboles.

De pronto iluminó la oscuridad un brillante relámpago, el primer cohete de los fuegos artificiales que el barón había preparado y encargado con gran misterio, y que al estallar ruidosamente en el aire arrojó sobre la admirada multitud una lluvia de deslumbradoras estrellas de oro. En seguida surcaron el espacio, dejando tras sí un rastro de fuego, otros muchos, y los bosquecillos del parque se iluminaron con los resplandores verdes y rojos de las bengalas. Los músicos habían dejado de tocar, y con los instrumentos puestos sobre las rodillas, miraban el caprichoso serpentear de los cohetes y el sorprendente surtidor de las candelas romanas. El delicioso Tremblays, siempre oportuno, canturreaba con agria voz la conocida canción:

Perico, levántame,
para que vea los cohetes.

Dirigiéndose el prefecto a Moulinet, le dijo con entusiasmo :

—¿Ve usted qué bien resulta el rojo en los fuegos artificiales? ¡Qué hermoso color!

—Me gusta más el verde —respondió el chocolatero, sin comprender la alusión.

—Es el color de la esperanza —dijo amablemente el tesorero, saludando a Moulinet.

Esto sí lo comprendió el padre de la duquesa, que tenía lucidez para lo que afectaba a sus intereses. Miró con benevolencia a ése antiguo servidor, y le pareció una persona muy fina, contribuyendo a esta opinión la circunstancia de tener el tesorero el mejor tronco de caballos del departamento.

—¿Qué, señor Moulinet? —dijo el barón—. ¿Está usted a gusto? Parece satisfecho.

—Sí, barón. Éste lujo, esta fiesta, esta animación. Yo nací para la gran vida. Mis aficiones protestan contra la injusticia de mi origen.

—Su talento le bastará para olvidarlo —dijo Prefont con su imperturbable frialdad.

Al incendiarse las partes principales del castillo de pólvora, un inmenso resplandor enrojeció el cielo. En un brillante pórtico, un niño, dibujado con fuegos rosas, coronaba a una esbelta mujer delineada con fuegos blancos.

—El amor coronando a la industria —dijo el barón, creyéndose obligado a explicar la alegoría.

—Lo conozco —respondió el majestuoso Monicaud al oído del procurador general—. El año pasado, en Neufchatel, donde yo estaba de subprefecto, nos sirvieron el niño de color rosa y la mujer blanca la noche de la fiesta nacional, con el título de: El Porvenir coronando a Francia.

—Y yo —dijo el tesorero alegremente— les he visto figurar en unos fuegos artificiales de Ville-d'Abray en honor del doctor Thomson el célebre tocólogo, con el nombre La Infancia coronando la Medicina.

Un ruido ensordecedor y una claridad que deslumbraba interrumpieron a los convidados. El ramillete final, formado por una multitud de cohetes, subió al espacio, extendiéndose sobre los espectadores como un arco encendido. Una lluvia de cañas ennegrecidas cayó entre gritos y risas sobre la cabeza de los más cercanos al sitio donde se disparaban los cohetes. El cielo recobró su oscuridad y el parque su aspecto de iluminación a la veneciana, y como si diera la señal una mano invisible, todos los instrumentos de la charanga atacaron los primeros acordes de un rigodón. Después de un breve silencio, la voz chillona de un pihuelo gritó: «Preparados para la contradanza».

Atenea tuvo un repentino capricho de modistilla: el de tomar parte en el baile de aquellos aldeanos y, tan vivo fue su deseo, que con ojos brillantes y sonrojadas mejillas se dirigió a Felipe, diciéndole:

—Señor Derblay, ¡inauguremos ése baile campestre...! Será muy bonito. Venga y bailará conmigo.

Felipe no se movió, vacilando entre el deseo de rechazar y el temor de ser incorrecto. Clara y él se miraron.

Esta nueva y provocadora tentativa de la duquesa hizo palidecer a la señora Derblay, a quien le pareció intolerable tanto atrevimiento.

Además, se había jurado no permitir que Atenea se apoderase de Felipe.

Sin embargo, estuvo un momento indecisa, inquieta, porque temía disgustar a su marido. Entonces oyó una voz burlona, la tan aborrecida del duque, que le decía: «¿Lo estás viendo?», señalándole a Atenea, quien estaba a medio paso de Felipe y acariciándole con los ojos.

Clara tembló de dolor y de vergüenza, y la insolente intervención del duque agravó su sufrimiento. En aquel instante, como si por fin su destino se decidiera, los ojos de Felipe encontraron los de Clara, y ella vio en los de su marido tan claramente la contrariedad y el aburrimiento, que impulsada por una fuerza irresistible avanzó tres pasos y tocó ligeramente el brazo de Atenea, que repetía: «Inauguramos el baile, ¿verdad?»

—Perdona si contrarío tus proyectos —dijo Clara fríamente—, pero quisiera hablar un momento contigo.

—¿Hablar? —preguntó la duquesa, sorprendida y enojada—. ¿Y precisamente ahora?

—Sí, ahora.

—¿Tan urgente es?

—Muy urgente.

Atenea miró a su enemiga, quien le sostuvo la mirada con tal firmeza que la duquesa presintió un grave incidente.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó con dulzura, intentando coger una mano de Clara.

—Sígueme y lo sabrás —respondió secamente la señora Derblay.

Y sin añadir una palabra, sin mirar a Felipe, resuelta y con el corazón palpitante, se llevó a Atenea a un pequeño salón desierto, donde sin

sentarse y durante un momento estuvieron como dos adversarios dispuestos a agredirse. Algo lejos se oía la improvisada orquesta, que había empezado a tocar, y el sordo ruido de la agitada multitud llegaba a oleadas al castillo. Todos los convidados bajaron al parque. Atenea y Clara, entregadas a sus propias fuerzas, continuaban frente a frente.

—Sentémonos si quieres —dijo la señora Derblay.

—¿Será esto muy largo? —preguntó la duquesa medio ahogando un impertinente bostezo.

—Creo que no.

Atenea se recostó en una butaca, alargando las piernas y mirando las puntas adornadas de azabache de sus zapatos, haciéndolas brillar tenuemente a la luz de las arañas y aparentando no dar importancia a lo que Clara iba a decirle.

—Se trata de un favor que quiero pedirte —dijo la señora Derblay.

—¿Tendré la suerte de poderte servir? —preguntó Atenea con indiferencia.

—Sí. El día de la caza en el bosque, al llevarte a mi marido me preguntaste si me disgustaba que lo hicieras y si estaba celosa de ti. La duquesa dio un golpecito seco con el tacón en el suelo y dijo.

—Era broma.

—Te equivocas, porque decías la verdad.

Muy admirada, Atenea se incorporó en la butaca y se puso en guardia.

—¿Tú celosa? —le preguntó.

—Sí.

—¿De mí?

—De ti —repitió Clara, añadiendo con una sonrisa forzada—: Ya ves que soy franca. Me parece que mi marido se ocupa de ti más de lo que conviene, y deseo que pongas término a una asiduidad que en ti no es más que un capricho y a mí me duele mucho.

—¡Oh, querida mía! —exclamó Atenea mirando a Clara con cariñosa expresión—. ¿Cómo? ¿Que tú sufrías sin decírmelo? Creo que exageras un poco, porque yo no recuerdo nada que te haya podido molestar. El señor Derblay es muy amable, y parece que le gusta hablar conmigo, pero esta simpatía entre miembros de una familia no es sorprendente ni tiene nada de ofensivo.

—Pues me hace sufrir —insistió Clara.

La duquesa se irguió, y con incisivo acento le dijo:

—Querida mía, pídele a tu marido el remedio para tu mal, porque yo no puedo hacer nada.

—Sí; tú puedes poner término a esa intimidad.

Atenea se dejó caer lánguidamente en la butaca, sospechando adonde quería llegar Clara. Era como un desarme lo que le pedía. Suavizó su actitud, y con una amabilidad más irritante que su anterior rigidez, dijo:

—¿Cómo podré conseguirlo? ¿Acogiendo mal a tu esposo? Eso sería imponerme un papel desagradable. Además, ¿crees que el medio es eficaz?

Al decir esto sonreía con el gesto combativo de la mujer segura de su ascendiente.

—No es eso —repuso Clara con serenidad— lo que voy a proponerte.

—¿Pues qué es?

Clara vaciló un momento, y después dijo con decisión :

—Que te alejes por algún tiempo de mi casa.

Atenea se levantó de repente, y sin poderse dominar, exclamó:

—¿Eso imaginas?

—Sí —contestó Clara con tanta dulzura como aspereza había en la voz de su rival—. Te lo pido por favor. Acúsame de estar loca, pero hazlo, porque se trata de mi felicidad.

—¿Y con qué pretexto quieres que me aleje? ¿Qué se diría de una separación que por lo brusca parecería una ruptura de relaciones?

—Ya nos encargariamos de explicarla de un modo satisfactorio.

La insistencia de Clara desconcertó a Atenea, advirtiéndole que la señora Derblay era más fuerte de lo que había creído y diciéndose que si se dejaba arrastrar a la menor concesión, todo estaba perdido. Resolvió, pues, ir por el atajo.

—Podría suceder que no lo consiguiéramos, lo cual sería desastroso para mí. Tú has sido franca y yo también lo voy a ser. Nueva en la sociedad en que me ha hecho entrar el duque de Bligny, me encuentro bien en ella y quiero conservar el sitio que me pertenece. Pero tú sabes el rigorismo que preside la sociedad, y comprenderás que si la familia de mi marido me mirase fríamente sería motivo para que se discutiese mi posición, porque soy envidiada, y, entonces, adiós mis sueños. Si tú vives por tu amor, yo vivo por mi ambición, y si tienes empeño en proteger lo tuyo, sufre que yo defienda lo mío.

Clara tembló de ira, conteniéndose para no coger a aquella miserable y aplastarla.

—Entonces... te niegas —dijo con ahogada voz.

—A pesar mío, pero, en conciencia, ponte en mi lugar.

La ironía era tan viva que Atenea no pudo reprimir una sonrisa. Dominada por la cólera, Clara dio un paso hacia ella.

—¿Que me ponga en tu lugar? Eres tú quien te has puesto en el mío, y quieres seguir en él. Desde que te conozco me persigues con tu envidia y tu odio. Soltera, me robaste a mi novio, y casada, quieres robarme a mi marido. No supe guardar a aquél, pero sabré librar a éste de tu acoso.

—¿Eso es lo que dices? —exclamó Atenea, lívida de rabia—. Pues quitémonos la máscara, que me pesa ya el disimulo. Sí, desde mi infancia te devuelvo en odio todo lo que tú y tus iguales me habéis prodigado en desdén. Me has humillado durante diez años con tu nombre, tu fortuna y tu talento. Pues ya lo ves, hoy tengo millones, soy duquesa, y te ves obligada a pedirme favores.

—Ten cuidado, tenlo —dijo Clara—; los de mi sangre no se dejan insultar impunemente mucho tiempo.

—Y yo —replicó la duquesa— llevo un nombre que está por encima de tu cólera.

—Informaré de la conducta que sigues conmigo.

—¿A quién? —sonriendo preguntó Atenea.

—Al mundo.

—¿Cuál? ¿Al tuyo, al que yo he ascendido, o al mío, al que tú has bajado?

—Al que sea, en el que haya personas honradas para quienes respetar a los demás sea un deber y hacerse respetar sea un derecho. Ante esas personas, ¿me entiendes? repetiré en voz alta lo que acabo de decirte; te mostraré cuál eres, y veremos si el nombre que llevas, por ilustre que sea, basta para cubrir tu bajeza y tu falsedad.

La duquesa quiso responder, pero en vano buscó palabras en su corazón lleno de hiel. Sus labios dejaron escapar un silbido, y, reducida al silencio, intentó insultar con el gesto, pero vio ante sí a Clara tan amenazadora, con la mirada ardiente y agitadas las manos, que tuvo miedo y retrocedió, bajando la voz al preguntar:

—¿Es un escándalo lo que buscas?

—Es una ejecución lo que voy a hacer. Por última vez, ¿accedes a lo que te pido?

—No, y cien veces no —repitió Atenea, rechinándole los dientes.

—Pues ahora verás.

Los pasos hicieron crujir la arena de la terraza y llegaba al salón un rumor de alegres voces. Apareció Felipe en la escalinata, dando el brazo a la baronesa; les seguía el duque, riendo con La Brede, y después Moulinet, que no se separaba del barón.

Vieron a Atenea y a Clara pálidas, trémulas y de pie, la una frente a la otra. La actitud de ellas era tan significativa que todos se detuvieron estupefactos. En aquel momento, Clara, alta la frente con la conciencia tranquila y fortalecida por los dolores sufridos, se adelantó al centro del salón y, señalando a Atenea con un ademán despreciativo, dijo:

—Duque, llévate a tu mujer, si no quieres que la arroje de mi casa delante de todo el mundo.

Bligny permaneció impasible, con una pálida sonrisa en los labios. Pero Moulinet, sin creer lo que oía y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Echar a mi hija! ¡A mi hija, la duquesa! —repitió con énfasis, como si el insulto a ella lo fuese a toda la nobleza de Francia.

Atenea se dirigió al duque, diciéndole con penetrante voz:

—Caballero, ¿me dejará usted insultar de ése modo sin defenderme?

Bligny avanzó dos pasos hacia Felipe, y con voz serena le preguntó:

—¿Aprueba usted, caballero, lo que la señora Derblay acaba de decir a la duquesa? ¿Está usted dispuesto a excusarse o acepta la responsabilidad?

Las preguntas eran claras, seguras y duras como el acero,

Clara miró con angustia a su marido. ¿La desautorizaría Felipe o abiertamente se pondría a su lado? Vivió un momento de una horrible incertidumbre, durante el cual sufrió más de lo que había sufrido hasta entonces.

Al oír a Bligny, Felipe se acercó. Mucho más alto que el duque, aparecía con todo su varonil vigor, y gravemente, con una energía que estremeció a cuantos le escuchaban, dijo:

—Señor duque, cuanto haga la señora Derblay, y sea cualquiera el motivo que la impulse, lo considero bien hecho.

El duque saludó con incomparable elegancia; se volvió hacia La Brede haciéndole una señal, y dijo:

—Comprendido.

Ofreció en seguida el brazo a la desconcertada Atenea y salió, siguiéndole Moulinet, muy aturdido, y su fiel La Brede, que murmuraba:

—Diablos con... ¡y entre primos! Bligny es el ofendido, y elegirá la pistola; el dueño de la fundición es hombre muerto.

Al ver alejarse a su rival humillada y vencida, Clara no pensó en las terribles consecuencias que podía traer su osada decisión. Dio un grito de triunfo, y dirigiéndose a su marido con apasionado reconocimiento, le dijo, tendiéndole los brazos:

—¡Oh, gracias, Felipe!

Pero al ver a su marido nuevamente impasible, desapareció su entusiasmo.

—No tiene usted nada que agradecerme. Al defenderla a usted, era mi honor lo que defendía.

Clara permanecía muda y sombría.

—No olvide usted —añadió Felipe— que tiene aquí convidados, y que nadie tiene que saber lo ocurrido.

Ofreció su brazo a la baronesa, cuyos nervios estaban tan excitados que tenía ganas de reír y de llorar. Clara enjugó una lágrima que le

resbalaba por la mejilla, y sonriendo tristemente al barón, que había quedado a su lado, le dijo:

-Ven; puesto que es necesario, vamos a bailar.

CAPÍTULO XVIII

La noche le pareció a Clara cruelmente larga. Sola en su dormitorio, comprendió toda la gravedad de la situación y se espantó. Había, ciertamente, obrado con perfecto derecho. Desafiada, amenazada, ultrajada en su domicilio por su implacable enemiga, no pudo contenerse y la echó de su casa. Pero lo que era un asunto personal se convirtió en el tema de todo el mundo, y obligado su marido a defenderla, el choque con el duque era inevitable. Creía estar viendo la enigmática sonrisa de Bligny cuando dijo «comprendido», y esa sonrisa la estremecía. Sabía qué peligroso adversario era el duque, y comprendió que si no podía evitarse el combate, Felipe afrontaba un grave peligro. Al terminar la fiesta había visto al barón y a Octavio dialogando con La Brede y Moulinet. Preguntó a su hermano y al barón, quienes le contestaron evasivamente, asegurándole con inseguro acento que las gestiones prometían un arreglo. Clara se preguntaba qué arreglo podía haber entre aquellos dos hombres que se odiaban. El duque había fijado claramente los términos de la cuestión: o excusarse o la responsabilidad, es decir, una reparación. Ni por un momento pensó que su marido diese explicaciones; por consiguiente, el duelo era inevitable.

Clara pertenecía a una raza valiente, a cuyas mujeres jamás hizo palidecer el choque de las armas. Su abuela, una Bligny, había recorrido los agrestes caminos de la Vendée con las bandas de Etoffet, disparando su carabina, cuando la ocasión se presentaba, contra los azules. Su padre, el marqués de Beaulieu, a los dieciséis años se encerró en la Penissiere, donde lo encontraron a los tres días bajo los escombros de la granja con un brazo roto de un balazo. Su raza era valerosa, pero si no temía a la muerte para sí, la temía por Felipe. La superstición intervino, y creyó que su casamiento con Derblay lo condenaba el destino; tenía el presentimiento de que si se batía, su marido sería muerto. Las imágenes más espantosas pasaron ante sus ojos. Vio sobre la hierba manchada de sangre a Felipe, tendido e inanimado, y al duque en pie con la pistola aún humeando en la mano y riendo perversamente. ¿Por qué habían de elegir la pistola? ¿Por qué habían de batirse con un arma tan peligrosa? En vano se decía que acaso se batieran a espada. Sólo veía a los dos hombres con la pistola en la mano, oía la doble detonación, y tras el breve fogonazo, caer pesadamente Felipe, herido de muerte. Para librarse de esta pesadilla que aun despierta no podía vencer, se asomó al balcón. La temperatura era apacible, la noche de una transparencia admirable y centelleaban las estrellas. Se apagaban en los árboles del parque los farolillos venecianos, los cuales, reavivados momentáneamente por una alguna ráfaga de viento, brillaban en la oscuridad como puntos rojos, pareciéndole unas horribles manchas de sangre, y cerró el balcón aterrada, corriendo las cortinas para no ver los siniestros resplandores.

Pensativa y abrumada, empezó a andar por la habitación, sin poderse quitar del pensamiento el lúgubre temor de la muerte de Felipe, y se sorprendió al oírse hablar en voz alta, diciendo: «Causo la desgracia de los que se me acercan». El sonido de su voz en el silencio de la estancia le asustó. Se sentó en una butaca e intentó leer, pero sentía el tañer de una campana tocando a muerto.

Entonces quiso saber lo que hacía Felipe. Atravesó de puntillas el salón pequeño y llegó hasta la puerta de la habitación de su marido, sin que

viese ni oyese nada. Creyó que dormía, y esta idea la tranquilizó un poco. Volvió a su estancia y pasó el resto de la noche medio despierta, dominada por una agitación que nada podía calmar.

Felipe no estaba en su cuarto ni dormía. Encerrado en el despacho, debajo precisamente de la habitación de Clara, no ignoraba que las consecuencias de su encuentro con el duque podían ser graves. Los cuatro padrinos habían conferenciado aquella misma noche, y como la cuestión era sencilla dentro de su importancia, el acuerdo fue inmediato.

A pesar de las desoladas súplicas de Moulinet, que a toda costa quería evitar el duelo, se convino en que tendría lugar a las ocho de la mañana siguiente, en el límite de los bosques de Pont-Avesnes y de la Varenne, a igual distancia de ambos edificios y en la misma encrucijada de los Estanques, donde pocos días antes resonaban los gritos y las carcajadas de los cazadores al verse ante una merienda tan generosamente preparada. El arma elegida por el duque fue la pistola. La distancia, treinta pasos y disparando a voluntad. Felipe admitió sin repugnancia estas condiciones. Aunque poco práctico con la pistola, era un notable tirador de carabina, y seguro de su puntería, imaginaba con feroz alegría que al arriesgarse a recibir la muerte estaba casi cierto de causarla. Entre aquellos dos hombres, dotados de igual valor y de probada sangre fría, era imposible saber de antemano quién sería el vencedor, pero no había la menor duda de que uno de los dos quedaría en el campo.

Solo con su conciencia, y quedándole quizá pocas horas de vida, Felipe se entregó a una profunda meditación. Examinó con lealtad su conducta, atormentándole la idea de haber sido tal vez demasiado duro con Clara. En aquella hora suprema le inspiraba una gran compasión el alma turbada de Clara, la mujer que después de layar con sus lágrimas la falta cometida, tanto le amaba. La altiva esposa que tan duramente le rechazó un día, ahora era humilde y cariñosa, gracias a la dura prueba que le había hecho sufrir. Tenía, pues, derecho a creer que, de vivir, sería Clara la tierna esposa, y muerto lo recordaría eternamente.

Esto era lo que se propuso un día, y lo había conseguido. Sintióse más tranquilo, sin que le pesara en su conciencia el haber batido aquel carácter de bronce, moldeándolo a su gusto. Comprendió que el resultado obtenido era una garantía de felicidad para Clara si la suerte le permitía volver indemne. Entregada a sí misma, y con un equivocado sentido moral, su infortunio habría sido seguro. Demasiado inteligente para no comprender que había amargado su vida, y demasiado orgullosa para confesarse que fue suya la culpa, habría vivido devorada por la ira y agriada por estériles arrepentimientos. La lección que le había dado tenía que serle muy saludable. Vencido su orgullo, era posible su felicidad. Sí, pero cuando terminaba la obra de regeneración, ¿cuál era el porvenir que le esperaba a Clara? ¿La hundiría el destino adverso en una eterna desesperación?

En el silencio de la noche, Felipe oyó un ruido de pasos encima de su gabinete, y escuchó inquieto. Era el andar continuo, regular, automático de aquella pobre mujer que sufría tan crueles angustias, separada únicamente de él por el techo y tan lejos de él por la implacable voluntad del marido ultrajado.

En cada vibración del pavimento bajo el pie de Clara, adivinaba Felipe su terrible agitación. La imaginaba andando por su habitación con los ojos secos, crispadas las facciones, trémulas las manos, y con el aspecto sombrío que en los arrebatos de dolor o de ira tantas veces había notado en ella. Sintió piedad, y por primera vez cedió al amor la firmeza de su

carácter. Apretada la garganta, latiéndole las sienas, le dominó un violento deseo de ir en busca de aquella mujer que adoraba y que no era suya. Dióse a sí mismo ingenuas razones para justificar su resolución. ¿No era una locura arriesgarse a morir sin llegar a tenerla en sus brazos y hundir la boca en las perfumadas trenzas de sus rubios cabellos? Con sólo una palabra que pronunciase, se arrojaría ella sobre su corazón. Faltaban algunas horas para que amaneciese, y podía disfrutar las desesperadas delicias de una noche de amor, que acaso fuera la última de su vida. Ante ése ardiente pensamiento sintió como un vértigo, como si la carne se le estremeciese. Dio unos pasos, y ya tocaba a la puerta, cuando un impulso de su voluntad le detuvo.

¿Era posible que se dejase arrastrar por la mezquina debilidad? Después de tantos sufrimientos, ¿le faltaría valor en aquel instante? ¿Se rebajaría hasta irle a mendigar a la mujer que él había domado y vencido algunas horas de degradante placer? Estaba en el momento en que iba a decidirse material y moralmente su vida. Si él sobrevivía, Clara sería suya sin vacilaciones ahora, sin temores en el porvenir. Si moría, quedaba ante sus ojos grande, altivo, implacable. Buen jugador, quiso arriesgar por completo la partida. Todo o nada. Una existencia de pura felicidad, o la muerte fría y silenciosa. Resuelto a ello, volvió a sentarse al escritorio.

Sobre su cabeza continuaba Clara el febril paseo. La oyó abrir la puerta, atravesar el salón, con paso cauteloso e ir hasta su habitación, y escuchando atentamente, sonrió. A los pocos momentos, Clara volvió a su estancia. Como él, había tenido la idea de hacer las paces, y, como él, se detuvo al intentarlo. Comprendió entonces cuánto habría perdido en el espíritu de su mujer adelantándose a ella en esta ocasión. Comprendió también que habría dejado de ser el hombre superior que todo lo dominaba con su voluntad, para convertirse en un ser vulgar a merced de sus sentidos.

La débil claridad que anunciaba el día atrajo su atención a las materiales ocupaciones de sus últimos instantes. Quiso, por si moría, dejar a su hermana un firme apoyo. Había podido apreciar las excelentes condiciones del marqués de Beaulieu, advirtiéndole en él un entendimiento serio y un corazón sensato.

Si contestó con una negativa a la petición de Clara, fue por permanecer fiel a su táctica conyugal, dando un golpe más duro que todos los anteriores al carácter de su mujer. Sabiendo en aquel momento que se acercaba la crisis definitiva, decidió reparar en seguida el daño causado a Octavio. Además, Susana le amaba, y la idea de causar una pena a aquella niña que había sido el encanto de su vida le acongojaba el corazón.

Resolvió, pues, que se casaran los dos jóvenes, y para mayor solemnidad dio el consentimiento en forma testamentaria. Tranquilo y atento, tomó todas las disposiciones; dividió su fortuna en dos partes, una para Susana y otra para Clara, rogando a «su amada esposa que se dignara aceptarla en recuerdo del profundo cariño que le había profesado». Escogió entre sus ingenieros el más probo y capaz para sustituirle en la dirección de su industria, y una vez tomadas todas las determinaciones, se propuso dormir todo el tiempo posible, porque, necesitaba tener el pulso tranquilo y la vista segura. Se tendió en el diván de cuero, suspiró y cerró los ojos.

En el castillo de la Varenne era grande la emoción. Atenea había vuelto de Pont-Avesnes con incontenible furor, rabioso el corazón. En el momento

en que la mujer a la que odiaba parecía definitivamente abatida y a merced suya, un vigoroso arranque la había hecho triunfar con altivez, y ella, la duquesa de Bligny, se veía humillada, arrojada, vencida, no ocultándosele que aquella ruidosa ruptura de relaciones le causaba un daño irreparable.

Toda la familia del duque estaba de parte de Clara. Se sabrían los motivos del desafío, y su vergonzosa expulsión sería referida, comentada y exagerada por una sociedad que la detestaba. Sólo ése pensamiento sublevó a Atenea, y el deseo de una sangrienta venganza le envenenó el corazón. Habría querido estar en el sitio del duque para que el homicidio fuese más seguro. Soñó ver a Clara viuda. Verla enlutada, pálida, desconsolada, y maldiciendo la hora en que había ultrajado a su rival. Pensó que matando al esposo que ella amaba, hería también de muerte a su enemiga. Con una horrible carcajada, arrojó con violencia los guantes y el abanico sobre la mesa del salón al que acababa de entrar, y volviéndose a su padre y a su marido, que la miraban silenciosos, dijo con rabia:

—Hay que matar a ése hombre que defiende a la que me ha insultado.

Siguió un momento de estupor, aterrado Moulinet por la trágica exclamación de su hija, y admirado el duque de encontrar en Atenea un odio tan intenso como el suyo. Sin embargo, la veía culpable de un escándalo que terminó para él y para ella en una humillante retirada, y le reprochó el que no hubiese sabido contenerse. Habitado a las perfidias disimuladas con los más finos modales, y a los odios disfrazados con sonrisas en el mundo aristocrático, Atenea le pareció horriblemente vulgar y torpe. En definitiva, la actitud a lo Borgia que tomó su mujer le aburrió y, mirándola tranquilamente, le dijo con indiferencia:

—¿Matar a ése hombre? No hay más que pedir, querida; esas frases quedan muy bien en un melodrama, pero en la vida ordinaria son totalmente ridículas. Debes perder la costumbre del ordinario lenguaje y los ordinarios desplantes.

Y añadió con una fría sonrisa:

—Por lo demás, puedes estar segura de que haré lo posible para darte gusto.

—Permítame, señor duque —dijo Moulinet, despertando de una laboriosa meditación—: le veo a usted dispuesto a llevar las cosas al último extremo...

—¿No ha oído usted a su hija, señor mío? —dijo tranquilamente Bligny—.

¿Me cree usted tan desconocedor de mis deberes que no defienda a mi mujer?

—No se trata de eso —replicó Moulinet—, y confieso que usted ha obrado con perfecta caballerosidad. Pero mi hija es una loca al excitarle a la violencia cuando sólo debería aconsejar la reconciliación. Todo puede arreglarse, puesto que sólo se trata de un pasajero desacuerdo entre dos amigas, de una insignificante cuestión entre dos primas que terminará en un abrazo, ¿Pero un duelo, un escándalo, una ruptura? ¿No piensa usted en las consecuencias? Para usted son enormes, ¿y para mí...? ¿Para mí son desastrosas! ¿Usted mata mi candidatura!

A pesar de la gravedad de la situación, el duque no pudo evitar la carcajada, y Atenea, hundida en una butaca y replegada como una víbora, dejó oír un desdeñoso murmullo.

—Perdón, señor duque —añadió Moulinet con aire de autoridad—; creo haber hecho bastante por usted para permitirme algunas exigencias. Es preciso

que esta deplorable cuestión se arregle. Todos los días ocurren otras semejantes que terminan pacíficamente. La cosa es fácil. Se redactará un acta, de la cual resultará que la señora Derblay retira lo que ha dicho. Mi hija retirará lo que ha respondido. Usted, yerno mío, retirará su provocación, y retirando cada cual alguna cosa, sólo faltará...

—Que también nos retiremos nosotros —dijo el duque.

—Esto es lo que se hace de ordinario.

—Pero no cuando se trata de personas como el señor Derblay y yo. Créame usted, señor Moulinet: imponga silencio a su excelente corazón, ahogue las quejas de candidato alarmado y deje que el asunto siga el curso convenido. Deseo que pasen unas buenas noches; tengo que hablar con La Brede antes de acostarme.

Y, saludando a su mujer y a su suegro con tranquilidad, el duque salió. Moulinet dio entonces unos pasos hacia Atenea y balbució:

—Vamos a ver, mi querida pequeña.

Fría, pálida y sin mirarle, Atenea se levantó, empujó con violencia la puerta de su habitación y se metió dentro. Moulinet movió melancólicamente la cabeza, y por primera vez comprendió que había problemas que no se resolvían con dinero. «Consultemos con la almohada — se dijo—; mañana, con el día, todos veremos más claro.»

Con la vaga esperanza de que se arreglaría la cuestión, fue a tenderse en la cama del emperador Carlos V.

Dos horas hacía que Felipe dormía con tranquilo sueño cuando le despertó una ligera presión en el hombro. Abrió los ojos, y al ver al marqués de Beaulieu se levantó rápidamente. Era ya de día. El reloj señalaba las seis y media.

—Tenemos tiempo —murmuró Felipe.

Nunca se había sentido más tranquilo de ánimo y vigoroso de cuerpo, lo cual le enorgulleció, porque aquel ser de imperiosa voluntad se alegraba secretamente al comprobar su fuerza moral. Fue al balcón y lo abrió, aspirando el puro y vivo aire, impregnado del perfume de las flores húmedas de rocío. Miró hacia las verdes y profundas espesuras del parque. Una bruma ligera, transparente y azulada flotaba sobre los árboles como un velo, y el sol, que ya iba alto, hacía brillar la inmóvil superficie del estanque. La naturaleza se había adornado como para festejarle.

—Bonito día —comentó con alegría Felipe, como si se preparase para ir de caza.

Miró al marqués, y en sus tristes ojos leyó una censura. Se le acercó entonces, y estrechándole afectuosamente la mano, le dijo:

—No se sorprenda usted por encontrarme tranquilo y casi contento.

Presiento que todo terminará bien para mí.

Y con acento grave añadió:

—Sin embargo, como conviene prever una desgracia, he tomado las disposiciones precisas, que encontrará usted firmadas en esta carta.

Al mismo tiempo señaló un sobre cerrado que había sobre la mesa y en el cual aparecía el nombre de maese Bachelin.

—Mi antiguo amigo y usted serán mis albaceas testamentarios. Dejo a usted, mi querido Octavio, lo que yo más quiero.

La alegría resplandeció de pronto en el rostro del marqués. Quiso hablar, pero le falló la voz, y abrazando a Felipe, lloró sobre su hombro.

—Vamos, Octavio; tranquilícese usted. Espero que sea de mi mano de quien usted recibirá á mi hermana, pero si no existiera yo, cuando ustedes se casen, ámela mucho, que ella lo merece. Tiene un corazón sensible, y el más pequeño dolor la destrozaría.

Su voz era dulcísima al hablar de aquella niña, para quien había sido su verdadero padre. Se pasó la mano por la frente, y añadió tranquilo y risueño:

—Voy a vestirme. ¿Quiere usted subir conmigo y me acompañará? Después iremos a buscar al barón. Deseo salir de aquí sin que nadie lo advierta...

Octavio inclinó la cabeza sin responder, pero un momento después, y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Felipe, esta mañana, antes de venir aquí, he visto a mi hermana... ¿Me promete usted no irse sin entrar en su habitación?

Felipe miró al marqués con ojos escrutadores.

—No debe dejarla usted sin darle ocasión de justificarse a sus ojos, si eso es posible...

Al ver que el dueño de la fundición hacía un brusco movimiento de sorpresa, añadió gravemente:

—Desde hace tres días, sé lo que ocurrió entre Clara y usted. Todo me lo ha confesado, y conozco la culpabilidad de mi hermana. Créame usted que siento con toda mi alma el dolor que le ha causado y que le admiro a usted más todavía por haberlo sabido ocultar. Pero le ruego que sea bueno e indulgente y que no abrume a esa pobre y desesperada mujer. Es usted un hombre bravo y enérgico, a quien todo puede decirsele. Piense usted que tal vez ella no vuelva a verle; no la deje anonadada por el doble remordimiento de haberle amargado la vida, y quizá haberle impulsado a la muerte...

Felipe se apartó, palideciendo, dio algunos pasos y, dirigiéndose después a Octavio, contestó:

—Haré lo que usted me pide, pero esta entrevista va a ser horriblemente penosa para su hermana y para mí. Procure usted abreviarla viniendo a buscarme a su habitación para facilitarme la partida.

El marqués hizo una señal de asentimiento y, estrechando cariñosamente la mano de Felipe, se alejó de él.

CAPÍTULO XIX

Desde muy temprano, la baronesa fue a acompañar a Clara, encontrándola, después de la terrible agitación de la noche, en un estado de sopor invencible. La señora de Prefont le habló sin conseguir que le contestase. Con los ojos abiertos, crispada la boca, desfallecido el cuerpo, seguía inmóvil en una butaca. Toda su vida parecía que se concentraba en su mirada sombría, como fija en alguna espantosa visión. Así pasó bastante tiempo. La campana del reloj anunciando la marcha de las horas estremecía a Clara cada vez. Sin sus estremecimientos y sin el doloroso brillo de sus ojos, se la hubiera creído dormida.

La llegada de su hermano la sacó de aquella postración. Apasionadamente se acogió a la esperanza de ver a Felipe antes de su partida. Febril, rojas las mejillas y apagada la voz, encargó a Octavio que consiguiera de su marido éste favor supremo.

Desde entonces esperó, agitada de nuevo, yendo sin cesar del balcón, cuyas cortinillas levantaba para ver si la engañaban y si Felipe se iba, a la puerta, desde donde escuchaba para oírle llegar, angustiada, desolada, y ofreciendo a la aterrada baronesa el espectáculo de su creciente locura.

De pronto, el ruido de unos pasos la hizo retroceder, como si temiera encontrarse frente al que llamaba con toda su alma. Palideció, destacándose la raya amoratada que le rodeaba los ojos... y le hizo una seña a la baronesa para que se fuese. Permaneció de pie, trémula y sin voz al ver entrar a Felipe.

Durante un momento no dijeron nada. Felipe observó con dolor las huellas que las terribles angustias habían impreso en el rostro de Clara; ella, que poco antes imaginaba que le diría tantas cosas, trató de coordinar sus pensamientos y sintió vacío su dolorido cerebro.

Clara no pudo soportar más tiempo el abrumador silencio; se acercó a Felipe, le cogió una mano entre las suyas y, tras un hondo gemido, la cubrió de lágrimas y de besos.

Cuando el dueño de la fundición esperaba una explicación y se había preparado para oír súplicas, la explosión puramente física de aquel dolor, que sabía sincero, le trastornó. Quiso retirar su mano, en la que sentía correr las ardientes lágrimas de la mujer que amaba, y no pudo conseguirlo. Se estremeció al sentirse sin fuerzas contra tanta aflicción.

—¡Clara —dijo en voz baja—, por favor! Me perturba usted profundamente cuando necesito toda mi sangre fría... Cálmese, se lo ruego... trate de ser más fuerte, y si le interesa mi vida, no me aflija.

Al oír estas palabras, Clara levantó la cabeza. Su expresión era otra, como si hubiese tomado una súbita determinación.

—¡Su vida! ¡Prefiero dar cien veces la mía! ¡Miserable de mí, que por arrebatada le he puesto en éste peligro! ¿No debía antes soportarlo todo? Sufriendo expiaba el daño que le causé, y en un momento de arrebatado todo lo he olvidado. Pero ése desafío es insensato... No se llevará a cabo. Yo sabré impedirlo.

—¿Cómo? —preguntó Felipe con duro acento.

—Sacrificando mi orgullo a su seguridad. No, nada me hará retroceder, puesto que se trata de usted; me humillaré ante la duquesa si es preciso, buscaré al duque... Todavía hay tiempo.

Las facciones de Felipe se contrajeron.

—Se lo prohíbo a usted —dijo con firmeza—. No olvide que lleva mi nombre, y cualquier humillación suya sería también mía. Y sepa usted que odio a ése hombre, causa de mi desdicha, y que desde hace un año deseo encontrarme con él frente a frente. Créame usted; hoy es un día feliz para mí.

Clara bajó la cabeza. Desde hacía tiempo estaba habituada a obedecer cuanto mandaba Felipe y, calmado él después de sus violentas frases, añadió con dulzura:

—Aprecio y le agradezco a usted sus intenciones. Al principio de nuestra vida común hubo un desacuerdo que a los dos nos ha causado mucho dolor. No la hago a usted sola responsable. Falta mía ha sido no saberla comprender ni saberme sacrificar... ¡La amaba demasiado...! Pero no quiero alejarme dejándola con la sospecha de que mi alma la mira con rencor. Puede usted estar tranquila, Clara. Perdóneme el mal que le he causado y despidámonos.

Al oír estas palabras resplandeció el semblante de Clara y, levantando los brazos con un impulso de apasionado reconocimiento, exclamó:

—¡Perdonarle yo a usted! ¿Pero no ve que le adoro? ¿No lo ha adivinado usted desde hace tiempo en mi temblorosa voz, en la emoción con que le miro?

Se había acercado a Felipe y, echándole los brazos al cuello, apoyaba su rubia cabeza en el hombro de él, embriagándole con su perfume y enardeciéndole con su mirada...

Y siguió hablando como si soñara:

—¡Oh, no te vayas! ¡Si supieras cuánto te amo! Quédate aquí, a mi lado, enteramente mío. Somos tan jóvenes y tenemos tanto tiempo para ser felices... ¿Qué te importan esa mujer y ése hombre que nos odian? Los olvidaremos. ¿Quieres que nos vayamos lejos de donde están? Con nosotros irán la felicidad, la vida y el amor.

Felipe apartó suavemente los brazos que le enlazaban y separó a Clara.

—Aquí —dijo sencillamente— están el deber y el honor.

Clara gimió al comprender de nuevo la terrible realidad. Durante un momento su imaginación vio al duque con la pistola en la mano y en los labios la malévola risa; quiso hacer el último esfuerzo, retener a Felipe a pesar suyo, y exclamó:

—¡No! ¡No!

En aquel instante, Octavio se presentó en la puerta, le hizo a Felipe una señal con la cabeza y se retiró. Clara comprendió que había llegado el momento de separarse y, como si se desgarrase un velo que oscurecía su espíritu, comprendió que todo había concluido. Apoyándose en el pecho de su marido, le abrazó por última vez con frenesí.

—Adiós —murmuró Felipe.

—¡Oh, no! ¡No me dejes bajo la impresión de esa helada palabra! ¡Dime que me amas! ¡No te vayas sin habérmelo dicho!

Felipe permaneció inquebrantable. Había dicho que perdonaba y no quiso decir que amaba. Apartó a Clara, se dirigió a la puerta, y desde allí le dijo como una suprema esperanza:

—Ruegue usted a Dios que vuelva vivo.

Clara dio un grito que hizo acudir a la baronesa. EL carruaje que se llevaba a Felipe rodaba ya por el camino.

Sin que la preocupase la presencia de Sofía, Clara se tendió en el sofá y ocultó la cabeza entre los cojines, no queriendo ver ni oír y deseando que su vida se suspendiera durante la horrible hora que le esperaba. Poco

después la hizo levantar de repente la dulce voz de Susana que llamaba a la puerta preguntando si podía entrar.

Clara cruzó una dolorosa mirada con la baronesa. Tenía que disimular, procurando engañar a aquella niña que ignoraba la verdad. El terso y risueño semblante de Susana apareció en la puerta.

—Ven, hija mía —dijo Clara, con un inmenso esfuerzo para sonreír.

—¿Todavía no está usted vestida? —exclamó la joven viendo a su cuñada con peinador—. Pues yo he dado ya la vuelta al parque en el carruaje pequeño. Susana recorrió la habitación, fisgándolo todo como una gatita mimada.

—Acabo de ver a Felipe —añadió— con el barón y Octavio; iban en un coche cerrado. Tenían un aspecto raro... ¿Adónde irían?

Clara se sonrojó y palideció después. Un angustioso sudor le brillaba en la frente y cada palabra de Susana aumentaba su tormento.

—Si mi marido iba con ellos —contestó la baronesa—, irían a algún experimento... quizá a alguna visita a las canteras.

—¿Hacia dónde se dirigían? —preguntó Clara, temblándole la voz.

Hacia los Estanques. Tal vez vayan a la Varenne.

—Ni hablar —dijo la baronesa—; el duque de Bligny no es hombre capaz de levantarse antes de las diez...

Clara no oyó más. «Hacia los Estanques», había dicho Susana, e inmediatamente vio su imaginación la encrucijada con su verde alfombra, las vallas pintadas de blanco, y en el fondo las dormidas aguas bajo las inclinadas ramas de los árboles. Aquel sitio triste y solitario era el más a propósito para un desafío. Su desolación era lo más propicio para cualquier escena trágica. Allí era donde el duque y Felipe iban a batirse. Estaba segura como si los viese.

Dominada por una terrible agitación, arrastrada por el deseo de saber, no pudo permanecer quieta. Cogió un vestido y se lo puso apresuradamente. Un proyecto tan pronto concebido como ejecutado excitó todos los resortes de su voluntad.

—¿Te has servido del carruaje pequeño? —preguntó a Susana—. ¿Dónde lo has dejado?

—En el patio de las caballerizas. Estarán desenganchándolo.

—Voy a tomarlo. Tengo que hacer un encargo esta mañana —dijo Clara.

Y, cubriéndose la cabeza con una toquilla de encaje, salió apresuradamente.

Sola, azuzando al caballo temerariamente, partió a escape. Lejos de calmar la fiebre, el movimiento la sobreexcitó, y con el frenesí de la velocidad, llevó el caballo a galope y saltando el carruaje por un camino de bosque y lleno de baches, expuesto a volcar.

Ningún obstáculo la detenía, a cada instante, aumentaba la rapidez de la carrera, rígidos los nervios, mordiéndose los labios, envidiando las alas de las aves, y escuchando, con la respiración entrecortada por los latidos de su corazón, si se oía en el silencio del bosque un siniestro disparo.

Pero el bosque continuaba silencioso; sólo se oían a lo lejos los cascabeles de los carruajes que iban por la carretera. La alfombra de hierba de las alamedas se extendía ante ella, mitigando el ruido de las pisadas del caballo, que despedía un espeso vapor de sus costados, rodeándolo como una nube. Lanzado con rabia, tropezó y cayó. Clara saltó a tierra y corrió a través del bosque. El instinto le advirtió que llegaba al sitio. Escuchó y oyó que hablaban. Miró a su alrededor. A veinte pasos, y cerca del Estanque estaba el quiosco chino del señor Moulinet, reflejando en las aguas sus placas de porcelana. Desde allí,

Clara podía ver sin que la viesan. Con la agilidad de un gamo acosado, se deslizó por entre el ramaje, y subiendo los peldaños que conducían a la galería circular, se detuvo, angustiada y temblorosa.

En medio de la plazuela, el barón andaba a largos pasos midiendo la distancia. La Brede y Moulinet, éste pálido y acongojado, cargaban las armas. Por el extremo opuesto del claro del bosque paseaba Felipe lentamente, hablando con Octavio y el médico, A tres pasos del quiosco, el duque, mordisqueaba un puro, rompiendo maquinalmente, con el junquillo que tenía en la mano, los altos tallos de digitales.

Clara recordó con el corazón oprimido la encrucijada llena de cazadores y de elegantes damas, y el almuerzo servido por los graves criados de la Varenne. Aquel día todo era alegre, brillante, feliz. Entonces estuvo celosa, ¿pero qué eran los celos al lado del tormento que sufría ahora? Tenía ante ella a dos hombres que trataban de matarse por culpa suya y, dentro de un instante, uno de los dos estaría tendido en la hierba. Nublados los ojos, tuvo que cogerse a la balastrada para no caer. Sin embargo, su debilidad duró poco. Miró de nuevo, anhelosa y con horrible atención.

Los adversarios estaban ya en sus respectivos sitios, y el señor Moulinet exclamaba con acento de súplica:

—¡Señores... por favor, señores...!

La Brede le empujó, riñéndole severamente. Octavio entregó a Felipe la pistola y retrocedió algunos pasos. La Brede preguntó con voz serena:

—¿Están ustedes prontos, señores?

El duque y Felipe respondieron a la vez: «Sí».

El joven añadió, contando lentamente: «una, dos, tres; ¡fuego!»

Clara vio las dos pistolas bajar amenazadoras. En éste supremo instante perdió la razón. Un invencible impulso la hizo avanzar; dio un grito, saltó de un brinco la escalinata del quiosco y, arrojándose ante la bala que amenazaba a Felipe, tapó con su blanca mano la boca de la pistola de Bligny.

En el mismo instante sonó una detonación; Clara palideció como una muerta, y agitando su mano herida ensangrentada, salpicó de sangre el rostro del duque. Después dio un profundo suspiro y cayó sin sentido. Siguió un momento de indescriptible confusión. El duque retrocedió aterrado al sentir en la cara aquella lluvia roja y caliente; de un salto, Felipe cogió a Clara y, levantándola con la misma facilidad que a una niña, la llevó al carruaje que les esperaba en un recodo del camino. Ella tenía cerrados los ojos, y él, mirando la pobre mano mutilada, besó con adoración aquella carne que sufría por él.

—No hay fractura —dijo al fin el médico—; veo la herida menos alarmante de lo que temía. La mano quedará seguramente señalada, pero podrá disimularla no quitándose los guantes.

Y se echó a reír, recobrando la frialdad del operador. Después arregló los almohadones del coche para que Clara estuviese cómodamente sentada. Felipe, trastornado todavía, miraba angustiosamente a su esposa, alarmado por el largo desmayo. La voz del barón le hizo recordar la situación en que se hallaba. La Brede, muy agitado, acompañaba a Prefont.

—El duque de Bligny, caballero, me encarga que le manifieste su profundo pesar por la desgracia de que ha sido involuntario autor. El accidente ocurrido a la señora Derblay le aflige tanto que ha rectificado su propósito. Entiende que es imposible que continúe el desafío. El valor de mi amigo es indiscutible, como lo es el de usted. Todos somos aquí hombres de honor... y el secreto de lo ocurrido será fielmente guardado.

El dueño de la fundición miró a Bligny, quien tembloroso y lívido se apoyaba en una valla, enjugándose maquinalmente el rostro y viendo, con el mayor dolor la mancha de sangre que había quedado en su pañuelo. Pensó que su bala pudo herir de muerte a Clara, destrozando su bella frente o atravesándole el blanco pecho, y en aquel momento, juzgándose con severidad, le horrorizó lo que había hecho, y resolvió apartarse para siempre del camino de la que por su culpa tanto había sufrido. La Brede continuaba hablando con Felipe con una emoción que no le era habitual. El dueño de la fundición oyó vagamente que le aseguraba su personal sentimiento y dejó que le apretase vigorosamente la mano. Al ver que el duque se alejaba llevado por Moulinet, obligó al médico a que entrase en el coche, subió él al pescante, cogió las riendas y partió rápidamente.

En la espaciosa habitación de los tapices antiguos en que las jóvenes diosas llenan la copa de los guerreros, Felipe permanecía silencioso y sentado al lado del lecho, como durante la larga enfermedad de su esposa. Clara, presa de la fiebre, aún no había recobrado el conocimiento desde hacía una hora y se agitaba sobre la almohada. Finalmente, abrió los ojos. Su vaga mirada buscó a Felipe. El dueño de la fundición se levantó con viveza y se inclinó sobre ella. Una sonrisase esbozó en los labios de Clara. Con su desnudo brazo rodeó el cuello de su marido y lo atrajo tiernamente. En su turbado cerebro aún no tenía una noción exacta de lo que había ocurrido. Sentía como si flotase inmaterial en los espacios celestes. Ya no sufría. Una deliciosa languidez la invadía. En voz baja, que apenas entendía Felipe, murmuró:

—Estoy muerta, ¿no es verdad, querido mío? ¿He muerto para ti? ¡Qué feliz soy! Tú me sonríes, tú me amas. Estoy en tus brazos. ¡Qué dulce es la muerte! ¡Y qué adorable la eternidad!

De pronto, su propia voz la despertó. Un dolor agudo se le fijó en la mano y se acordó de todo: de su desesperación, de sus angustias y de su sacrificio.

—¡No! ¡Yo vivo! —exclamó.

Rechazó a Felipe, y, mirándole ansiosa como si su vida o su muerte fuese a decidirse con su respuesta, preguntó:

—Una sola palabra. Contesta: ¿me amas?

Felipe le mostró su rostro radiante de júbilo.

—Sí, te amo —respondió—. Había en ti dos mujeres.

La que tanto me ha hecho sufrir, ya no existe. Tú, tú eres la que nunca he dejado de amar.

Clara lanzó un grito, sus ojos se llenaron de lágrimas, se abrazó desesperadamente a Felipe, sus labios se tocaron, y, en un éxtasis inefable, se dieron su primer beso de amor.

FIN

□